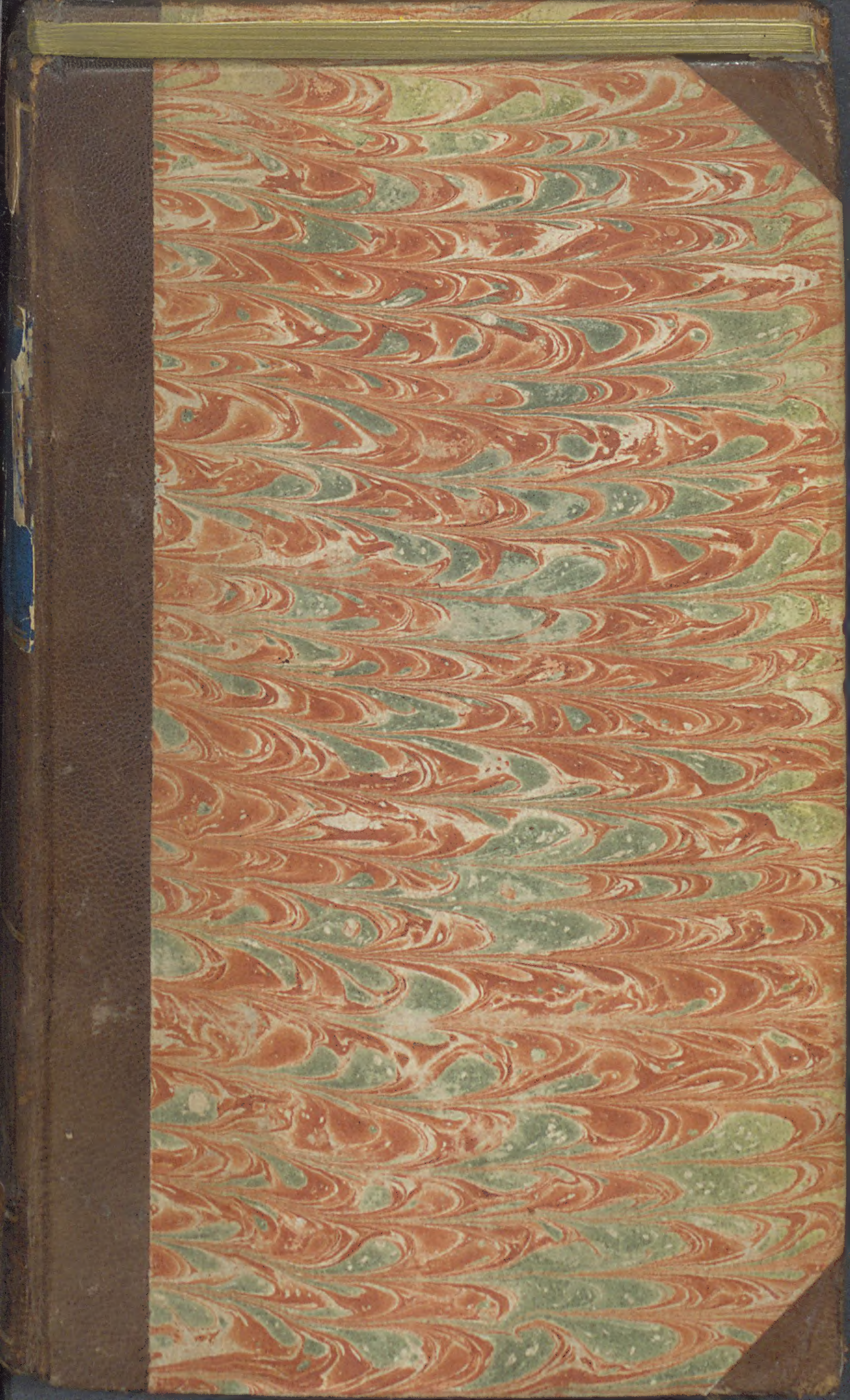


BIBLIOTECA



ó sea

Coleccion de obras contra la incredulidad y errores de estos últimos tiempos.

Comede volumen istud, et vadens loquere.
EZECH. III. V. I.

TOMO VII.

Con órden Real.

MADRID:
Imprenta de D. E. Aguado, *bajada de santa Cruz.*

1827.

ADVERTENCIA.

Deseando arrancar, si nos fuese posible, de raiz el gérmen de impiedad que fatiga hoy el mundo, despues de haber presentado en el Catecismo de Feller *una obra manual y al alcance de todos, para rebatir los sofismas de los incrédulos, ha parecido oportuno ofrecer al público otra donde se profundizasen estas materias y se descubriesen sus monstruosos absurdos. Cuando el error semejante á una vasta red, de la que parece imposible escapar, estiende por todas partes sus funestas mallas, y enlaza á todas las clases y condiciones: cuando bajo el arrogante pretesto de disipar las preocupaciones antiguas, de estender los límites del entendimiento humano, de revelar al hombre el secreto de sus pretendidos derechos, y procurarle su goce indefinido, ataca, auxiliado de la calumnia y la mentira, á la Religion hasta en sus mismos fundamentos; y su detestable temeridad emprende oponer á las santas y conservadoras máximas del Evangelio los principios impíos y desorganizadores de sus desolantes doctrinas, era oportunísimo subir al origen de esos sistemas de Ateismo y de Indiferencia que devastan la Europa, llegar á sus primeros propagadores, preguntarles por su moral y sus dogmas, y arrancándoles las armas quebrárselas en las manos, manifestando sus inmensas contradicciones y los espantosos absurdos que de ella debian seguirse, y ¡ay! por desgracia hemos esperimentado. Esto es lo que creemos realizar con la obra de las* Fuentes de la Impiedad *del Dominicano Valsechi.*

Penetrado este sábio teólogo y piadoso escritor con todos los que tienen algun conocimiento de la filiacion de los modernos errores, que la época en que esa fatal Filosofía, mejor Filosofismo, empezó á introducirse en la Europa culta debia datarse desde el impío Bayle, que en sus diversas obras, especialmente en el Diccionario, *sembró ese cúmulo de dudas que forman la herencia, y como el patrimonio de nuestros incrédulos, se dirige á él particularmente, viene con él á las manos, y contraponiendo á su razon vacilante, que en nada sabe fijarse, la solidez y fuerza de un exacto raciocinio, lo abate, desarma, humilla y confunde; persuadido de que postrado el gefe se ponia en derrota á todos esos incrédulos mercenarios, que no saben sino repetir sus sofismas. Justamente indignado de que se glorien todavia de probidad, de honradez, de virtud hombres sin religion, examina los sistemas de los Deistas y Naturalistas, quita la máscara á los de Hobbes, Espinosa y Montagne; y sondeando el corazon de los Impíos, hace ver en su* Corrupcion *la impiedad; en el interés y satisfaccion de sus pasiones el* Trastorno de su razon; *y en el* Orgullo de esta *la ideada independencia de un Dios, á quien lo deben todo, hasta la razon misma. Los sofismas con que han querido envolver la verdad de la Creacion, del orígen del mal, &c. &c. todos se hallan aqui disueltos, y aplicados los remedios. No es esta una lucha de elocuencia; es sí el triunfo del raciocinio exacto con el sofisma, de la inmutable verdad con las contradicciones continuas de los sectarios, de la verdad con el error.*

Sobre la version nada nos toca decir: el traductor dá razon de sí en su Nota prévia; *los versos son de don Mariano de Rementeria, autor de las* Lecciones de Literatura sagrada. *Hemos añadido alguna que otra*

nota histórica, que va señalada con el asterisco que distingue las que hasta aqui hemos puesto en las obras que preceden: la del autor la reducirémos á pocas palabras.

Antonino Valsechi, ilustre religioso de la Orden de Santo Domingo, nació en Verona en 1708; consagrado á Dios en la Religion desde la edad de 18 años, aprendió, juntamente con el ejercicio y prácticas de la virtud, las ciencias, con las cuales lejos de estar aquella reñida, facilita su inteligencia; pues sabido es que en la alma malvada no entra la sabiduría, ni quiere habitar en un cuerpo sujeto á los pecados. Despues de haber profesado con singular aplauso la filosofía, su zelo le hizo entrar en otra carrera donde hizo pruebas de sus grandes talentos. Dedicado á la predicacion, segun el instituto de su Orden, se hizo admirar en varias ciudades de Italia con extraordinario suceso: llamado despues á enseñar la teología en la universidad de Padua, regentó por el espacio de 33 años su cátedra principal, á la que vió concurrir no solo un grande número de discípulos, sino tambien hábiles teólogos y personas de la mayor distincion. Consagrando en medio de sus tareas su pluma á la defensa de la Religion, dió á luz varias obras, entre las cuales se distinguen la de los Fundamentos de la Religion y Fuentes de la Impiedad: la Religion vencedora, *que es relativa á la anterior:* la verdad de la Iglesia Católica Romana, &c. *entre cuyas tareas murió á la edad de 83 años en dicha ciudad el 1791. Dichoso el justo que emplea sus talentos en defensa de su patria y de su fé.*

Del traductor solo indicarémos su Continuacion del Orsi, *ó traduccion del Becchetti, con algunas notas y advertencias; y durante los últimos trastornos la* Defensa Catolica de la Constitucion, *donde*

tan graciosamente la ridiculizó en los escritores del partido. En la guerra de la independencia su fidelidad lo llevó cautivo á Francia; y en la revolucion del año 20 la secta le amenazó con el martillo de Vinuesa si continuaba en la publicacion de su obra. Su modestia no nos permite decir mas.

DE LAS
FUENTES DE LA IMPIEDAD.

POR

EL. R. P. M. Fr. ANTONIO VALSECHI,
DEL ORDEN DE SANTO DOMINGO, PROFESOR PRIMARIO DE TEOLOGIA EN LA UNIVERSIDAD DE PADUA.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

EL R. P. M. FR. JOSÉ VENTURA MARTINEZ,
Religioso de la misma Profesion, residente en Valladolid.

NOTA PRÉVIA DEL TRADUCTOR.

Sería inútil gastar el tiempo en recomendacion de esta obra, ó en elogios del Autor. Los sábios lo tienen bien entendido todo ello, porque aunque se escribiese originalmente en italiano, se tradujo prontamente al latin, y en este idioma ha corrido por las manos de todos los literatos. Con todo eso muchos hombres de la primera distincion por su sabiduría, sus empleos ó dignidades, han deseado siempre que se tradujese al castellano; y no solamente este libro de las *Fuentes ó Manantiales de la impiedad*, sino tambien los otros dos que le precedieron, y en que trata el Autor de los *Fundamentos de la Religion natural y revelada* con la dignidad correspondiente al objeto y á su sabiduría esquisita. Asi se habia pensado ya hace algunos años, y tengo en mis manos algunos fragmentos de aquella traduccion. Asi tambien se habia pensado hacer ahora; pero han ocurrido razones y motivos para contentarme con dar la traduccion de este libro solamente. Y á la verdad en consideracion á las circunstancias de los tiempos, y otras particulares, es lo mas útil, lo mas urgente, y poco menos que preciso. Y aun todavia para minorar el volúmen en cuanto sea posible, y no asustar al genio y gusto dominante de leer pequeños libros, me he contentado con poner al pie de las páginas las citas de los autores, y libros á que el Autor se remite, omitiendo los largos pasages literales, griegos, latinos y franceses que copia el Autor en demostracion de su legalidad y buena fé. Bien que esto se hace comunmente cuando el pasage citado está copiado ó tra-

ducido á la letra en el texto del autor. ¿A qué fin entonces ponerlo tambien al pie de la página en frances, en latin ó en griego, segun el autor es? Esceptúanse no obstante algunas sentencias breves, y de particular energía; y tambien se esceptúan los versos, porque habiéndose traducido á versos castellanos, como el Autor los habia traducido á versos italianos, ya se entiende que no se les podria dar toda la gracia y valentía que tienen en los autores originales. Por eso, pues, van copiados al pie de la página.

Ignoro si habrá otros muchos que piensen acerca de la traduccion como un amigo mio, que ha leido la mayor parte de ella aun antes de concluirla. Éste queria que me tomase mas libertad que la que me he tomado, y que juzgaba yo convenirme. Decia que se conocia demasiadamente que no era yo quien hablaba, y que debia traducir de manera que en todo se percibiese mi estilo y lenguage. Respeto su parecer; mas el mio es que aunque en aquel caso sería la leccion mas fácil y corriente, yo haria mas bien una *paráfrasis* que una traduccion. Y ademas temia que si la obra por ese camino ganaba alguna cosa haciéndose mas accesible al comun de las gentes, perderia mucho mas por lo tocante á la magestad y respetabilidad que lleva consigo mientras conserva el estilo y lenguage del Autor, ó algun sabor á él.

EL AUTOR AL QUE LEYERE.

Dejamos firmemente establecidos en dos libros anteriores los puntos fundamentales de la Religion natural y de la revelada. Esplicáronse allí con claridad, á mi entender, aquellas verdades importantes, y se demostró ser superiores á todo género de duda. Mas aunque tengamos por cierto que la mayor y aun la máxima parte, no solo de los que hayan leido aquellos libros, sino de cuantos viven entre nosotros, esté plenamente persuadida de aquellos dogmas; sin embargo, no podemos ocultarnos á nosotros mismos que en el espíritu de muchos, jóvenes especialmente, ha hecho y por desgracia hace continua y vivísima impresion el saber que hay en el mundo un cierto número de literatos, que contradicen á tales verdades, y arrostran y osadamente profesan y sostienen la impiedad. La reputacion en que generalmente estan tenidos de genios estraordinarios, de filósofos de un saber y de una erudicion superior á todo encomio, de espíritus grandes y sublimes, parece exige que todos los deben respetar y casi temer. La osada impudencia con que algunos semi-sabios hablan de ellos con cierto aire de admiracion y de complacencia, ensalzan sus discursos, citan sus libros como obras clásicas y maestras; el doloso modo de espresarse en las conversaciones, donde, aunque no se atrevan á pronunciar claramente que está de su parte la razon, sus periodos cortados, y ciertas misteriosas reticencias lo dan á entender demasiadamente, aumentan este concepto comun; y mas al oirlos concluir con un

epifonema grave y sentencioso, que por el bien de la Religion conviene apartarse de tales sugetos, porque entrando en cuestion con ellos, podrian acaso poner terror al santuario, y quizas causar su ruina. Este pues mal entendido concepto es el que nos proponemos disipar en este Libro, arrancando la máscara de erudicion con que se cubren, y haciendo comparecer en su semblante natural á estos fingidos monstruos de sabiduría. No es esto decir que reputamos á todos los incrédulos por hombres sin talentos, sin ingenio ni erudicion; no, confesamos francamente los hay dotados de estas cualidades; y en lo escrito en los antecedentes libros se habrá podido observar, que hemos hecho repetidas veces esta justicia á algunos de ellos, hablando de sus talentos con la conveniente estimacion. (*) *He*

(*) Siendo tan diversos los pensamientos y miras de los hombres, acaso no habrá sido del agrado de algunos el ver en esta obra citados no pocas veces con elogio escritores libertinos, ó separados de la comunion católica. A estos tales respondo con franqueza y con verdad lo que san Gerónimo á sus censores en la Epístola 41, alias 65, ad Pamac. et Occean. *Objiciunt mihi quare Origenem aliquando laudaverim..... laudavi interpretem, non dogmatistem: ingenium, non fidem: philosophum non Apostolum.* Espero que todo mi libro, desde el principio al fin, confirmará esta respuesta. Digo en segundo lugar, que he tenido esta atencion para hacer entender á todos los literatos que no es un afecto turbulento, sino solo el amor de la verdad quien ha movido mi pluma; puesto que sabemos discernir el mérito de los escritores, y no tememos elogiar el de nuestros mismos enemigos. Y últimamente confieso, que siempre me ha parecido glorioso á nuestra santa Religion el manifestarla triunfante en los ataques, no solo de la hez y turba de los

dicho algunos, *porque nadie podrá negar hay entre ellos un gran número demasiado ignorantes de las materias mismas de que hablan. Lo que decimos, sostenemos y tratamos de hacer ver es, que esos mismos genios sublimes, esos hombres dotados de ciencia y erudicion, luego que por desgracia abrazan la profesion y defensa de la impiedad, lejos de imponer á las personas despreocupadas é instruidas, no merecen sino la compasion, y acaso el desprecio. Lo cual, aunque por varios pasages citados en los libros anteriores podria haberse conocido, se hará mas palpable y manifiesto en este, donde nos hemos propuesto descubrir y señalar los* Manantiales y Fuentes de la moderna impiedad. *Veremos pues en él, que el primer estímulo que impele á los incrédulos ó libertinos á abandonar la Religion no es la filosofía, la erudicion, la ciencia, sino la* corrupcion del corazon: *que el apetito de una licencia desenfrenada é impune, es decir, libre de los remordimientos y temores que escita en los malvados la Religion, es la que hace primero que la aborrezcan, y despues que nieguen pertinazmente sus dogmas. Lo cual probaremos copiosamente con todo género de argumentos. Y aun diremos de buena fé, que el grande abogado de los impíos, Pedro Bayle, nos ha casi obligado á dilatarnos aun mas de lo que en un prin-*

---

incrédulos, dignos solamente de desprecio, sino de los mas instruidos, cuya derrota en tal conflicto demuestra claramente su mala causa, y no pequeñez de ingenio, puesto que

. . . . si Pergama dextra
Deffendi possent, etiam hac deffensa fuissent.

cipio creíamos. En efecto, como él era demasiado sagaz y advertido, notó que el argumento si no mas directo, seguramente el mas sensible y eficaz contra la impiedad era el que se tomaba de la conducta ordinaria de sus secuaces, y el verla siempre unida con una desenfrenada licencia de costumbres, contraria á la naturaleza, perniciosa á la sociedad y subversiva del Estado; argumento que todo el mundo conoce debia hacer una viva impresion en quien no hubiese perdido todos los sentimientos de humanidad: aplicó por lo mismo todos sus conatos á desvanecerlo, poniendo en armonía la virtud con la impiedad. Historia. fábula, filosofía, todo lo hizo contribuir á su intento, y no hay cosa de que no se aprovechase para formar sofismas. Para deslumbrar mas bien á los incautos lectores trata la causa bajo todos los aspectos; la presenta de mil maneras, á fin de hacer creer que puede conciliarse la virtud con la irreligion: que pueden efectivamente ser hombres de bien y virtuosos ciudadanos los que no reconocen Religion ni Dios: en fin, que puede subsistir próspera y feliz una sociedad, aunque no se profese en ella mas que el ateismo. Pareceria increible que á un hombre de los talentos y erudicion de Bayle hubiera ocurrido semejante idea; pero ello es asi, y nadie ignora su decidido empeño en acreditarla y persuadirla; y si por fortuna no llegó á conseguirlo, no fue falta de sus esfuerzos, sino de la desesperada causa que defendia. Era pues oportuno salir al encuentro á este gran sofista; disipar sus engaños, examinar y desvanecer sus falacias, hacer patentes sus errores, asi históricos como políticos y lógicos, y establecer en consecuencia las verdades opuestas; y tanto mas, cuanto que en la impura

fuente de sus libros es donde van á beber como á porfía los nuevos libertinos, dándonos desleido en sus folletos el veneno que en ellos encuentran como depositado. Por tanto, y para cortar como de raiz todos sus sofismas, despues de haber probado que la perversidad del corazon es el principal estímulo que incita á los hombres á abandonarse á la impiedad, pasamos inmediatamente á demostrar que el hombre en llegando á volver la espalda á la Religion, ya no tiene mas regla de conducta que la fuerza ó el placer; y si es que acaso reconoce las leyes naturales de lo justo y de lo recto, estas leyes son para él unos preceptos ineficaces y sin sancion; *es decir, sin motivos que los puedan inducir á su observancia, pues solamente la Religion es la que puede sugerirlos y enseñarlos. Por consiguiente, que un libertino, un incrédulo en virtud de sus principios ó sistema estará siempre pronto á cometer todas las abominaciones y delitos que esten á su alcance y le agraden ó lisongeen. De donde forzosamente es necesario inferir, que asi como no pueden concebirse unos hombres mas monstruosos y abominables, asi tampoco puede haberlos mas perniciosos á la sociedad; y por lo tanto que los que velan sobre el bien comun y tienen á su cargo la felicidad de los pueblos, estan estrechamente obligados á destruirlos y esterminarlos. Proposiciones todas conexas entre sí y directamente contrarias á los sofismas de Bayle, cuya verdad nos proponemos demostrar con todo género de pruebas, en virtud de las cuales quede sólida y firmemente establecido, que la Incredulidad es subversiva de las buenas costumbres, de la moral, de la sociedad, de los Estados. A su consecuencia á la luz de tan importantes verdades se descubrirán en su*

aspecto natural lo que son esos libertinos tenidos y reputados por hombres despreocupados y de probidad, *y se disipará ó al menos se disminuirá ese pánico terror que algunos débiles han concebido de los enemigos de nuestra fé.*

Por segunda fuente *de la impiedad reconocemos el* Método perverso y contrario á la razon *que siguen los impíos en el importantísimo negocio de Religion, segun el cual se niegan á creer é impugnan los dogmas oponiendo dificultades que ciertamente todas se disuelven; y al mismo tiempo abraza unos sistemas envueltos en dificultades no solamente mas graves, sino del todo repugnantes é indisolubles. Esto es lo que llamamos* Trastorno de la razon (*). *Vicio y trastorno que haremos palpable con varios egemplos tomados de los mas importantes artículos de la Religion revelada. En lo cual nos será preciso tambien venir de nuevo á las manos con Bayle, gran defensor del* Dualismo y Pirronismo, *y podemos decir de todos los errores, los que confutaremos victoriosamente, y nos lisonjeamos confundir mas por la fuerza de la verdad que de nuestra erudicion. E igualmente quedará demostrada y disipada la vanidad de los sofismas que Voltaire, el Marques de Argens, y últimamente Rousseau han propalado contra la Religion revelada, y puesta en su verdadera luz la dignidad y hermosura de las verdades opuestas, y las admirables consecuencias que de ellas se deducen. Lo*

(*) En efecto lo es, y bien grande, desechar unas verdades en que va nuestra felicidad eterna, por mas que esten sólidamente establecidas, y abrazar sistemas que pueden traer nuestra ruina eterna por unos sofismas miserables.

que no poco podrá contribuir tambien á tranquilizar los espíritus medio aterrados por la nombradía de tales sugetos.

El sistema de los novadores, que separados de la Iglesia católica, apostólica, romana, maestra infalible de la verdad, han dejado al Juicio privado *de cada uno por árbitro y* juez *en las materias de Religion y de la fé, debe considerarse seguramente por otra fuente funesta de la impiedad, que hoy por desgracia inunda la Europa* (*). *Quitadas una vez las márgenes á un torrente, es consiguiente derramarse por donde quiera. Los mas juiciosos entre los Protestantes, desengañados por la esperiencia, han llegado á conocerlo; pero al mismo tiempo es necesario confesar que en su sistema este es un mal sin remedio. Y lo haremos ver hasta la evidencia; de donde se vendrá á inferir que no hay otra verdadera Religion en la tierra que la Católica, Apostólica, Romana, de la cual separado una vez el hombre, irremediablemente da en el camino ancho de la impiedad.*

Por último manantial y fuente de ella ponemos la Lectura de malos libros, *que producidos del otro lado de los montes, se derraman á manos llenas por nuestras provincias, y robándonos nuestro oro nos comunican en cambio su infeccion. En este punto apoyaremos nuestras reflexiones sobre el carácter de los mismos libros, y la disposicion de la mayor parte de los lectores. En aquellos se descu-*

(*) El Ab. La-Mennais pone esta como primera raiz de todos los errores, y á las demas como consecuencias de ella. Para nuestro intento es lo mismo, pues, consecuencias ó principios todas son fuentes de impiedad.

brirá el mas fino artificio para deslumbrar el entendimiento y seducir el corazon del que los lea, y en estos que por lo comun no tienen la ciencia bastante para discernir lo cierto de lo falso, ni menos valor y solidez para rechazar el veneno. Reflexiones que unidas á una reiterada y desgraciada esperiencia, harán ver patentemente, que no sin razon se tiene á esta fatal lectura por una de las mas perniciosas fuentes de la impiedad. La variedad é importancia de las materias nos hacen esperar que la lectura de este Libro ha de ser no menos útil que agradable. Y cuando no otra, siempre será no pequeña ventaja el reconocer por su medio el verdadero carácter de esa gran turba de incrédulos diseminados por toda la Europa, que con sus doctrinas la agitan y conmueven. Porque en verdad reconocido el carácter, asi de su corazon como de su entendimiento; vistos los motivos porque se apartan de la verdad, los monstruosos sistemas que abrazan, las armas miserables de que se valen para hacernos guerra, no se podrá menos de inferir, que en vez de temer de su erudicion algun daño la Religion santa que profesamos, solo merecen compasion ú horror.



DE LAS FUENTES DE LA IMPIEDAD.

PARTE PRIMERA.

DE LA PRIMERA FUENTE *DE LA IMPIEDAD.*

CAPÍTULO I.

Corrupcion del Corazon.

I.

La primera fuente de la impiedad no está en el entendimiento, y sí en la voluntad.

Siendo los argumentos con que se prueban las verdades fundamentales de la Religion natural de una evidencia tan patente, que apenas propuestos á un entendimiento medianamente libre de preocupaciones, asiente á ellos, y cuanto mas los examina tanto mas ciertos los encuentra; y que del mismo modo la Religion Cristiana está marcada con

tales caracteres, que la demuestran ciertamente revelada, y por consiguiente verdadera; parece la cosa mas estraña y asombrosa, haya hombres en el mundo que puedan poner en cuestion tales materias, dudar de ellas, y aun negarlas. Por eso nos hemos propuesto investigar las causas y manantiales de este no menos monstruoso, que frecuente fenómeno. Y no será sin ventaja de la buena causa, ni sin el debido oprobio de los libertinos, cuyo verdadero carácter descubriremos ser bien diverso del que ellos se atribuyen, y con el que pretenden pasar entre los necios é ignorantes.

No hay hombre alguno que se atreva á negar que hay Dios, sino el que quiere que no le haya. He aquí pues la primera verdadera *fuente de la impiedad; la corrupcion del corazon.* Lo mismo debe decirse de los que declaran la guerra á la Religion revelada: mas por ahora hablaremos solo de los Ateistas: ya porque de los Deistas y Naturalistas se hablará despues: y ya tambien porque todos los que se apartan de la Religion revelada, forman despues ideas tan absurdas de la Providencia y de Dios, y se apoyan sobre principios tan ruinosos, que los llevan al pozo del Ateismo. Ademas de que, para un cris-

tiano, que abandonó la Religion revelada, esa otra Religion natural de Deistas y Naturalistas no es mas que una quimera, reconociéndose ya por ciertísimo aquel dicho de Fenelon, que hemos mencionado alguna vez: *que entre el Catolicismo y el Ateismo no hay medio razonable.* No hacen, pues, los libertinos la guerra á la Religion, porque sean hombres doctos, sino porque desean ser impunemente criminales. En efecto, aun cuando quisiéramos conceder, que los argumentos que producen y pueden producir contra la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la divina revelacion tuvieran alguna aparente fuerza, todo hombre sensato y justo nos deberá igualmente conceder, que comparados esos argumentos con las demostraciones evidentes en contrario, y la universal y vehemente inclinacion que tiene todo hombre de asentir á las verdades especialmente naturales, no podrian tener suspenso ni un instante á un espíritu despreocupado, y mucho menos inclinarle á la parte opuesta de la impiedad. Pues esto que no puede hacer la fuerza de los argumentos, lo hace la de las pasiones: y al modo que los teólogos dicen, que un soberano y saludable afecto, al que llaman *pia aficion de credulidad,*

mueve y determina al entendimiento á asentir á misterios obscuros y superiores á sus luces naturales; así debemos decir, que un amor perverso arrastra al mismo entendimiento á negar la verdad contra sus propias luces, y á asentir al error, que agrada, sin mas argumentos que su propia inclinacion.

II. *Cómo de la corrupcion del corazon se pasa á la impiedad del entendimiento.*

Para persuadirse que esta y no otra es la fuente de la impiedad, y el carácter de los libertinos, basta echar una ojeada sobre el modo de vivir de los que el mundo titula de este modo. Nacidos y educados con la idea de Dios, de la eternidad, de leyes y de Religion, pero seducidos despues de los incentivos del placer, de la fuerza del interes, ó de la lisonja de otras pasiones, se entregaron desgraciadamente á ellas. Oyen no obstante los gritos de la conciencia que los despedazan, perciben las luces de la Religion que los asustan, ven un Dios juez armado que los amenaza con penas eternas. ¿Qué hacen? Procuran del modo posible apar-

tar la consideracion de tan tristes pensamientos; varian de entretenimientos y de desahogos. Y por desgracia entre el tumulto de las desenfrenadas pasiones, entre el esplendor y el estrépito del gran mundo, logran ensordecer á estas voces incómodas, y á estos remordimientos de sus desórdenes. Pero ¿qué sucede? Resfriado un poco el ardor de los apetitos, ó llegando la noche y la soledad, cata aquí de nuevo la doméstica interna furia (1), que los asusta, y hace sufrir un disgusto mas amargo, que fue la suavidad de los pasados placeres. *No creais*, decia Ciceron (2), *que segun se os representa en las fábulas, sean agitados y atemorizados con las ardientes teas de las furias los que han cometido alguna accion impía y criminal. Su misma criminalidad, y su propio terror es la que les atormenta en estremo: su iniquidad les agita y pone furiosos; y sus funestos pensamientos y su conciencia culpable les atemo-*

---

(1) *Quos conscia facti*
Mens habet attonitos, et surdo verbere cædit,
Occultum quatiente animo tortore flagellum.
Juv. Sat. 13, v. 193.
Ultricesque sedent in limine Diræ. Æneid. 4, v. 473.

(2) *Cic. pro Sexto Rosc.*

*

riza. Estas son, estas las contínuas y domésticas furias de los impíos. ¿En qué vendrá pues á parar tan doloroso contraste? ¿Escucharán estos justos remordimientos? ¿Seguirán las luces de la Religion? ¿Abandonarán la emprendida conducta criminal? Pero ¿cómo? Ese es un ministro, que llegó á un puesto sublime por medios inicuos, y cuyo engrandecimiento y fortuna tiene por base el áxioma del poeta epicúreo; á saber, que

> De lo honesto y lo justo, si se mide,
> La misma utilidad sola decide. (1)

Se ha hecho ya bastante atrevido para sacrificar á sus antojos la inocencia débil: en su boca el juramento y la fé estan igualmente destinados á autorizar la verdad, ó el fraude: la justicia toma sus resoluciones del interes: los egercicios de la Religion lejos de purificar su espíritu, solo sirven á disimular su depravacion. ¿Qué hace pues para librarse de los remordimientos de la conciencia, y de los temores que le sofocan? Se esfuerza en poner acordes el entendimiento

(1) *Atque ipsa utilitas justi prope mater et æqui.*
Horat. lib. 1, Sat. 3.

y la voluntad, de modo que aquél mire sin horror lo que ésta quiere con empeño. Procura persuadirse que es verdad lo que desea, y que no lo sea lo que aborrece. El Maquiavelismo práctico se reduce á máxima y teoría; y los documentos de la Religion son citados á un orgulloso examen, y á una rígida sindicatura. Se discurre al principio de las penas de la otra vida, y de la existencia del Juez eterno como dudando: tomadas despues de memoria algunas blasfemias y sofismas de los libertinos, se mofa descaradamente de ellas. Finalmente, con un esfuerzo, al que verdaderamente la naturaleza resiste, mas al que impele el apetito dominante, se cierran enteramente los ojos á la verdad, y se dice, que despues de esta vida nada resta, que no hay en nosotros sino un puro mecanismo: que el otro mundo no existe sino en la aprension de los tímidos; y que solamente Lucrecio lo entendió cuando decia:

Temer al Aqueronte es gran quimera:
Vaya este vil temor del alma fuera.

Este es el manantial de la impiedad de aquel ministro á quien el interés sirvio de principal argumento para abandonar la verdad. El ídolo de la fortuna con sus alhagos,

y no alguna sublime especulacion metafísica, le hizo apostatar de Dios. Lo mismo debe decirse de aquel joven voluptuoso, que ha sido por muchos años

De la gula, el placer y el vino esclavo.

Lo mismo tambien de aquel otro hombre cruel, soberbio, prepotente, altanero, mofador de la piedad é idólatra de sus pareceres y de sus gustos; todos estos, y todos aquellos otros que se llaman Libertinos ó Ateistas (lo diré con el testimonio de Bayle) (1), *son almas manchadas con todo género de vicios, y capaces de las mas feas criminalidades, los cuales reflexionando que el temor del Infierno viene algunas veces á turbar su reposo, y comprendiendo que para ellos sería ventajoso que no hubiese Dios, procuran persuadírselo á sí mismos:* y poco despues: *desde el momento en que un hombre es capaz de querer ser Ateo, y hacer esfuerzos por llegar á este punto, ya está lleno de la mas espantosa malicia que puede caber en una alma; y si Dios no hace un milagro para convertirle, cometerá cuantas maldades pueda,*

---

(1) *Pens. divers.* §. 177.

aunque no sea posible llegue jamás al punto de ser realmente Ateista. He aquí en boca de un reo confeso el verdadero caracter de nuestros libertinos. He ahí el manantial del sistema de estos *hombres de gusto*, y la moral de estos *hombres honestos y de probidad.*

III. *Bayle distingue dos géneros de Ateistas: el uno de ellos es de invencion suya.*

Verdad es que Bayle en el mismo lugar que antes hemos citado, distingue dos géneros de Ateistas (1): *unos que empiezan, y otros que acaban dudando:* y aunque en estos segundos reconozca el caracter que hemos dicho, añade no obstante acerca de los primeros, *que de ordinario son falsos sabios, los cuales se precian de raciocinar y de despreciar los placeres corporales: mas como sucede que los que sofocan, ó procuran por pura malicia sofocar el conocimiento de Dios, son los mayores disolutos y los mas obstinados pecadores del mundo, de ahí viene*, dice, *la opinion de que todos los Ateistas sin diferencia son criminales.* Y como esta opinion no le agráda,

(1) Bayle, ibid.

quiere persuadir al mundo que hay en realidad una clase de Ateos, *hombres de gravedad* (1), *agenos de los deleites y vanidades de la tierra..... á quienes una larga serie de meditaciones profundas, aunque mal dirigidas, precipitó en el abismo de la impiedad*, ¿Mas quién no advierte en esta distincion de Ateos el artificio con que este gran sofista pretende disminuir el justo horror de todo el género humano á tales monstruos? ¿Luego *hombres graves agenos de los deleites y de las vanidades de la tierra*, hombres nacidos y educados en el gremio de la Religion, á sangre fria, como se suele decir, pueden sériamente dudar si hay Dios? ¿Luego hombres de juicio, que es lo que parece significar la espresion de *hombres graves*; hombres no ofuscados ni arrastrados por la tiranía de las pasiones, pueden resistir á aquella evidencia que irresistiblemente ha conducido siempre á todo el mundo á la confesion de esta verdad? No sé ciertamente cómo llamar tal pensamiento, si paradoja ó fatuidad. Sin embargo, este es el teorema pre-

(1) Dic. crit. artic. Des-barreaux.

dilecto de Bayle; del cual trató largamente en muchas partes, y el que le ha merecido el dictado de *Abogado* y defensor de los Ateistas, que nunca que yo sepa se ha atribuido á otro alguno. No niego que haya grados diferentes de perversidad entre los libertinos, y que no todos estan igualmente manchados con todos los vicios; asi como tambien concedo que algunos se encaminan al abismo de la impiedad guiados de raciocinios falaces, en que otros incrédulos comunmente no han pensado. Concedo ademas, que estos segundos son mas brutales y abominables que los primeros: mas querernos decir, que aquellos son *hombres graves y agenos de los deleites y vanidades de la tierra;* esto es, hombres de honestas costumbres, sin vanidad y sin orgullo, lo tengo por una paradoja ó una fatuidad. Y aunque la cosa habla por sí misma, examinémosla en sus principios, y veamos si puede creerse haya hombre que quiera ser Ateista, no siendo muy depravado. Supongamos un hombre de buenas costumbres, nacido y educado con las luces de la Religion: este ciertamente no tiene interes de que la Religion no sea verdadera: él aprueba los preceptos morales en la especulativa y en la práctica, y conoce que no

le prohiben, sino lo que un buen padre prohibiria á su hijo. Considera los dogmas, tales como la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, y el hecho de la divina revelacion, y advierte tal evidencia y verdad tan clara de ellos, y esperimenta ademas tal fuerza de persuasion en el entendimiento, que cuantos sofismas puedan inventar los libertinos le parecen sueños ridículos sin la mas mínima fuerza. Por otra parte ve y conoce esta ciertísima verdad, á saber; que aun cuando se engañase en seguir la Religion, no por eso el Ateismo le amenaza con algun verdadero mal por haber seguido tal engaño; ni le promete algun verdadero bien si le adopta abandonando la Religion, como no sea la libertad de vivir como animal, y la persuasion de morir como un bruto. Pero si la Religion que sigue y ama es verdadera, ella le da la esperanza y el derecho á un bien eterno é infinito, y le amenaza infaliblemente con un infinito y eterno mal, si la abandona por seguir el Ateismo. ¿Cómo pues será posible que un hombre grave y honesto abandone un partido, en el que sin riesgo de algun verdadero mal puede esperar bienes infinitos, y se aplique á otro en que sin esperanza de algun verdadero bien, se espone al peligro

de un infinito y eterno mal? (1) ¿Quién es capaz de balancear entre tales estremos, ó inclinarse á la parte de la impiedad? Seguramente ninguno no siendo un hombre en quien el estímulo de los deleites, y el goce de momentáneos placeres, ó un orgullo escesivo que le haya hecho idólatra de sí propio, sea mas eficaz que la esperanza de infinitos bienes, y el temor de infinitos males. Pues este tal seguramente es un hombre perverso y corrom-

---

(1) Este es el argumento que ilustró Paschal en el cap. 6 de sus *Pensamientos sobre la Religion.* Las primeras semillas de él se encuentran en el discurso de Sócrates en la prision poco antes de morir, referido por Platon en el *Fedon*, t. 1. Lo mismo se halla tambien en Arnobio, lib. 4, *adv. Gentes.* Es digno de reflexion particular que Bayle en el t. 3 del *Diccionario*, donde habla de Paschal, espone el mismo argumento, y reconoce su eficacia; y mencionada una impugnacion de él por un cierto Abate de Villars, dice: *que la refutacion es débil, y no merece ser examinada*, &c. Tambien trató últimamente de impugnar el mismo argumento Mr. Freret (ó el que se oculta bajo este nombre) en un folleto intitulado: *Examen crítico de los Apologistas de la Religion cristiana*, cap. 13. Mas toda la censura se funda en no haber entendido el verdadero uso y valor del argumento que impugna, como, Dios mediante, lo haremos ver en la confutacion completa de aquel pestífero libro.

pido. Luego la *corrupcion del corazon es el principio y manantial de la impiedad.*

IV. *Cuáles sean los estudios de la mayor parte de los libertinos, y cuáles los libros que aprecian.*

Pero dejando de hablar por ahora contra Bayle por lo respectivo á este su segundo género de Ateos, de los que deberemos hablar especialmente en otra ocasion, pasemos á otra reflexion, que sino con la universalidad de la anterior, al menos con claridad igual nos hará conocer que no una meditacion seria, sino sola la *fuerza de las pasiones* es el argumento en favor de la impiedad en la mayor parte de los libertinos. En efecto, ¿cuántos hay entre ellos que agenos, segun la frase de Bayle, de los deleytes y *vanidades de la tierra*, se consagren á esta seria profunda meditacion, y salgan de ella transformados en Ateistas por sistema? Esta meditacion ciertamente deberia ser muy larga y sutil para embotar la evidencia de tantas verdades opuestas, y derribar de la mente á punta de raciocinio toda idea de Religion. Solo el nombre de meditacion es demasiado triste y austero para una gente

que no piensa mas que en recreos y diversiones, que no esperando cosa alguna despues de la muerte juzga perdidas las horas que no van endulzadas con placeres. ¿Cuándo tendrán éstos comodidad, ni gusto, ni entendimiento para dedicarse á un estudio de metafísica sublime, cual debiera ser para lisongearse de ateos por convencimiento y no de corazon, viéndolos como los vemos pasar los dias y las noches en una serie perenne de juegos, de diversiones, y de placeres? ¿Es la mesa, el teatro la academia y escuela de sus especulaciones? ¿Son las bailarinas ó las mancebas las directoras de sus estudios, de quienes aprenden los grandes teoremas para derribar de su trono al Dios eterno? No obstante se lisongean de erudicion y literatura; y los libros que vienen de la otra parte de los montes, componen una parte del nuevo adorno de los gabinetes de las mismas damas. Se les oye hablar en las tertulias de un modo altanero y atrevido, y decidir de cuanto hay mas venerable en la tierra y en los cielos. Sin embargo todo su estudio y sabiduría consiste por lo comun en haber ojeado algun impío y obsceno *Diccionario*, alguna coleccion de Cartas tan atrevidas é insolentes como seductoras y escandalosas, ó alguna otra de Ro-

mances y Novelas licenciosas y sacrílegas. Y he dicho *licenciosas*, porque este es el caracter ordinario de los libros en que deben sin duda estudiar sus nuevas doctrinas. Esto confirma á las maravillas nuestro asunto: esto es, que la *corrupcion del corazon*, que se apacienta en tales prados, es el estímulo y prurito que les mueve á alzar vandera contra la verdad. En efecto, Pedro Bayle, el mas esperimentado, y quien mejor conoció el genio de tales personas, tomó sobre sí el particular cuidado de servirles completamente; por manera que siempre me ha parecido poderse decir de este autor, lo que de Petronio Arbitro, poeta epicúreo, escribe Huet: "que debe la mayor parte de su fama á sus obscenidades; y que sería menos leido y menos estimado, si hubiese sido mas honesto (1)." Como á la

---

(1) *Huetiana*, §. 86, Juicio de Petronio. En órden á la obscenidad de Bayle véase entre otros muchos á J. Bernard. Noticias de la República. Enero 1707. * Pedro Bayle nació en Carlat, en el Condado de Foix, el 1647. Educado en el Calvinismo por su mismo padre, que le sirvió de maestro hasta la edad de diez y nueve años, abjuró esta secta, convencido por el Párroco de Puylaurens, donde habia ido á continuar sus estudios en una academia de su secta; pero inconstante volvió á los diez

mitad del siglo anterior habia precedido al

---

y nueve meses á la Religion reformada, ó por mejor decir, puso el pie para no tener ninguna, porque este fue su carácter. Precisado á retirarse á la Suiza como relapso, sirvió alli de ayo por algun tiempo; y de alli pasó á Sedan á una cátedra de filosofía: tan infiel amigo como buen sectario, burló la vigilancia de Jurieu enredándose en una pasion amorosa con su muger, á la cual siguió á Roterdan cuando su marido se retiró á Holanda, donde la continuó con una publicidad que llegó á ser escándalo: que la moral de los impíos es siempre la misma. Sindicado tambien de haber tenido parte en las maquinaciones políticas del Burgo-maestre Halwin, fue despojado de la cátedra de filosofía é historia, que sus sectarios habian erigido para él: denunciado de nuevo á los Consistorios, y perseguido de ellos mismos por la publicacion de su *Diccionario*, murió en Roterdam el 1706, á los cincuenta y nueve años de su edad. En vano es inquirir por su moral y su Religion: él mismo se definió completamente, cuando preguntado por el Ab. Polignac (despues Cardenal) á qué secta pertenecia: *Soy Protestante*, dijo. = *¿Pero Luterano, Calvinista, Anglicano, &c.?* = *No*, replicó: *Soy Protestante, porque protesto contra todo lo que se dice, y se hace.* Sus conversaciones eran tan libres, que aun en las concurrencias donde se hallaban personas del otro sexo, tenia su fruicion en hablar de las materias mas secretas de la anatomia, como pudieran los cirujanos en sus lecciones; y cuando veia sonroseadas á las oyentes, fingiéndose como sorpren-

novelista de Roterdan Francisco de la Mothe Vayer (*), insigne pirrónico, y por dicho del

---

dido, preguntaba si se le habia escapado alguna indecencia. Sus principales obras son: *Pensamientos sobre el Cometa que apareció el* 1680, donde se arroja á tales paradojas y absurdos, que desde luego se le miró como un impío. *Comentario filosófico sobre aquellas palabras del Evangelio: Compelle intrare:* que es un verdadero tratado de *Tolerancia,* tan alabado por lo mismo de los que la necesitan. Las *Nouvelles de la Republique des lettres*, periódico, donde entre buenas críticas se ven derramadas á manos llenas las obscenidades. El *Diccionario histórico y crítico*, en cuatro tomos en folio, arsenal de todas las impiedades, y del mas absoluto Pirronismo; obra, segun él mismo dice en una de sus *Cartas*, *semejante á un viage de caravana, en el cual se andan veinte ó treinta leguas sin encontrar un árbol frutal ó una fuente.* En él defiende á cada paso el *Sí* y el *No* en una misma materia; pero con la malignidad de inclinarse siempre contra la Religion y las costumbres; y no parece sino que toda su complacencia era apoyar un error mas bien que la verdad: ni aun las verdades geométricas le merecian atencion. Esto le hizo dar el dictado de *Abogado de los filósofos.* Su *talento,* decia él mismo en una carta al P. Tournemine, *es formar dudas; pero no son para mí mas que dudas.* ¿Pues por qué las vendia como verdades al género humano? Sin embargo este fue uno de los primeros libros que componian la *Biblioteca de Córtes* en Cádiz.

(*) Algunos creen que el Scepticismo de éste se limitaba á las ciencias humanas.

mismo Bayle, torpísimo escritor, y por lo tanto un héroe tambien entre los libertinos. A este habia precedido en el siglo antecedente Miguel de Montagne (*), cuyos *En-*

(*) Miguel de Montagne, ó Montaigne, natural de la quinta ó casa de campo de este nombre en el Perigord, de la cual era señor su padre, nació el 1533. Criado con una delicadeza singular hasta el estremo de no dispertarle cuando niño sino al sonido de instrumentos, porque no se malograse, no sé si podemos decir que desde entonces empezó á contraer el hábito de no contrariar su genio y gustos. Hecha su carrera con rapidez, despues de haber viajado por la Italia, Alemania y Suiza, fue nombrado para una plaza del Parlamento de Burdeos, y despues Corregidor de esta ciudad, en cuyo tiempo asistió por cuatro años en la corte, y por fin vino á retirarse al lugar de su nacimiento. No es creible el crédito y elogios que han dado los filósofos á sus *Ensayos*, obra á que, segun el parecer de Malebranche, solo puede dar estimacion la corrupcion del corazon humano, como que en ella encuentra cuanto le lisongea. Segun el carácter del autor abunda en contradicciones: la libertad degenera en licencia: como verdadero cínico nombra todas las cosas por sus nombres, y todo se lo permite. Sin sistema fijo confiesa de sí mismo que "unas »veces es modesto, otras libertino: ya verídico, ya »mentiroso: casto é impúdico: prodigo y avaro; todo »segun el humor le dominaba." Vacilante en una duda universal no seguia en su moral y conducta

sayos no solamente estan manchados con la semilla de la impiedad, sino llenos tambien de una impudencia cínica, de modo que Bayle defiende sus propios escritos diciendo, que no llegan á la indecencia y al pirronismo de los *Ensayos de Montagne.* Con las mismas preciosidades estan adornadas tambien las obras de Mr. Saint Evremont (*), que falleció al principio de este siglo en Londres, muy amado de los Ateistas. Lo mismo se debe decir de las *Cartas persianas* (**), de las *Judías* y

---

mas guia que sus caprichos: sin embargo en los momentos de calma lamenta lo penoso de este estado, y confiesa que no hay bastantes gracias que dar al Señor porque ha quitado á nuestra creencia la arbitrariedad de las opiniones, y fijado nuestra fé en la base inmutable de su divina palabra. ¿Por qué los que le imitan en el error no le siguen en la verdad? Es de notar en sus *Viages de Italia* el examen que hizo de los milagros de Loreto; cuya autenticidad confirma, aunque entonces ya hubiese escrito los *Ensayos.* Murió de esquinencia el 1592, de sesenta años de edad.

(*) Militar frances de la Baja Normandía. Aunque se le dan algunas buenas cualidades, su lengua le llevó tres veces á la Bastilla, y hubo de huir á Inglaterra, donde murió muy anciano. Era muy dado á los placeres de la mesa, y su moral no era mas rígida.

(**) De Montesquieu. Las *Judías* son del Marques de Argens.

de otros libretes semejantes igualmente dedicados á la impudencia y á la impiedad. Pero á ninguno de estos, aunque posterior en cuanto al tiempo, cede la preferencia la obra de Helvecio intitulada del *Esprit* (*), del que hemos hablado muchas veces.

(*) Claudio Adriano *Helvecio*, parisiense, aunque hijo de un padre virtuoso, y educado en sus primeros años con religion y piedad, y piadoso él mismo, dice Feller en su *Diccionario*, perdió las costumbres y la religion por su union y amistad con Mr. V., nacido al parecer para perder á su siglo y á los siguientes. La metromanía le hizo frecuentar su trato, y su trato le corrompió hasta el estremo de hacer de él un impío materialista, y un disoluto. *El ansia de su reputacion le sorprendió inopinadamente en medio de su vida voluptuosa*, dice Grim (segunda parte de su *Correspondencia*), quien despues de contar sus aventuras amorosas, añade, que creia *á todas las mugeres sin costumbres, porque habia pasado su vida con las de esta clase.* Tal es la austeridad de los héroes de la filosofía. Su libro de *l'Esprit* avanza hasta decir que el *hombre no se diferencia de las bestias sino en que tiene manos y dedos;* el de *l'Homme* está escrito con el mismo espíritu: el primero fue condenado al momento por el Arzobispo de París Beaumont, por el Papa Clemente XIII, por la facultad teologica de París, fue quemado por mano del verdugo &c. y sin embargo es uno de los Catecismos de nuestros filosofos. Helvecio murió el 1772. *Véase el t. 4 de la Biblioteca, pág. 84 y 85.*

V. *Lo que aprenden de tal lectura para afirmarse en la impiedad.*

En estas fuentes beben nuestros pequeños Ateistas su ciencia contra la Religion y contra Dios. De aqui sacan primeramente gran copia de sátiras, de cuentos irrisorios, de bufonadas y de escandalosos incidentes, con los que se mofan de los ministros de la Religion, y en donde estan escarnecidos hasta los mas respetables y sacrosantos misterios. Un cuentecillo de estos referido con marcialidad, en términos picantes, con sarcasmos y sonrisas, pasa entre ellos por demostracion metafísica, del cual concluyen con tono audaz, que la Religion es una fábula y una pura ficcion de los clérigos y frailes. De este género de argumento fundado en el ridículo y la sátira, cuya impiedad é ineficacia (1) tratándose de Religion, conoce to-

(1) Pedro Bayle en el *Dic. crit. art. Garase*, condena altamente á un autor católico, porque escribiendo contra los Ateos, *se aleja á cada paso* de la gravedad que conviene á tales materias; y se sirve de sátiras, derrama bufonadas y cuentos graciosos: ¿qué se deberá pues decir, preguntaré yo á Bayle, de

do hombre sensato, hizo mucho uso en sus diálogos Luciano (1) para mofarse no solo de las supersticiones paganas, sino tambien de la Religion de Jesucristo; aquel Luciano tan respetable entre los incrédulos. Del mismo usó en Inglaterra el famoso (2) Milord

---

aquellos que usan estas armas contra la Religion, y hacen objeto de sus bufonadas cuanto hay mas augusto y venerable en la tierra y en el cielo?

(1) Conviene espresar aqui el carácter que formó de Luciano Tillemont despues de Suidas y otros muchos, asi porque parece muy natural, como porque de él se infiere la verdadera imágen de muchos de los modernos espíritus fuertes. Pero éstos asi como le igualan en los delirios, asi estan infinitamente lejos del gusto fino del griego escritor en cuanto á la erudicion y elegancia. Dice asi Tillemont: Luciano profesa abiertamente la impiedad, burlándose igualmente de la verdadera Religion, de que habla en diversos parages, y de las supersticiones paganas, que demuestra ser ridículas verdaderamente. Esto es lo que le mereció el nombre de *blasfemo*, y de *ateo*. Tambien seguia la filosofía de Epicuro, que no está lejos del Ateismo, ó acaso mas bien no tenia Religion ni dogma fijo y constante, mirándolo todo como incierto y problemático, y queriendo reirse de todo..... Lo que hace sus escritos mas peligrosos, es el verse en ellos con frecuencia tan poco respeto al pudor como á la Religion. *Tom. 2, Hist. des Empereurs, part. 2, art. 29.*

(2) Véase á Burnet, *Defensa de la Religion*, t. 5.

Shastesbury (*), y lo usan hasta causar hastío á todos los hombres sabios, el autor de las *Cartas judías*, Voltaire y otros libertinos; argumento que por lo tanto solo sirve para demostrar lo que pretendemos, es decir, que no tienen mas motivo para la impiedad que profesan, sino la corrupcion de la voluntad. Porque ¿quién sino un hombre desmoralizado y corrompido, puede reprobar un sistema, solo porque un descarado insolente hizo de él una Cancion ó un Romance? Estu-

(*) Antonio Shastesbury, inglés, nació el 1671. Despues de haber viajado por las principales cortes de Europa oyó las lecciones de Locke, y en 1698 paso á Holanda para ver á Bayle y los otros filósofos que pensaban como él. La reina Ana, no creyendo podia poner su confianza en un hombre que se declaraba enemigo de toda Religion, le privó del vice-almirantazgo de Dorset, que hacia bastante tiempo estaba en su familia. Sería de desear que en esto la imitasen todos los Soberanos y Príncipes; pues quien no respeta á Dios, mal respetará á sus representantes en la tierra. Murió al fin en Nápoles el 1713. Sus obras estan llenas de todos los errores que forman el fondo de la filosofía del siglo. En lo que habla de las virtudes cristianas, se deja desde luego ver que nunca las practicó: los filósofos no se han preciado jamas de muy austeros: tiene para ellos mas atractivos el vicio que la virtud.

dian tambien en tales libros algun sofisma contra alguna verdad fundamental de la Religion, el cual aunque mil años ha esté disuelto y desvanecido en millares de escritos, para su inesperiencia es nuevo é insoluble. Lo van repitiendo entre sus amigos y compañeros, y les parece son ya nuevos gigantes, capaces con esta espada de triunfar de la divinidad. Y aunque tales sofismas no puedan cancelar de su alma las impresiones profundas de Dios, y de la Religion, y substituir el Ateismo, les sirven á lo menos para hacerles creer que hay gentes en el mundo que estan persuadidas de ello; gente que tiene la certeza que ellos no tienen; y gente en fin que penetre la fuerza del argumento que ellos realmente no conocen. Se persuaden que Espinosa (*) demuestra verdaderamente el *Panteismo*, aunque ellos no lo entiendan; que Tolando (**)

(*) Véase sobre este impío el t. 2 de la *Bibl.* pág. 175.

(**) Juan Tolando, irlandés, aunque de padres Católicos abrazó durante sus estudios el Protestantismo. Como en esta religion no hay punto fijo, salvó todos sus límites, y en sus diversas obras enseñó claramente el Deismo y el Ateismo. Despues de haber corrido varias cortes de Alemania volvió á Inglaterra, donde se arruinó por sus disi-

es un ateo invencible; que Hobbes (*) prueba efectivamente, *que la utilidad constituye el derecho*: no obstante que ellos ó no hayan visto tales autores, ó seguramente no hayan encontrado en ellos las pruebas, que puedan conducir á una tranquila y sosegada impiedad. Procuran pues fundar su propia certeza sobre la que suponen en otros, y á fuerza de repetir estas necedades, llegan á atolondrarse, acalorar la imaginacion, y ahogar la verdad interior: y repitiéndolas despues en las reuniones y tertulias, no tanto pretenden engañar á otros, como engañarse á sí mismos; y antes bien solo por engañarse á sí mismos desean engañar á otros (1). El que ha tratado con algunos de estos infelices, y en especial el que ha tenido alguna disputa con ellos, conoce bien esta verdad. Nada temen por eso tanto como un racio-

---

paciones y disolucion: que estos héroes todos se parecen; y murio á los cincuenta y dos años en Lóndres el 1722. Su estravagancia llegó hasta suponer en Spinosa y Moisés unas mismas ideas. Por aqui se puede venir en conocimiento de las demas.

(*) Véase sobre *Hobbes* y su libertinage la cita de la pág. 113 del t. 1 de la *Biblioteca*.

(1) Véase Mr. Mural, *Cartas sobre el espíritu fuerte*.

cinio seguido: ceden á las primeras obgeciones, y con una bufonada se salen de la cuestion; ya porque de ordinario, como hemos dicho, no han leido mas que las tésis ó índices; y ya porque se sabe que el arte de raciocinar no es su prenda característica. Díganos pues ahora todo hombre cuerdo y racional, ¿si unos ateos de esta especie podran ser mirados á otro aspecto, ni tenidos en otro concepto que en el de una gente corrompida, en quien los apetitos desenfrenados son la primera causa de su obcecacion, y les hace cometer la temeridad mas injusta y abominable, cual es renunciar á la Religion, apoyados en la persuasion de otro, á quien no ven, y fiados en algun sofisma, que no entienden? Sin embargo este es el caracter de la máxima parte de los que en nuestros dias quieren pasar por incrédulos. Finalmente, si les falta èl nervio de los argumentos con que sostener ó defender la impiedad, no por eso les falta la audacia, para sacar á plaza los mas vergonzosos errores, é intentar la ruina de las verdades mas importantes. Y asi este atrevimiento es otra de las cosas que aprenden nuestros libertinos en los libros mencionados, en los cuales se deja ver esta audacia como un suplemento necesario para

llenar el vacío de la razon; advirtiéndose siempre ser mayor, cuando es menor la ciencia; y aumentándose respectivamente por los mismos grados que la ignorancia.

VI. *Idea del carácter y del mérito de las Cartas judías.*

Las *Cartas judías*, (*) por egemplo, son uno de los mas miserables escritos que han aparecido contra la Religion en estos últi-

---

(*) Su autor fue Juan Bautista Boyer, mas conocido por el título de *Marques de Argens*: nacido en Aix de la Provenza, de un procurador general del Parlamento de aquella ciudad, su padre quiso dedicarlo al foro; pero su inclinacion lo llevó á las armas, en cuya carrera entró á los quince años. De resultas de una caida de un caballo hubo de dejar el servicio, y pasó á la Holanda, donde empezó á escribir. Federico II de Prusia, que trató de reunir á todos los impíos, lo llamó á su corte, y lo hizo su gentil-hombre de Cámara. Casóse alli, y volvió despues á su patria, donde vivió como filósofo. Bayle era su modelo, y en él bebió sus sofismas contra la Religion: sus dogmas, por confesion propia, dependian de las estaciones; ¡Religion digna de un filósofo! y asi no tenia principio fijo como no fuese la licencia en el escribir, y el odio contra los Ministros del Santuario. Sus *Romances* y sus *Me-*

mos tiempos: y sin embargo el escritor se ostenta como uno de los valerosos campeones. Las impiedades, que con profusion en ellas se derraman, solo se defienden llamando en alta voz *espíritus bajos* y *envidiosos* á todos los que se atreven á llegar á condenarle. Las calumnias y las sátiras con que son maltratados todos los ministros de la verdadera creencia, son las pruebas mas frecuentes con que la impugna: como si la corrupcion de costumbres de los profesores, que son hombres, pudiese perjudicar á la ver-

---

morias estan llenas de hechos que no inmortalizarán á su autor. Las *Cartas judías*, las *Cartas chinas*, las *Cabalísticas*, la *Filosofía del Buen Sentido*, que pudiera decirse del *mal Sentido*, ó del *Delirio*, son las mas nombradas. Tradujo al frances tambien el *Discurso de Juliano contra el Cristianismo*, obra como de aquel apóstata. El trato que en su retiro tuvo con dos virtuosos eclesiásticos, el uno de ellos hermano suyo, le hizo entrar en reflexion sobre sus errores: su conversacion disipó sus dudas, y una enfermedad le decidió enteramente á volver á Dios. Hizo una retractacion solemne de todos sus errores: reprobó sus libros; todo lo cual consta del proceso verbal inserto en las Actas capitulares del cabildo catedral de Tolon, donde la verificó, y donde murió pedidos y recibidos los Sacramentos el 11 de enero de 1771.

dad de una Religion, que se demuestra ser divina.

La persuasion ademas de su propio mérito, y del valor de su trabajo, es en aquel autor cosa tan cierta, que le puso en términos de esclamar desde el principio: y *¿qué importa desagradar á una manada de ignorantes, de frailes y de falsos devotos? ¿Merece acaso menos lo que estos condenan?* (Tom. 1.° Pref.) No es necesario, diré yo, ser fraile ó devoto; basta solo un poco de racionalidad y de honor, para no escribir de esa manera. En efecto, ¿quién puede sufrir á un hombre, que nacido y criado en el Cristianismo, sin átomo de razon, sin auxilio de erudicion docta y verdadera, por solo espíritu (segun aparece) de envidia y de furor pone á cada momento á esta misma Religion, que él llama *Nazarena*, en comparacion con la supersticion judáica, y con la ley de los turcos, y despues de haberla ultrajado y escarnecido, la finge salir de la pendencia batida y afrentada? Una Religion respetada por tantos siglos de todo el mundo, autenticada con tantas pruebas, y para omitir ahora lo demas, enseñada por tantos ingenios antiguos y modernos, en cuya comparacion verdaderamente no sé qué figu-

ra podria hacer este autor? ¿Quién puede sufrir sin indignacion la afectacion maliciosa, con que se disponen muchas Cartas, y se publica en dos lenguas un cuento con mas blasfemias que palabras contra nuestro divino Legislador, y contra la pureza y el honor de su santa Madre? Es verdad, se dice luego, que este cuento es una impostura de los Rabinos; pero ello es que se publica sin otro motivo que dar gusto á los incautos lectores como sucede con las otras novelas impuras y mordaces. ¿Quién es capaz de ver hechos objeto de los mas viles sarcasmos los ritos mas venerables y mas sacrosantos? ¿Quién las verdades mas importantes de la Religion, hechas el blanco de sofismas mil veces ya disueltos, y esto por un *Carazta* ó por otro infiel (como se conoce al fin de las citadas cartas), y en la contienda, ó por ignorancia ó por malicia del escritor, disimular las respuestas y hacer que aquellas sucumban y queden vencidas? ¿Quién puede ver despreciados los mas eminentes ingenios y mas venerables maestros, y pronunciada sentencia de condenacion, y de censura contra los mas doctos congresos, y aun contra naciones enteras, y esto por un escritor que se presenta en el mundo con una docena de cartas *tegi-*

das (1) *de noticias añejas: y recamadas de reflexiones triviales, de estractos del Espia Turco, de parafrasis de Rousseau y de otros autores: y que si hay en ellas alguna cosa que algo valga, es lo que está ya cien veces estampado en otros libros?* No se me diga que en estas *cartas* habla un hebreo, el cual por sostener su carácter, se esplica segun las preocupaciones de su secta. ¡Miserable y pueril defensa! Un hombre de honor, si no tiene valor para salir al campo contra la Religion con la cara descubierta, debe avergonzarse de hacerla un obgeto de mofa y de irrision, y de prestar su pluma á un Rabino ó á un Impio, y hacerles decir unas blasfemias, que sabe bien estan mil veces confutadas, y que no es capaz de sostener (2).

---

(1) Véase la carta dirigida al autor de aquella rapsodia, y que antecede al t. 7 de las *Cartas judías* de la edicion de Lausana, y de Ginebra de 1730.

(2) Abusaria de la paciencia de mis lectores si hubiese de citar los testimonios de muchos hombres doctos y prudentes de todos los siglos, que desaprueban fraude semejante. Se sabe cuál ha sido el parecer de todo el mundo sobre el poco ha citado Luciano, el cual siempre vomitaba sus impiedades debajo de la máscara de algun bufon: se sabe lo que escribe el Nacianceno (*Orat.* 3.) de Juliano

VII. *Infiérese de todo esto que la corrupcion del corazon es el manantial ordinario de la impiedad.*

Estas son pues las demostraciones de que se arman nuestros libertinos, y que manejan en las concurrencias para aparecer espíritus fuertes, y hacerse formidables. La arrogancia, el desprecio y las sátiras contra la Religion y de quien la profesa, es lo mas lucido y mas fuerte que saben. *Es bastante pro-*

Apóstata, cuando fingiéndose todavia cristiano, bajo la apariencia de disputar, defendia la idolatría, é impugnaba el Evangelio: se sabe lo que dice Focio (*Cod.* 106 contra Teognosto), *el cual* escusaba los errores de cierto libro suyo como enunciados en persona de otro: se sabe (para recordar á nuestro *literato judaizante* un egemplo doméstico y muy del caso) lo que escribe Gerson de aquel otro que en París en persona de un judío se mofó é impugnó el Cristianismo. Llamado ante el Arzobispo, y convencido por el Canciller, se escusó diciendo, que los habia proferido en persona de un Hebreo. *Pues bien,* replicó el Canciller, *si hablaste entonces como judío, retráctate ahora como Cristiano.* Esto debia hacer el Marqués de Argens. Mas ya no está acaso en estado de egecutarlo. * Efectivamente lo hizo antes de morir. *Véase la pág.* 42.

bable, dice Pedro Bayle haciendo el retrato de estos, *que los que en las concurrencias afectan combatir las verdades mas comunes de la Religion, hablan mas de lo que piensan. En sus disputas tiene mas parte la vanidad que la persuasion. Se imaginan que la singularidad y la osadía de los sentimientos que defienden, les adquirirá el concepto de espíritus grandes..... forman poco á poco cierto hábito de tener discursos impíos, y si la vida viciosa se une á su vanidad, corren mas veloces por este camino. Este hábito perverso contraido bajo los auspicios ya de la soberbia, ó ya de la sensualidad, trastorna las impresiones de la educacion; es decir, adormece el sentimiento de las verdades que aprendieron en la infancia acerca de la Divinidad, del Cielo y del Infierno.* Y poco despues: *aprendieron algunas objeciones; aturden al mundo con ellas; y hablan como charlatanes* (1). ¿Qué mas se quiere para descubrir en este estilo de los libertinos la fuente de corrupcion mas lamentable? Fomentándose ésta, y prometiéndose libertad y tranquilidad en el sistema impío, se aplican á éste, no guia-

(1) *Dic. crit.* artic. *Dex-barreaux.*

dos de la fuerza de la razon, sino auxiliados de algun mal entendido sofisma y armados de osadía y arrogancia.

CAPÍTULO II.

De la misma primera fuente de la impiedad.

I. *Caracter que afectan los libertinos.*

Nada por ventura desagrada tanto á los libertinos como el ser tenidos por tales, no por sistema, persuasion y convencimiento, sino á causa de un corazon perverso y corrompido. Paréceles que el primer género de incredulidad puede avenirse con el caracter de hombre de bien, y añade á él la fama de un literato, que se eleva sobre el comun de las gentes por su libre modo de pensar; cuando á la verdad el segundo presenta solo, aun por confesion del mas apasionado entre sus defensores, la idea de un hombre perverso, arrastrado del desórden de las pasiones mas brutales, que ha llegado al estremo de desear ser, aunque sin podérselo per-

suadir, semejante á las bestias del campo, sin eternidad y sin Dios.

II. *Lo desmienten en los peligros y en la hora de la muerte. Pasage ilustre de Lucrecio. Mutabilidad de Tulio Hostilio, de Bion Boristenita, y de otros libertinos antiguos y modernos.*

Que este sea puntualmente el carácter de los incrédulos, es decir, que su impiedad nazca de los deseos impuros de un corazon corrompido, y no en manera alguna de una firme, sólida y estable persuasion de principios, lo prueban á mi entender bastantemente las razones espuestas en el capítulo anterior. Con todo eso no desagradará ver que ellos mismos lo demuestran con sus hechos. Es ciertamente observacion hecha no una vez, ó en alguno solo, sino casi universalmente, y en todos tiempos, que estos despreciadores de la Divinidad, estos mofadores de la otra vida, en hallándose en algun peligro, y especialmente en la cercanía de la muerte, se abaten, deponen el orgullo, bajan la voz, tiemblan, se asustan, reconocen infierno, abrazan la Religion, hacen votos á Dios, y aun pasan no pocas veces de

la impiedad al esceso opuesto de la superstición.

Demos por fiador de este hecho en primer lugar á un poeta, que para con los libertinos no padece escepcion, á saber, Lucrecio: he aquí como habla (1).

Y aunque los hombres todos te repitan,
Que temen mas la enfermedad acerba
O una existencia vil, que los suplicios
Con que el profundo Averno nos idean;
Y aunque aseguren que en la sangre sola
Del alma estriva la sútil esencia,
Sin que la constituya el raciocinio,
No tú por eso sus asertos creas.
La ambicion del aplauso, ó el capricho,
Es la que pone en su insensata lengua
Esta necia jactáncia; y ellos mismos

---

(1) *Nam quod sæpe homines, morbos magis esse timendos*
Infamemque, ferunt vitam quam tartara læti,
Et se scire animi naturam sanguinis ese;
Nec prorsus quidquam nostræ rationis egere:
Hic licet advertas animum, magis omnia laudis,
Aut etiam venti, si fert ita forte voluntas,
Jactari causa, quam quod res ipsa probetur.
Extorres iidem patria, longeque fugati
Conspectu ex hominum, fœdati crimine turpi
Omnibus ærumnis affecti denique vivunt:
Et quocumque tamen miseri venere, parentant,
Et nigras mactant pecudes, et Manibus Divis
Inferias mittunt: multoque in rebus acerbis
Acrius advertunt animos ad religionem. Lib. 3, v. 31.

Allá en su corazon la desaprueban.
Míralos de su patria desterrados;
Vélos errantes por lejanas tierras,
O reos de algun crímen, ó cargados
Con todo el peso de una suerte adversa;
Vivir siempre apetecen aunque sufran;
Y á do quiera que arrastren su existencia,
Al Cielo envian humillantes votos:
A los Manes tambien hacen ofrendas:
Y en los lances amargos de la vida
La Religion de su alma se apodera.

Hasta aquí Lucrecio: no sería difícil citar una larga série de egemplos para comprobarlo. ¿Mas quién no sabe lo que de Tulio Hostilio, 3.º Rey de los Romanos, espíritu verdaderamente fuerte y feroz, dejó escrito Tito Livio (1)? Estando afligido, dice, de una grave dolencia, *pero aun con todas las fuerzas del cuerpo, se vió abatido su espíritu feroz de manera, que aquel que poco antes juzgaba que nada era menos decente á un Rey, que adherirse á la Religion, inmediatamente se sujetó á las supersticiones todas, grandes y pequeñas, llenando de ellas tambien al pueblo.* Á este Príncipe feroz añádase un filósofo audacísimo. Este es Bion Boristenita (*), de

(1) *Dec. 1. Lib. 1. cap.* 31.
(*) *Bion* de Boristene fue primero discípulo de

quien habla Laercio en el libro 4.°, y Horacio en el libro 2.° (1) de sus Epístolas, en donde hace mencion de su *negra sal;* porque en efecto no la ahorraba ni con los hombres ni con los Dioses, de todos los cuales se burlaba en sus chistosos y satíricos discursos. Este, como discípulo que habia sido del famoso ateo Teodoro, descaradamente quitaba del medio toda Divinidad, y hollaba toda Religion: y aun procuraba con sofismas persuadir á otros la impiedad y malas costumbres. ¿Y despues? Despues habiéndole acometido una enfermedad, he aquí al espíritu fuerte é intrépido, el cual no solo pidiendo perdon

---

Crates, despues Cínico, y por último se dió á oir las lecciones de Teodoro, dicho el *Ateo*, y luego de Teofrasto. Se conservan de él algunas sentencias ingeniosas; pero en casi todas ellas se advierte alguna punta de vanidad y de orgullo. Buscaba los aplausos por todos los medios imaginables. En Rodas hizo vestir de estudiantes á los marineros para presentarse seguido de gran número de discípulos. Dícese que en la hora de la muerte reconoció sus impiedades, y pidió perdon de ellas. Floreció 276 años antes de Cristo.

(1) *Carmine tu gaudes, hic delectatur jambis:*
Ille Bioneis sermonibus, et sale nigro.
Lib. II. Ep. 2. v. 59.

á la magestad divina, sino sujetándose á las mas necias supersticiones, hizo ver, que su ostentado Ateismo no tenia mas fundamento que la jactancia y la corrupcion del corazon; y espantado del peligro, dejó caer de la mano las armas que tan atrevidamente vibraba contra el Cielo. El citado Diógenes Laercio, despues de habernos dado el compendio de su vida, forma sobre la metamorfosis de este espíritu fuerte la mas sazonada y justa censura, la cual como muy oportuna á nuestro propósito, merece ser aquí copiada. Dice así (1):

Si á Bion Boristenes no conoces,
Este es quien en la Escitia producido
Asegurar osó no habia Dioses:
Y si firme lo hubiese sostenido,
Pudiera haberse dicho que, aun errando,
Aquello propaló que hubo sentido.

---

(1) *Bionem Boristenitem, quem Scitica tellus produxit,*
Dixisse audivimus revera nihil esse Deos.
Ac si quidem hic dogma tueri perstitisset, merito dicendus esset
Sensisse ut visum fuisset, etsi male visum esset.
Ac nunc cum in longum morbum incidisset, ac mori pertimesceret;
Qui Deos non esse dixerat, qui fanum non viderat,
Mortalibusque illusserat, dum Diis immolarent;
Non pro foco solum, arisque ac mensa,

En salud tal doctrina fue sembrando;
Pero vióse en un lecho muy doliente,
Del duro trance de morir temblando:
Y el que poco antes enseñó insolente
Que no existian Dioses vengadores,
Ni pisó templo alguno piamente;
Aquel que con sarcasmos mofadores
Se burló del que hacia sacrificios
A los supremos Dioses hacedores,
Ya obsequioso redobla sus oficios:
Y de aromas, inciensos y grosura
Los sacia, para hacérselos propicios.
Ni esto basta á calmarle en su amargura,
Clamando: perdon, Dioses, que he pecado;
Sino que en los echizos se inaugura.
A una vieja se entrega de contado:
Y para que le ensalme el cuello ofrece,
Y el brazo con correas sujetado.
Un abrojo y laurel luego aparece
Sobre su umbral, segun le aconsejaba:
Que á todo entonces tímido obedece.
¡Necio! con tales dones opinaba

Nidore, adipe, Thureque Deorum nares implevit:
Nec solum, peccavi, dixit, delictis parcite;
Sed et anui collum facile porrexit excantandum:
Brachiaque loris persuasus devinxit.
Rhamnumque, et lauri ramum januæ imposuit,
Cuncta administrare magis, quam mori paratus.
Stultus, qui mercede voluerit Deos esse:
Quasi tunc essent, cum illos Bion demum esse arbitraretur.
Ergo nequicquam sapiens, cum lembus erat carbo totus,
Tendens manum, salve, inquit, Pluto, salve.

Lib. 4. Segment. 55.

Sobornar á los Dioses; y que luego
Existiesen, cuando él lo decretaba.
Olvidó pues su ciencia como un juego:
Y cuando hecha carbon la fauz tenia,
La mano alzando en humillado ruego:
Salve, Pluton, mil veces repetia.

He aquí pues una pintura bastante clara de lo que vemos cada dia en los incrédulos modernos. Cuanto mas audaces en burlarse de la Religion cuando las fuerzas del cuerpo corresponden á los furores del espíritu, otro tanto son mas viles, y abatidos al menor peligro que se les presenta. En un momento pierden y olvidan su metafísica; nada valen ya entonces Hobbes, ni Espinosa: las pretendidas demostraciones contra la existencia de Dios desaparecen: y en nada mas piensan que en buscar el perdon, llegando no pocas veces, como se ha dicho, hasta la supersticion, y la estravagancia. El mismo Bayle concede voluntariamente, que esta es la escena que presentan (1) *casi todos los impíos*: y entre otras cosas refiere, que un *insigne espíritu fuerte se quejaba vivamente, de que ninguno de los de su secta tenia el*

(1) *Dic. crit.* art. *Bion.*

don de la perseverancia: que no la hacian honor cuando se veian cercanos á la muerte, y que en ella se deshonraban á sí mismos, y se desmentian. En muchas partes de su grande Diccionario muestra verificado todo esto con varios egemplos (1). Y no nos sería difícil añadir aquí algunos otros mas modernos. Mr. de la Metrie (*), autor del impío

---

(1) Art. *Bion y Des-barreaux*, &c. Véase el t. 2 de la *Biblioteca*, pág. 166.

(*) Julian La-Mettrie, frances, natural de san Malo, dedicóse á la medicina, y estudió bajó la conducta de Boerhave en Holanda. Médico de un regimiento de Guardias francesas, manifestó desde luego sus impiedades en su obra de la *Historia natural del alma.* Precisado por este motivo á salir de Francia y de Holanda, donde su libro habia sido quemado, se acogió al Rey de Prusia, quien lo hizo su lector, y miembro de la academia de Berlin. Tan estravagante en su conducta como en sus principios, se le veia á veces en medio de una tertulia desnudarse enteramente, hasta quedar del todo descubierto. Su *Hombre maquina*, su *Hombre planta*, su *Discurso sobre la felicidad*, descubren un energúmeno mas que otra cosa. Constituye la felicidad en acallar los remordimientos, y abandonarse á todas sus inclinaciones: aconseja al ladron que robe, al disoluto que se revuelque en el cieno de su lascivia, &c. si su inclinacion es esa: hace salir á los animales de la tierra como brota la hierba de los campos &c. En fin, escribió en tales términos

libro intitulado el *Hombre máquina*, ha comparecido en el mundo como uno de los mas empeñados materialistas, y segun la frase de Bayle, deberia llamársele *impío por sistema:* sin embargo tambien este perdió la *fortaleza de espíritu*, y procuró arrepentirse. Se sabe cuán precioso ha sido para los libertinos el nombre del autor de las *Cartas persianas*, y con cuánta afectacion le han celebrado. Pues tambien á la hora de la muerte depuso su arrogancia, y procuró morir no como persa, sino como cristiano (*).

---

que Voltaire mismo decia era *un loco*, que *escribia emborrachado.* En medio de este furor anti-religioso llegó la muerte, y la vista de un Dios vengador le desconcertó: maldijo su filosofía, que asi le habia estraviado: hizo una retractacion de sus errores; quiso que constase por pruebas públicas, deseando doblar la ira de un Dios á quien habia ofendido. Ojalá que lo haya alcanzado. Los filósofos sintieron mucho este paso, y uno de ellos decia: Que La-Mettrie los habia deshonrado en vida; pero mas en la muerte. Vivamos siempre en la santa Religion en que hemos nacido, para no tener que sufrir este oprobio en los últimos instantes. El de La-Mettrie fue el 1751.

(*) Véase el t. 2. de la *Biblioteca*, pág. 166.

III. *¿Qué se infiere de esto?*

Esta conducta casi universal de los espíritus fuertes, que en los peligros y cercanía de la muerte se olvidan del sistema de la impiedad, ¿qué nos da á entender? Sin duda que el orígen de su impiedad no es la razon, sino la depravacion: la base de su sistema no son argumentos sino ilusiones, las cuales habian llegado á turbar y obscurecer las ideas de eternidad y de Dios profundamente impresas en su alma; pero no á borrarlas con una persuasion, efecto de un exacto raciocinio. En efecto, si como repiten á cada momento, estan bien convencidos de que la muerte no es mas que un profundo eterno sueño, libre de toda sensacion; que el Juicio con que el Soberano Moderador nos amenaza despues de la muerte, no es otra cosa que una invencion poética, y el infierno un cuento de viejas, y un espantajo de niños (1), ¿por qué al momento que

(1) *Nam veluti pueri trepidant, atque omnia cæcis*
In tenebris metuunt, sic nos in luce timemus.
Interdum nihilo quæ sunt metuenda magis quam
Quæ pueri in tenebris pavitant, finguntque futura.
Lucret. Lib. 4. v. 34.

estos objetos les amenazan de cerca, no continúan riéndose de ellos? ¿por qué entonces no recuerdan sus demostraciones? ¿por qué no salen al encuentro á estos temores con aquel denuedo con que un hombre valeroso entra de noche en una estancia, en que sabe no hay mas que sombras que puedan espantar á niños? Por qué antes bien nos muestran renovada la escena que propone Eschilo *en los Persas*, cuando acosados de las armas griegas, y batidos por la tempestad aquellos feroces soldados de Ecco, en medio de estas calamidades

Quien antes no haber Dioses opinaba,
Entonces ya con lastimeros ruegos
A los cielos y tierra importunaba? (1).

VI. *Un pensamiento de Bayle confirma esto mismo.*

Acaso nos responderán que lo hacen así para mayor seguridad, sirviéndose entonces del argumento *ab eo quod est tutius*; es decir, de lo mas seguro, que arriba indicamos

(1) . . . . *Qui Deos*
Non esse credebant prius, fundebant preces
Cœlum atque terram adorantes. Æsquil. in Pers.

por el partido de la Religion, que si es verdadera promete un sumo bien; y si fuera falsa, nada daba que temer.

Pero este argumento, por sólido que sea por otra parte, no tiene en manera alguna lugar contra la evidencia. Es decir: el partido que parece mas seguro, no puede seguirse, no siendo un hombre estremadamente débil y melancólico, por el que está convencido con evidencia, de que tal partido es falso y vano, y que el sistema opuesto es cierto y verdadero. ¿Cómo pues podria ser que los libertinos, *espíritus fuertes* é intrépidos, siguiesen á la hora de la muerte, solo para mayor seguridad, el partido de la Religion, si estuviesen realmente persuadidos de que es una vanidad y demencia, y se hallasen ciertos del Ateismo?

Replicárase acaso, que los libertinos á la verdad jamas llegan á tener esta certeza contra la Religion y contra Dios; sino solamente dudas (1), las cuales por consecuencia dejan lugar al partido de la mayor seguridad. Así puntualmente responde el grande abogado de ellos. Oigámosle: *casi to-*

(1) Véanse las *cartas de Mr. Muralt sobre el espíritu fuerte.*

dos los (1) *que viven en la irreligion, no tienen mas que dudas: jamas llegan á tener certeza. Al verse en el riesgo de una grave enfermedad, en que la irreligion ya no les es de algun uso, se aplican al partido mas seguro; esto es, al que en caso de ser verdadero, promete una eterna felicidad, y no espone á peligro alguno, aunque sea falso.*

¿Mas por qué no forman esta resolucion en vida? ¿Por qué no abrazan un partido ciertamente seguro y ventajoso en tanto grado, si no tienen mas que dudas contra él? No por otra causa ciertamente, sino porque en vida la irreligion les es de algun provecho: es decir, les deja seguir sin remordimiento lo que les dictan las pasiones, y al tiempo de morirse no estan ya para eso. En esto cualquiera ve que ellos mismos confiesan lo que al presente deseamos, y es, que el gran principio que los detiene en la impiedad, es la *corrupcion del corazon*. No tienen contra la Religion mas que dudas: en este caso es evidente que deberian adherirse al partido de la Religion, que es el ventajoso y seguro, como lo hacen a la hora de la muerte; por-

(1) *Diccion. crit.* art. *Bion.*

que estar suspensos, decia Pascal, es lo mismo que ser impíos por escelencia. Luego si no lo hacen, se declaran dominados de una concupiscencia inmoderadísima, pues que apoyada en solas y meras dudas basta para detenerlos en la irreligion, la cual aunque se redugese á una especie de sistema, no les produciria otra ventaja que dejarlos vivir como brutos: y en todo evento los espone á perder un infinito bien, y á entrar en un eterno mal. Luego todos nuestros espíritus fuertes y libertinos son tales, porque quieren ser soberbios y malvados.

V. *Ateistas por sistema y de buena fé son una paradoja de Bayle.*

Mas aunque parezca que Bayle confiesa alguna vez ingenuamente la verdad, con todo eso siempre tiene prontas ciertas retiradas cautelosas, por las cuales se descubre su primera intencion, y donde habia puesto sus miras. Concede en muchos lugares que la mayor parte de los libertinos, es decir, todos esos jóvenes disolutos, los políticos interesados, los ministros venales, los charlatanes hinchados, y todo ese cúmulo de personas, que con el carácter de espíritus fuer-

tes inficionan la Europa, no son en realidad mas que una turba de gente tan corrompida como ignorante, ó á lo mas superficialmente erudita. Confiesa que son personas, que aunque en sus academias y reuniones literarias hablan con tanta osadía contra la Religion, ó no saben lo que dicen, ó dicen mas de lo que piensan: personas en fin, en quienes la violencia de las pasiones suple por la demostracion que los afirme en la impiedad. De estos pues confiesa espontáneamente Bayle, que como gente débil ó héroes de teatro, sienten á la hora de la muerte una mudanza, que es en efecto prueba de que la Religion estaba en ellos sofocada por el humo de las pasiones, mas no apagada con la fuerza de los raciocinios. Pero fuera de esta turba, de cuya proteccion se desdeña el gran crítico, señala otros muchos favoritos suyos, á quienes llama (1) *hombres graves separados de los placeres y vanidades de la tierra, que en las conversaciones no se empeñan en dogmatizar por la impiedad; y guardan y reservan sus sentimientos* (¡preciosísimas joyas!) *para sí solos, ó para aquellas personas que no son capaces de abusar de ellos.* Y á estos llaman *ateistas*

(1) *Dic. crit.* art. *Des-barreaux.*

por sistema, no corrompidos por la disolucion, ni por la vanagloria: á quienes la infelicidad de haber sido demasiado vivamente heridos de un cierto principio, y haberlo seguido con demasiada graduacion de consecuencias, ha conducido á una cierta persuasion. ¿Se podia retratar mas dulcemente á los monstruos del género humano? Y sin embargo, ¿qué es lo que dice Bayle de estos? *La gracia de Dios puede en efecto librarlos en la proximidad de la muerte; pero sin este auxilio persisten en su indolencia en medio de la enfermedad y del peligro: y si acaso convienen en las ceremonias que acostumbra la Iglesia, sola y únicamente es por librar á sus parientes de las vergonzosas consecuencias de negárseles lo que prescribe el Ritual.* He ahí lo que son los campeones del Ateismo. He ahí unos hombres llenos de valor para no temer por sí mismos el infierno á la hora de la muerte; con todo eso temer en sus parientes el sonrojo de que se les niegue la sepultura. Estos son los que merecen el triunfo, segun Bayle, y no aquellos literatos (1) *que no han examinado las materias, y solo han*

---

(1) En el lugar citado.

aprendido alguna objecion con que atolondran al mundo, hablan por un principio de jactancia, y luego se desmienten á vista del peligro. Mas no nos dejemos deslumbrar con los rodeos del gran pirrónico: desenvolvamos las equivocaciones, y veremos que nuestra proposicion siempre subsiste. El pensamiento de Bayle se funda en una falsa suposicion. Decimos pues: 1.° Que ya lo hemos concedido, y repetimos de nuevo, que hay unos libertinos menos corrompidos que otros, y poco ó nada metidos en el lodo de las disoluciones. Pero que hombres graves, educados en la Religion y de ningun modo corrompidos de la vanidad ni de los deleites; es decir, que unos hombres de integridad se hagan ateos; esto es lo que tenemos por una paradoja, y creemos haberlo ya probado. 2.° Que haya libertinos estudiosos, literatos, doctos, que se inclinan á la impiedad, no como estúpidos animales sobre las huellas de la incredulidad de otros, sino como por via de estudio, y con graduacion de sofismas, tambien es cosa concedida y ahora la concedemos. Mas que estos lleguen á una entera persuasion y convencimiento, y á ser ateos de buena fé, y no mas bien por una especie de delirio y turbacion de ideas, lo negamos, y creemos tener

derecho para negarlo despues de lo que queda dicho y lo que nos resta que decir. 3.° Que la gracia de Dios pueda librar á estos de la impiedad á la vista de la muerte, es un dogma de fé: mas el ver que algunos acaban la vida sin muestra alguna de arrepentimiento, sea prueba de que se hallaban realmente tranquilos y persuadidos del Ateismo, es lo que negamos.

VI. *La indolencia y obstinacion de algunos Libertinos en la hora de la muerte no es prueba de su persuasion. Se confirma con el hecho.*

En efecto, la inmutacion y el abatimiento de los espíritus fuertes á vista de la muerte, es buena prueba, y lo confiesa el mismo Bayle, de que en ellos no habia mas que algunas dudas. La insensibilidad é indolencia de algunos otros en aquel trance no es argumento de su persuasion. Un sopor de entendimiento, ó una desesperacion de voluntad, productos de las perversas disposiciones precedentes y de un justo abandono de parte de Dios, puede ser la causa de la funesta indiferencia con que fallecen, y no una sistemática persuasion del entendimien-

*

to. ¿No vemos todos los dias á tantos cristianos que en el lecho de la muerte no ceden á las súplicas ni á las amenazas con que se les pretende escitar á que renuncien á sus malos afectos, y se dispongan con el arrepentimiento á una buena muerte; y obstinados é insensibles, sin señal alguna de arrepentimiento pasan al otro mundo? ¿Y qué, obran acaso estos en fuerza de alguna persuasion de que no hay eternidad ni Dios, ó de que puedan salvarse muriendo impenitentes? Nada menos, pues ningun indicio han dado de tales errores. Una obcecacion de entendimiento, y una obduracion de corazon, que los tiene estúpidos y sumidos en el lodo antiguo, ó acaso una desesperacion funesta, por la que no esperan ya misericordia, les hace morir de esa manera. Estas son tambien las disposiciones de los libertinos, que se ven indolentes en las enfermedades y peligros, y fallecen sin señales de arrepentimiento. No es una tranquilidad filosófica, sino una estupidez brutal, por la cual no reparan en el paso tremendo en que se hallan; ó si acaso tienen el entendimiento despierto y despejado, y conocen sus caprichosas necedades, y la insubsistencia de sus dudas; eso no obstante ello es cierto, que para convertirse en reali-

dad á Dios, es necesaria, como lo confiesa Bayle, la divina gracia. Mas esta gracia justísimamente les falta, no esperan conseguirla, y asi pasan á la otra vida, no como espíritus intrépidos, sino furibundos y desesperados. Y aqui viene oportunamente lo que refiere Bernardo Nieuwentyt (1), bien conocido no menos por su instruccion en las materias filosóficas, que por su carácter ingenuo y grave. Hablando éste de uno de los *espíritus fuertes*, dice asi: "He conocido en mi juventud á uno de los íntimos amigos de Espinosa, que habia sido su discípulo, y siguió siempre sus opiniones, y siempre que se presentaba ocasion las defendia con mucha sutileza, pues era de ingenio superior. Habiendo enfermado se mantuvo tranquilo mucho tiempo, á imitacion de su maestro; pero finalmente prorrumpió en estas terribles palabras: *Que creia entonces todo lo que antes habia negado; mas que era ya muy tarde para esperar misericordia:* un literato amigo mio tuvo el cuidado de referirme este desastrado fin con todas sus circunstancias." Hasta aqui Nieuwentyt (2). Si se hubiera

(1) La existencia de Dios. *Discurs. prelim.*
(2) *Ibid.*

de contar á alguno entre los que llama Bayle *ateos por sistema, y que por principios y graduacion de consecuencias se oponen á la Religion*, parece ciertamente que deberia ser este, como discípulo y secuaz tan empeñado de que se dice haber reducido á sistema el Ateismo; y sin embargo su confesion á la hora de la muerte nos hace ver, que no era la persuasion interior, sino la soberbia y vanidad la que le habia inducido á defender la impiedad: y que si entonces no se convertia con un corazon contrito á Dios, de quien habia blasfemado y á quien habia negado, no procedia de no creer su existencia, sino de no esperar ya misericordia. ¿Pues por qué no deberemos decir son las mismas, aunque no las espresen, las disposiciones de los otros, que siendo de ingenio inferior y estando menos iniciados en los misterios de la impiedad, han impugnado durante su vida la Religion?

VII. *Muerte de Espinosa variamente referida por los historiadores.*

En vista de que Nieuwentyt hablando del desesperado fin del discípulo, hace mencion de la tranquilidad del maestro, podria

por ventura creer alguno, que aquel héroe de los Ateos habia manifestado en el peligro y en la enfermedad de là muerte aquella firmeza y constancia intrépida que suele faltar á sus secuaces, aunque tanto la desean. Mas aunque los autores escriben con variedad el fin de Espinosa, en ninguno de ellos encontramos ese pretendido heroismo. El autor poco ha citado, y á quien debe darse entero crédito, asi por su carácter, como por haber vivido en el mismo pais y tratado íntimamente con quien habia conocido bien á aquel impío, refiere el suceso asi: *Es cierto* (1) *que Espinosa, para prevènir toda turbacion é inquietud, ni durante la enfermedad, ni próximo á la muerte, quiso oir á nadie razonar sobre el estado del hombre despues de esta vida, ni sobre la certeza ó incertidumbre de sus opiniones: esto demuestra ciertamente un hombre, que no estaba bien persuadido por una sólida filosofía. Porque aun cuando se hallase su entendimiento debilitado por la enfermedad, de modo que no hubiera podido responder á todas las obje-*

---

(1) Bernardo Niewent. *Existencia de Dios, discurso preliminar.*

ciones como deseára; eso no obstante, era tambien cierto, segun sus principios, que no por eso sería mas infeliz despues de la muerte, sino solo que no hubiera podido gloriarse por mucho tiempo del honor de ser un espíritu mas fuerte que los otros. Juan Cristobal Wolfio (1) dice algo mas: *estando cercano á la muerte no admitió á persona alguna, y prorrumpió muchas veces en estas palabras*: O Dios, sed propicio á este pecador. *Francisco Halma en el prefacio á la vida de Espinosa, dice que lo oyó asi de un sugeto muy célebre.* De estas relaciones parece bien claro, que este impío lejos de haberse mostrado en aquel estremo firme y constante en el ateismo, reducido por él *á sistema*, perdió entonces toda su geometría y todos sus sistemas, y al modo de los otros libertinos, ó reprobó en aquel punto sus delirios, ó con una pérfida obstinacion no quiso dar oidos á quien podia sacarle del errror. Tambien Jacobo Brukero (2), último escritor de la His-

---

(1) *Morti proximus nullum admisit, sæpeque in hæc verba prorrupit:* ó Deus, esto mihi peccatori propitius! *Wolf. Biblioth. heb.* p. 1.

(2) Jacob. *Brucker*, t. 4, part. 2.

toria filosófica, siguiendo la autoridad de Juan Colero, uno de los que dieron á lúz la vida de Espinosa, digna á la verdad mas bien de las tinieblas y del olvido, pretende que todo lo que se dijo de sus esclamaciones á Dios, ó de la prohibicion al huesped de admitir ministros á visitarle, ó de haber tomado la cicuta, como algunos pretenden, todo es fabuloso. Y añade, que la muerte de Espinosa, como suele suceder á los éticos (pues esta era la enfermedad que le iba acabando), le sobrecogió de improviso tanto á él como á sus huéspedes; pues el mismo dia habia salido de su habitacion, y en el momento fatal solo se hallaba con él un médico de Amsterdam, que habia venido á visitarle. Mas cuando se quiera estar á esta relacion, y la muerte de Espinosa haya sido instantánea é imprevista; ya que no nos muestre la mutacion acostumbrada de los libertinos, tampoco nos deja ver en él intrepidez ni valor, y sí solo el tremendo castigo de aquel Dios que arroja en un momento á sus enemigos blasfemos á esperimentar el rigor eterno de su indignacion, que no habian temido.

VIII. *Breve noticia de la muerte de Bayle.*

Este igualmente fue, digámoslo de paso, el trágico fin de *Pedro Bayle*, quien despues de haber representado tantos personages en la república de las letras, no tuvo tiempo para darnos á conocer en la última hora si habia favorecido el pirronismo, el maniqueismo y el ateismo por vana ostentacion, acogiéndose en aquella estremidad al *partido mas seguro*; ó si habia patrocinado con tanto empeño la impiedad *por sistema, y por graduacion de consecuencias*, manteniéndose intrépido y constante en el peligro y artículo de la muerte. Porque tambien este murió repentinamente, y sin que se hallase presente alguno de sus amigos; los cuales le hallaron vestido y muerto sobre su cama (1).

(1) Véase *la vida de Mr. Bayle* por Mr. Dexmaceaux; y el P. Niceron, t. 6.

IX. Opinion mas verosimil acerca de las disposiciones de Espinosa á la hora de la muerte. Reflexiones que nacen de aqui en órden á la persuasion de aquel impío. Conclusion de todo lo dicho.

Mas volviendo á Espinosa, aunque se quiera decir que su muerte fue repentina, como aseguran Colero y otros; con todo eso no podemos negar lo que refiere Nieuwentyt àcerca de las disposiciones y precaucion que habia tomado; esto es, que *para prevenir toda turbacion é inquietud no quiso durante la enfermedad, ni en la proximidad de la muerte, que se le hablase del estado del hombre despues de esta vida, ni sobre la certeza ó incertidumbre de sus sentimientos.* Digo que no podemos contradecir á esta relacion, lo 1.°, porque este autor, que podia saberlo con seguridad, lo refiere como un hecho cierto. Lo 2.° porque la relacion de Nieuwentyt es del todo conforme con lo que dice Pedro Bayle, y supone haberlo sabido de buena parte (1); y finalmente, porque es muy conforme con las disposiciones del ánimo de Espinosa, y que él mismo manifiesta en una

(1) *Pensamientos diversos*, §. 181.

carta á Bliemberg, indicada tambien por Nieuwentyt, en la cual despues de haber confesado que no entendia la Escritura, y por eso en sus opiniones se remitia enteramente á lo que su entendimiento le dictaba, añade: *y si el conocimiento que tengo de mi razon natural fuere falso, no por eso deja de hacerme feliz mientras me gozo y paso la vida, no entre lágrimas y suspiros, sino con tranquilidad, entre alegrías y placeres* (1). De este pasage se infieren muchas cosas dignísimas de reflexion. 1.° Cuán débil y vacilante era la persuasion que este hombre, á pesar de su *método geométrico, y del ateismo en sistema*, tenia de su opinion; pues no dudaba que podia ser falsa. 2.° Cuán pésima era la disposicion de su alma, puesto que en una cosa de tanta entidad, y sobre la que no podria ignorar los argumentos y las consecuencias infinitas del verdadero sistema, sin pasar mas adelante vivia tranquilo sobre una monstruosa opinion, que creia podia ser falsa. Y se aquietaba con ella por el único motivo de que esta opinion le hacia feliz mientras gozaba de ella, y le proporcionaba vivir, no entre lágrimas, sino entre placeres. De-

---

(1) *Carta* 34.

cidan pues, dice oportunamente Nieuwentiit (1), las personas de entendimiento, si estas palabras muestran ser de un filósofo, que investiga la verdad, ó de un ateo obstinado, que por no turbar sus placeres no quiere oir razonamientos. 3.° Cuan conforme era á estas disposiciones de la mente y corazon de Espinosa lo que hemos dicho arriba del tiempo de su enfermedad y muerte; esto es, no haber querido oir hablar entonces acerca de sus opiniones, ni de las cosas de la otra vida. Tenia previsto se turbaria su sosiego, y como decia aquel de quien habla Horacio (2), le sería arrebatado de la mente el gratísimo error, del cual no tenia certeza sino obstinacion; y en tal caso habria podido dar aquellas señales de debilidad, que suelen verse en los impíos, y no convenian á un hombre como él, celebrado no solo en Holanda, mas tambien en Francia, en Alemania y en Inglaterra por príncipe de los *espíritus fuertes* (3). 4.° Estos sentimientos en vida, y estas cautelas en la enfermedad y cercanías de

---

(1) Véase el *Discurso* ya citado.

(2) . . . . *Pol me occidistis, amici,*
Non servastis, ait, cui sic extorta voluptas,
Et demptus per vim mentis gratissimus error. Lib. 2. Ep. 2.

(3) Bayl. *Dic. crit.* art. *Espinosa.*

la muerte, nos muestran en el dicho Espinosa lo que intentamos probar aqui: esto es, que no la evidencia de las razones, sino la *corrupcion del corazon*, dominado de abominable soberbia, ó el deseo de una vida exenta de lágrimas y de suspiros (que son el fruto de una conciencia tocada de Dios), acompañada de una tranquilidad funestísima, fue el gran principio que le precipitó y fijó en la impiedad. Lo mismo nos parece puede decirse y afirmarse con toda certeza de los otros libertinos (†) que á vista de los peligros

(†) Debiera añadirse aqui el desgraciado y escandaloso éxito del famosísimo *Voltaire*, sin omitir el de *D'Alembert* y de *Diderot*, que confirman admirablemente lo que dice el autor en este capítulo. Pero se halla ya publicado en lengua castellana en un tomito intitulado: *El éxito de la muerte correspondiente á la vida de los tres supuestos héroes del siglo XVIII, Voltaire, D'Alembert y Diderot*, demostrado con la simple y verdadera narracion de su muerte. *Trad.* 1.* En gracia de los que no hayan leido aquel librito, y como aviso á la juventud, diremos que desterrado de París por su impiedad el *Oráculo* de los filósofos, éstos no dejaron piedra por mover para alcanzar se le levantase el destierro: los Ministros de Luis XVI desgraciadamente eran filósofos, y estaban iniciados en la secta, y bajo pretesto de clemencia doblegaron el ánimo del Rey, y se convino en que sin levantar espresamente el destierro el Parlamento callaria, aunque entrase en la capital: ¡con-

y de la muerte abandonan las impías opiniones de que habian hecho ostentacion, y

---

descendencia infame, y por un impío, que con una actividad incansable estaba minando el trono del Monarca! Entró en París el filósofo octogenario: la filosofía creyó llegado el dia de su triunfo: á la venida de un Monarca no hubiera habido mas sensacion: las academias la celebraron, y la celebraron en el Louvre, palacio donde poco despues se habia de ver preso el mismo Luis XVI, víctima de la conjuracion filosófica, tramada por aquel viejo impío. Las fiestas se sucedian unas á otras: los teatros le coronaron públicamente, y embriagado de vanidad, *Quereis*, decia á sus discípulos, gozándose en sí mismo, *hacerme morir de gloria.* No. Debia morir de rabia y de desesperacion, y setenta años de blasfemias tocaban ya las puertas de la eternidad. Dios es paciente porque es eterno. En medio de sus triunfos vióse asaltado de una violenta hemorragia, que llenó de temor á todos sus discípulos. *D'Alembert Diderot*, *Marmontel* (ese *Marmontel*, cuyas novelas se ofrecen hoy con tan pomposos anuncios á nuestra incauta juventud en los papeles públicos, no sé si para disponerla á la impiedad), acudieron para sostener su constancia; pero no lograron sino ser testigos de su ignominia. La muerte á los ojos hace vacilar al maestro: á pesar de todos pide confesarse: escribe al Ab. Gaultier: firma que quiere morir en la *Santa Iglesia Católica*, en que ha nacido; pero al volver el Sacerdote de avistarse con el Cura de san Sulpicio para ver si era bastante aquella retractacion, todas las puertas se le cierran por los iniciados. Entonces se sucedieron unas á otras aque-

profesando la Religion declaran abiertamente, que no la fuerza del raciocinio de que

---

llas escenas de furor y rabia que pusieron espanto hasta en sus mismos confidentes. D'Alembert, Diderot y sus compañeros no podian acercársele sin oir mil imprecaciones. "Retiraos, les decia, vosotros sois »la causa de que yo me vea así..... maldita sea la glo»ria que me habeis preparado." En medio de sus maldiciones se notaban los remordimientos de sus blasfemias. Lleno de turbacion y sobresaltos se le veia interrumpir un breve instante de sueño ó delirio gritando: *No quiero que me entierren á la orilla del Sena como á la L.*: otras dando vueltas de una parte á otra en el lecho, clamaba: *¡Jesucristo! ¡Jesucristo!* La mano, que en otro tiempo escribió en la pared la sentencia á un Rey impío (Baltasar) en medio de un festin, parecia haber puesto delante de los ojos de Voltaire la execrable fórmula de sus blasfemias: *Ecrasez l' infame.* En vano procuraba apartar de sí estos horribles recuerdos: todo se lo traia á la memoria. El fuego que devoraba sus entrañas era tal, que por testimonio de los médicos si se le hubiera aplicado una pajuela al vientre se habria encendido. Y Voltaire, el filósofo, el hombre pulcro, que se mudaba tres veces al dia, al menor descuido metia los dedos en el vaso inmundo, y los llevaba á la boca..... habia mofado del santo Profeta Ezequiel cuando Dios le mandó rociar el pan con el escremento para denotar el hambre en que se veria Jerusalen, y Dios quiso hacer sentir aun en esta vida el castigo de su impiedad para escarmiento de otros. En este estado, dejando oir aquella triste voz, *muero aban-*

hubiesen estado convencidos, sino el ímpetu de las pasiones que los habian arrastrado, los habia puesto en la lista de los incrédulos: y en consecuencia no se hicieron ateistas por haber sido sutíles metafísicos, sino por haber sido espíritus perversos y corrompidos.

---

donado de Dios y de los hombres, espiró el 30 de mayo de 1778. Los médicos salieron espantados, asegurando que nunca habian visto una imagen tan terrible de un impío moribundo. ¿Quién quiere morir así...? Huya de la impiedad, y de sus pestíferos libros, no se llegue á contagiar. = Despues de esto sería demas citar la muerte de *D'Alembert* y *Diderot*: estos impidieron á Voltaire que se confesára y retractase; otros lo impidieron á ellos. El primero, hijo del pecado de un adulterio sacrílego de una apóstata, filósofa tambien, murió sitiado por Condorcet, quien se glorió despues de haber combatido su arrepentimiento, y héchole morir como filosofo. *Diderot*, engañado por los sectarios, cuando estaba esperando que viniese Mr. de Tersac, Cura de san Sulpicio, que ya le habia visitado, se dejó persuadir que no estaba tan de peligro, y solo necesitaba tomar los aires para convalecer; consiente en salir de la ciudad, ellos tienen la impía cautela de ocultar su partida, y lo dejan morir sin los auxilios de la Religion. ¡Hasta dónde llega esta impía filosofía, porque no se retractase, y la deshonrára, hasta dejarlo condenar! ¡Y es esta la filantropica humanidad! *Véase tambien el Ab. Barruel*, *Memor. del Jacobinismo*, t. 1; y aqui la *Biblioteca*, t. 3, p. 31, t. 2, p. 76.

CAPÍTULO III.

De los fundamentos de la moral de los Libertinos.

I. *Cuál sea el caracter de un Ateista en virtud de su sistema.*

De lo dicho hasta aqui puede inferir cada uno cuál sea el verdadero y justo caracter de aquellos infelices, que vuelta la espalda á la Religion, viven en la impiedad. Si el deseo de ser impunemente malvados, ha sido el gran principio que les movió á dar este paso, es evidente que puestos ya en esta libre situacion, no escuchando otra voz que la de sus propios apetitos, en virtud de su sistema estarán siempre prontos y dispuestos á todo género de escesos, si hallan en ellos alguna ventaja, y no les detiene algun temor ó respeto humano. Su propia utilidad y gusto viene á ser la única base del derecho que profesan: esto es á lo que todo lo ordenan y sacrifican. Las leyes de la amistad, de la sangre, del pudor y de la justicia dependen de la soberana voluntad de un hom-

bre, que no conoce mas ley que su capricho, ni mas medida que la de la fuerza en sus empresas. Este es el verdadero caracter de un ateista. Verdaderamente no lo hay mas horrible en el género humano.

II. *Bayle toma la defensa de los Libertinos, y se empeña en probar la virtud en union con su sistema. Parecer acerca de la obra de Crousaz contra Bayle.*

Y sin embargo, ¿quién hubiera creido que en nuestros tiempos se hallase un hombre, que de propósito se empeñase en hacer la apología, y poco menos que en canonizar á estos infelices, anteponiéndolos no solo á los idólatras, sino empeñándose en probar estar en íntima union su sistema con la virtud y honestidad de costumbres? Este es Bayle, el cual especialmente en los *Pensamientos sobre el cometa*, y en su *Continuacion* trata latamente esta materia. Nada hay en la filosofía, ni en la teología, ni en la historia, ni en la fábula, de donde no intente sacar argumentos en favor de su asunto. El Pirronismo universal que maneja autoritativamente, hace que le venga todo á cuento para sostener por todos los medios su causa principal. Unas ve-

ces nos la representa en hipótesi, otras las reduce á tésis: ya la mira en teoría y en abstracto; ya en el hecho y en la práctica: algunas veces la considera absolutamente por lo que es en sí, y otras veces por comparacion; pero todo y siempre para hacernos creer, que son hombres buenos y virtuosos los que atropellan la Religion, y no admiten ni eternidad ni Dios. No dudo que al sabio lector le ocurrirá aquí muy oportunamente lo que escribió Ciceron de Epicuro, el cual habia compuesto un *libro acerca de la santidad. Este hombre, no tanto gracioso como desmedidamente libre en escribir, se burla de nosotros* (1). *Porque ¿qué santidad puede haber, si los Dioses no cuidan de las cosas humanas?*

Crousaz, profesor de filosofía y matemáticas en la universidad de Groninga, dió á luz un grueso volumen intitulado: *Examen del Pirronismo antiguo y moderno*, en el que estan criticadas por menor las obras de Bayle, como príncipe de los incrédulos modernos, y

---

(1) *At etiam liber est Epicuri de sanctitate. Ludimur ab homine non tam faceto, quam adscribendi licentiam libero. Quæ enim potest esse sanctitas, si Dii humana non curant?* Lib. 1 de *Natura Deor.* cap. últ.

en muchos puntos pertenecientes á la Religion natural estan impugnadas ámplia y poderosamente. En toda la seccion (1), en que examina el Pirronismo relativamente á la influencia de la Religion en la sociedad, discurre latamente sobre las pretendidas virtudes de los ateistas, y examina las paradojas de Bayle, y las disuelve. Mas aunque no se deba negar á aquel autor el mérito de una metafísica sutil, y el de un trabajo inmenso en entresacar por menor, y confrontar innumerables pasages esparcidos en tantos gruesos volúmenes de su contrario; con todo eso habrá pocos que tengan la paciencia de leerle enteramente: porque su método es muy prolijo, y su estilo enfadoso comparado con el del libertino de Roterdam, que es facil, penetrante, agradable, y digno de que se hubiese empleado en obsequio de la verdad, y no desgraciadamente para servir al error. Omito las preocupaciones de la secta, y el ódio contra la comunion católica, con que la obra de *Crousaz* se halla contaminada á cada pa-

(1) Seccion 14 del *Examen del Pirronismo relativamente á la influencia de la Religion sobre la sociedad.*

so, ó por lo que no se puede leer sin recelo por el que busca y ama la verdad. Nosotros pues reduciremos á pocos puntos principales lo que Bayle trata latamente en muchos lugares acerca de las virtudes de los ateos: seguiremos el método que pide la naturaleza de las cosas, y con la confutacion de sus errores pondremos en claro la verdad: á saber, que á la impiedad del entendimiento se une siempre la corrupcion del corazon y de ningun modo la virtud.

III. *Bayle asienta un principio ciertísimo, cuando afirma que puede el ateo conocer, que las verdades morales estan fundadas sobre la naturaleza de las cosas. Desbarra Puffendorf que lo niega. ¿Hay leyes para el ateista?*

Para probar pues Bayle lá virtud y honradez de los impíos, se remonta hasta las primeras ideas de lo recto y de lo honésto, de las que, dice, pueden estar ilustrados, y persuadidos de su verdad, aunque no crean la existencia de Dios: é intenta demostrarlo así. Es doctrina de los mas acreditados teólogos y metafísicos, que el derecho natural antecede á todo divino decreto; esto es, que no depende originariamente del imperio ó man-

dato del Supremo Legislador, sino que está fundado en la naturaleza misma de las cosas, en las cuales hay un órden necesario, en cuya observancia consiste la honestidad y la justicia; así como en su perturbacion ó inobservancia consiste la injusticia y la torpeza. De aquí infieren aquellos doctores, que aun en la hipótesi imposible, de que no hubiese Dios, si habia hombres, éstos estarian sujetos á leyes; porque la razon natural les obligaria á la observancia del derecho natural, y custodia del órden fundado en la naturaleza de las cosas. *Luego siempre que*, infiere y deduce Bayle, *un ateo pueda conocer, que las verdades morales se fundan en la naturaleza misma de las cosas, y no en los caprichos de los hombres; podrá creerse obligado á conformarse con las ideas de la recta razon, como á una regla de bien moral distinto del bien útil* (1).

Concedemos desde luego la mencionada importantísima doctrina en los términos y modo que ya en otro libro hemos esplicado y defendido, siguiendo las huellas de santo Tomás, quien demostró ser ciertísima (2) en

---

(1) *Contin. de los Pensam.* §. 152.
(1) Libro 3 *cont. gent.* cap. 119, cuyo título

el tercer libro *contra los Gentiles*. Comunmente la abrazan tambien los doctores católicos; y el mismo Grocio (1) la enseña en el prefacio á la obra del *derecho de la paz y de la guerra*. Samuel Clarke (2) la prueba tambien: y Leibnitz en la *Teodicea* (3) la admite como cierta contra Puffendorf, quien, sin razon, pretende *no poderse concebir honestidad ó torpeza antecedentemente al mandato del Soberano legislador* (4). Admitimos, pues, la doctrina mencionada, y aunque sea absolutamente repugnante la indicada hipótesi, por cuanto sin Dios no solamente nada existiria, sino que nada sería posible; y supuesta su existencia no hay instante, en que los preceptos del derecho natural no hayan sido leyes impuestas á la criatura racional: con todo eso, ó admitiendo la hipótesi, ó supuesta una abstraccion, con la que nos elevémos á un instante ideal, en que Dios nada haya decretado, convenimos en que se halla

---

es: *Quod in actibus humanis sunt aliqua recta secundum naturam, et non solum quasi lege posita*. Y prueba el Santo esta asercion con siete argumentos.

(1) *Vide ibi.*

(2) *Pruebas de la Religion, asi natural como revelada*, cap. 3.

(3) §. 182.

(4) *De jure Nat. et Gent.* lib. 1, cap. 10.

fundada en el órden esencial de las cosas la honestidad ó la torpeza de lo que con su divina ley ha mandado ó prohibido. Por eso suele decirse oportunamente de las cosas prohibidas por la ley natural, *que no son malas porque estan prohibidas, sino que estan prohibidas porque son malas*: de otra manera, si se concibiesen indiferentes antes de la intimacion de la ley, hubiera podido Dios dar á los hombres una ley contraria al Decálogo: lo que horroriza pensarlo solamente. Infiérase, pues, de aquí, ó á lo menos permítase, que aun el ateo, por medio de su razon natural puede conocer el órden y la honestidad de las cosas, y que no está exento de esta ley, sino obligado de algun modo á la observancia del derecho natural, como quiere Bayle.

IV. De tal principio no se puede deducir con probabilidad, que un Ateo se halle en disposicion de vivir honestamente.

Todo esto no obstante, Bayle está tan lejos de lo que pretende sentar como tésis principal, que me parece no podrá jamas arribar á ello. En efecto, ¿quién podrá nunca persuadirse con alguna verosimilitud, que aquellos que, como hemos demostrado ya, se

han hecho ateistas para vivir sin ley ni freno, despues de haber llegado á este pais del libertinage, se hallen dispuestos á fabricarse á sí mismos, con una abstraccion metafísica, las cadenas, que han roto á costa de todos los esfuerzos contra las mas claras luces de la razon? Han cerrado ellos los ojos á los mas claros argumentos, que demuestran la existencia de Dios, para no tener un legislador que ponga freno á sus apetitos; ¿y será probable, que despues de obtenida esta victoria contra el tremendo autor de sus remordimientos, quieran adherirse al parecer de los que pretenden, que aun en tal estado subsiste todavía una ley de justicia y de honestidad, que les obliga? Si reconocen esta ley eterna de honestidad y de virtud, no pueden menos de esperimentar al violarla los gritos y remordimientos de la conciencia. Mas el deseo de que estas furias interiores no les turben en sus desórdenes, los indujo á pisar las verdades mas sensibles, mas notorias y universales. Será consiguiente pues que se burlen como de vanas sutilezas metafísicas, de todo el sistema que establece tambien para ellos la inmutable y eterna ley de lo recto y de lo honesto. Y si acaso, ó por hacer ostentacion de ingenio, ó por apartar de sí la nota de criminales, y pasar por hombres

de bien, aprueban y alaban este sistema, y hacen acerca de él brillantes razonamientos, y ensalzan hasta las estrellas á Grocio, que lo enseñó, al momento siguiente se reirán entre sus amigos, muy á su gusto de él; hablarán de esta doctrina como de una invencion de las bárbaras escuelas monacales; y tendrán por héroes á Pufendorf, y á sus secuaces, que la niegan. Se sabe que eso es puntualmente lo que hizo Carneades, aquel escéptico insigne, que hallándose en Roma embajador de los atenienses, se puso un dia á perorar en favor del derecho y de la justicia con los mas robustos argumentos, y la mas fina elocuencia; y al dia siguiente trastornó lo que habia dicho con sofismas muy sutiles, y no menos elocuentes, probando que todo el derecho era locura, y la justicia necedad (1).

---

(1) *Is (Carneades) quum Legatus ab Atheniensibus Romam missus esset, disputavit de justitia copiosè, audiente Galba, et Catone Censorio, maximis tunc oratoribus. Sed idem disputationem suam postridie contraria disputatione subvertit, &c.* Lactant. lib. 5, cap. 14.

V. El mismo Bayle titubea sobre la verdad del principio que habia sentado, y de ese modo quita el freno á los Libertinos.

Mas ¿para qué es necesario ir tan lejos en busca de egemplares? *El mismo Bayle,* reflexiona justamente á otro asunto Leibnitz (1), *que dice tan bellas cosas en prueba de que las reglas de la bondad y de la justicia, y generalmente las verdades eternas subsisten por su naturaleza, y no por una eleccion arbitraria de Dios (de donde infiere* (2) *que los mismos ateos pueden reconocer, y creerse obligados á conformarse con las ideas de la recta razon, como á una regla de bien moral); ese mismo en otra parte ha hablado de un modo muy equívoco. Despues de haber referido la opinion de Descártes, y de una parte de sus secuaces, que defienden que Dios es causa libre de las verdades y de las esencias* (opinion en la cual se sigue la ruina del sistema antecedente, por cuanto en este caso ya para el ateo no hay regla de ho-

(1) *Ensayo de Teodicea*, §. 185.
(2) En el lugar ya citado.

nestidad y de justicia), *añade* (1): "He he-
»cho lo que he podido para comprender bien
»este dogma, y hallar solucion á las dificul-
»tades que le rodean; mas confieso ingenua-
»mente, que no he salido con ello todavía.
»Esto no me desanima. Me figuro, como ha
»sucedido á otros filósofos en iguales casos,
»que el tiempo desenvolverá esta bella para-
»doja." He aquí, pues, el bello é inmutable fundamento de la virtud de los ateos, que habia sentado Bayle, cuando se remontó á la regla eterna de lo justo y de lo honesto, que podian conocer, y contemplarse obligados á observarla y á dirigir sus costumbres segun ella. Si estos ateos gustan de leer nada mas que las obras de este autor, y declararse discípulos suyos, luego encontrarán con él remedio para librarse del fastidioso sistema, si no reprobándolo como claramente falso, á lo menos para abandonarlo como dudoso, viviendo entre tanto alegremente, hasta que el tiempo desenvuelva esta bella paradoja. Y reflexione aquí el sabio lector sobre el caracter de Bayle, como las verdades mas claras reconocidas alguna vez por él, y

(1) *Contin. de los Pensam.* §. 114.

aun enérgicamente probadas despues en otro lugar, mediante su Pirronismo, ó se reducen á nada, ó se hacen dudosas á lo menos. Mas no nos detengamos en congeturas, pues que con los hechos podemos decidir, si los impíos sientan por base de su moral estas leyes inmutables de honestidad y de justicia, ó á cara descubierta las combaten, y miden y arreglan los deberes humanos por principios enteramente contrarios. Esta cuestion será el obgeto del capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

Idea de la moral de Hobbes, de Espinosa y de Montagne.

I. *Carácter de Hobbes segun Bayle: no concuerda con el verdadero.*

Demos principio por Tomas Hobbes, inglés, á quien Bayle segun su costumbre, hace el panegírico diciendo, que *de todas las virtudes morales, ninguna sino la Religion era problemática en el:* porque de todas las otras, sin disputa alguna le supo-

ne plenamente adornado. Mas en órden á la Religion, aunque cita los pasages del escritor, ó mas bien del afectadísimo panegirista de su vida, que con todo su poder le escluye de la lista de los libertinos, con todo eso la delicada conciencia de Bayle no se aquieta; y por lo tanto insiste en decir, que *cuando se llega á conocer bien á Hobbes, no es necesario preguntar si estímaba ó amaba la virtud; y solo habia lugar á esta pregunta de Persio (Sat. 2 vers. 17.)* (1).

Una trivial pregunta solamente:
¿Qué piensas tú de Jove omnipotente?

Que pésimamente discurria, le responden todos (2) los que han recorrido ligeramente sus obras, en las cuales con profusion se encuentran sembrados tales principios, que destruyen la Religion revelada, y alterando la nocion de la Divinidad suprema, abren la puerta á la impiedad. Mas cuáles pudiesen

---

(1) *Heus age, responde, minimum est, quod scire laboro:*
De Jove quid sentis? Dic. crit. *art.* Hobbes.

(2) Se puede ver á Cudwort, Parkero, Ricardo Cumberland, Francisco Budeo, y otros muchos escritores.

ser las ponderadas virtudes de Hobbes, en *virtud de su sistema*, lo podrá por sí mismo inferir un lector advertido, observando cuales eran sus reflexiones en órden á *aquella regla eterna de honestidad y de justicia fundada sobre la naturaleza de las cosas*, por cuya noticia, en opinion del mismo Bayle, hemos de tener por virtuosos aun á los ateos, que es de lo que ahora tratamos.

II. *La base de toda la moral de Hobbes es que el derecho consiste en la fuerza. Consecuencia contra Bayle.*

Este filósofo, pues, en su célebre obra *del Ciudadano*, considera en el capítulo primero á los hombres en un estado puramente natural, y antes que se uniesen en sociedad con los vínculos de las leyes civiles. Aquí, despues que nos los ha representado falsamente movidos por inclinacion de la naturaleza á una guerra y agresion universal, y despues de varios rodeos de estravagantes doctrinas, concluye últimamente, que *el derecho consiste en la fuerza.* Oigamos sus palabras: *De lo cual, como consecuencia de lo dicho, se infiere, que en el estado natural del hombre, el poder cierto é irresistible da derecho*

á cada uno de mandar á los que no pueden resistir. Y de aquí es y por esta razon está anejo esencial é inmediatamente á la omnipotencia el derecho de hacer lo que quiera (1). Esta es la medula y la raiz de la doctrina de Hobbes; doctrina diseminada por toda la obra, y de la cual nacen como venenosos retoños las mas horribles consecuencias, que destruyen enteramente toda ley eterna de honestidad y de justicia. Pongamos aquí otro pasage, en que el malicioso viejo enseña mas claramente este mismo principio: *En el reyno natural*, dice (2), *tiene Dios el derecho de reinar y de castigar á los que violan sus leyes por su potencia irresistible.* Reflexione aquí el lector, que el gobierno natural de Dios, segun acababa de decir, *es aquel* (3) *en que gobierna segun lo que dicta la recta razon.* Sigue despues en el lugar citado reconociendo este mismo derecho en la potencia de los hombres considerados segun su estado natural, y dice: *si por la naturaleza todos tuviesen derecho sobre todo, tambien por un derecho coetáneo á la naturaleza, cada uno tendria el*

---

(1) *De Cive*, cap. 1.
(2) *Ibid.* cap. 15. §. 5.
(3) *Ibid.* §§. 4 y 5.

de dominar á todos... y si alguno se aventajase tanto á los otros en poder, que ni aun reuniendo sus fuerzas le pudiesen resistir, no habria absolutamente razon alguna por la cual debiese renunciar el derecho que la naturaleza le habia concedido..... en aquellos pues, á cuya potencia no se puede resistir, y por consecuencia en el mismo Dios omnipotente, el derecho de dominar se deriva de su mismo poder. Y siempre que Dios castiga, ó quita la vida al pecador, aunque sea castigo por cuanto ha pecado, no por eso debe decirse, que no pudiera justamente castigarle, ó quitarle la vida, aun dado que fuese inocente (1). He aquí pues la ley eterna del derecho y de la justicia reducida, segun Hobbes, á sola la fuerza: que es decir, suprimida en realidad toda regla inmutable de equidad y de justicia, y reducido todo al arbitrio del mas fuerte. En efecto, así lo enseña tambien en otro lugar, diciendo, *que las reglas del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo honesto y de lo torpe son las Leyes civiles; y asi debe tenerse por bueno lo que mande el Legislador, y por malo aquello que prohiba.....*

---

(1) *Ibid.* §. 5.

Cuando no habia imperios, no habia justo ni injusto, pues que todo esto por su naturaleza es indiferente. Del derecho del que manda (1) *procede que una cosa sea justa ó injusta.* Véase cuál era la moral de este hombre, que, segun Bayle, estimaba y amaba tanto la virtud, y las poseia todas, esceptuada la Religion. Sería facil reunir otros pasages semejantes, de los cuales evidentemente se infiere, que este filósofo no reconocia las reglas eternas de honestidad y de justicia fundadas en la naturaleza de las cosas, por cuyo conocimiento pretende persuadirnos el filósofo de Roterdam las virtudes de los Libertinos. Bastan los ya referidos para que cada uno comprenda, que Hobbes lejos de convenir en principios que inspiren la virtud, sienta máximas que inducen á una total corrupcion: y por eso Descartes justamente, habiendo visto por primera vez el libro del *Ciudadano*, dijo, segun testifica Leibnitz, se notaban en él principios y máximas dañosísimas, por cuanto supone á todos los hombres criminales, ó les da motivo para serlo (2).

---

(1) *De Cive*, cap. 12.
(2) *Ensayos de Teodicea.*

III. *Contradicciones y fraude de Hobbes. Ponzoñosas consecuencias de sus principios.*

Yo ya sé que Hobbes en muchos lugares del mismo libro hace mencion de leyes naturales, y especialmente en el cap. 3.º menciona muchas, y las llama tambien inmutables. Mas esto lo que quiere decir es, que justamente censuran en él otros autores clarísimas contradiciones. Lo cual asi como no puede negar quien le lea con alguna atencion y confronte sus doctrinas, asi bastaria para hacernos entender en tan vario modo de escribir una imitacion del pirronismo de Carneades en la disputa que tuvo en Roma sobre esta materia: y al mismo tiempo para demostrar lo que ahora tratamos, es á saber, que con la Religion tambien eran vacilantes en él las máximas eternas que reglan la honestidad y la justicia. Pero si he de decir lo que pienso, creo que aquel viejo astuto cuando parece que habla debidamente, asi en órden á la existencia de Dios, como de la Religion y leyes naturales, quiso mofarse de los lectores sencillos, ó como dice un au-

tor (1) de su misma nacion, escusar con este colorido la impiedad de sus doctrinas igualmente ordenadas á arruinar la Religion, que á corromper hasta la raiz las buenas costumbres (2). En efecto, despues que no una sola, sino repetidas veces ha dicho que *toda accion* es indiferente por sí misma; que las leyes civiles son la regla del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de lo honesto y de lo torpe; ¿qué fuerza puede tener la que fija como una de las leyes naturales y fundamentales para la sociedad; esto es (3), que se debe estar á lo pactado y guardar la buena fé? Si antes de la sociedad ni esta ni otra ley alguna puede obligar, sino que *á cada uno* (4) *le es lícito lo que quiera y contra quien quiera; si la regla del derecho de cada uno es la utilidad y la fuerza*, ¿qué principio natural, ó qué ley de honestidad y de justicia podrá obligar á guardar aquella bue-

---

(1) Ricard. Cumberland. *Tratado filosófico de las leyes naturales*, cap. 1.

(2) Esta misma política se atribuyó á Epicuro, segun leemos en Ciceron, lib. 1, de *Nat. Deor.* cap. 44.

(3) *De Cive*, cap. 3. §. 1.

(4) *Ibid.* cap. 1.

na fé y aquellas convenciones, antes de las cuales ni hay justo ni honesto, sino que todo nace y procede de ellas? Si con las convenciones se establecen las reglas de lo justo, ¿qué injusticia será violarlas? Diré aun mas: Es cierto que Hobbes enumera y esplica estas leyes naturales respectivas á los tratados, la equidad, la modestia, la templanza y otras hasta veinte, que especifica en el cap. 3.°, mostrando su importancia; pero tambien añade que el (1) que se halla entre gente que no las observa, sería un necio, y aun pecaria contra la razon, si las guardase; porque en tal caso se espondria al peligro de ser perjudicado, y hecho presa de los otros. Así es que en este caso obliga á violar esas leyes naturales de hecho; pero, como tan hombre de bien, á observarlas interiormente; es decir, á tener intencion de guardarlas en otras ocasiones oportunas: y esto es, añade, lo que quiere decir, que las leyes naturales obligan siempre en el foro interno, mas no siempre en el esterno. ¡Qué moral mas justa! Pero pasemos mas adelante todavía. Enseña Hobbes latamente en el

(1) *Ibid.* cap. 3, §. 27.

cap. 4.°, que estas leyes naturales son leyes divinas, y lo prueba con testimonio de la Escritura; y aun al fin del capítulo precedente habia dicho, que merecen el nombre de leyes con mucha propiedad, por cuanto estan intimadas en ella. Mas el que desee saber la fuerza que segun el parecer de este escritor toman de los Libros santos, ponga los ojos en el cap. 17 (1), y en él verá que hablando de los pecados contra justicia, dice, pertenece á la potestad civil el determinarlos: que en la Escritura se prohibe, por egemplo, la fornicacion; mas en eso *no se entiende todo acceso, sino solo el que es con muger agena: mas cuál sea muger agena pertenece decidirlo á la ciudad, y por las reglas que la ciudad prescriba deberá determinarse. Se manda pues en este precepto divino natural al hombre y á la muger guardarse la fidelidad ofrecida, pero segun lo prescripto por la ciudad.* Por manera, que si en alguna ciudad se introdugese la comunidad de mugeres, que queria Platon en su república, y que segun refiere Diodoro (1) se ha practicado entre algunas gen-

(1) *Ibid.* §. 10.
(2) Diod. Sic. lib. 3.

tes bárbaras; ó tambien la poligamia de las mugeres, que segun César (1) se vió algun tiempo en Inglaterra, se conciliaria muy bien la prohibicion divina natural de la fornicacion con estas varias interpretaciones. Lo mismo enseña este filósofo acerca del homicidio, y del hurto. ¿No es esto, en verdad, añadir una gran fuerza á los preceptos naturales con la autoridad de la Escritura? Mas todos saben que en la boca profana de Hobbes, el mismo nombre de Escritura, tantas veces repetido, carecia enteramente de la divina autoridad, que este hombre sagaz aparenta atribuirla alguna vez. Fuera de muchos lugares de la obra de *Cive*, en los cuales la magestad de aquellos sagrados Libros se ve envilecida, y sujeta á la voluntad del Soberano, basta leer un pasage de su *Leviathan* (2), en el cual afirma que *aquel á quien Dios nada ha revelado, no puede estar cierto de lo que Dios ha revelado á otro: porque ni la santidad, ni los milagros, ni todas las otras señales de la gracia divina, nos pueden certificar, que aquel en quien se ven,*

(1) Ces. *Comment. de Bel. gal.* lib. 5, cap. 14.
(2) *Leviathan*, cap. 26.

sea testigo veraz de la divina revelacion. He ahí el peso de los escritores canónicos segun Hobbes: he ahí la autoridad de las palabras de Dios. Mas ¿qué hay que admirar, si de la misma divinidad soberana tenia este hombre tan erróneas ideas? El niega que haya substancias incorpóreas, y pretende que estas palabras *substancia* y *cuerpo* significan una misma cosa (1). Asi pues, si no se quiere que Dios sea cuerpo (2), como aparece que lo afirma alguna vez, debe por consecuencia decirse que no hay Dios; y si se quiere que lo haya, deberá decirse que es cuerpo, como él mismo lo enseña en otra parte (3). He aqui pues una breve idea de las imposturas de Hobbes, quien para esparcir impunemente máximas que á la par destruyan hasta los fundamentos la Religion, la moral y la misma sociedad, ha procurado mezclar ciertos teoremas que respiran piedad y rectitud. Pero quitándoles el valor en otras partes, solo nos deja las voces para alucinarnos. Mas ¡ay! estas nada valen para corregir el

(1) *Ibid.* cap. 34.
(2) *De Cive*, cap. 15. §. 14.
(3) *In Appendice ad Leviath.* cap. 3.

veneno mortal difundido por toda la obra, que desgraciadamente se insinúa en el espíritu de los incautos que llegan á leerla (1).

IV. *Elogio que sin razon le da Puffendorf.*

No ignoramos lo que de Hobbes escribe Puffendorf, á saber (2), *que le condenan con demasiada altanería los que jamás le han leido ó no le han entendido.* Pero en verdad no podemos comprender cómo el que lo ha leido y entendido puede darle los elogios de que él le colma anteponiéndole á todos cuantos (3) *antes de él han escrito de la sociedada humana y civil.* ¿Podrá darse adulacion mas injusta y vergonzosa? Mas quizas sería un acto de gratitud por lo mucho que debia á los escritos del libertino inglés, sin los cuales, en sentir de alguno (4), *Puffendorf jamás hubiera subido á tan alto grado de estimacion y de honor.* Aunque tambien pue-

(1) Véanse entre otros escritores que han impugnado á Hobbes los dos ingleses Samuel Clarke y Ricardo Cumberland.

(2) *De jure naturæ et gent. in præf. ad lect.*

(3) *Ibid.*

(4) *Biblioth. juris Imperantium*, pág. 79.

de decirse que no habria incurrido tampoco en tantas censuras (1), á causa de algunos capitales errores que de él tomó, y siguió, entre los cuales debe contarse aquel en que se opone á las verdades inmutables y eternas, que es puntualmente lo que hasta ahora habíamos observado en Hobbes. Esto basta para demostrar contra Bayle, que los libertinos no hacen aprecio alguno, antes bien destruyen enteramente esas *leyes inmutables de equidad y de justicia fundadas en la naturaleza de las cosas.*

V. Idea de la moral de Espinosa. Sigue las huellas de Hobbes, aunque fundándola en el Panteismo.

Mas dejando á este maestro de la impiedad en las islas del Septentrion, pasemos á hablar de otras pestes que han infestado la Europa con el ateismo, y veamos si han pues-

(1) Véase la *Carta de Leibnitz á Molano*, que es la 16 del t. 2. *de Cartas ad diversos.* Puffendorf queria alabando á Hobbes grangearse el favor del elector Palatino, Cárlos Luis, que era su admirador, y en efecto le mereció la cátedra de Heildelberg.

to por fundamento de su moral estas reglas eternas, por cuyo medio ellos y sus discípulos puedan haber tenido las virtudes tan celebradas por el escritor de Roterdam. Benito Espinosa sigue sobre esta materia las huellas de Hobbes, pero esparce mas abiertamente las máximas impías, apoyándolas sobre otros principios, que son los de *el Panteismo.* Veamos pues como razona: *Yo no entiendo* (1) *por derecho natural, sino las reglas de la naturaleza de cada uno, segun las cuales concebimos que cada individuo está determinado á existir y á obrar de cierto modo. Los peces, por egemplo, estan determinados por la naturaleza á nadar, y los grandes á comerse á los pequeños; y por eso por un derecho sumo natural gozan del agua, y los grandes se comen á los pequeños: porque lo cierto es que la naturaleza absolutamente considerada, tiene un derecho soberano sobre todo lo que cae bajo de su poder; es decir, que este derecho de naturaleza se estiende tanto cuanto se estienden las fuerzas. Porque* (y he aqui el *Panteismo*, fundamento de esta impía moral:) *el poder de la natu-*

(1) *Tract. theol. polit.* cap. 16.

raleza, es el poder mismo de Dios, que tiene sumo derecho sobre todo. Mas por cuanto el poder universal de toda la naturaleza no es otro que el poder de todos los hombres, síguese, que cada uno tiene un derecho sumo sobre todo aquello á que se estiende su poder: es decir, que el derecho de cada uno se estiende tanto cuanto se estiende su poder determinado. Y supuesto que es ley suprema de la naturaleza, que cada cosa en cuanto pueda se esfuerce por perseverar en su estado; y esto sin atencion á nadie, sino á sí misma solamente; se sigue que cada individuo tiene un derecho sumo á esto....: el derecho natural pues de cada hombre no está arreglado por la razon, sino por los apetitos y el poder. Hasta aquí Espinosa. ¡Qué apoteosis tan brillante no merecerá un ateo, que dirija sus costumbres á la luz de estos principios! ¿Sabrá Bayle indicarnos en esta doctrina fundamental de Espinosa las *reglas eternas de la honestidad y de la justicia*? ¿No diremos mas bien que es una confusion de vicios y de virtudes, una aprobacion igual de la conducta moderada y de los mas criminales atentados; y aun una licencia universal para todos los desahogos de las pasiones mas brutales, que pasan á ser un derecho en el que quie-

re y puede asentir á ellas? Despues de esto, ¿quién podrá tolerar á un Espinosista que habla de equidad, de honestidad, y de virtud? Él es un hombre, que por sistema niega debe dirigirse el derecho por la razon, que es en lo que consiste la virtud; y en su lugar le da por guia un apetito ciego, y una fuerza poderosa, que es el estímulo con que las bestias se mueven, y se determinan en sus acciones. Y qué hombre particular en el trato privado, ó qué Príncipe consentirá en sus Estados al profesor de una secta, que mira como suyo y como lícito todo aquello á que puede echar la mano; y que, si se le proporciona ocasion, juzga tiene derecho para trastornar el mismo trono del Soberano? Estas son legítimas consecuencias de la doctrina citada de Espinosa, cuyos libros corren impunemente por algunas ciudades, y se leen por sugetos incapaces como no sea de devorar el veneno y contraer sin repugnancia su pestilente infeccion. Todos estos falsos teoremas así de Espinosa como de Hobbes, quedan impugnados ámplia y claramente en el libro primero de los *Fundamentos de la Religion*, cuando hablamos del *Derecho*, y á ellos remitimos al lector, quien podrá ver allí tambien, como de estas mismas reglas

primitivas de lo justo y de lo honesto, en atencion á las cuales pretende Bayle que puede ser pura la moral de los ateos, se burla el mismo Helvecio en el libro del *Esprit*, no obstante ser el último protector de la irreligion.

VI. *Se descubre y confuta un fraude de Espinosa.*

Pero volviendo á Espinosa, dirá por ventura alguno, que él escribe estas tan horrendas doctrinas considerando á los hombres en el estado natural, y antes que cada uno cediese el derecho que tiene por naturaleza, y lo trasladase á todo el cuerpo de la sociedad ó á uno solo que la gobernára: despues de cuya traslacion el mismo Espinosa ya reconoce justicia y caridad, fuerza en las leyes, y autoridad en el Gobierno, á lo que todos deben acomodar sus acciones; de modo que no lo haciendo, son culpables y merecen castigo. Mas este es uno de los acostumbrados fraudes de estos hombres dolosos para seducir á los hombres sencillos, y retener la perversidad toda del sistema. En efecto, la ley eterna de honestidad y de justicia, fundada en la naturaleza de las cosas, segun este filósofo, desaparece enteramente; y las ideas

y nombres de estas reglas de virtud nacen y dependen enteramente del poder civil que las prescribe (1): lo cual nos basta por ahora para mostrar á Bayle que sus ateos no quieren contar para cosa alguna con esas claras fuentes, de que él pretende deducir su honestidad é inocencia. Pero ¿quién no advierte el fraude? Si antes de la sociedad civil (como antes argüiamos contra Hobbes) no hay ley alguna de equidad y de justicia, sino que nacen con ella, ¿qué principio ó fuerza interna obligará á los hombres á observar fielmente las convenciones y ordenanzas de la sociedad? Asi como no tenemos, segun estos, otro principio motor que el propio interés y gusto, y este fue el que hizo unir á los hombres en sociedad, y ligarse con los vínculos de las leyes; asi cuando alguno no hallare gusto ni interes en acomodarse á tales leyes, con el mismo derecho con que se obligó á ellas, con ese se desobligará: y si no teme el castigo, las atropellará intrépidamente en virtud de su sistema (2). Véase á Ciceron en el libro primero de las *Leyes*, capítulo 14.

---

(1) *Tract. theol. polit.* cap. 19.
(2) Aunque Espinosa con muchos rodeos de pa-

VII. *Los libertinos escépticos no conocen las leyes eternas de la equidad, de que habla Bayle: pruebase con los sentimientos de Montagne, que se impugnan. Conclusion contra Bayle.*

Podria bastar para nuestro presente designio haber hablado de estos dos escritores, que pueden llamarse los Coriféos de los Libertinos. Mas téngase á bien que despues de haber observado cuán lejos estan los *Ateos dogmáticos* de reconocer leyes eternas de lo justo y de lo honesto, hagamos reflexionar al lector, que con mucha mas razon debe creerse, que toda la clase de los ateos *escépticos*, que son los que hacen profesion

---

labras quiera inculcar especialmente en los últimos capítulos del *Tratado Teológico-político* la dependencia de las potestades soberanas, y la observancia de las convenciones con que la sociedad se sostiene, véase no obstante claro su pensamiento conforme á lo que íbamos diciendo en este otro pasage: *Ex quibus concludimus pactum nullam vim habere posse, nisi ratione utilitatis, qua sublata, pactum simul tollitur, et irritum manet..... Unusquisque naturæ jure dolo agere potest, nec pactis stare tenetur, nisi spe majoris boni, vel metu majoris mali.* Tract. theol. polit. cap. 16.

de dudar de todo, tampoco hacen aprecio, en virtud de su sistema, de estas máximas inviolables; y que así no reconocen regla alguna, ni para discernir la verdad, ni para establecer lo justo y lo honesto, y distinguirlo de lo injusto y de lo torpe. Baste mencionar solo aquí á Miguel Montague, en cuyos *Ensayos* se hallan mezcladas con la impudencia las semillas de la impiedad; la cual si no abraza con el entendimiento, á lo menos, como se lo han echado en cara hombres gravísimos, la muestra con vanidad insufrible en la ostentacion que hace de sus mismos vicios, y en el modo profano con que habla de las materias de Religion. Tratando pues este escritor de las leyes, está tan lejos de la pretension de Bayle, que llega á hacer irrision de los que conocen leyes naturales. *Ellos*, dice, *son dignos de risa, cuando para dar algun valor á las leyes, dicen que hay algunas firmes, perpétuas é inmutables, que llaman naturales, las cuales estan impresas en el corazon del hombre por la condicion de su propia esencia* (1). Despues de lo cual se empeña difusamente y de un modo

(1) *Ensayos*, t. 2, cap. 12.

insufrible en echar por tierra todas las leyes mas claras de la justicia, de la honestidad y del pudor, pretendiendo que dejando á un lado la fé, y guiandose por la razon, todo es incierto y caprichoso, que es puntualmente el otro fraude propio de este género de incrédulos, como adelante se dirá. Á este fin desflora cuanto habia dicho en la materia Sexto Empírico (1), y exagera la variedad de las costumbres que se han visto en las naciones, y los enormes vicios contrarios á las leyes de la naturaleza, que segun refieren los historiadores, ó se vé en las ficciones de los poetas, se han observado en algun tiempo en ciertos paises; todo para deducir de ahí, que deben mirarse como indiferentes la fidelidad y la traicion, la mansedumbre y la crueldad, el vicio y la virtud. Porque así como á la virtud la han honrado casi todas las gentes, tambien el vicio se ha visto practicado sin horror en algunos pueblos. Pero este argumento de Montague, ya antes decantado por todos los escépticos, á fin de borrar toda distincion entre el bien y el mal moral, hasta los mas relajados conocen bien cuan

---

(1) Pirron. *Hypotyp.* lib. 3, cap. 24.

falso es, pues el testimonio de su conciencia, á pesar suyo se asusta y conmueve. ¿Y quién ignora, que así como hay monstruosidades en el cuerpo, las hay tambien en el alma? Y asi como nadie dirá, que no es propiedad del hombre tener dos ojos en la cara, porque se lea haber habido hombres de uno solo: así y mucho menos puede decirse que el hombre no tenga ideas inmutables de lo honesto y de lo torpe, porque se han hallado algunos, que han dado muestras de confundirlas sin esperimentar algun escrúpulo. Mas dejando esto por ahora, y remitiendo al lector á lo que hemos dicho en el libro 1.° ya citado, quede por firme é inconcuso lo que nos habíamos propuesto: á saber, que los libertinos, sean *dogmáticos* ó sean *escépticos*, por su sistema no conocen las leyes inmutables de justicia y de honestidad fundadas sobre la naturaleza de las cosas, que es de lo que Bayle quiere deducir argumento para persuadirnos que pueden ser virtuosos; antes bien absolutamente las niegan, y no reconocen mas principio motor de sus empresas, que el interes y el deleite, ni otra medida del derecho que el poder. Principios de los cuales no hay uno que no vea la nefanda moral que se deduce, y á su consecuencia no conci-

ba que los que los profesan deben, en virtud de su sistema, ser los mas corrompidos y perniciosos hombres de la tierra.

CAPÍTULO V.

En el sistema de los ateos á las leyes naturales falta la sancion.

I. *La mayor parte de los Libertinos absolutamente no atiende á las leyes eternas de lo justo y de lo honesto.*

Tal es pues la moral de los Libertinos doctos, de los cuales solamente se puede permitir á Bayle el disputar, si reconocen ó no reconocen las leyes sempiternas é inmutables de lo justo y de lo honesto. Porque en órden á aquellos otros (y son los que componen la mayor parte de los incrédulos) que *como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento* (1), siguen el camino de la impiedad arrastrados del ciego furor de

(1) *Sicut equus et mulus, quibus non est intellectus.* Ps. 31.

sus pasiones, y si acaso se aplican alguna vez al estudio, su lectura no se estiende sino á *novelas*, *cartas y ensayos* sembrados de veneno contra la Religion; de estos, digo, es cosa averiguada que á toda costa apartan de su pensamiento toda regla de honestidad, de equidad y de virtud, como odiosa, contraria y enemiga; y hacen profesion de no escucharla para no verse en la precision de obrar bien (1).

II. *Aun dado que protestasen reconocerlas, no es de creer que las observáran. Reflexion sobre una tesis de Warburton. En qué sentido hay obligacion natural en el sistema del Ateismo.*

Pero supongamos que todos estos, así como pueden conocer, así en efecto protesten que reconocen egemplares eternos de honestidad y de justicia, fundados en la naturaleza misma de las cosas; y aun confiesen tambien, lo que, en dictamen de Bayle, es la verdad mas evidente, á saber; que pertenece á la dignidad de la criatura racional el con-

(1) *Noluit intelligere, ut bene ageret.* Ps. 35.

formarse con los dictámenes de la razon, y cosa indigna de ella lo contrario; y que de tales principios, en vez de aquella torpe moral, cuya idea hemos dado en los sistemas de Montagne, de Espinosa y de Hobbes, deduzcan otra compuesta de máximas semejantes á las mas justas, que se hallan en el *Manual* de Epicteto, en la *Tabla de Cebes* y en la obra del Emperador Antonino. Mas por eso, ¿se podrá creer que con todas estas bellas teorías, un hombre sin Religion haya de ser hombre de bien, y las observará en la práctica? No por cierto: antes bien, en virtud de su sistema, se hallará siempre dispuesto (si sus apetitos lo quieren) á atropellar aquellos buenos dictámenes como una necedad, y á traspasar todo precepto natural, y cometer las mas enormes criminalidades. Y es lo que vamos á probar en el presente capítulo.

Guillermo Warburton, docto inglés, en una obra (1), de que en otra parte hemos hablado, queriendo probar que la Religion es necesaria á la sociedad, disputando contra Bayle, que defiende la virtud de los

---

(1) *La Divinidad de la Mision de Moisés demostrada.*

libertinos para inferir que el Ateismo no es pernicioso á la sociedad; entre otros argumentos de que usa, se estiende prolijamente á probar la tésis que ahora hemos propuesto. Dice, que aunque se quiera conceder que los impios conocen la distincion del vicio y de la virtud, como fundada en la naturaleza de las cosas, y conozcan tambien que es cosa digna de la criatura racional el conformarse con la razon; estos conocimientos *no tendrán actividad alguna sobre ellos; por cuanto el ateo de ningun modo está obligado á proceder segun la recta razon. Lo 1.°, porque la obligacion supone necesariamente un Ser superior que obliga, diferente de aquel que está obligado. Y lo 2.°, porque la obligacion supone una ley que manda ó prohibe; y una ley no puede ser impuesta sino por un ser inteligente y superior, que tiene derecho de exigir su observancia.*

No será fuera de propósito reflexionar aquí, que cuando dice Bayle que el ateo *se puede* (1) *creer obligado á conformarse con las ideas de la recta razon, como con una regla*

---

(1) *Continuacion de los Pensamientos*, §. 152.

de bien moral, es ciertísimo que no pudo hablar de una obligacion procedente de fuerza esterior que estreche, ni de obligacion que nazca de ley impuesta por un superior que exija la observancia, porque todo esto repugna en la hipótesi de los ateos. Así es que por nombre de obligacion pudo y debe entender una exigencia *ó condecencia* fundada sobre la naturaleza misma de las cosas, por cuanto es conforme y propio de la naturaleza racional proceder conforme á la recta razon, asi como es estraño y ageno apartarse de ella. Á este modo las leyes naturales si en el concepto del ateo no tienen la fuerza que se dice *coactiva*, tienen no obstante la que se llama *directiva*, á la que debe conformarse; supero sin incurrir en otra pena que la de sufrir la reprension de la razon, que le dicta la regla de operaciones, á que no debe mostrarse indiferente (1). Y esto es lo que intenta Bayle, y habian enseñado Grocio y Leibnitz (2), y todos los demas autores que pretenden que el ateo no se puede decir hombre sin ley (3). Y aun creyera yo

(1) *Cic. de Leg.* lib. 1, cap. 6.
(2) *Leibnitius Epist. ad Molanum*, t. 2.
(3) Véase á Fr. Nicolas Cóncina: *Capita juris naturæ et gentium*, §. 22.

que con esta reflexion se pudiera terminar una cuestion, acaso de palabra solamente, que sobre este asunto se suscitó en Inglaterra, y se refiere en la *Biblioteca razonada.*

III. *Solo los motivos que la Religion sugiere y niega el ateo, prestan sancion suficiente á las leyes naturales. Se prueba con el hecho. Caracter de Bárbara Emperatriz. Nota acerca de Puffendorf.*

Supuesta pues esta necesaria distincion, formamos de nuevo el argumento y decimos: que ni tampoco esta obligacion ó *condecencia* de conformarse como hombre racional con las ideas de la recta razon, ni esta ley directora ó regla eterna de honestidad tendrian fuerza alguna en un hombre sin religion para guiarlo á la virtud y retraerle de todos los escesos mas enormes que le sugiriesen las pasiones. Que en otros términos es decir, que *las leyes naturales en el sistema del ateo, carecen de sancion bastante para conducir constantemente á los hombres á su observancia, y apartarlos de la transgresion.* Y he aqui la prueba: la sancion bastante para conducir á los hombres constante-

mente á la observancia de las leyes consiste en uno ó muchos motivos capaces de contrabalancear los estímulos, y todos los incitamentos que puedan tener para violarlas: es asi que los motivos bastantes para contrabalancear constantemente todos los estímulos é incentivos, son únicamente los que sugiere y dicta la Religion; esto es, un juez invisible, eterno premiador de buenos y castigador de los malos, que en el sistema de los ateos se escluye absolutamente: luego en el sistema de los ateos las leyes naturales, aun dado que se admitan, carecen de sancion bastante para inducir constantemente á los hombres á observarlas. Lo que diremos en muchos de los capítulos siguientes, examinando la insuficiencia de los motivos que señala Bayle como capaces de inducir á los ateos á la observancia de las leyes naturales, demostrará con evidencia el valor de este argumento. Por ahora nos basta observar que estos motivos que la Religion suministra y que los libertinos protestan no conocer, por confesion de los mismos libertinos, deben ser los frenos mas fuertes para contener al hombre en su deber, puesto que dicen que la Religion es una invencion de la política. Porque ¿no es decir eso, que los legisladores y todos los Príncipes han reco-

nocido que no se puede por otro medio poner alguna moderacion á las pasiones del corazon humano, y hacer que los pueblos recíprocamente se hagan privada justicia, y guarden la pública fidelidad á los Soberanos, sino por medio de la persuasion de una vida futura, en donde se castiguen los delitos y se premie la virtud? En efecto, aunque sea falso que esta política haya sido el origen de la Religion, es ciertísimo que es una utilidad procedente de ella, reconocida por el consentimiento unánime de todos los legisladores y de todos los que habiendo estudiado el corazon humano, han pretendido guiarle á la honestidad de la vida y deberes de la sociedad (1): y en verdad, la cosa habla por sí misma. Imaginemos sino unos hombres que piensen que todo se acaba con la vida, que el infierno es una necedad, el paraiso una ilusion, y el Dios examinador de las intenciones y recompensador eterno de nuestras obras, un ente imaginario. Que se les presente á estos, mientras estan agitados de una hidrópica sed de

---

(1) *Atque haud scio, an pietate adversus Deos sublata, fides etiam et societas humani generis, et una excelentissima virtus justitia tollatur.* Cic. 1 de *Natur. Deor. n.* 2.

oro, un modo seguro de robar, ó usurpar lo ageno, ó estando dominados de la ambicion de reinar, hallen camino cierto y oculto para derribar del trono á su rival, y ocuparle felizmente; y dígasenos de buena fé ¿cuantos habrá entre ellos en quienes la simple consideracion de las *leyes inmutables de la equidad fundadas en la esencia de las cosas*, sea bastante para vencer la fuerza que tienen sobre sus corazones aquellos objetos tan conformes á las inclinaciones que son en ellos tan vehementes, y de que estan agitados? ¿Cuántos habrá que prefieran vivir y morir justos, siendo pobres y humillados, á morir honrados y ricos, siendo ocultamente malos, siempre que esten persuadidos que ninguno tendrá conocimiento de esta su injusticia, que ninguno la castigará, y todo finaliza para ellos con la muerte? Lo mismo debe decirse de aquella otra, que fastidiada ya y cansada de su marido, se ha unido con un furtivo comercio á un amante, en quien halla todas las complacencias de la sensualidad y de la vanidad, sin miedo de infamia ni de otro daño alguno. Si esta, ó con la lectura de alguno de los libros que abundan demasiadamente, ó con la conversacion de alguno de esos filósofos que

se precian de ir diseminando la impiedad, llegase á punto de borrar en su alma las máximas de la Religion; como de hecho lo leemos (bien que como un raro egemplar, porque las mugeres, en sentir de Bayle (1), no gustan ordinariamente de hacerse famosas por el estremo de la impiedad) de Bárbara, muger del Emperador Sigismundo, la cual se burlaba del cielo y del infierno; ¿se podria esperar el convertirla con la reflexion de las leyes de la honestidad y de la justicia, y retraerla de aquellos amores que la tienen embriagada y perdida? ¿no será mas creible que cada vez mas orgullosa y brutal quisiese, conforme su impío sistema, perseverar por toda la vida en la disolucion, como hizo la Emperatriz mencionada, persuadida que todo se acaba con la vida? Mas ya que hemos hecho mencion de esta heroina de la impiedad, quiero insertar aqui íntegro el elogio que hizo de ella Eneas Silvio. En él, como en egemplar, se ve qué máximas de virtud y qué prendas de honestidad debemos persuadirnos dominan en los libertinos. *Murió en aquel tiempo cerca de Gratz Bárbara Emperatriz, la cual pasando una vida ig-*

(1) *Pensamientos diversos*, §. 142.

nominiosa entre sus amantes.... ni profesaba la Religion cristiana, ni otra alguna, como quien negaba la misma existencia de Dios. Dícese que gritaba muchas veces á sus criadas, por que hacian oracion ó ayunaban, mortificando inutilmente su cuerpo, pensando que con la oracion aplacaban la imaginaria deidad de los cielos. Solia decir que se debia aprovechar el buen tiempo, mientras se vivia, y gozar de los placeres: que esta era la herencia única del hombre, cuya alma moria con el cuerpo; y que soñaban los que se prometen otra vida futura. Sentencia digna de tales costumbres; porque los que dejando á un lado la piedad se abandonan á los placeres del cuerpo, siguen con agrado aquellos dogmas, á cuya sombra, lejos de enmendar la vida, se confirmen mas en el camino que han tomado. Ni hay bálsamo mas oportuno para los corazones corrompidos, que el persuadirse que todo el hombre acaba con la muerte. El partido único para quien no espera ir al cielo, es no temer el infierno (1). Hasta aqui Eneas Silvio. Es pues

---

(1) Eneas Silvio, *hist. Bohem.* cap. 59. Aunque la vida disoluta de esta muger no se concuerde bien con las virtudes que Bayle atribuye á los

evidente, que el freno mas poderoso para retraer al hombre de la maldad y los estímulos mas eficaces para conducirlo á la virtud, son los que suministran las verdades de la Religion con respecto á la otra vida. Roto pues este freno, las reglas especulativas de lo justo y de lo honesto (que no dejaria de conocer la mencionada Emperatriz) no tienen fuerza para domar los apetitos contrarios del hombre. En consecuencia los libertinos, á pesar de estas bellas teorías, en virtud de su sistema práctico serán corrompidos y malvados: y es puntualmente lo que decia Lucrecio en estos versos (1):

Pues á saber los hombres con certeza
Que hubieran sus castigos de acabarse,
Firmes las amenazas rechazaran
Que les anuncian los sagrados vates.
Mas ya no les es dado tal recurso,
Ni á resistir se atreven; pues se sabe
Que el malo, desde el punto en que fallece,
Debe temer suplicios perdurables.

---

libertinos, sin embargo le ha consagrado un *artículo* en su *Diccionario*, adornandole con reflexiones correspondientes á la vida de esta heroina, y á su autor.

(1) Lib. 1, vers. 108.

Se hace aquí tambien oportuno reflexionar, como Leibnitz reprende agriamente á Puffendorf, quien sobre el falso supuesto de no conocerse plenamente con sola la luz de la razon la inmortalidad del alma, y las penas y premios de la otra vida (1), reduce *el fin de la disciplina y del derecho natural á los precisos límites de esta vida presente.* De ese modo, dice Leibnitz (2), apartando á un lado el temor de la vida venidera, viene á privar á esta disciplina de sus mas sólidos fundamentos, y quita á los hombres los mas poderosos motivos, que los podrian inducir á la observancia de sus deberes. *Porque ¿cómo ha de ser* (continúa) *que ninguno quiera perder los bienes, las dignidades y la vida por amor á sus hijos, á la patria, á la república, á lo justo y á lo honesto, si con arruinar á otro puede proveer á sus propios intereses, y pasar la vida entre honores y opulencia? Porque el posponer los bienes sólidos y reales á la celebridad de su nombre y de la fama que dejará despues de muerto, no es verdaderamente otra cosa sino una brillante necedad.* Hasta aqui Leibnitz.

(1) *De Offic. hom. et civ. in præfat.*
(2) *In epist.* 16 *ad Molanum*, t. 2.

IV. *Sofisma de Bayle disuelto.*

Pero volviendo á hablar de Bayle, él no tendria dificultad en conceder la exactitud y solidez de nuestro raciocinio; mas no obstante, pretenderia que nada hemos adelantado en órden á que desaparezca aquella virtud que defiende en los libertinos. Á lo menos esto es lo que responde á un autor, que escribiendo contra los ateos y deistas (1), probaba que en virtud de sus principios, abolidas las virtudes, y triunfando sin freno los vicios y las maldades, se disolveria hasta la misma sociedad, cuando llegase á prevalecer en el mundo este sistema. *El lo prueba* (son las palabras de Bayle) (2) *muy juiciosamente; mas no habiendo hecho reflexion á una cosa que pienso yo haber demostrado; esto es, que los hombres no se conforman siempre á sus principios; por eso se le puede oponer con razon, que no ha probado cosa alguna.* Esta es la arma poderosa que tiene siempre en la mano al tratar de esta materia. No son, di-

(1) *Tratado de la Religion contra los Ateos, los Deistas, y los nuevos Pirronianos.*

(2) *Pens. divers.* §. 181.

ce el mismo en otro lugar (1), *las opiniones generales del entendimiento, sino las pasiones presentes del corazon las que nos determinan á obrar.* Luego vos mismo nos concedeis, replicaré yo, que viviendo y obrando los incrédulos segun sus principios y sistema, del cual se escluye un Dios premiador y vengador, vivirán y procederán como malvados; y solo harán algo bueno cuando resistan á la fuerza de sus principios. Bien. ¿Pero deberemos creer que se hallen dispuestos para hacer esta resistencia muchas veces, y vivir como hombres de virtud? No: y la prueba es aquel mismo argumento con que creeis haber demostrado, que los hombres no siguen siempre sus principios. Hélo aquí. *Si las luces* (2) *de la conciencia* (estas son vuestras palabras) *fuesen la razon que nos determina, ¿vivirian los cristianos tan mal como viven?* No ciertamente, respondo yo: y es cosa bien deplorable ver en los cristianos una oposicion tan enorme entre la voluntad y el entendimiento: pero observad que lo que de aqui se infiere es, que si los cristianos viven tan mal, puntualmente por eso

(1) *Ibid.* §. 138.
(2) *Ibid.*

mismo no se puede creer que los libertinos en las mismas circunstancias puedan jamás vivir bien. Si los cristianos no siguen las luces de la conciencia en su proceder; por lo mismo debe creerse que los libertinos seguirán los principios de su sistema. Y lo demuestro de este modo: los cristianos viven tan mal, porque muchas veces los placeres terrenos que arrastran al mal, superan la fuerza de los motivos sugeridos por la fé que los inducen al bien opuesto. Ahora pues, los deleites terrenos, segun los principios de los libertinos, no solo no encuentran fuerza contraria que superar, sino que reciben de ellos nueva fuerza para vencer: Luego si los cristianos se ve que viven mal, justamente por eso los libertinos deben vivir pésimamente.

Es pues un sofisma el argumento de Bayle, y solamente á propósito para engañar á niños, cuando haciendo siempre uso de su principio, escribe: *yo respondo que no es mas estraño que un ateo viva virtuosamente que el que un cristiano cometa toda especie de pecados. Y si cada dia vemos monstruos de esta última especie, ¿por que creemos ser imposibles los otros?* (1) Este es, digo, un

(1) *Ibid.* §. 174.

puro sofisma, que por sí mismo se destruye á vista del argumento referido: por lo mismo, porque cada dia vemos monstruos de esta última especie, por eso conceptuamos imposible la primera. Porque vemos esta cosa tan estraña, es á saber, cristianos que se dejan llevar á toda especie de delitos, por eso juzgamos no solo igualmente, sino mucho mas estraño y moralmente imposible, que los ateos puestos en las mismas circunstancias, movidos de las mismas pasiones, y rodeados de los mismos obgetos, vivan arregladamente. La razon es la ya dada, que se puede formar tambien de esta manera.

Los cristianos se ven incitados á una vida criminal por las pasiones de los apetitos; mas tambien son contenidos por los principios á que adhieren con su entendimiento. Los ateos son inducidos á una mala vida por las pasiones de los apetitos, y por los principios de que estan persuadidos. Luego si las pasiones vencen en los cristianos muchas veces la resistencia que hacen los principios, de modo que á pesar de estos se entregan deliberadamente á una mala vida; por eso puntualmente deberá conceptuarse moralmente imposible, que las pasiones, y juntamente los principios, no determinen á

los incrédulos á las malas costumbres; y que sin embargo de tales principios, puestos en las mismas circunstancias vivan virtuosamente. Así pues á la gran tésis tan repetida de Bayle, de que los hombres no siempre se conforman con sus principios, respondo: ó esos principios son mas conformes á las disposiciones é inclinaciones del corazon, ó son contrarios á ellas: si son conformes, la operacion es consiguiente; mas si son contrarios, solamente tendrán efecto cuando esten acompañados de auxilios ó motivos superiores á la inclinacion del corazon. Los principios del ateo, como se ha visto en el capítulo anterior, son negar la distincion entre el vicio y la virtud, poner el derecho en la fuerza, y tener por lícito lo que agrada. Y aunque concedamos á Bayle que el ateo conozca las ideas eternas de lo recto y de lo honesto; siempre, segun su sistema, está firme en que no hay juez que vele sobre la observancia ó transgresion de esas leyes, ó que haya de repartir premios ó castigos; porque acabándose todo con la muerte, la vida es el único tiempo de gozar. Ahora pues, estos principios son plenamente conformes á los apetitos del corazon humano inclinado al bien sensible presente, de los cuales apeti-

tos suponemos que esté agitado el ateo en aquel grado que el cristiano que peca, y que se halle en las mismas circunstancias: luego en el ateo no hay razon alguna para que deje de vivir al tenor de sus principios; y antes bien se halla en él una *razon compuesta*, por decirlo así, de pasiones y principios, por la que deberá vivir como perverso. Los principios del cristiano son enteramente contrarios á los del ateo, y del todo opuestos á las supervertidas inclinaciones del corazon. Si sucede pues, que los motivos que nacen de tales principios obren en el espíritu del cristiano con una fuerza proporcionada á la de los apetitos terrenos; que es decir, si la esperanza de premios, ó el temor de penas eternas, ó el amor al Legislador soberano hacen en el espíritu del cristiano una impresion mas fuerte, que la de los deleites terrenos, entonces él puede obrar y vivir conforme á sus principios: y si al contrario los deleites terrenos prevalecen, entonces él, dejando á un lado los principios de la razon y de la fé, marcha en pos de los apetitos, y vive y obra como criminal. Pero siempre su vida perversa y criminal, como consiguiente á un contraste y á una victoria que los apetitos lograron contra los principios del entendi-

miento, y contra los fuertes motivos que se derivan de ellos para vivir rectamente, nos muestra con evidencia, y confirma que debe ser igual y peor la de un ateo, en quien los apetitos desenfrenados, lejos de ser contrariados por los principios, antes bien son favorecidos y alentados. Esto es lo que debe decirse para responder al simil de Bayle, considerando la naturaleza de las cosas, y la ordinaria conducta de los hombres. Mas no por eso pretendo que todas las acciones de un ateo hayan de ser criminales, ó que alguna vez, aun cuando se halle agitado por las pasiones, no pueda obrar contra las máximas de su sistema en virtud de algun principio, que entonces se le presenta. Con todo eso no se puede creer que tal principio haya de tener fuerza ordinariamente en los incrédulos, sino rara vez en alguno; y menos puede creerse que haya de tener tanta eficacia en alguno, que le haga vivir virtuosamente contra las máximas del sistema, como quiere Bayle, porque esto significa un constante tenor de probidad· y ésta la conceptuamos totalmente imposible en un ateo, por las razones ya espuestas, y por las que ahora añadiremos.

CAPÍTULO VI.

Se demuestra que son ineficaces al efecto los motivos que, segun Bayle, tienen los Ateos para vivir bien.

I. *Se proponen los argumentos de Bayle.*

No creemos que el grande abogado de los impios se dé por rendido con lo dicho. Nada es para él mas comun y mas facil que renovar los asaltos para impugnar la verdad, persuadido á que por lo menos en los espíritus ignorantes ó mal inclinados, á quienes especialmente habla en sus inmensos volúmenes, un aparato vario y copioso de argumentos deberá últimamente hacer la impresion que desea, y obtener el triunfo.

Se empeña pues en esplicar los manantiales, que poco antes habia mencionado en confuso, y donde piensa que pueden beber la honestidad y la virtud los que apostatan de la Religion y de Dios. Referiremos sus palabras tomadas de una *Ilustracion*, que puso en el to-

mo 4.° del *Diccionario*, en la cual hace una apología de sí mismo por los elogios que habia dado á la virtud de los ateos, y que por la injusticia, y por la afectacion con que se repiten, habian ofendido y ofenden todavía á las personas sabias y virtuosas. Dice pues así:

"El temor y el amor de la divinidad »no son la única fuente de las acciones hu-»manas: hay otros principios que mueven »al hombre. El deseo de ser aplaudido, el te-»mor de la infamia, las disposiciones del »temperamento, las penas y las recompen-»sas propuestas por los magistrados tienen »mucha actividad sobre el corazon del hom-»bre.... Siendo esto constante no se debe re-»putar una paradoja escandalosa, sino antes »bien una cosa muy probable, que hombres »sin religion se inclinen mas fuertemente á »las buenas costumbres por la fuerza del »temperamento, acompañada del amor de »los elogios, y sostenida por el temor de la »infamia, que lo que escita á otros á eso »mismo el estímulo de la conciencia (1)."

Este es el finísimo artificio del gran so-

(1) *Eclaircissement sur les Athèes.*

fista: no proponer jamas un error sino precedido y acompañado de alguna verdad clara y sensible. Que obren fuertemente en el corazon del hombre, no solo el respeto á la Divinidad, sino tambien el temor del Príncipe, el horror de la infamia, la alabanza y el temperamento, es cosa ciertísima y de que no puede dudarse. Pero que hombres sin rèligion, por estos motivos, hayan de inclinarse *fuertemente* á las buenas costumbres, y *vivir virtuosamente,* es una proposicion que no podemos pasar, y que ante los ojos del lector vamos á examinar atentamente.

II. *Cuanta fuerza tenga en el ateo el temor de los magistrados ó de la infamia. Sueño de Lucrecio adoptado por Bayle.*

Imaginémonos un hombre sin religion tentado de una pasion vehemente, que le incita al mal, y que tiene sobre su espíritu tanta mayor fuerza, cuanto que en el sistema que él sigue, en vez del contrapeso de la esperanza ó temor de bienes ó males eternos, halla un nuevo incitamento en la persuasion de que para él todo finalizará con la muerte. ¿Qué es lo que podrá balancear el ímpetu de esta pasion, y contener al impío? El temor de los

magistrados, y el horror de la infamia, responde Bayle.

Pero el miedo á los magistrados no tiene lugar: 1.°, contra innumerables escesos, á que su encargo no se estiende. Tales son las embriagueces, las simples fornicaciones, y otros muchos géneros de obscenidades; tales la contínua ociosidad, la avaricia, la ingratitud, la infidelidad á la palabra dada, el desprecio de los inferiores, y otras semejantes culpas de que no suele cuidar el juez (1). En segundo lugar, ni el temor de los magistrados, ni el horror de la infamia tienen fuerza alguna para reprimir las pasiones del impío, cuando sus escesos son internos ó pueden quedar ocultos. Y considérese aquí, qué série inmensa de iniquidades se podrán cometer sin riesgo alguno por los incrédulos siempre que quieran. *Porque* (como dice oportunamente Ciceron) (2), "¿qué no

---

(1) Obsérvese que Ciceron en el lib. 1 *de Leg.* cap. 16, parece que menciona leyes que dan fomento á los delitos. *Quod si populorum jussis, si Principum decretis, si sententiis judicum jura constituerentur, jus esset latrocinari, jus adulterare, jus testamenta falsa supponere*, &c.

(2) *Nam quid faciet hic homo in tenebris, qui*

»hará en las tinieblas un hombre que no te»me otra cosa sino al testigo y al juez? Qué »hará en un desierto hallando á otro hom»bre débil y solo, á quien pueda quitar el »dinero?.... lo que tal hombre hará, pienso »que todos lo conoceis." Hará cuanto malo pueda, dice Prudencio, quien figurando en sí los conocimientos de este libertino que defiende Bayle, canta asi sublimemente (1):

Y si toda mi vida
Al punto de espirar queda destruida,
Y fuera del sepulcro nada sobra,
¿Qué tengo yo que ver con lo que obra
El que este mundo hiciera,
O que le rige desde la alta esfera?
¿Qué es Dios ya para mí? ¿Qué poderío

---

nihil timet nisi testem et judicem.....? Videtis, credo quid sit acturus. Ibid. cap. 54.

(1) *Nam si tota mihi cum corpore vita peribit,*
Nec poterit superesse meum post funera quidquam;
Quis mihi Regnator Cœli? Quis Conditor Orbis?
Quis Deus, aut quæ jam merito metuenda potestas?
Ibo per impuros fervente libidine luxus,
Incestabo thoros, sacrum calcabo pudorem,
Inficiabor habens aliquod sine teste propinqui
Depositum, tenues avidus spoliabo clientes,
Longævam perimam magico cantamine matrem.
Tardat anus dominum dilata morte secundum.
Nec formido malum: falluntur publica jura:
Aut si res pateat, judex corrumpitur auro:
Rara reos justa percellit pœna securi.

Lib. 2, cont. Symach. v. 169.

Podrá temer el apetito mio?
En liviandad ardiendo,
De placer en placer iré corriendo;
Y sin respeto al tálamo sagrado,
Por mí el sacro pudor se verá hollado.
Siempre que sin testigo
Me entregue algun tesoro el mas amigo,
Negarélo insolente:
Despojando igualmente
Al huérfano sencillo que se fie
De quien protervo de su fé se rie.
Con cancion nigromántica inhumana
La vida quitaré á la madre anciana,
Porque en sus canos años no se esceda
Contra la voluntad del que la hereda.
No temo ya la espada de las leyes:
Me mofo de los Reyes;
Pues aunque armada vele la justicia,
Sabe ocultar sus hechos la malicia;
Y si alguno por caso se descubre,
Soborno al juez, y el oro me lo encubre:
Que raras veces el castigo justo
Al criminal, si es rico, causó susto.

Os engañais (responde Bayle), y es temerario vuestro juicio pensando así de mi querido libertino. Aun dado que él se halle escondido en las mas densas tinieblas, y pueda quedar oculto su delito, todavia no le faltará otro poderoso impulso que reprima su pasion. ¿Cuál es este? Oigamos sus palabras, no sea que piense alguno exageramos.

"Si él se creyese (1) á cubierto de todo in»dicio y de sospecha, podria no obstante re»solverse á soltar la presa *(habla de la res»titucion de un depósito secreto)* temiendo »caer en la desgracia que han tenido otros, »y es el publicar ellos mismos sus delitos, ya »en sueños ó ya en un delirio ocasionado de »una fiebre. Lucrecio se sirve de este mo»tivo, para exortar á la virtud á los que »no tienen religion." ¡Eficacísimo estímulo capaz de desterrar los vicios y de mover á todo el mundo á una santidad epicúrea! Ve aqui como lo maneja el poeta libertino (2).

Feliz vivir no puede ni sereno
Quien los derechos huella mas sagrados;
Pues aunque engañe por de pronto al bueno,
Y aun los dioses se den por engañados,
Tema, por mas que en nada se deslice,
Que al fin su proceder se patentice.

---

(1) *Pens. divers.* §. 179.

(2) *Nec facile est placidam ac paccatam degere vitam,*
Qui violat factis communia fœdera pacis.
Et si fallit enim Divum genus hominumque,
Perpetuo tamen id fore clam, diffidere debet:
Quippe ubi se multi per somnia sæpe loquentes,
Aut morbo delirantes protraxe ferantur,
Et celata diu in medium peccata dedisse.
Lucret. Lib. 5, v. 1154.

Que cuando el alma descuidada opera
En la tranquilidad del sueño leve;
O en un delirio que á la mente impera
Con la violencia de la fiebre aleve,
Muchos, segun se cuenta, declararon
Faltas que cuidadosos ocultaron.

Warburton reflexiona sabiamente es una cosa inverosimil que el miedo de un accidente tan poco probable y remoto sea bastante para contener en un hombre el ímpetu de una pasion que de presente le tienta y estimula. Nosotros nos contentaremos con suplicar á Bayle nos diga á fé de caballero, si en realidad él podia inclinarse á creer que desde el tiempo de Lucrecio hasta sus dias, habria habido un solo impio á quien el miedo de manifestar durmiendo ó delirando sus escesos, le haya contenido alguna vez para no egecutarlos?

III. *Dado que todos los motivos mencionados por Bayle, obrasen sobre los Impios, no por eso serian virtuosos. Pensamiento de Cardano repetido por Collins, y por Tolando.*

Pero supongamos finalmente que estos motivos, procedentes del miedo á los magis-

trados, ó de la infamia ó del honor para con las gentes, tengan lugar en los impíos: ¿pero cuál, pregunto, será el efecto que produzcan? Reducirlos, dice Bayle, á la virtud y buenas costumbres. ¿Mas quién deja de conocer que esta sería una virtud de hipócritas, la cual conteniendo á lo mas la mano de egecutar la mala obra, deja en el corazon el malicioso afecto y aun lo aumenta y dobla con la vanidad ó el interés? "Es ya reo, dice »san Agustin (1), en la voluntad el que »quiere hacer lo que no debe egecutarse, »y no lo egecuta porque no puede egecutar- »lo impunemente. Y antes habia dicho Ci- »ceron (2): ¿son dignos estos inocentes y »modestos de conciliarse la estimacion y me- »recer alabanzas....? ¿Mas cómo podremos »llamar púdicos á los que solo el temor de »la infamia contiene del estupro?.... ¿Cómo »las fealdades del cuerpo serán odiosas é in- »decentes, y no lo será la deformidad del »alma?" Es pues una locura el argumento con que Gerónimo Cardano, hombre de dudosa ó ninguna religion, mencionado por el

(1) *Epistola* 145 *ad Anastas.*
(2) *Prim. de Leg.* cap. 19.

mismo Bayle, pretende probar no ser útil la fé de la otra vida para vivir en esta virtuosa y felizmente; y sí por el contrario conduce á ello la opinion opuesta. Porque siendo regular no fiarse los hombres de quien no parece hombre de bien, los que niegan la inmortalidad del alma (y lo mismo se debe decir de todos los libertinos) se ven precisados á ostentar mayor rectitud y honestidad, porque no parezca que son malvados en consecuencia del sistema que profesan. Asi como vemos, continúa, que los usurarios son estremados en mantener la palabra dada, aunque sean corrompidísimos en todo lo demas (1). Sin duda Cardano espresa aqui en realidad el caracter comun de los impíos, los cuales sabiendo que su sistema inspira odiosidad y horror, y que todos deben guardarse de ellos como de unos monstruos del género humano y sus enemigos comunes; por eso afectan un cierto aire de honradez, un esterior de hombres de bien, para ser tolerados en la sociedad y evitar los castigos que merecen. Pero al mismo tiempo todos conocen no se puede producir argumento mas inutil para

---

(1) *Hieron. Cardan.* t. 2, oper. pág. 464.

persuadir la pretendida ventaja que resulta de la impiedad; pues esta, que él llama vida feliz y virtuosa, es una vergonzosísima hipocresía, y una viciosa astucia, como la de los usureros; la cual por el contrario nos enseña cuán pernicioso es un sistema que induce á sus secuaces á tan abominable método de vida. Y para que se vea como se copian unos y otros, nótese aqui con reflexion, que de este mismo argumento sofístico é inepto de Cardano se valió tambien Collins (1), en el *Discurso sobre la libertad de pensar*, pretendiendo que un hombre que piensa con libertad (esto es licenciosamente), como incurre por ello en la indignacion del resto de los hombres, se ve obligado á vivir como virtuoso y hombre de bien. En Tolando se halla tambien el mismo argumento (2).

¿Mas qué especie de virtud es esta? ¿Qué concepto deberá formarse de quien es capaz de escribir, y de los que oyen con aplauso tales argumentos y á tales raciocinadores? Verdad es que Collins despues del referido argumento se vuelve luego á otro principio

---

(1) *Discurso sobre la libertad de pensar*, pág. 177.
(2) *Adeisidaemon*, §. 23.

para probar la virtud de sus *libres pensadores*, y es: "que como un hombre que quiere »llegar á pensar libremente, necesita mucha »diligencia y aplicacion; esta ocupacion con»tínua apartará de su ánimo todas las malas »disposiciones y las pasiones viciosas (1)." Á esta nueva demostracion (que una ú otra vez se oye de boca de algun joven incrédulo) me parece responde muy bien Bentleyo (2) preguntando brevemente estas dos cosas. Primera, ¿si todos los hombres ocupados son virtuosos? Segunda, ¿si todos los que dicen ser *libres pensadores* ó impíos, son por eso ya unos hombres ocupados?

IV. *Qué es lo que vale el temperamento para probar la virtud de los Ateos.*

Pero volvamos á hablar de Bayle, y examinemos por fin el otro manantial ya mencionado, del cual pretende sacar prueba de la honradez y virtud de los impíos, á saber, la *fuerza del temperamento*; en virtud del

---

(1) Collins, *ibid.*
(2) *Las bribonerías laicales de los pretendidos espíritus fuertes de Inglaterra*, part. 2, nota 44.

cual se ve á muchos, dice, naturalmente agenos de ciertos escesos: aborreciendo unos la crueldad y los homicidios, otros las obscenidades y destemplanza: que los unos tienen horror á los pleitos y supercherías, y otros á la infidelidad y á la mentira. Si hubiese pues logrado el ateo un temperamento dotado de ciertos caractéres, aunque no admita Religion alguna, eso no obstante podrá llevar una vida honesta, sobria, dulce, benigna y virtuosa, con el favor solamente de la índole feliz que le dió la naturaleza. Mas este argumento, si alguna cosa prueba, será solamente que no todos los impíos cometerán todo género de delitos; lo que no le disputaremos á Bayle. La naturaleza humana no permite que un hombre solo llegue á tal punto de corrupcion que se entregue á todos los escesos, de modo que se cancelen ó trastornen todos los dictámenes de la razon natural. Una pasion se opone á otra; y la complacencia de un apetito acomodado á la índole y al temperamento, aunque sea bueno, impide satisfacer otra pasion, y en consecuencia aparta de cometer alguna criminalidad que le sería penosa. Las historias nos muestran repetidas veces, y nosotros vemos cada dia unidas grandes maldades con la práctica de

acciones, que por su naturaleza son loables. Por eso cuando defendemos que la impiedad promueve y fomenta la corrupcion de las costumbres, no pretendemos que por ello haya de desconcertar del todo el temperamento del que la profesa, ni que este haya de ser á un tiempo cruel, lascivo, avaro, destemplado, traidor y homicida, si de su naturaleza era pacífico, casto, liberal, sobrio, leal y humano; lo que decimos es, que el impío en virtud de su sistema está dispuesto á cualquiera crimen que le agrade, ó para ponerle en egecucion, si la oportunidad le favorece, ó para desear cometerlo cuando violencia estraña se lo impida. El argumento propuesto solo prueba que el impío no hará jamas lo que no le ocurra, ó no le acomodáre á su genio; lo que nosotros no negamos: mas esta no nos parece gran virtud. Será siempre un hombre malvado, 1.º porque las buenas inclinaciones del temperamento nunca son tantas, que se opongan á todas las pasiones, antes bien éstas por lo comun son muchas mas que aquéllas: y asi estas pasiones serán servidas á todo placer, sin que la índole se oponga. Lo 2.º porque las mismas buenas prendas del temperamento no son tan firmes y fuertes, que no ha-

yan de ceder á la mutacion de los objetos y del mal egemplo en un hombre en quien, en caso de conflicto, no solo no estan sostenidas por buenos principios, sino totalmente abandonadas y entregadas á sus propias fuerzas. Las historias nos refieren mil sucesos de temperamentos felices corrompidos por el atractivo de los objetos y por la fuerza del mal egemplo: y á este propósito escribió Séneca que "de las personas con quienes se »vive y se conversa se toma la regla de las cos»tumbres: y á la manera que se corrompe un »cuerpo con el contacto de otros cuerpos »corrompidos: asi un ánimo malvado vicia »la buena índole de otro: los ebrios invitan »á sus convidados á la embriaguez, y la »compañía de los impúdicos ablanda has»ta los pechos duros como el bronce y el »pedernal (1)."

V. *Ilacion á favor de nuestra tésis.*

Queda pues probado con evidencia por lo que se ha dicho hasta aqui, que los motivos que pone Bayle en un hombre sin re-

---

(1) Séneca, lib. 3, *de Ira*, cap. 8.

ligion, para que pueda vencer el ímpetu de las pasiones que le arrastran, son ineptísimos. Podrán sí hacer que no cometa todas las maldades, sea retrayéndole de algun delito público, para lo que sirven la espada del Príncipe y el horror de la infamia; sea dejando de impelerle á alguna clase de vicios, para lo que contribuyen la índole y el temperamento. Pero todos estos tan ponderados motivos ni unidos ni separados sirven para impedir otros infinitos escesos, que ó no estan prohibidos por los hombres, ó no los reputan por ignominiosos, ó son ocultos é internos, y por otra parte gratos á la índole y temperamento. Contra estos no hay freno en el impío. Pero menos aptos son estos motivos para inducirle fuertemente á las buenas costumbres, y hacerle que viva virtuosamente, como pretende el contrario á quien hemos impugnado.

CAPÍTULO VII.

Examen de otros argumentos de Bayle á favor de la pretendida virtud de los Incrédulos.

I. *Paradoja de Pomponacio adoptada por Bayle acerca del amor puro de los que piensan que el alma es mortal. Refútase.*

Pedro Pomponacio, célebre filósofo, y cuando era profesor en Padua, maestro del gran Cardenal Gaspar Contarini (1), en un libro que intituló de la *Inmortalidad del Alma* (y que fue materia de muchas disputas) pretendió probar que ni se podia ni se debia decidir esta cuestion con razones naturales, ni podia con ellas demostrarse que el alma humana es inmortal; sobre todo lo cual debia escucharse únicamente la fé, que nos

(1) Este no dudó oponerse á su celebérrimo maestro, escribiendo dos libros igualmente intitulados *De inmortalitate animæ.*

cerciora de su inmortalidad. Llegando pues á tratar de esto, y oponiéndose tambien el argumento que aqui hemos espuesto, esto es, que con negar las penas y premios de la otra vida (que era consiguiente á la mortalidad del alma), se viene á abrir el camino á toda suerte de delitos, y á desterrar del mundo la virtud; una de sus respuestas es: "que los »que afirman ser la alma mortal promueven »mucho mejor la perfeccion de la virtud, que »los que dicen ser inmortal; puesto que la es»peranza del premio, ó el temor de la pena, »parece que llevan consigo cierta servidumbre, »que es opuesta á la naturaleza de la vir»tud (1)." Agradó á Bayle sin duda este pensamiento; y por lo tanto, queriendo probar que tambien los impíos pueden tener ideas de virtud y seguirlas, dice (2): "que la ra»zon dictó á los antiguos sábios debia ha»cerse el bien por amor del mismo bien; que »la virtud debe ser el premio de sí misma, »y solamente es propio de un hombre ruin »abstenerse del pecado por miedo del casti»go." Habiendo alegado despues de esto un pasage de Ciceron, en que se habla de la

---

(1) Pet. Pompon. *de inmortalitate animæ*, cap. 14.
(2) *Pens. divers.* §. 178.

piedad de Epicuro: "Es pues cierto (1), añade, que la razon, sin el auxilio de la Religion, halló la idea de esta piedad tan celebrada de los Padres, que hace se ame á Dios y se observe su ley por su infinita perfeccion." ¿Quién pensaria jamas habia de ver á los ateistas elevados á esta mística sublime, y hechos no solo hombres de bien, sino encendidos de amor puro, y obrar por impulso tan perfecto? Pues tales quiere Bayle los creamos; y por eso entre otros elogios con que ampliamente los honra, hace tambien en su alabanza la aplicacion de estos versos (2).

De la virtud por amor
El bueno á serlo se escita;
Y al malo el pecar evita
De las penas el temor.

Sin embargo nos creemos con derecho á reirnos de este soñado heroismo en gentes que no tienen Religion, y en quienes por sistema todo se reduce y se mide por el amor propio, aun los oficios mismos de las virtu-

(1) *Ibid.*

(2) *Oderunt peccare boni virtutis amore:*
Oderunt peccare mali formidine pœnæ. Lib. 1, *epist.* 16.

des, las cuales de ese modo se malean y corrompen. Por lo que con mucha mas verdad y razon se espresan los sentimientos de los antiguos sábios en estos versos de otro poeta (1):

> No se hallará facilmente
> Uno solo entre millares,
> Que por su mérito propio
> A la virtud siga y ame.
> Digna es de amor; mas si el premio
> La falta, que la realce,
> No estimula: pues el hombre
> Odia ser bueno de valde.

Pero por decir algo mas acomodado á nuestro intento, y directamente opuesto al pensamiento de Pomponacio, oigamos como se esplica Hierocles en sus Comentarios sobre los Versos Aureos (2): "Los que creen mortal el alma, cuando hablan de no despreciar »la virtud, en vez de decir la verdad, se mo-

(1) *Non facile invenies multis in millibus unum,*
Virtutem pretium, qui putet esse sibi.
Ipse decor recti, facti si præmia dessint,
Non movet, et gratis pœnitet esse probum. Ovid. de Pont. lib. 2, eleg. 3. Son conformes á éstos los de Juvenal, *sat.* 10.
Quis enim virtutem amplectitur ipsam
Præmia si tollas?

(2) Hieroc. in *Aur. carm.*

»san de los que los oyen. Si despues de la »muerte no subsistiese alguna cosa de nos»otros, y ésta no tuviese una inclinacion na»tural á adornarse de la verdad y de la vir»tud, cual decimos ser el alma racional, no »se veria en nosotros un puro deseo de las »cosas honestas. La sospecha sola de que el »alma sea mortal, sofoca todo el deseo de »éstas (de la verdad y de la virtud) y mue»ve á gozar de los deleites corpóreos, sean »los que fueren, y donde quiera que puedan »conseguirse."

II. *El mismo Bayle la niega en otro lugar, y se atiene á los hechos.*

En efecto, el mismo Bayle que, en los *Pensamientos diversos*, habia presentado este amor desinteresado y puro de la virtud, como un motivo por el cual los incrédulos pueden retraerse del mal obrar, y estimularse á vivir honestamente, en el *Diccionario*, despues de haber referido las palabras ya citadas de Pomponacio (*), lo reconoce por un vano

---

(*) Pedro Pomponacio, natural de Mantua, en la Italia, enseñó la filosofía en Padua y otras varias ciudades con gran reputacion. Pero sus obras

delirio, inepto para disolver el robustísimo argumento, que demuestra ser el sistema de los libertinos fuente de la mas desenfrenada corrupcion. Y dice así (1): "Todas estas »observaciones (de Pompouacio) no allanan »la dificultad; son miserables efugios." A esta confesion, ¿qué resta que decir? "He »aquí (sigue) un pensamiento mas racional, »y fundado en los hechos. El filósofo peri»patético dice, que un gran número de hom»bres dolosos, pérfidos y malvados creen la in-

---

de *Inmortalitate animœ*, y la de los *Encantamientos* le ocasionaron muchas contradicciones. En la primera se empeña en decir que solo por la fé podíamos estar seguros de la inmortalidad del alma, como si las nociones de la moral, y la diversa condicion del vicio y de la virtud, muchas veces no recompensados en esta vida, prescindiendo de otras mil pruebas, no la persuadiese; y asi esta opinion fue reprobada en el Concilio V de Letran. No es menos vituperable la segunda obra, en la cual, al mismo tiempo que niega al demonio toda parte en la magia y sortilegios, atribuye todos los efectos milagrosos á los astros, &c. de los cuales hace depender las leyes y la Religion: y asi fue puesta en el índice Espurgatorio. Sin embargo se cree que su incredulidad era mas de palabra que real, y asi se asegura que murio muy cristianamente el 1525.

(1) *Diccion. crit. art. Pomponacio.*

»mortalidad del alma, y muchos santos y jus»tos no la creen."

Este es el grande argumento con que Bayle piensa triunfar, y por eso le trata ampliamente en muchísimos lugares de sus obras. Conviene pues pararnos á desvanecerlo, pues sabemos la complacencia con que los libertinos se saborean en él. Copiemos pues el texto del párrafo 174 de los *Pensamientos diversos*, donde trata especialmente este punto. "Mas »para decir alguna cosa mas fuerte aún, y »que no deje en los términos de conjetura »lo que he dicho acerca de las costumbres »de una sociedad de ateos, advertiré que las »pocas personas que hicieron abierta profe»sion del Ateismo entre los antiguos, un Diá»goras, un Teodoro, un Evemero y algunos »otros, no vivieron de modo que hiciesen »declamar contra el libertinage de sus cos»tumbres..... por el contrario, su buena vida »pareció tan admirable á Clemente Alejan»drino, que se creyó obligado á repeler como »falsa la acusacion de Ateismo que se les ha»bia opuesto (1)." He ahí el maravilloso y »decantado argumento, que si bien se mira,

(1) *Pens. divers.* §. 174.

contiene tantos errores como palabras: miserable sofisma, que de nada sirve, sino de probar y confirmar de nuevo nuestra causa.

III. *Respuesta general á este argumento.*

En primer lugar, que entre los que creen la inmortalidad del alma y profesan la Religion haya un número grande de hombres viciosos y malvados, como decia Pomponacio, es tan cierto como digno de llorarse, y no lo negamos tampoco nosotros. ¿Pero de esto se debe inferir que el sistema de la Religion tenga alguna parte ó influjo en esa fatalidad? No creo haya libertino tan atrevido que lo afirme. Ellos mismos pretenden que la Religion es una invencion de los políticos para contener con este freno á las gentes en su deber. No pueden pues decir que sirve de fomento á la relajacion de los que la profesan. La relajacion dimana de un ímpetu fuerte y vehementísimo de las pasiones, que atropellan por todos los motivos de esperanza y de temor con que la Religion por su fuerza natural los llevaria á la virtud, retrayéndolos del vicio. De lo cual se deduce legítimamente una notoria verdad contra la tésis de Bayle y de sus parciales. Porque si las pasiones (como

se ha observado ya) tienen tanta fuerza en el corazon humano que rompen aquel eficacísimo freno con que la Religion las reprime, y arrastran á los hombres, á pesar de la resistencia de su fé, á las mas enormes maldades, ¿cómo podrá pensarse jamas que aquellos en quienes no se halla este freno, esta resistencia, esta contradiccion; antes hay un sistema, que fomentando la licencia les invita á todo género de desahogos; cómo podrá pensarse, digo, que hallándose éstos en las mismas circunstancias, siendo agitados de las mismas pasiones, han de permanecer constantes, y vivir como virtuosos, como santos? He dicho en las mismas circunstancias, y agitados de las mismas pasiones, porque puede muy bien suceder que un hombre persuadido de la Religion, pero agitado de mas alicientes, de mas estímulos, de mas comodidades y mas incentivos cometa maldades mas enormes y mas escandalosas que un ateista de otra índole, ó que se halle en otro estado ó situacion. Para cometer las crueldades y las enormes brutalidades de Neron, era preciso ser Emperador de Roma. Ni sirve para acreditar el Ateismo oponer á aquel monstruo coronado (á quien Bayle nos presenta como hombre de Religion, del mismo

modo que á Calígula y Tiberio, y otras iguales pestes de Roma) un infeliz judío, cual fue Espinosa, que vil por su nacimiento, de condicion pobre, molestado de la ética desde la edad de veinte años, vivió sin cometer atrocidades ni abandonarse á la lujuria en una posada de un canton de Holanda. Si aquellos con la corrupcion del corazon hubieran llevado al trono la impiedad de las máximas irreligiosas, ciertamente no habrian sido menos malos, hubieran sido peores, á no ser que digamos que no los habria contenido jamas el temor de las deidades que creian. Bárbara, muger del Emperador Sigismundo, é impía (como queda dicho), puede muy bien compararse con María, muger de Oton, con Zoe de Romano Argirópolo, con Eufrosina de Alejo, y con otras, que á pesar de la Religion se distinguieron sobre el trono por sus escandalosos desarreglos; y se verá que aquella de su propia impiedad sacaba la audacia, y la inspiraba á otros para no ser inferior á nadie en la liviandad, declarando que *no se debia desear vivir sino para gozar de los placeres.*

IV. *Reflexiones sobre un pasage de Clemente Alejandrino acerca de Diágoras, Teodoro y Evemero. Idea crítica de Bayle.*

Sentadas estas verdaderas reflexiones que quitan toda la fuerza al argumento, volvamos á ver el pasage de Bayle. "Observo, dice, »que los pocos que entre los antiguos han »hecho profesion del Ateismo, un Diágoras, »un Teodoro, un Evemero no vivieron de »manera que diesen lugar á que se alzase la »voz contra el libertinage de sus costumbres." ¿Pero era Bayle tan poco práctico del mundo, y de las cosas humanas que ignorase puede haber y hay hombres malvados y corrompidísimos, sin que cometan criminalidades tan públicas y manifiestas, que sean dignas de la historia ó de un poema? ¿Es argumento bastante el silencio de los historiadores, para que creamos justos é inocentes á los que no profesaban religion alguna? No me fundo en el silencio solamente, replica Bayle, "hallo sí que su buena vida pa»reció tan admirable á Clemente Alejandri»no, que se creyó obligado á desechar como »falsa la acusacion de ateismo, que se habia »formado contra ellos." Luego Clemente

Alejandrino, diré yo, era de nuestra opinion, y tenia por imposible se pudiese unir con el ateismo una vida *moderada y sabia* (1). Y por eso pretendió que aquellos que á su parecer habian vivido bien, habian reconocido la Divinidad, y se les dió el nombre de ateistas porque se mofaban de las falsas divinidades, y se reian de las necias supersticiones de su pais. Pero en esto, responde Bayle, se equivocó Clemente Alejandrino, "y yo admiro que un hombre de tanta eru»dicion no advirtiese que los paganos dis»tinguian exactamente los unos de los otros." Séame lícito apelar aqui á la crítica de Bayle. Si desecha la autoridad de Clemente, cuando escluye á estos del número de los ateos; ¿por qué despues la hace valer con tanta pompa cuando los elogia como hombres de bien y de puras costumbres? Si erró Clemente por lo respectivo á su impiedad, ¿por qué no se creerá que erró tambien en órden á sus costumbres? Erró en el primer punto, dice Bayle, porque Ciceron, Plutarco y Diógenes Laercio los llaman ateos, y los paganos distinguian con gran cuidado los unos de los

(1) *Improt.* pág. 7.

otros; esto es, á los que negaban toda divinidad, de los que solo negaban las supersticiones idolátricas. Admira en verdad que un hombre de tanta erudicion como Bayle, haya podido asegurar con tanta satisfaccion esta exactitud de los paganos en distinguir esos dos puntos. Bien pudiera acordarse de aquel pasage de Dion, hablando de Domiciano, en donde Clemente y Domitila cristianos eran acusados de ateismo: de aquel otro de Juliano apóstata en su obra de *los Césares*, donde impone la misma tacha á Constantino el Grande: de otros ciento en los Apologistas de nuestra Religion, por los que sabemos que los paganos acusaban generalmente á los cristianos de *impiedad*. Este abuso de imponer el caracter de ateismo aun á los que reconocian la Divinidad, y solamente despreciaban las locuras de los Dioses del pais, lo han tenido presente no solo *Mureto* citado por Bayle, el cual suscribe á la opinion de Clemente Alejandrino; sino tambien Vossio (1), quien lo demuestra latamente en la insigne obra del *Origen de la idolatría*, hablando puntualmente de algunos de los men-

(1) *De orig. idol.* lib. 1, cap. 1.

cionados ateistas: y tambien Fabricio en la *Bibliografía anticuaria* (1), y en otras partes. ¿Qué mas diré? El erudito Abad Sevin (2), en una Disertacion sobre la *vida y obras* de Evemero, despues de haber mencionado y aprobado la opinion de Clemente Alejandrino acerca de este pretendido ateo, y haber dado una idea, segun lo que pudo sacar de los autores antiguos, de la historia de este hombre, escrita despues de aquella su navegacion famosa, cree puede inferirse de un pasage de Ciceron y de los testimonios de los apologistas cristianos, *que el nombre de ateo, tomado en su rigorosa significacion, no se le podia dar legítimamente.* Pretende que Evemero solamente impugnó los dioses populares, cuyo origen se habia empeñado investigar en su obra, y dar á conocer habian sido hombres mortales y terrenos, divinizados por la opinion de los pueblos. Todas estas reflexiones nos muestran que Bayle procedió con demasiada ligereza en condenar á Clemente Alejandrino, á lo menos por lo respectivo á algunos de los mencio-

(1) *Bibliograph. antiq.* cap. 8.
(2) Vide, *Memorias de la Academia Real de las Inscripciones y Bellas Letras*, t. 11.

nados filósofos, cuyo ateismo no es tan cierto como él se imaginaba. Pero elógiese enhorabuena la severidad de su crítica, que niega la autoridad dé Clemente en este punto, aunque apoyada en los citados testimonios: mas díganos á lo menos; ¿qué argumentos son los que le han movido á abrazarla sobre el otro punto, que es la arreglada y moderada vida de los mismos? A la verdad ni de Diágoras, ni de Evemero me acuerdo haber hallado cosa alguna en Ciceron, ni en Diógenes, ni en Plutarco que acredite sus costumbres. ¿Y por ventura hallamos algun elogio de Teodoro, que entre todos fue quizás el ateo mas cierto y declarado? Sí por cierto. Laercio (1) dice de él, enseñaba que el hombre sabio "podia cuando »le agradase cometer todo especie de hurtos, »de adulterios (*) y sacrilegios: no siendo

(1) Lib. 2, *in Aristip.*

(*) Mably en sus *Principios de moral* permite tambien al estudioso que busque un desahogo á su naturaleza en una muger pública, con tal que no se enamore, y se distraiga de sus tareas. ¡Moral bellísima! ¡digna de un hermano de Condillac! y sin embargo este es el héroe á quien se buscó para que escribiese el *Método de estudiar un Príncipe* (el de Parma) *la Historia*, que es el que lleva el nom-

»estas acciones malas por su naturaleza;" y aun con una impudencia cínica añadia: "que »el *sabio podia públicamente, y sin avergon- »zarse*, hacer lo que el pudor no nos permi- »te decir." He ahí cuales eran las máximas de este ateo. ¿Y el tenor de su vida era contrario? Por el mismo Laercio sabemos que hallándose en un convite en casa de Lisimaco con Hipparchia, muger de Crates, descaradísima cínica, y habiéndole ésta propuesto cierto sofisma propio suyo, Teodoro no la respondió con palabras, pero mostró con la obra que no estaba ageno de sus teorías (1). ¿Ignoraba acaso Bayle esta relacion de Diógenes? No por cierto. En el *Diccionario* lo refiere íntegramente en el artículo *Hipparchia*, aunque con esta diferencia, que si Laercio, aunque de secta epicúreo, se esplica en términos breves y modestos, él forma una escena digna de un lupanar, y suple lo que omitió Laercio. Esta es la crítica exacta:

---

bre de su hermano. Sabido es que Rousseau en su *Emilio* supone á este jóven educando llevado por su mismo ayo á la casa de la prostitucion. Las frecuentaba su autor, y no es estraño quisiese inspirar estas máximas á sus lectores. ¡Santa filosofía!!!

(1) Laercio, lib. 6, *in Hipparch. Tum ille (Theo-*

esta la buena fé del escritor de Roterdam. Cuando se empeña en hacer pasar á los ateos por gente de vida admirable, de arregladas y moderadas costumbres, hace comparecer entre estos hombres buenos aunque sea á un Teodoro con la autoridad de un Padre de la Iglesia; y cuando despues quiere divertir á sus parciales y amigos con sus geniales y acostumbradas noticias, hace venir al teatro á ese mismo Teodoro, y le pinta solazándose con una dama cínica. De estos egemplares de la crítica Bayliana pudieran citarse innumerables. Por ahora infiera el sábio lector que los argumentos de hecho ó de derecho del grande abogado de los impíos, que hasta aqui hemos examinado, nada sirven para persuadir sus buenas costumbres.

---

dorus) ad id quidem minime respondit: Sed ejus pallium atraxit. Sed neque territa, neque turbata est Hipparchia ut mulier. Gloríese ahora Bayle de la virtud de su filósofo.

CAPÍTULO VIII.

Historia y moral de Epicuro.

I. *Bayle pone á Epicuro como uno de los mas egemplares entre los filósofos antiguos.*

Sigamos un poco todavia al célebre apologista de los ateos, que despues de haber pretendido con la autoridad de Clemente Alejandrino, tuviésemos por virtuoso á un Teodoro, no debia dejar de proponer al mismo Epicuro con sus discípulos, como egemplares y modelos de virtud perfecta. Véase pues como habla en el lugar ya citado (1): "Epicuro que negaba la providencia y la in»mortalidad del alma, es uno de los anti»guos filósofos, que vivió egemplarmente; y »aunque su secta haya sido posteriormente »desacreditada.... los que la deshonraron con »sus vicios, no se hicieron viciosos en su

(1) *Pens. divers.* §. 174.

»escuela." Despues en el artículo que hizo en el *Diccionario* sobre este filósofo, se estiende con la mas pomposa elocuencia en celebrar la inocencia de su moral y la santidad de sus costumbres, manifestando una sensible complacencia en poder hacer creer al mundo, que eran hombres virtuosos los que no hacian aprecio ni de la eternidad, ni de leyes, ni de Religion, ni de Dios. El plan de nuestra obra no nos permite un detenido examen de esta vasta cuestion; pero indicaremos algunos puntos generales por donde se pueda formar un concepto justo de la historia y de la moral de Epicuro.

II. *Mala fama de Epicuro entre los antiguos. Empeño de Pedro Gasendo en abonarle. Lo consiguió con aprobacion casi general.*

Es cierto que casi por el discurso de diez y ocho siglos ha sido universalmente pésima é indigna la fama de Epicuro y de su escuela, no solo á causa de la impiedad, sino tambien de la moral misma. Entre los Padres de la Iglesia Clemente Alejandrino, Lactancio, Ambrosio y otros: y entre los escritores gentiles Ciceron, Plutarco, Sexto Em-

pírico y Séneca han hablado pésimamente de él. Casi todos los escritores posteriores, siguiendo las huellas de estos, han tenido por dogma fundamental de la escuela de Epicuro, *que el deleite es el sumo bien y felicidad del hombre*, y nos han pintado y descrito sus jardines como estancias de la disolucion. Ateneo, que escribia en tiempo de Cómodo ó de Pertinaz (1), refiere que una joven descarada, llamada Leoncia, era la amiga de Epicuro, y que habiéndose dedicado á estudiar con él la filosofía, continuó egerciendo su oficio vil en aquellos mismos jardines (2). Se citan otras famosas rameras, que vivian tambien allí con los discípulos del Filósofo, y conforme á las teorías del voluptuoso maestro transformaban la escuela en un burdel. Asi se habia pensado y hablado de Epicuro hasta la mitad del siglo anterior, cuando el célebre Pedro Gasendo entró como un nuevo Hércules á limpiar aquel establo de Augías, y mediante su vasta erudicion y florida elocuencia, lo consiguió de manera que Epicuro fue repuesto en el coro de los filósofos,

(1) Véase á Bosio de *Hist. Græc.* lib. 2, cap. 15.
(2) Ateneo, lib. 13, de *Ipnosoph.*

y se volvió á conciliar la fama y reputacion de tal. Se ha pretendido, que todo cuanto malo se ha dicho de él, ha procedido de las calumnias de los Estóicos, quienes á fin de desacreditarle habian suplantado algunas cartas llenas de obscenidades y de enamoramientos indecentes; y de ellas, como de fuentes corrompidas, han ido á beber los escritores subsiguientes: que Epicuro habia sido un hombre de costumbres puras y santas; y últimamente, que aunque pusiese la felicidad y último fin del hombre en el deleite, mas que por este deleite no entendia los placeres, ni las sensaciones del cuerpo, sino los placeres, y tranquilidad estable del alma, que nace de la virtud, y en la cual ella consiste (1). Tal es la idea que de aquel antiguo filósofo y de su doctrina se esforzó á dar al mundo el célebre Gasendo, hombre en realidad famoso, y acreditado en la república de las letras. De aqui procedió que despues de aquel tiempo ha venido á ser como un ca-

---

(1) La defensa de la doctrina y de las costumbres de Epicuro se halla en las *Notas* que puso Gasendo al lib. 10 de Laercio, y en los siete libros que compuso *De vita et moribus Epicuri.*

racter del buen gusto en la república literaria hablar de Epicuro de ese modo. Los libertinos especialmente se han lisongeado hasta el esceso, pretendiendo presentarnos en él un filósofo, que despues de haber arruinado, por servirme de la frase de Ciceron (1), no con las manos, como hizo Xerxes, sino con la doctrina, los altares de los Dioses; despues de haber desterrado del ánimo humano el miedo del avaro Acheronte, y librado á la tierra de la Religion, era sin embargo un hombre lleno de honestidad, de frugalidad y de templanza, que fomentaba la amistad con los suyos, y la piedad para con la patria, y ha dejado en su escuela documentos en especialidad en materia de amistad, que nosotros los cristianos, dice el famoso Collins, debiéramos venerar en alto grado (2).

---

(1) *Nec manibus ut Xerxes, sed rationibus Deorum inmortalium templa, et aras exerterit.* De Nat. Deor. lib. 1, cap. 41.

(2) Discurso de la *libertad de pensar*, pág. 191.

III. *Eso no obstante, algunos han repetido las acusaciones antiguas, entre los que se ha señalado el Cardenal de Polignac. ¿En qué ponia Epicuro la felicidad?*

No obstante, aunque casi todos los escritores que despues de Gasendo han hablado de Epicuro, hayan seguido sus huellas y escrito con muy ventajosos sentimientos acerca de él, y en particular Jacobo Brukero en su insigne *Historia filosófica*, ha habido tambien otros que no dejándose llevar de la novedad, han repetido las antiguas acusaciones y despreciado como muy corrompida su moral. Tales son especialmente Parkero, Gatakero, Bentleyo, y sobre todos el Cardenal de Polignac en su *Anti-Lucrecio*, poema digno de eterna memoria, en el cual con no menor fuerza de doctrina que facilidad y elegancia en el verso, se ponen nuevamente en claro y se confutan los errores del antiguo libertino, y se impugnan todas las diferentes, monstruosas é impías hipótesis de los modernos ateistas. En él pues asienta el nobilísimo escritor como cosa enteramente cierta, que Epicuro puso la *felicidad* del hombre en el *deleite* ó placer; de lo que no habrá

quien no halle mil pruebas leyendo, aunque sea de paso, el libro décimo de Diógenes Laercio, en que está la vida, y se mencionan las doctrinas de Epicuro (1). Verdad es que queriendo este filósofo evitar la infamia en que ya veia haber caido los Cirenáicos á causa de sus doctrinas voluptuosas, protestó muchas veces no queria que en su escuela por el nombre de *deleite* se entendiesen los placeres de la carne, y sí la satisfaccion y gozo del alma libre de toda perturbacion, pesadumbre y dolor, en lo cual, segun su sentir, consiste el sumo mal. Pero como observa el gran Cardenal de Polignac, este es un velo en verdad muy transparente para que no se descubra el dolo y fraude de su proceder: porque si la suma felicidad del hombre consiste en su satisfaccion y gusto, ó sea en poseer lo que le agrada y le deleita, síguese segun Epicuro, que se deben buscar todos los placeres de la carne y de los sentidos, cuando se apetezcan, ó la privacion se haga dolorosa. Oigamos sus versos armoniosos, trasladados á nuestra lengua vulgar (2).

---

(1) Basta este pasage de la epístola de Epicuro á Meneceo: *Voluptatem principium ac finem dicimus beatæ vitæ.*

(2) *Quippe ubi pro summa rerum, pro fine supremo est*

Pues si el último fin, y el bien supremo
Lo constituye aquello que deleita;
Ni me puede agradar cuanto severo
Al apetito lúbrico refrena,
¿Por qué no corro tras vedados goces,
Y cometo los robos que detestan
Los maridos? ¿Por qué no me abandono
De Sinon á los fraudes y cautelas,
O imitador de Baco y de sus ninfas
No copio su frenética demencia?
Contentar al deseo el placer manda:
Y cuando á aquél sus votos se deniegan,
El acerbo pesar oprime mi alma,
Impidiendo que así dichoso sea.

IV. *Esposicion mas verosimil de su sistema.*

En realidad Epicuro dice que á los deleites sensuales suelen seguirse dolores, anxiedades, perturbaciones, y asi parece alza aqui la voz, y toma un tono filosófico y casto para condenarlos. Pero si se mira con

---

Quod me delectat, cumque id mihi dulce videri
Non possit, quo comprimitur succensa libido,
Quin ego damnatam Venerem, quin furta maritis
Detestata sequor, fraudes artemque Sinonum,
Et rabidos Bromii patris Evantumque furores?
Nam defraudari genium vetat alma Voluptas,
Ni potiar votis, mihi tunc dolor ingruit ingens,
Et nequeo, si me dolor afficit, esse beatus.

Anti-Lucretio, lib. I.

atencion, él no condena absolutamente esos deleites; sino desea que se tomen con medida, se disfruten con arte; en fin, que se use de ellos hasta satisfacer el deseo, pues en esta satisfaccion consiste la suma felicidad; pero sea evitando aquellos escesos, y removiendo aquellas circunstancias que puedan traer consecuencias de algun trabajo, perturbacion y dolor que supere ó convierta en amargura el placer y gozo de que se ha gustado. Este es, en dictamen del Cardenal de Polignac, el verdadero sistema de Epicuro, que á mi parecer se puede llamar el refinamiento del deleite. En efecto, segun él, la felicidad y el sumo bien consiste en el gozo ó placer del ánimo, por manera que cada uno posea lo que se adapte mas á su genio, le satisfaga mas, atraiga y aficione. Si á alguno le agrada la aplicacion á las bellas artes y estudios, ó á causa de una índole feliz le adaptan los deberes de la virtud, la mansedumbre, la generosidad, la continencia, egercítelos enhorabuena, dice Epicuro, *no por lo que son, sino por el deleite que disfruta en ello; asi como se toma una medicina, no por sí misma, sino por la salud que causa* (1). Y

---

(1) *Voluptatis vero causa virtutes quoque eligen-*

debe reflexionarse que los oficios de la virtud en boca de Epicuro se asemejan oportunamente á las medicinas, de las cuales no se hace uso continuo, como sucede con los alimentos, sino se toman rara vez, y de mala gana. Pero si á alguno le placen los deleites, que proceden de las *sensaciones* del cuerpo, y de la satisfaccion de los sentidos, deben generalmente abrazarse; porque *todo deleite*, segun Epicuro, es *bueno*. El desórden y el pecado, segun su moral, consiste: 1.° en creer que en tales sensaciones y movimientos, y no en el gozo estable y tranquilo que de ellos nace, consiste la felicidad; y asi es como lo esplica Brukero (1), defensor por otra parte acérrimo de la virtud de Epicuro: lo 2.° en no usar de esos deleites en tales circunstancias y con tal frecuencia, que ó violando las leyes civiles, ó incurriendo en la indignacion de otros, ó alterándose la salud del cuerpo, se lleguen á padecer dolores y trabajos, que en su entender es el máximo de los males, y para cuya esclusion prohibe algunas veces los sensuales deleites. Deleites que, como poco

---

das esse, non propter se: sicuti et medicina propter sanitatem. Epic. ap. Laert. lib. 10.

(1) Bruker, *Histor. filos.* pars. 2, lib. 2, cap. 13.

ha digimos, reconoce por buenos en aquella memorable sentencia, que hasta el mismo Meibomio (1), grandísimo encomiador de Epicuro, en las notas puestas á su escelente edicion de Laercio, confiesa ser perniciosísima y perversa; á saber (2), *que ningun deleite es malo por sí mismo; aunque la práctica de algunos de ellos trae consigo mayores inquietudes que delicias.* Pero donde mas bien, y con la mas clara certeza parece quedar confirmado todo el sistema por el mismo Epicuro, es en aquellas otras palabras de la carta á Meneceo (3): "Nosotros no abrazamos to»dos los deleites, antes muchas veces nos pri»vamos de ellos; á saber, cuando les ha de »seguir mayor molestia: y aun creemos que »muchos dolores traen mas utilidad que al»gunos deleites, pues á veces se sigue mayor »deleite de la tolerancia de los dolores. Sien»do pues todo deleite conforme á la natu»raleza, es cosa buena; mas no todo deleite de»be seguirse; asi como todo dolor es cosa ma»la, mas no todo dolor debe siempre des-

(1) Meibom. *in notis.*
(2) *Apud Laert.* lib. 10.
(3) Epicur. *in epist. ad Meneceum apud Laert.* lib. 10.

»echarse." De todo lo cual es fácil inferir cuál haya sido en verdad y cuán perversa la moral de Epicuro, y con cuanta razon han levantado la voz contra ella los escritores de todos los siglos.

V. *Respóndese á una objecion de Gasendo. Pasage escelente del Anti-Lucrecio.*

Eso no obstante, Gasendo pretende suspendamos todavía la sentencia de condenacion contra el antiguo filósofo, insistiendo en decir que Epicuro no constituia el deleite sino en la virtud. En efecto, la quinta de sus máximas referidas por Laercio era esta (1): "No se puede vivir gustosamente si no se vive »prudente, honesta y justamente; ni se vive »prudente, honesta y justamente, si no se vive »gustosamente. El que no logra pues vivir »prudente, honesta y justamente, tampoco »puede vivir gustosamente." ¿Qué cosa mas clara pudiera decirse, esclama Gasendo, para demostrar que Epicuro colocó el deleite en la virtud? Mas esta es una falacia del astuto griego, porque, en verdad, ¿qué entendia

(1) Laercio, *lib.* 10.

él por nombre de virtud? ¿Reconocia por ventura una regla ó medida de lo recto y de lo honesto? ¿Admitia un órden inmutable en las cosas que debia amar el hombre, adaptar á él sus afectos, y adherírsele estrechamente, á pesar de todos los estímulos de las pasiones, de los alhagos del placer, y de las amenazas de los malos? Nada menos. Por el nombre de *virtud* entendia Epicuro el *arte de saber gozar*, de saber arrojar del ánimo el temor de Dios, el de la muerte y del infierno: saber huir los trabajos, las enemistades, los castigos, las enfermedades, y gustar los deleites, en cuanto pudiese ser, mas refinados y mas libres de toda mezcla y consecuencia de dolores y fastidio. Esta idea de la virtud epicúrea, fuera de lo dicho, parece se descubre en aquella otra, por confesion tambien de Meibomio (1), perversa é inicua sentencia suya relativa á la virtud de la justicia, que dice (2): "La injuria por »sí no es mala, lo es solamente por el te-

---

(1) Meibomio. Véase tambien *sobre esta sentencia* la *Observacion de Menage*, el cual descubre mas su veneno. Pero especialmente á Groccio: *de Jur. bell. et pac.* lib. 2, cap. 20.

(2) Véase á Ciceron, lib. 2 *de finibus*, cap. 22.

» mor de la sospecha, de que no podrá ocul- » tarse á los que estan constituidos para cas- » tigar las injusticias." Tenemos pues, segun Epicuro, que la medida del mal no era la violacion de un órden eterno, sino solamente las consecuencias del dolor y molestia. He aqui tambien como la justicia, la prudencia y la honestidad, que dice necesarias para vivir gustosamente, no son mas que unas cautelas y medidas necesarias para evitar los afanes, los dolores, los castigos y los otros males que pueden acibarar los deleites. Luego el deleite solo es el blanco, el fin de las virtudes epicúreas, por el cual subsisten, y las arregla. Pero oigamos todavia al nobilísimo poeta, que conforme en todo á estas nuestras reflexiones (1) se esplica así:

---

(1) *Sunt qui Gasendo freti duce, sic Epicurum*
Defendant, nullum ut jactent genus huicce petitum
Esse voluptatis, nisi quod virtute paratur:
Hi fraudem ignorant virtutis nomine tectam;
Fallacique viro nimium patienter adhærent.
Nempe quid est virtus, quid honestas judice Grajo,
Quam verbis lusi tanto dignantur honore,
Tantis immeritum scribendo laudibus ornant?
An recti constans atque obfirmata cupido
Contra delitias, et cuncta pericula contra,
Propositique tenax, vel cum malesuada voluptas
Obstiterit, terrorve, minantiaque ora tyranni?
Non ita, sed placiti, quodcumque sit, integer usus

Hay quienes apoyados en Gasendo
A Epicuro defienden, sosteniendo
Que el deleite á que tanto se adheria
En sola la virtud lo constituia.
Mas éstos no conocen, por su daño,
Que el nombre de virtud cubre aqui engaño:
Crédulos asintiendo y sin prudencia
Al sábio á quien adorna falaz ciencia.
Porque ¿qué es lo virtuoso, qué lo honesto,
Segun del Griego el texto,
Por cuyas espresiones dirigidos
Le tributan honores no debidos?
¿Acaso una intencion firme y constante
De preferir lo recto á cada instante
A los deleites y peligros todos,
Que sitian al mortal de varios modos;
Ya venciendo severos
Los gustos lisonjeros;
Ya hollando con desprecio sobrehumano
Los retos y amenazas de un tirano?
No: no es este el sistema voluptuoso

Absque dolore, metu, vel sollicitudinis umbra;
Illa supercilio rigidi sit digna Catonis.
Est, Epicure, tibi ridens et blandula virtus,
Carpere delitias cauto, vitaque fruisci:
Non quod honestum in se pulchrumque est, hoc tibi gratum.
Nam si esset, quid socratico, quid pytagoreo
Tramite distares, quid Religione severa?
Sed tibi quod gratum, sejuncta labe timoris,
Et curæ, subito culpa vacat, atque decorum est.
Abs te non igitur posita in virtute voluptas,
Ast in ea virtus: tantum ars est rite fruendi
Natura, non naturam ratione domandi. Lib. 1, v. 471.

Del torpe Sibarita, que gozoso
Al apetito plácido se entrega
Y sin dolor ni miedo en él se anega.
La virtud de un teson constante y rudo
Solo seguirla pudo
Un rígido Caton: otra mas suave
Risueña y blanda en ti, Epicuro, cabe,
Cuando gozando de la dulce vida,
Lo honesto y bello en sí no te convida.
Pues si esto solo amáras,
En nada te apartáras
Del socrático dogma religioso,
Que al de Samos tambien hizo famoso.
Mas tú juzgas por recto é inocente
Todo placer, en que la humana mente
Sin mezcla de dolor cebarse pueda:
Y asi puesta por ti la virtud queda
En el placer; y no éste,
Como debiera, en la virtud celeste:
Sin que el austero grito
De la razon sujete al apetito.

VI. *La crítica sobre tales puntos ha de ser muy cauta.*

Baste para nuestro designio este breve ensayo acerca de la moral de Epicuro. Ya en otra parte hemos dicho que nunca se usa mejor de un moderado escepticismo que cuando se trata de las opiniones de los filósofos antiguos, no solo por el tiempo tan distante de nosotros en que florecieron, sino tam-

bien por la escasez de monumentos que nos quedan, por las varias intenciones y miras de los escritores que las refieren, por la incertidumbre de la fuerza que daban á ciertas voces; y mas especialmente por la inconstancia de los mismos filósofos en sus pensamientos, la incoherencia sensible en sus dichos, y otras razones semejantes, que deben detener á la crítica para no ser facil en pronunciar y decidir. No por eso se ha minorado en nosotros el alto respeto que se debe á los que pintan con otro semblante la doctrina de Epicuro. Lo que hemos dicho de ella nos parece lo mas verosimil; y lo haríamos mas palpable si quisiésemos, y cómodamente pudiésemos examinar todos los monumentos que pueden pertenecer á este asunto. El que desee mayor conocimiento de él, lea entre otros á Ciceron, especialmente en los dos primeros libros de *Finibus*, y nos lisonjeamos quedará cada vez mas confirmado en nuestro modo de pensar.

VII. *Costumbres de Epicuro celebradas é imitadas por los incrédulos modernos: cuán lejos estan de la verdadera virtud.*

Pero aunque fuese mala y corrompida la moral de Epicuro, podrá replicar alguno,

no por eso él, como testifica el mismo Ciceron, dejó de ser un *hombre de bien, cortés, humano y fiel amigo* (1): y esto es lo que en especial pretende Bayle, como objeto de su empeño. Responderé que el mencionado sistema de Epicuro, considerada su índole y la situacion en que se hallaba, exigia puntualmente en él esta conducta esterior, como la mas á propósito para fomentar y promover el deleyte. Mas si esto se ha de celebrar como egemplar y virtuoso, júzguelo Bayle. En efecto, Epicuro seguia ciertamente un sistema impío por respeto á la Divinidad: mas como tenia presente la desgracia de Sócrates y de otros filósofos acusados del mismo delito, á fin de evitar aquella suerte, y vivir honrado y tranquilo, y á su gusto en Atenas, no hallaba dificultad en ir á los templos, asistir á los sacrificios, ni aun de escribir libros de *devocion* (2), y recomen-

---

(1) *At coluit ipse* (Epicurus) *amicitias. Quasi quis illum neget et bonum virum, et comem et humanum fuisse..... sed quamvis comis in amicitiis tuendis fuerit, tamen si hæc vera sunt; nihil enim afirmo; non satis acutus fuit.* Cic. de Finib. lib. 2, cap. 25.

(2) *At etiam de sanctitate, de pietate adversus Deos libros scripsit Epicurus. At quomodo in his lo-*

dar públicamente lo mismo de que interiormente y entre sus amigos se reia muy á su placer. Esta era la piedad de Epicuro. ¿No es en efecto una bella virtud? Y, para decirlo aqui de paso, esta es justamente una de las primeras máximas de nuestros *espíritus fuertes*: acomodarse en el porte esterior á la Religion del pais, para evitar todos los disgustos.=Pasemos adelante. *Conservaba fielmente Epicuro la amistad.* ¿Pero cómo podia hacer otra cosa un hombre que no anhelaba mas que por su gusto? ¿Cuántos pesares, trabajos y perjuicios no nacen de la enemistad; y cuántas ventajas y placeres no se sacan de los amigos? Se deberia probar que Epicuro amaba á sus amigos por su mérito solamente; ó para servirme de la frase de Ciceron, que estaba animado de aquella (1)

quitur? Ut Coruncanium, aut Scævolam Pontifices maximos te audire dicas. Cic. *de Nat. Deor.* lib. 1, cap. 41. Bayle (*Pens. divers.* §. 178.) hace ostentacion de este pasage; mas oiga al mismo Ciceron en el cap. 44 del libro citado: *At etiam liber est Epicuri de sanctitate. Ludimur ab homine non tam faceto, quam ad scribendi licentiam libero. Quæ enim potest esse sanctitas, si Dii humana non curant?* Sentencia digna de estamparse en bronces.

(1) Cic. *de fin.* lib. 2, cap. 26.

caridad, que hace amar la amistad por lo que ella es y por sí misma, no por las utilidades y ventajas que disfruta el que ama. No se probará jamás que la amistad de Epicuro fuese de aquel primer caracter, sino de este segundo, como consecuencia necesaria de su sistema (1). Y este es tambien el segundo distintivo, que pocos años ha se observaba en cierta sociedad de libertinos, los cuales querian formar un cuerpo y guardaban entre sí una estrechísima alianza, y se favorecian y socorrian á porfía mutuamente: mas conforme á lo que se ha dicho, esto no era á impulso de una amistad verdadera, sino para tomar con el recíproco egemplo nuevos ánimos contra los remordimientos de la conciencia, y esforzarse con la vista de los otros en el tenor de vida adoptado. (*) Volvamos á Epicuro. Le celebran especialmente sus partidarios en punto á la *sobriedad* en comer y beber, y pretenden eran frugalísimos los convites que hacia á sus discípulos y dis-

---

(1) Cic. *ibid.*

(*) Vean los lectores si esto puede aplicarse á las *sociedades secretas*, cuya caridad se estiende solo á ellos entre sí, y no á los que llaman *profanos*, es decir, á todos los demas hombres.

cípulas. Pero en verdad es necesaria mucha sencillez para creer que Leoncia y las otras célebres cortesanas ó prostitutas que vivian en el jardin de Epicuro con sus discípulos, se contentasen con agua y legumbres. Este sería uno de los mayores milagros que ha hecho jamás la filosofía. Á la verdad hallo que Luciano, que ni era estóico, ni platónico, sino un impío como Epicuro (1), describiendo aquella su opípara cena en los campos Elíseos, á la que asistieron muchos famosos convidados, dice, que *Arístipo* (gefe de los Cirenáicos) *y Epicuro* (nótese la compañía) *hacian entre todos las figuras principales como hombres graciosos, alegres y de gran gusto en la mesa* (2). Séneca, que verdaderamente era estóico, concede que Epicuro de ordinario comia parcamente (¿y quién ignora las enfermedades y dolores que causan los escesos en esta materia?); pero que despues aguzado el apetito con aquella parsi-

---

(1) Luciano manifestó siempre la estimacion que hacia de la doctrina de Epicuro, sin omitir por eso la mencion de los contrarios que tenia.

(2) *Porro Aristipus et Epicurus primas apud illos ferebant, quum jucundi hilaresque essent, et compotores suavissimi.* Lucian. *ver. histor.* lib. 2.

monia, asistia á opíparas y abundantes mesas, donde se entregaba sin rienda al mayor deleite que se puede encontrar en las viandas (1). Esta virtud de Epicuro, á lo que entiendo, ha sido muy del agrado de un moderno, que ansiando tambien el *refinamiento* de los placeres, escribe en estos términos (2): "Nosotros esperimentamos otra especie de »disgusto que se halla en medio de los mis»mos deleites... contra esto no hallo mas re»medio que moderar nuestras pasiones, y usar »de los placeres con ingeniosa y sábia econo»mía. Asi Epicuro escitaba el apetito por me»dio de la abstinencia, y huia todos los escesos »para evitar las incomodidades que nacen de »la disolucion." Hasta este punto es verdad lo que dice Bayle: es decir, que Epicuro fue el filósofo mas egemplar de todos. Egemplo de heróica parsimonia y moderacion, que tambien hay quien le imite en nuestros dias. No puede decirse afirmativamente si serian al modo de la cena de Luciano ó de los convites de Séneca, las comidas y cenas que en los años pasados acostumbraban á hacer en-

(1) Séneca, *epist.* 18.
(2) *Del uso de la vida* entre las obras D. S. Evremond, t. 6.

tre sí ciertos libertinos en varios casos, y especialmente cuando se agregaba alguno á su compañía (*). Juan Tolando dió á luz en 1720 un impío folleto con la fingida data de *Cosmópolis*, intitulado *Pantheisticon, sive formula celebrandæ sodalitatis socraticæ*, en que se leen ciertos versos que se debian recitar ó cantar en esta sociedad, en los cuales se esplican su impiedad y sus máximas conformes en todo al "espíritu de Epicuro »acerca de investigar las causas de las cosas, »y desterrar todo temor del ánimo, pasar »una vida alegre, lograr una muerte tran»quila, reirse de la supersticion (Religion), »aborrecer á los sacerdotes, vivir juntos en»tre chistes y razonamientos filosóficos;" y otros semejantes preceptos, despues de los cuales se invitaban recíprocamente á recrearse con repetidos brindis: de modo que esta sociedad ateística es llamada con propiedad *so-*

(*) Esto es notorio á todos, y adonde quiera que hay sociedades secretas: desde el tiempo que el autor escribió se han descubierto muchas cosas, que entonces aún ocultaban cautelosamente. Hoy no hablaria dudando; lo afirmaria sin temor de ser desmentido, pues ellos mismos *lætantur cum malè fecerint.*

ciedad báchica por el autor (1) de la *Biblioteca inglesa*. Resta por fin decir alguna cosa de la *continencia* de Epicuro celebrada tambien hasta lo sumo por sus modernos apologistas. Ya vimos lo mal que hablaron de él los antiguos, y entre ellos Ateneo. Con todo eso quieren algunos que ciertos escándalos y memorias sobre que está fundada la mala fama de aquel filósofo, tienen su origen de la envidia de los estóicos. Por eso dicen (2), que aquella famosa Leoncia no era la amiga de Epicuro, sino de Metrodoro, su discípulo favorito. Mas no dificultan en conceder, que esta y otras cortesanas semejantes que estudiaban con el gran maestro del deleite, vivian en los mismos jardines con sus escolares. En cuyo supuesto declara ingenuamente Gasendo (3) no quiere empeñarse en defender estuviesen juntos con aquella indiferencia ó frialdad, "con que es»tan los mármoles unidos en un edificio: »tanto mas, añade, cuanto en aquel tiempo »no se reputaba vicio, si alguno juzgaba que

(1) *Bibliot. ingl.* t. 8, p. 2, art. 1.
(2) Gasend. *de vita et morib. Epic.* lib. 7, cap. 5.
(3) Gasendo, *ibid.*

»nada humano le era indecente: y aun la fi»losofía misma no condenaba (aqui segun »pienso nos da Gasendo la verdadera nocion »de la honestidad y de las otras virtudes epi»cúreas) *sino aquella suerte de incontinencia, »por la que se violaban las leyes, y hacia per»der la salud y la fama.*" Pero pretende que no llegaban á la relajacion, sino que se contenian en su deber, tanto á causa de la comida parca y bebida fria con que el maestro los trataba (y ciertamente si le obedecian, agua y legumbres eran un remedio bastante poderoso contra la lascivia); como por las grandes exhortaciones que les hacia contra la relajacion, y por el egemplo que les daba de continencia severa. Y esto último quiere Brukero (1) lo tengamos por ciertísimo, dando por causa la inclinacion del ánimo de Epicuro *contrario á tales entretenimientos, y la enfermedad corporal* que no le permitia gustar de tales *deleites* sin grandes inconvenientes. Creo que el prudente lector con estas noticias podrá conocer por sí de qué temple haya sido, si es que la tuvo, esta continencia de Epicuro, y cuán poco mo-

---

(1) Bruker, *Hist. phil.* part. 2, lib. 2, cap. 13.

tivo tienen los incrédulos para celebrarla. Y tanto mas, cuanto que si se pretende hayan fingido muchas cosas contra Epicuro sus enemigos, tampoco deben creerse todas las que en su alabanza y encómio escribe Laercio, *historiador*, dice Bentleyo (1), *en este artículo sospechoso, por haber sido él mismo epicúreo, y por lo tanto interesado en exaltar al gefe de su secta.*

VIII. *Conducta de los discípulos de Epicuro Horacio, Petronio, Lucrecio. Pintura de los hombres virtuosos* á la epicúrea.

Mas los discípulos que salieron de aquella escuela bastan para infamar al maestro y á la secta, y probar hasta la evidencia lo que no quiere entender Bayle, á saber: que la relajacion es compañera inseparable de la impiedad. Bien sé que Ciceron (2) dice haber conocido algunos de quienes habla con elogio, ¿pero quién no sabe tambien que por lo comun fueron las heces del mundo? Eliano escribe (3) que los romanos se vieron

(1) *La Friponnerie laique &c.* Nota 48.
(2) Lib. 2 *de finib.* cap. 25.
(3) *Romani Alcæum et Filiscum epicureos, ex*

obligados á desterrar de su ciudad á Alceo y Filisco, porque enseñaban á la juventud muchos é indignos deleites. Lo mismo hicieron con estos filósofos voluptuosos los Mesenios, como refiere él mismo, y tambien Ateneo (1). Y no se diga que éstos habian alterado y corrompido la sana moral de su maestro: porque en primer lugar ya hemos visto que ella abria naturalmente el camino á todo género de corrupcion, poniendo la felicidad y el último fin del hombre en el deleite; y en segundo sabemos por Numenio, citado de Eusebio (2), no haber habido secta que con mas zelo haya conservado, á pesar del transcurso de los siglos, las primitivas doctrinas de su maestro, y cuyos profesores hayan estado tan de acuerdo en enseñarlas como los Epicúreos. Éstos, para servirme de una frase de Temistio (3), veneraban los preceptos del Príncipe

---

urbe ejecerunt, quia multarum flagitiosarumque libidinum auctores essent adolescentibus. Messeni etiam Epicureos expulerunt. Aelianus *var. histor.* lib. 9. cap. 12.

(1) Atheneus, lib. 12. *Dipnosoph.*

(2) Euseb. *præpar. evang.* lib. 14, cap. 5. Allí está el pasage de Numenio pitagórico, que hace mucho á nuestro asunto.

(3) Temist. *orat.* 4.

voluptuoso de sus jardines, aun mas que los *Atenienses las leyes de Solon*, y mas que los *Espartanos las de Licurgo.*

De esta escuela pues salieron entre otros muchos los dos escelentes poetas latinos Horacio y Petronio Arbitro. Horacio, príncipe de los Líricos, se gloría él mismo de ser de esta grey, en aquellos célebres versos (1):

Verás en mí cuando reirte quieras,
En mi cara y mi cuerpo bien cuidado,
El lechon de Epicuro mas cebado.

Y á todos es bien notorio cuán justamente le convenia este nombre por la profesion de la doctrina epicúrea; pues que él mismo lo hace patente en muchísimos lugares, y especialmente en las *Odas.* El segundo, tanto como se aventajó en la pureza de la lengua latina, escedió á los demas en las sucias im-

---

(1) *Me pingüem et nitidum bene curata cute vidisses*
Cum ridere voles, Epicuri de grege porcum. Lib. 1, *epist.* 4.

Meibomio, empeñado en defender á Epicuro, pretende que no se ha de leer *porcum* sino *parcum.* Mas todas las voces de aquellos versos, asi como llevan naturalmente á leer segun se ha escrito, asi solo con violencia podran admitir la palabra *parcum.* Los MM. SS., las ediciones y las traducciones confirman la misma leccion.

purezas de que llenó el *Satiricon*; y en lo que de él escribe Tácito (pues que en dictámen de hombres doctísimos (1) de él es de quien hace mencion este historiador en el lib. 16, cap. 18 de los *Anales*), vemos haber sido el árbitro y adorador de los mas *refinados deleites*. Este tambien fue de la escuela de Epicuro, cuyas doctrinas impías acerca de Dios y del alma enseña en muchos lugares; y en cuanto á las obscenidades, despues de haber pintado una vez con la mayor impudencia algunas suciedades indignas, se defiende contra las justas reprensiones de la gente de honor con la autoridad de su gran padre Epicuro, á quien hace este abominable elogio (2):

Asi el grave Epicuro lo decia
Padre de la verdad: que en esto solo
La vida de los dioses consistia.

---

(1) Véanse las *Disertationes et præfactiones variæ de vita et scriptis Petronii Arbitri.* Y véanse tambien *Huetiana*, §. 86.

(2) *Ipse pater veri doctus Epicurus in arte*
Jussit, et hanc vitam dixit habere Deos. Sat. cap. 122.

Conviene poner aqui el retrato que de este epicúreo hizo Tácito en el lugar citado. En él se verá una copia bastante viva del antiguo maestro, y un

De estos dos poetas no debemos separar á Lucrecio, que de propósito cantó en latin los impíos dogmas del filósofo griego, á quien ensalza y tributa altísimos elogios en su poema, tan escelente en el artificio y pureza del estilo, como pésimo en la doctrina. Bay-

---

original de muchos que hoy siguen la misma escuela. "De C. Petronio..... comenzaré de mas alto. Pasaba el dia durmiendo, y la noche, despues de algun pequeño negocio, la dedicaba á los placeres. Como á otros la industria, á él le distinguia la ociosidad. Disipaba sus bienes no en comilonas y banquetes, como otros muchos, sino en deleites mas refinados. Sus dichos y acciones eran tanto mas bien recibidas cuanto que parecian mas naturales. Proconsul en Bitinia, y despues Consul, pareció salir de su apatía, y ser mas sagaz y cauto; pero volviendo lüego ó real ó aparentemente á sus vicios, llegó á ser uno de los mas íntimos confidentes (de Neron), y como el intendente de sus placeres. No hubo uno de cuantos gustó Neron, de que no fuese el árbitro Petronio. Esto escitó la envidia de Tigelino, que no sufria competidor en materia de placeres: por lo que escitando la crueldad, que era la pasion dominante del Príncipe, sobornó á un esclavo, que acusó á Petronio de haber tomado parte en la conjuracion de Scevino. Condenósele sin oirle: su familia fue toda arrestada, y él preso junto á Cumas. El César se habia ido á Campania, y él no se apresuró á quitarse la vida. Se hizo abrir las venas, y que se las ligasen para poderlas soltar

le (1) no puede perdonar al P. Briet (2) hubiese tachado á Lucrecio de *corrompidísimas costumbres*, y que digese las *habia manifestado claramente en sus versos*. Confiesa que espresó algunas cosas, que el rubor natural deberia ocultar, en términos obscenísimos; mas pretende escusarle con los tratados que se escriben de Medicina; y en seguida deja correr libremente su pluma por las mismas obscenidades en que tan frecuentemente se saborea, y forman la materia de sus escritos. Nosotros, por

---

luego: dijo á sus amigos algunas palabras, pero ninguna que diese indicio de varon constante. Hizo que le leyesen un rato, no de la inmortalidad del alma, ó algunas sentencias de los sabios, sino versos voluptuosos. Repartió dones á algunos de sus esclavos, á otros hizo apalear. Se paseó un poco, durmió, para que la muerte, aunque violenta, pareciese voluntaria y natural. En el testamento no aduló á Neron, ni á Tigelino; pero envió escritos y sellados á aquel Príncipe todos sus desórdenes y suciedades con sus deshonestas maneras en nombre de los eunucos y concubinas, y rompió el sello para que no usase otro de él." He aqui un hombre virtuoso á la epicúrea.

(1) *Diccion. crit.* art. *Lucrecio.*

(2) De Poet. lat. *Scriptores omnes conveniunt de turpissimis Lucretii moribus, quos nimis prodidit in suis versibus.*

no entrar en tal contienda, daremos con sumo gozo la causa por vencida. Bástanos advertir que Lucrecio en el principio de su poema nos pone en estado de decidir lo que verdaderamente entendia la escuela de Epicuro por nombre de deleite (sobre cuyo punto tanto se indignaba Ciceron cuando se le objetaba que no lo sabia), dando desde luego aquel poeta esta prerrogativa, no á la virtud, á la tranquilidad ó dulzura del corazon, sino á la *Diosa Venus*, cuyo mérito y poder canta con voces dignas de su escuela. Todos estos, dejando otros innumerables, fueron los discípulos de aquel filósofo *egemplar*, á quien Bayle ensalza tanto, y con él juntamente á su escuela. Esta fue la moral teórica y práctica de aquella gente, que hollaba la Religion, y negaba la existencia de los Dioses. Es pues un infeliz efugio del citado filósofo de Roterdam decir, que con sus vicios han deshonrado esta secta, y que no se hicieron viciosos en su gremio. Creemos muy bien que cualquiera que se dedica á profesar la impiedad, ya tiene corrompido el corazon; pero decimos tambien que en esta escuela deben empeorar siempre mas y mas, y hacerse malos por sistema, los que antes lo eran solo por el ímpetu de las pasiones. Todo

esto se ha dicho para responder á Bayle, que nos opone á Epicuro como el mas egemplar de todos los filósofos antiguos, y como prueba perentoria de la virtud de los que no admitèn Religion.

CAPÍTULO IX.

Carácter de los Saduceos. Sucesos de Vanini opuestos por Bayle como un argumento de la virtud de los Ateistas.

I. *Bayle quiere hacernos creer á los Saduceos distintos de lo que eran. Carácter que nos dan de ellos los antiguos.*

No debemos pasar en silencio otros dos egemplos que presenta Bayle en prueba de la virtud é inocencia de los impíos, por cuanto nos parece que él los ofrece con cierta complacencia, tanto mas vana cuanto menos fundada. El uno es antiguo, y el otro podemos decir que moderno. Aquél es el de los Saduceos, y éste el de Vanini. Véase co-

mo habla de los primeros: "Hubo (1) entre »los judíos, dice, una secta que negaba abier»tamente la inmortalidad del alma. Esta era »la de los Saduceos. Sin embargo no hallo »que con una opinion tan detestable hayan »tenido una vida mas corrompida que los »otros judíos. Al contrario es muy verosimil »que fueron mas honestos que los Fariseos, »que tanto se preciaban de la observancia de »la ley de Dios." Este argumento contiene dos errores: uno en las *premisas*, y otro en la *consecuencia* que se pretende deducir de ellas. El error de las *premisas* es un error de hecho. Para convencernos de ello basta tomar en la mano al historiador Josefo, quien en el lib. 2 de la *Guerra judaica*, cap. 8, da una idea bien distinta de la doctrina y costumbres de las tres sectas famosas entre los judíos, esto es, de los *Essenos*, de los *Fariseos* y de los *Saduceos*. De los Essenos, dice que son los mejores de todos. Describe largamente sus egercicios de piedad, su pudicicia, su religion, y especialmente la constancia con que por no quebrantar las leyes paternas sufrieron bárbaros tormentos, y

(1) *Pens. divers.* §. 174.

la muerte misma; dando á mas de eso á entender el historiador que esta constancia nacia en ellos de la persuasion de la inmortalidad del alma, y de las penas y premios de la otra vida, cuya persuasion, sigue el eruditísimo Josefo, era comun á los *Essenos* con los Griegos, los cuales creian preparados despues de la muerte castigos á los malos, y gozos y premios á los buenos. Despues de haber espuesto largamente la disciplina y costumbres de éstos, pasa á tratar de las doctrinas y del tenor de vida de los *Fariseos* y de los *Saduceos*, y concluye el capítulo hablando de unos y otros en estos términos: "Los Fariseos son gente tratable, y á quie» nes agrada la recíproca benevolencia. Mas » los Saduceos son de unas costumbres bruta» les, que aun á los de su misma secta tratan » como si fueran estraños (1)." Este mismo carácter de los Saduceos nos da Eusebio en su *Historia eclesiástica*, cuando hablando de Anano, Pontífice hebreo en el tiempo de Neron, dice: Que este hombre *en estremo audaz y temerario* era de la secta de los Saduceos, los cuales, añade, *en sus juzgados*

(1) Joseph. de *Bello jud.* lib. 2, cap. 8.

esceden en crueldad á todos los otros judíos (1). ¿Cómo puede, pues, Bayle asegurar que los *Saduceos no estaban mas corrompidos que los otros judíos*? Con los Essenos ni aun pueden compararse. Eran tambien menos honrados que los Fariseos, puesto que cultivando éstos la humanidad y el amor recíproco, aquellos eran tan bárbaros, inhumanos y crueles. Willemero en una Disertacion (2) acerca de los Saduceos insiste mucho en sus malas costumbres, y ademas de acusarlos de crueldad, les da el elogio de Horacio: *Epicuri de grege porcos*; suponiéndolos perdidos y corrompidos aun por lo respectivo á la honestidad. Bayle se empeña en defenderlos en su *Diccionario*, y no consiente que de modo alguno se les acuse de tal delito, no habiéndoles acusado de él Josefo; y aun debiéndose inferir que no eran voluptuosos por el càrácter de fiereza que les atribuye. "Porque es constante, dice, que (3) los »hombres voluptuosos son muy condescen»dientes unos con otros, y solo piensan en »multiplicar las delicias de su trato, se-

(1) Eusebio, *Hist. ecl.* lib. 2, cap. 23.
(2) *Dissert. filos. de Saduceis.*
(3) *Dic. crit. art. Saduceos.*

» parando de él lo que puede disminuirlas."
¿Mas quién no ve la futilidad de este argumento? Es necesario no haber leido las historias para ignorar cuán frecuentemente á una gran fiereza se junta la mas desenfrenada lujuria. El cumplimiento que hacia (1) Calígula á sus amigas no es el único egemplo que tenemos de este monstruoso conjunto (*). Mas esto nos importa poco, ni queremos empeñarnos en el proceso de los Saduceos sobre impureza. Para desmentir á Bayle, que niega haber sido de costumbres mas corrompidas que los otros judíos, basta decir con la autoridad de Josefo y de Eusebio que eran de costumbres atroces y crueles, peores no solo que los Essenos, sino que los Fariseos mismos (2). ¿Y no es una frase tan mal entendida como repetida por los espíritus fuertes, llamar á la amistad *virtud divi-*

---

(1) Sueton. *in Calig.* cap. 33.

(*) Léanse en el t. 2 de la *Bibl.* p. 190 y 216 la crueldad junta con la voluptuosidad de los modernos filósofos revolucionarios.

(2) Mossem. en su *Comentar. de rebus Christian. ante Constant. Magn. Prolegomen.* cap. 2, §. 12. Véase en el mismo autor lo que dice de la *Voluptuosidad saducea.*

na (1)? ¿No acostumbran ellos con este motivo celebrar tanto á Epicuro, y lisonjearse de cultivarla por sí mismos con zelo? He aqui pues á los Saduceos enemigos jurados de esta divina virtud: hombres crueles y feroces, no menos entre sí que con los estraños: gente tambien, como la llama el célebre rabino Abrahan Zachut, citado por Drusio (2), *impía y manchada con pésimas costumbres.* ¿Qué mas se necesita para tenerla ciertamente por perversa y corrompida?

II. *Aun admitida la virtud de los Saduceos no puede sacarse de ella argumento en favor de los Ateistas, los cuales no tienen los mismos principios que aquellos.*

Las *premisas* pues, ó el antecedente de este argumento tomado de las costumbres de los Saduceos, no se aviene con la verdad de la historia. Pasemos á la consecuencia que quiere deducir de ellas, y veremos que falta á la exactitud del raciocinio. Del egemplo de virtud de los Sadúceos, no obstante su

(1) Collins, *Discurs. de la liber. de penser.* 189.
(1) *De tribus sectis judæorum*, lib. 3, cap. 12.

errónea opinion de la mortalidad del alma, se pretende deducir que hombres sin religion pueden ser honrados y virtuosos. Mas esta consecuencia, aun cuando fuese el antecedente verdadero, no es legítima: porque los Saduceos podian tener motivos ó estímulos para la virtud de que carecen los Ateos y los Deistas. Y en efecto era asi. Es cierto que los Saduceos negaban las penas y premios eternos de la otra vida, pero creian que Dios recompensaba la observancia de su ley con premios, y castigaba su violacion con penas temporales, como por medio de Moisés lo habia espresado el mismo en el Pentatéuco, venerado como un libro divino, y entendido literalmente por los Saduceos. He ahi un estímulo, en virtud del cual aquellos hombres carnales podian aplicarse á los deberes de la piedad, segun piensan Juan Gerardo Vossio (1), y Juan Lightfooto (2), y el mismo Bayle lo concede en el *Diccionario.* "Esta »opinion, dice, parece suficientísima para »servir de espuela y de freno: ella puede »excitar al bien con la esperanza de la uti-

---

(1) *De Theolog. Gentil.* lib. 1, cap. 10.
(2) *In Acta Apostol.* cap. 23.

» lidad terrena, y reprimir la inclinacion al
» mal por el temor de los castigos tempora-
» les (1)."

III. *Disuélvense los argumentos pirronianos de Bayle en esta materia.*

En esto pueden todos conocer, que el egemplo de los Saduceos, de que usó este filósofo en los *Pensamientos diversos*, nada sirve para probar la virtud de los Ateos y de los Deistas, en quienes no hay los motivos que en aquellos. Sin embargo Bayle piensa muy de otro modo: despues de haber probado que las vicisitudes terrenas podian servir á los Saduceos de *estímulos bastantes, y aun mas eficaces que la doctrina de los bienes y males futuros*, para hacerles vivir honestamente; poco despues con su lógica pirroniana da por tierra con esta asercion, y presenta como mas profundo el parecer de los que creen que (2) "la verdadera y principal fuerza de
» la Religion relativamente á la virtud con-
» siste, generalmente hablando, en la persua-

(1) *Dic. crit.* art. *Saduc.*
(2) *Ibid.*

»sion de la eternidad de las penas y de los »premios eternos; y por tanto que quitado »el dogma de la inmortalidad del alma, falta »el estímulo mas eficaz y mas fuerte que »tiene la Religion." Lo cual trata de confirmar con varias razones. Á nosotros para estrecharle nos basta por ahora esta bien sencilla. Si la doctrina de la inmortalidad del alma es el estímulo mas fuerte y eficaz que tiene la Religion para inducir á los hombres á la virtud; ¿por qué en tantos lugares de sus obras nos quiere hacer creer inclinados á élla á los impíos, que se mofan y carecen de aquel estímulo poderoso? Añadamos mas y prevengamos la respuesta. Si la persuasion de que un Dios omnipotente y supremo gobernador premia temporalmente á los buenos y castiga á los malos, no es motivo capaz para inducir á la virtud á un Saduceo que niega la inmortalidad del alma, ¿cómo se podrá creer hayan de vivir virtuosamente aquellos en quienes, negada toda Religion, no hay otros motivos que el temor al Príncipe, el deseo del aplauso y otros semejantes? No sé que se pueda responder. Mas oigamos como termina esta cuestion el gran Escéptico; y el sabio lector formará el justo concepto del caracter de este hombre nacido

verdaderamente para esparcir tinieblas sobre la verdad. "Para terminar la cuestion (1) digo »no se puede negar, que en el caso de es- »tar un hombre íntimamente persuadido á »que la Justicia divina distribuye las penas »y las recompensas solamente en esta vida, y »que con ella finaliza nuestro destino, él no »puede abstenerse del mal é inclinarse al bien »por motivo de Religion." No necesitamos mas para concluir; porque en efecto, si en los Saduceos en virtud de su sistema hubo algun estímulo capaz de llevarlos á la virtud, el cual no hubo en los Deistas ni en los Ateistas, luego el egemplo de los Saduceos que alega Bayle, nada sirve para probar la probidad y virtud de los impíos. Pero pasemos adelante. Sigue pues (2): "al mismo tiempo es ne- »cesario decir, que hay tan poca probabilidad »de que semejante sentimiento tenga alguna »fuerza contra la depravacion de nuestra na- »turaleza, que hay fundamento para sostener »que la secta de los Saduceos destruia el ver- »dadero apoyo de la Religion, y la buena »conducta de un Saduceo puede contarse co-

(1) *Ibid.*
(2) *Ibid.*

» mo un egemplar de la combinacion y union
» de la honestidad moral y de la impiedad."
¡Qué mezcla de verdadero y de falso, de cierto y de incierto! ¡Y cómo dolosamente confunde y derrama, y esparce nieblas sobre lo mismo que estaba ya entendido! Tratemos de aclararlo y sacar las legítimas consecuencias. "Hay poca probabilidad, dice, de
» que un sentimiento semejante tenga algu-
» na fuerza contra la depravacion de nuestra
» naturaleza. Es bien seguro. Hay fundamen-
» to para sostener que la secta de los Sadu-
» ceos destruia el verdadero apoyo de la Re-
» ligion." Tambien se admite. ¿Mas cuál es la ilacion natural de estas premisas? No otra sino que es probabilísimo lo que habíamos dicho con la autoridad de Josefo, esto es, que los Saduceos eran hombres perversos y corrompidos, como en quienes la persuasion de los castigos y de los premios temporales no habria tenido fuerza contra la depravacion de la naturaleza: y aun es probabilísimo tambien que hayan sido mas depravados que los otros judíos que tenian el *verdadero apoyo de la Religion*, esto es, la doctrina de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos de la otra vida. Esta es la conclusion natural y legítima de aquellas proposiciones:

y si ello es así, la adicion de Bayle de que *la buena conducta de un Saduceo puede pasar por una especie de egemplar de la union de la virtud moral con la impiedad*, contiene un falso supuesto, desmentido en lo que toca al *hecho* por la autoridad de Josefo, y confutado en cuanto al *derecho* con sus mismas palabras, y con lo que tenemos ya demostrado. Acaso nos hayamos detenido mas de lo justo sobre un punto de poca importancia: pero servirá á lo menos para que el que no ha tenido la buena ó mala suerte de leer las obras de Bayle, entienda cuál es el genio de su pluma. El está en un continuo movimiento, como hemos dicho otras veces, de edificar y de destruir: siempre tiene prontas razones para el *si*, y el *no* en toda materia: mas de tal manera, que al fin de la disputa la causa de la verdad y de la Religion quede por lo comun ó vendida ó confusa, y el lector incauto envuelto en la red sin advertirlo.

IV. *Ventajosa idea que da Bayle de las costumbres de Vanini, desmentida con contrarios testimonios, y por sus escritos.*

Pasemos al otro egemplo que opone el filósofo de Roterdan: y aqui tambien nos li-

songeamos, que donde pretende hallar argumento en favor de su injusta causa, hallará el lector una nueva y luminosísima prueba de la verdad que tratamos, y es: *que la corrupcion del corazon es el manantial y el carácter inseparable de la impiedad.* Demos el texto de Bayle (1): "El detestable Vanini (*), »que fue quemado en Tolosa á causa de su

(1) *Pens. divèrs.* §. 174.

(*) Lucilio Vanini, del pais de Otranto, en la Italia, se dedicó desde un principio con ardor á la filosofía, medicina, y á la astrología judiciaria, cuyos sueños adoptó. Despues de andar vagando de incertidumbre en incertidumbre se sumió en el Ateismo; y aun de vuelta de Padua, donde hizo sus estudios, á Nápoles, formó, segun el P. Mersenne, el estraño proyecto de ir con doce compañeros de sus impiedades á predicar el Ateismo por el mundo. De cualquiera manera que esto haya sido, él recorrió la Alemania, los Paises-Bajos, la Holanda; de alli pasó á Ginebra, y de Ginebra á Leon de Francia, de donde se vio obligado á refugiarse en Inglaterra para evitar la prision. De Inglaterra volvió á Ginebra, procuró inficionar la juventud con sus monstruosos principios, y este frenético proselitismo le hizo volver á Leon de nuevo. Corrió otra vez la Italia, y volviendo en seguida á Francia, dicen, tomó el hábito de religioso en la Guyena; pero nadie señala la órden. Si lo fue, sus escesos lo hicieron arrojar de su monasterio, y

»ateismo el año 1619, habia sido siempre »arreglado en sus costumbres, y cualquiera »que hubiese tomado el cargo de hacerle un »proceso criminal sobre otra cosa, que sobre »sus dogmas ó creencia, se habria espuesto al »peligro de quedar convencido de calumnia»dor." ¿Y cuáles son las pruebas que produce Bayle de este hecho; de qué autores ha

---

se salvó en París. Allí publicó sus monstruosos Diálogos *De admirandis naturæ..... arcanis*, que censurados por la Sorbona, hubo de abandonar tambien la capital. De ciudad en ciudad, y siempre el mismo, es decir, de un entendimiento èstraviado y un corazon corrompido, se fijó en Tolosa, donde habiendo tenido sagacidad para introducirse en la casa del primer Presidente, empezó á imbuir á sus hijos en el Ateismo. Probados sus delitos fue condenado á cortarle la lengua, y entregado á las llamas el 1619, á la edad de treinta y cuatro años. Tiene algunas obras mas ó menos descubiertamente impías; pero en sus *Diálogos* hallan los impios y libertinos con que satisfacer su irreligion y lascivia. El treinta y nueve sobre el *Matrimonio* es de una licencia desenfrenada, y lo mismo el cuarenta y ocho: en ellos espresaba sus costumbres. Mr. Joly dice, que corrompio á su propia hermana, y vivió con ella largo tiempo en este comercio incestuoso. La compañera mas natural de la impiedad es la lujuria. Solo un Bayle podia tomar la defensa de semejante hombre.

tomado esa noticia de las regulares costumbres de aquel ateo infeliz? Ninguna: solo aquel aire de intrepidez y tono decisivo con que dice lo que quiere. Este hombre que con los otros se muestra un crítico tan severo, quiere que nosotros por solo su dicho quedemos persuadidos de un hecho acaecido cerca de un siglo antes que él lo escribiese. Examinemos pues los monumentos de aquel tiempo, y veamos si concuerdan con él. Bartolomé Gramond, que era entonces presidente en Tolosa, y á cuya vista pasó la escena trágica del impío Vanini, la escribe en el libro 3.° de su historia; y hablando en ella de las costumbres de Vanini, dice asi (1): "Yo lo »vi en la prision, lo vi en el patíbulo, y lo »habia visto antes que estuviera preso. Cuan»do estaba en libertad era un perverso que »anhelaba siempre por deleites: en la prision »se fingió católico; y en los últimos instantes, »privado de los auxilios de su filosofía, murió »como un mentecato." Hasta aquí Gramond, de quien como escritor y testigo gravísimo tendremos ocasion mas adelante de referir otros testimonios que formarán el verdadero

(1) Bartol. Gramond, lib. 3, *Historiæ Galliæ*,

y completo retrato de Vanini. El autor de la vida de este impío impresa en Roterdan en 1717 (1), copia sobre el punto de sus corrompidas costumbres un pasage del célebre P. Merseno, el cual vivia cerca de aquel tiempo en París, y en su *Comentario sobre el Génesis*, hablando de los ateos dice estas palabras: "muchas veces (2) oirás afirmar á »éstos que nunca obran contra su conciencia, que siguen en todo las luces de la razon, y antes querrian morir que perjurar y »engañar á otro. Sábete que mienten; porque »no se puede encontrar un hombre peor que »un ateo; y lo pudiéramos probar con el »egemplo de Vanini, el Cesar de todos ellos, »el cual por no parecer adúltero, quiso mas »ser *CATAPIGONÉSEROS*, aunque antes habia »entrado en una congregacion santísima, la »cual al punto lo arrojó de sí como á verdadero monstruo." Al testimonio de Merseno añade el citado autor de la vida de Vanini otros largos pasages sacados del P. Garasa en su obra intitulada *Doctrina curiosa*, escrita contra los libertinos, en los cuales

---

(1) *La vida y opiniones de Lucio Vanini.*
(2) Mersen. *Comment. in Genes.*

se hace una pintura odiosísima de las maldades de aquel impío. Mas á nosotros, principalmente contra Bayle, que ningun monumento produce de la virtud de su ateo, nos bastan los testimonios alegados, en especial el del presidente Gramond, historiador en quien parece se hallan todas las prendas para merecer crédito sobre este punto, como que fue testigo de vista y de oidas, no tenia motivo alguno para mentir, y cuya dignidad y condicion no nos deja arbitrio para dudar de su buena fé. Asi es que comunmente le siguen los que tratan de aquel ateo; entre los que pueden contarse Antonio Reisero, *de origin. progres. et increm. Atheism.* (pág. 246) el autor de la vida ya citado, y el P. Niceron *(tomo 26)*, omitiendo á Schrammio, La Cruz y otros citados por Budeo *(tratado del ateismo y de la supers. cap. 1.º)*. Á la autoridad de los testigos en órden á las perdidas costumbres de Vanini, se añade otra prueba sin réplica; y son sus *Diálogos llenos de obscenidades y de rasgos profanos, que hacen muy verosimil la acusacion*, dice (1) el autor de su vida, en la cual para

---

(1) El autor de la *vida*, pag. 209.

prueba copia algunos trozos, que muestran el torpe genio é indecentes costumbres de aquel infeliz.

V. *Heroismo de Vanini celebrado por Bayle como mártir del ateismo: se confuta con los principios sentados por él en otra parte.*

Si á lo menos se hubiera contentado Bayle con la pretension de eximir á Vanini de la tacha de malvado, sin propasarse impiamente á ensalzárnoslo cual *martir del ateismo* (1), fuera tolerable; pero él lo describe como un héroe lleno de ideas de honestidad; pronto por el amor soberano de la virtud á hollar no solo todo placer y ventaja temporal, sino á perder la misma vida. Copiaremos el pasage, para que se vea no exageramos. "Cuando reflexiono, dice (2), que el »ateismo ha tenido mártires, ya no dudo que »los ateos se formen una idea de virtud que »tiene mas fuerza sobre su espíritu, que lo »útil y lo deleitable. Porque ¿de dónde

(1) Bayle, *ibid.*
(1) *Ibid.*

» procedió que Vanini se pusiese inciertamen-
» te á dogmatizar delante de personas que le
» podian delatar á la autoridad pública? Si no
» pretendia mas que su utilidad personal, de-
» biera contentarse con gozar tranquilamen-
» te de una perfecta seguridad de conciencia,
» sin cuidar de tener discípulos: si quiso pues
» hacerse cabeza de partido, y librar á los
» hombres del miedo del infierno, del cual
» los creia eran sin razon molestados, se-
» ñal es de que se juzgó obligado á hacer á
» sus prógimos este servicio; y pensó era obra
» de virtud trabajar en favor de nuestros se-
» mejantes no solo con algun detrimento pro-
» pio, sino aun tambien con peligro de la
» vida." Verdaderamente no me puedo persuadir que Bayle cuando escribia estos pensamientos se figurase trabajaba para otra especie de lectores, que para jóvenes corrompidos é ignorantes, á quienes, para confirmarse en un grato error, deberian parecer hermosos y exactos unos sofismas tan patentes. Era imposible (á no haber perdido el juicio), que no viese la falsedad de lo que decia. Pero espliquemos ya este heroismo *Vaniniano*, y no con otras teorías y razones que con aquellas mismas que Bayle, escribiendo en otra ocasion menos acalorado, descubre el manan-

tial de donde los libertinos proceden á estender la impiedad ó el ateismo. Esplícalo él asi en su *Diccionario*: "Es bien probable, »dice, que los que afectan en las concur»rencias combatir las verdades mas comunes »de la Religion, dicen mas de lo que pien»san. En sus disputas hay mas de vanidad »que de persuasion. Se imaginan que la »singularidad y lo atrevido de las opiniones »que sostienen, les merecerá el concepto de »espíritus grandes..... se forman pues poco á »poco un hábito de hablar impiamente; y »si la vida voluptuosa se une á su vanidad, »corren mas veloces aún por este camino. »Este perverso hábito contraido por una par»te bajo los auspicios del orgullo, y por otra »de los de la sensualidad, debilita la im»presion de la educacion, adormece el sen»timiento de la verdad aprendida en la in»fancia en órden á la Divinidad, al cielo ó al infierno; pero no es esta una fé estingui»da, es solamente un fuego oculto bajo la »ceniza. Asi es que ellos sienten su activi»dad cuando entran en sí mismos, y espe»cialmente á la vista de algun peligro.... En»tonces llegan hasta la supersticion: la me»moria de haber mostrado mas desprecio de »las cosas santas que lo que sentian, y ha-

»ber procurado por ese medio sacudir inte-»riormente el yugo de la fé, redobla su in-»quietud. Casi nunca se ha visto que un hom-»bre grave apartado de los deleites y vani-»dades de la tierra, se haya empeñado en pre-»dicar la impiedad."

¿Qué se hizo pues, á dónde se fue tan en breve aquella virtud heróica de Vanini, aquella idea soberana de la virtud, y aquel amor desinteresado y sincero que le hacia trabajar por sus semejantes, para librarlos del miedo del infierno, con que sin razon los creia estar atribulados? Tales propósitos son despropósitos y estravagancias, se responde Bayle á sí mismo: un hombre grave y ageno de deleites y de vanidad no se mete á hacer la guerra á Dios, ni inspira á otros la audacia de pisar las leyes y blasfemar de la Magestad. Bien. Luego Vanini era un espíritu escesivamente orgulloso; era un malvado, ansioso de deleites. Efectivamente, estos son los caracteres con que le distinguen los autores. Y por tanto, bajo los auspicios ya del orgullo, y ya de la sensualidad, se introdujo á hablar impíamente sobre las materias mas santas, procurando de este modo adquirir fama de espíritu grande, y sacudir, si fuese posible, á fuerza de repeti-

dos sofismas el yugo de la Religion, que se hacia insoportable á sus viciosas costumbres. Esta era la causa de su charlatanismo, y de sus *trabajos en beneficio de sus semejantes*; á saber, el deseo de adquirir reputacion y fama, y procurar, si no convencerse plenamente á sí mismo, á lo menos afirmarse en la impiedad, viendo que otros la abrazaban.

VI. *Qué causa pudo mover á Vanini á esparcir la impiedad.*

No se me diga (siguiendo el argumento de Bayle) que Vanini diseminaba el error aun entre personas que podian delatarle á la autoridad pública; lo que parece denotaba en él una fortaleza heróica. Este no es un heroismo mayor al de el que viola el tálamo ageno, sabiendo que puede ser cogido *in fraganti*, y atravesado del puñal vengador del honor ultrajado; ó el de el que habla mal de un Príncipe delante de los que pueden delatarle, y mover su indignacion contra él. Asi como el amor ó la ciega imprudencia vence en estos al temor del peligro; asi la vanidad y la relajacion en el impío de que hablamos, le hacian imprudente y audaz en sus blasfemias. Á esto deben añadirse

los aplausos y aprobacion de los amigos, y la impunidad de tantos otros perversos que aumentaban su satisfaccion, y á lo menos en su fantasía le aseguraban de todo temor. Esta era la causa de la altanería de Vanini, y lo es hoy de la petulancia de nuestros incrédulos á vista de la misma espada que puede castigarlos, y no el vano amor de probidad que soñó Bayle, ó aquel impertinente escrúpulo de estar obligados á hacer al género humano el importante servicio de que fuese, como ellos son, impío y corrompido.

VII. *Cuál y cuán diversa fue la última escena de Vanini de como Bayle la representa.*

Mas no ha llegado todavia el grande abogado de los ateos á la accion mas ilustre de su héroe, por la que le da el nombre de *martir del ateismo*: aqui es en donde emplea los colores mas vivos de su elocuencia, á fin de dar un aspecto sublime y glorioso á lo que en realidad no fue menos trágico, que torpe y vil. Oigámosle: "¿Mas de » dónde viene (1) que él (Vanini) no en-

(1) *Diccion. crit.* art. *Des-Barreaux.*

»gañó á sus jueces, y prefirió morir entre »los mas dolorosos tormentos á una retracta»cion, que segun sus principios no le podia »traer perjuicio alguno en el otro mundo. »¿Por qué no aparentó estar ya desengaña»do, puesto que no creia hubiese un Dios »que le prohibiese esta hipocresía? No se po»drá pues negar que la razon sola, sin el »conocimiento espreso de Dios, es capaz de »inducir á los hombres á la virtud direc»ta ó indirectamente conocida (1)."

Nada sería mas facil que negar esta ilacion, aunque los antecedentes fuesen verdaderos, pudiendo suceder muy bien que una especie de manía y de furor, ó un orgullo ciego y escesivo, y no un verdadero amor de la virtud, haga obstinado á un impío hasta el punto de perder la vida antes que renunciar á los errores que ha enseñado y pertinazmente defendido. Y en efecto creemos que de ahí puntualmente nació, no la constancia, sino la obstinacion brutal de aquel Mahomet Effendi, que en el martirologio de Bayle es el segundo héroe despues de Vanini, y el cual en Constantinopla continuó

(1) *Pens. divers.* §. 182.

blasfemando como impío hasta en el mismo patíbulo. Mas en el caso de nuestro preconizado héroe las premisas enunciadas, y la referida constancia é intrepidez de Vanini, todo es falso. ¿*Por qué*, dice Bayle, *no hizo delante de los jueces una retractacion*? ¿*Por qué no se fingió desengañado*? ¿*Por qué no se hizo hipócrita*? Puntualmente todo eso lo hizo para librarse de los tormentos y de la muerte. Véase sino el testimonio de Gramond (1): "Acusado este hombre de corromper la juventud con sus nuevos dogmas, »fue puesto en prision. Fingiendo entonces »ser católico, se difirió el castigo merecido.... »Conducido á presencia del senado para oir »sus sentimientos, y preguntado qué pensaba acerca de Dios, respondió, que le adoraba uno y trino como la Iglesia católica.... »Despues habiendo tomado una paja del suelo, y estendiendo la mano hácia los jueces, »esta paja, dijo, me obliga á creer que hay »Dios." En efecto, de la existencia de aquella paja dedujo y formó allí el argumento de la existencia del Divino Criador, como el mismo historiador refiere. Celebrenos ahora

(1) Gramond, *lib.* 3.

Bayle su heróico *martir del ateismo*, y su invicta constancia en la impiedad. ¿Qué puede responder á la narracion de tal testigo? Mas de nada le valieron estas protestas al infeliz Vanini para evitar la muerte. Dios, tan ofendido y blasfemado de él, quiso que fuese castigado aun en este mundo. Y entonces fue cuando abandonándose al furor, soltó la rienda á su blasfema lengua, y con aire de ferocidad quiso lisongearse de morir como filósofo, es decir, intrépido é imperturbable. "Pero en vano (sigue el historia-»dor) se lisongeaba de morir imperturbable-»mente, habiéndole visto nosotros tan abati-»do, que daba malas muestras de aquella fi-»losofía de que se preciaba. En los últimos »instantes, y próximo á la muerte, su aspec-»to era horrible y feroz, su espíritu se veia »embarazado y sus palabras testificaban la an-»gustia que le agitaba. Y aunque de tiem-»po en tiempo gritase que moria filosófica-»mente, ninguno negará que acabó como »una bestia (1)." Hasta aqui el gravísimo historiador.

---

(1) *Ibid.*

VII. *Reflexiones sobre la condenacion de Vanini.*

No se nos oculta hubo algunos que pretendieron decir que Vanini fue injustamente condenado por sola la aversion de los Monges, aunque él fuese inocente sobre el punto del ateismo. Tal es la opinion de Gofredo Arnoldo (1), y especialmente del autor de la *Apología á favor de César Vanini* (2) impresa en 1712. Mas es bien sabido que esta es la acostumbrada cantinela de los enemigos de la Religion ortodoxa, los cuales para condenar sus máximas y juicios no se avergüenzan de tomar la defensa de los mismos ateistas que ha castigado. Mas como nuestro designio no nos empeña al presente en este examen, nos bastará citar un juez nada sospechoso, cual es Francisco Budeo; el cual, ademas de Daniel Morofio, quien asegura que los Diálogos de Vanini estan llenos de ateismo, pronuncia esta sentencia: *Para de-*

(1) *Historia Hæres.* p. 2, lib. 16, cap. 16.
(2) *Apolog. pro Cæsare Vanino.* Cosmopol. 1712.

cir la verdad (1), *el veneno del ateismo me parece estar esparcido en estos dos libros, aunque todavia mas en los Diálogos que en el Anfiteatro*; y da las pruebas con los testos de uno y otro. Este mismo es el dictamen de otros doctos protestantes, y cada uno puede certificarse por sí mismo, si quiere tomarse la pena de ojear aquellos infames escritos. Mas en cuanto al tenor de su causa, y á la cualidad de la sentencia fulminada contra él, no es del caso hablar aqui, ni pertenece á nuestro asunto.

IX. *Epílogo de este argumento, y confirmacion de lo dicho en los capítulos anteriores.*

Pero volvamos á hablar con Bayle y recapitulemos en breve todo lo dicho hasta aqui. 1.° Lucilio Vanini, reconocido por ateo (á lo menos en sus doctrinas) por Bayle, y por todos los escritores que han hecho mencion de él, segun el testimonio de quien le conoció, fue *un malvado, ansioso siempre de*

(1) Buddæus. *Tratado del ateismo y de la superst.* cap. 1, §. 24.

placeres: luego lo que Bayle dice de sus regulares costumbres es falso. 2.º Vanini diseminó entre jóvenes disolutos la impiedad; lo que por confesion de Bayle no es propio de *un hombre grave y enemigo de los deleites y vanidades de la tierra*, sino de quien lleno de vanidad desea el concepto de espíritu grande, y dominado de la sensualidad quiere sacudir el yugo de la ley que le es contraria. Luego el haber dogmatizado Vanini, mas bien que efecto de *amor puro á sus semejantes*, fue indicio manifiesto de la vanidad de su espíritu y de la corrupcion de su corazon. 3.º Vanini á presencia de los jueces, y á la proximidad de los tormentos no perseveró constante en defender sus doctrinas; antes bien habiéndolas condenado, aunque fuese en apariencia, se ingenió como pudo para evitar el castigo. Luego este martir del ateismo es una ficcion de Bayle, y aquella heróica probidad que él infiere, y á la que dice son inducidos los hombres por sola la razon, sin el conocimiento espreso de Dios, es una quimera y un delirio. 4.º Aunque Vanini aparentase intrepidez, y digese queria morir como filósofo, viendo cercana la muerte perdió la filosofía, olvidó el sistema, y su valor se transformó en agitacion, el or-

gullo en abatimiento y despues en furor. Luego asi como este hombre nos ha dado en la corrupcion de sus costumbres un nuevo egemplo de la mala vida de los impíos; asi en los artificios con que intentó evadir el suplicio que le amenazaba, y en las desesperadas agitaciones con que lo sufrió, nos presenta un nuevo argumento de que los incrédulos á la hora de la muerte pierden la fortaleza, y se transforman en viles y cobardes. Todo esto prueba con evidencia lo que en los antecedentes capítulos habíamos esplicado; y es, que no una metafísica sublime, sino una corrupcion escesiva de costumbres es el primer *manantial y fuente de la impiedad*; y que en los incrédulos no hay una firme persuasion de entendimiento, sino una vanidad y orgullo, el cual á vista de los peligros se convierte en abatimiento y en vileza.

CAPÍTULO X.

Moral de los Deistas y de los Naturalistas.

I. *Cuán corrompida deba ser la moral de los Deistas en virtud de su sistema.*

Como al describir la corrompida moral de los filósofos no hemos hecho mencion sino de los Ateistas, enemigos declarados de toda religion, podrá acaso haber ocurrido á alguno la duda de si se debe hacer el mismo juicio de los *Deistas*, quienes dicen reconocer un Dios, y tambien de los *Naturalistas*, que aunque no crean la revelacion, hacen profesion de seguir los dictámenes de la Religion natural. Podria aumentar esta duda, especialmente en las personas sencillas, el oir las magníficas palabras con que estos filósofos, ya en sus obras, ya en las conversaciones particulares ensalzan *la probidad*, *la buena fé*, *la virtud y buenas costumbres*, sobre todo lo cual forman sin cesar tratados, y se erigen en maestros. Mas todo ello es

vanidad é impostura, que no sirve sino para deslumbrar á los incautos, y ocultar el veneno que en sus doctrinas va escondido. Todos estos en virtud de su sistema, no deben ser mas virtuosos que los ateos. Y para hablar primero de los Deistas, que dicen admitir un Dios, pero un Dios ciego, ocioso é impotente, quitándole el conocimiento y el gobierno del mundo, y en especial la vigilancia sobre las acciones humanas para premiarlas ó castigarlas; la cosa habla por sí misma. Porque en efecto, ¿qué motivo tendrán para refrenar las inclinaciones de la naturaleza corrompida, y oponerse generosamente á las pasiones que puedan complacer sin disgusto ni castigo? En tiempo de Ciceron, como ya hemos observado, se decia que Epicuro, príncipe de los Deistas, habia compuesto libros en que se trataba de la santidad. *Este hombre bufon y libertino* (añade el sabio orador al oirlo) *¿quiere burlarse de nosotros? ¿Qué santidad puede haber si los dioses no cuidan de las cosas humanas?*

En efecto, la máxima fundamental en que estan iniciados los adscriptos entre los Deistas, es que solamente en esta vida es capaz el hombre de gozo; mas despues de la muerte debe ser igual la condicion del que

refrena y contiene, y la del que sacia y satisface todos sus apetitos. De este principio ¿qué consecuencias, qué reglas de moral podrán deducir estos filósofos? ¿Con qué ansiosa solicitud no procurará todos los placeres y satisfacciones de su apetito el que piensa que no vive en el mundo sino para gozar de él? ¿Con qué audacia no se cometerán las traiciones ocultas, los fraudes y los perjurios, aunque se trastornen hasta las mas santas leyes de la naturaleza y de la sangre, y se rompan todos los vínculos de la sociedad, por hombres, que si pueden substraerse á la justicia del Príncipe, ya no temen otro juez que les observe, y pueda ó tenga intencion de castigarlos? La moderacion pues de las pasiones, la justicia, la honestidad y las otras virtudes morales que de ahí se derivan, en boca de estos son palabras sin sentido: y si alguna vez aparece algo de ello en el tenor de su vida, es una máscara con que se encubre el amor propio, ó por mucha saciedad de los escesos pasados, ó para facilitarse en la sociedad camino mas libre y seguro de cometer otros nuevos.

II. *Se confirma con el testimonio del autor de las* Cartas sobre la Religion esencial *al hombre.*

Que esta sea la teología moral de los Deistas, lo confirma el autor de las *Cartas sobre la Religion esencial al hombre*, de quien ya habíamos hecho mencion en otra parte, y á quien no podrán recusar como uno de ellos (*). Éste en una carta que finge habérsele dirigido, escribe así: " De ser Dios suficiente á sí mismo (1) infieren los espíritus fuertes que atiende poco á lo que » pasa entre los hombres. Dicen, que la infinita distancia que hay entre el Criador y » la criatura, le ensalza sobre ellas de manera, » que no pueden ofenderle sus escesos. Que

---

(*) Se dice ser María Huber nacida en Ginebra, y muerta en Leon el Junio de 1753, á los cincuenta y nueve años. Aunque protestante de nacimiento, en su obra se manifiesta realmente deista. Habia sin duda conocido la inconsecuencia de los principios de su secta, y avanzó al Deismo, á que aquellos infaliblemente conducen. No hay cosa mas fastidiosa que una muger presumida de sabia.

(1) *Cartas sobre la Relig. esenc.* p. 1, pag. 2.

»contento con su propia felicidad no puede »envidiarlas aquellas satisfacciones ligeras »que se procuran en el mundo, y mucho »menos hacérselas purgar con rigorosos cas»tigos: que los hombres mas sábios son los »que saben aprovecharse de la vida, go»zando de los placeres que ofrece, sin dejarse »perturbar de inútiles temores en órden á lo »futuro, los cuales no dan á la Divinidad mas »honor que le da deshonor el goce de los pla»ceres. Pero estas conclusiones (sigue el mis»mo) envuelven directamente la ruina de las »buenas costumbres."

III. *Este filósofo hace traicion á la verdad, pretendiendo que hasta ahora no se han disuelto las objeciones de los Deistas.*

Tal es, pues, el carácter y la virtud de tantos deistas, que quieren pasar en el mundo por hombres virtuosos y de buenas costumbres. ¿No merecen á la verdad tan bello elogio? ¿Pero qué diremos de los *Naturalistas*, que hollada y negada la revelacion divina, se lisonjean seguir los mas puros dictámenes de la Religion natural? No hay duda que sentados los principios fundamentales de la Religion natural, que son la *existencia de*

un verdadero Dios, sapientísimo y omnipotente, Criador y Gobernador del mundo, y establecida tambien la *libertad* y la *inmortalidad del alma*, pueden de aqui deducirse los preceptos universales del derecho natural, ó los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo, y para con la sociedad; y formar de este modo la teoría de una moral pura (aunque muy defectuosa relativamente á las necesidades actuales del hombre mal inclinado y corrompido), y deducir tambien fuertes motivos para observarla. Pero el hecho es que en la escuela de los *Naturalistas* no domina esta moral pura, sino un libertinage poco ó nada inferior al de los ateos y deistas. Vengamos á la prueba, y tomemos en la mano las *Cartas sobre la Religion esencial* al hombre ya citadas, y pongamos en claro el sistema de moral de su autor, aunque encubierto entre mil equívocos y sofismas.

Haciéndose cargo de la citada doctrina de los *Espíritus fuertes*, de la cual confiesa procede la entera corrupcion de costumbres, sigue diciendo que muchos han pretendido combatirla con raciocinios muy obvios, que son puntualmente los que la Religion y la recta razon dictan. "Han dicho (son sus palabras)

»que la Divinidad, aunque suficiente á sí
»misma, quiso criar seres para ser glorifica-
»da; que les ha dado leyes, é impuesto con-
»diciones á que van anejas penas ó premios.
»Añaden, que habiendo querido Dios mani-
»festar á los hombres el modo con que quie-
»re ser servido, no podria mirar con indife-
»rencia la obediencia ó la infidelidad; que
»es celoso de su gloria, y que su justicia no
»le obliga menos á egecutar sus amenazas que
»á cumplir sus promesas (1)." Despues de mencionar estas doctrinas, con las cuales, bien entendidas, quedan confundidas enteramente las necedades de los deistas, ¿qué es lo que dice nuestro autor? Vedlo aqui: "Tales son, dice, las soluciones ordinarias
»con que se pretenden parar los golpes que
»los espíritus fuertes vibran contra la Reli-
»gion. Mas es evidente que semejantes solu-
»ciones, lejos de deshacer la dificultad, la de-
»jan en su entera fuerza. ¿Y por qué? Porque
»ellos (los espíritus fuertes) continúan pre-
»guntando: ¿qué satisfaccion podrá tener el Ser
»infinito del servicio que exige de unos pe-
»queños gusanillos, cuales son los hombres?"

(1) Ibid. *Carta* 1.

Y dicho esto, el impío pasa adelante, como si esta objecion no tuviese respuesta. ¿Puede venderse la causa de la verdad con mayor debilidad ó malicia? Para cerrar la boca á los deistas bastaba decirles, que la satisfaccion que tiene el Ser infinito en el servicio de los hombres no consiste en alguna utilidad ó aumento de su felicidad propia; sino en obrar en esto conforme á su sabiduría, su bondad, justicia, poder, y todas las otras sus adorables perfecciones, por las cuales habiendo criado al hombre capaz de conocer el órden, y guardarlo con la rectitud de sus afectos, él como Soberano, y moderador perfectísimo, lo quiere asi, y lo procura con promesas y con amenazas. En la egecucion de todo esto Dios obra como un Ser que es infinito en toda perfeccion, y en lo que consiste su esencial satisfaccion y felicidad. Esta breve y evidente doctrina basta para destruir de un golpe, y desvanecer todo el sofisma que sobre la idea del ser suficiente á sí mismo forman neciamente los deistas, y para establecer y afianzar la fuerza de las respuestas contra la pretendida licencia ó desenfreno.

IV. *Espónese el sistema de este autor, y se muestra brevemente su insubsistencia.*

Pero observemos con qué pensamientos entra en el campo contra ellos el citado autor de las *Cartas*, que escluye como insuficientes las soluciones empleadas por la sana teología. Preste de gracia el lector toda su atencion á este naturalista, y verá que pretendiendo refutar con nuevos pensamientos á los Deistas, dice impiedades no menos enormes, y establece un sistema que abre el camino á la misma ruina de las buenas costumbres, con que les daba en cara.

Segun este filósofo, Dios no se movió á la creacion y régimen de los hombres, sino solamente por el deseo de que fuesen felices. Las iniquidades de los hombres en manera ninguna le ofenden, ni el culto ó virtudes le honran. Sin embargo les prohibe las maldades, y atiende á su vida y conducta, porque se perjudican á sí mismos. Este perjuicio lo pagarán *acaso* en la otra vida: mas eso será de poca, y seguramente no eterna duracion; porque siendo Dios un Ser suficiente á sí mismo, y no habiendo tenido otra mira en formar criaturas capaces de felici-

dad que la de hacerlas llegar á ella, deberá infaliblemente, á pesar de todos los delitos de esta vida, hacerlas felices á todas. Este es el sistema con que este sutil escritor pretende atacar invenciblemente á los deistas, y fijar la base mas firme de la Religion y de las buenas costumbres.

Antes de pasar adelante quisiéramos advertir al lector, que no siendo por ahora nuestra intencion otra que el manifestar la corrompida moral de los Naturalistas, no podemos detenernos á confutar de propósito estos falsos principios. Para echarlos por tierra de un golpe basta reflexionar, que todos ellos se apoyan en el falso supuesto de que en Dios no hay mas que una bondad ciega, en virtud de la cual lo hace todo. *Dios es un Ser suficiente á sí mismo.* No hay duda; pero ¿por qué? Porque en él está el cúmulo de todas las perfecciones; esto es, la bondad, potencia, sabiduría, justicia y otras infinitas que no separadamente, sino unidas y de concierto resplandecen en sus obras. Él no pretende, ó puede pretender, alguna utilidad propia en la produccion y régimen de sus criaturas; pero si quiere, y no puede menos de querer que de ello resulte su gloria, que consiste en la manifestacion de sus adorables

perfecciones. De aqui se sigue, que habiendo formado criaturas capaces de felicidad, quiere conducirlas á ella, mas no contra los consejos de su sabiduría y derechos de su justicia, cuyos atributos deben reconocerse en el *Ser suficiente á sí mismo*, no menos que la bondad. Con este ciertísimo principio á la vista es bien facil desvanecer todos los mencionados sofismas, los cuales dolosamente se van sembrando desde el principio hasta el fin, no solamente en estas *Cartas* citadas, sino en todos los libros de los naturalistas y deistas.

Pero volvamos á nuestro asunto, y para que no se dude de nuestra sinceridad en referir el sistema del autor precitado, pongamos aqui sus palabras: "Si Dios (1) es suficiente á sí »mismo, será perfectamente desinteresado: si »es perfectamente desinteresado, no ha saca»do los hombres de la nada para aumentar »su propia bienaventuranza. Criando pues seres »capaces de felicidad, no pudo tener otro fin »que conducirlos á ella: si este fue su fin, »como no puede dudarse, este fin subsiste »invariablemente. Luego Dios (hé aqui su »gran consecuencia contra los deistas) se in-

(1) *Carta* 1, pag. 6.

» teresa por el bien de los seres que ha cria-
» do." Y poco despues: "Hablando exacta-
» mente, el Ser infinito no puede ser ofen-
» dido: las criaturas son las que se ofenden
» á sí mismas, y esta es la razon porque sus
» desórdenes desagradan á Dios." Y no mu-
cho despues: "Os concedo (á los deistas) que
» hablando exactamente no deshonran mas á
» Dios los placeres que los hombres se pro-
» porcionan, que le honran sus temores acer-
» ca de lo futuro. Mas debeis vosotros con-
» cederme tambien á mí, que si esta vi-
» da futura es una cosa real, y corresponde
» al uso que hace cada uno de la vida, en
» tal caso no serian inútiles unas justas pre-
» cauciones; y la misma bondad que empe-
» ñó á Dios á interesarse por los hombres,
» le empeñaria tambien en prevenirles de lo
» que tienen que esperar." ¿Mas qué es lo
que los malos tienen que esperar en la otra
vida? Acerca de esto esplica sus pensamien-
tos en la *Carta* 4.

V. *Continúa la exposicion del sistema del mismo autor respecto á la otra vida.*

En seguida, despues de varios rodeos
equívocos y paradoxas, establece las siguien-

tes proposiciones, á saber: Que asi como en los miembros del cuerpo, asi tambien en las facultades del espíritu *el dolor* (1) *es una consecuencia natural é inevitable del desórden.* Pasa despues á dar la definicion de la justicia de Dios, y con ideas muy estrañas dice: *es aquella voluntad constante que hay en Dios de conducir las criaturas á la felicidad, reponiéndolas en el órden que en él es inseparable. He ahí*, dice, *lo que es la justicia rigorosa.* Propónese despues una cuestion, y pregunta: "¿Cuál será la causa próxima de las » penas que sufrirán los malos en la otra vida? » ¿Procederán de la misma Divinidad, ó se- » rán solamente una consecuencia natural del » desórden?" Y responde: "Que el desórden » es esencialmente la causa del dolor, y bas- » taria por sí solo á hacer infelicísimo al hom- » bre; pero sin embargo podria ser que los » medios que la sabiduría y poder de Dios » emplease en remediar el trastorno que en » el hombre se introdujo, fuesen para él oca- » sion de mas violentos dolores." Y lo esplica esto con el egemplo de uno que cura un desconcierto doloroso de un brazo ú otro miem-

---

(1) *Carta 4.*

bro dislocado del cuerpo, lo cual se egecuta con un dolor gravísimo. Mas para no asustar demasiado con estas ideas á sus parciales, los consuela y anima con la segura esperanza del dichoso fin que tendrán estas dislocaciones espirituales en la otra vida. Y asi poco despues escribe: "Hemos demostra»do (1) que el dolor es una consecuencia in»evitable del desórden, y no una pena im»puesta. Y aun cuando se quiera que haya »estas penas impuestas, hemos demostrado »tambien que Dios en estas penas no puede »tener otro objeto que volver á reducir al »hombre á la felicidad restableciéndole en el »órden." Mas por cuanto el autor teme que tales penas, aunque por él tan moderadas y reducidas, podrian todavia amargar á los malvados que quieren vivir en el desórden, protesta al pie de la Carta en una nota que á nadie obliga á que crea sus doctrinas; y aun da á entender no llevaria á mal aun cuando se mirasen como necias estas opiniones en órden á las penas de la otra vida. He aqui sus palabras: "¿Se preguntará si no po»dria Dios reponer á los hombres en la in-

(1) *Ibid.*

»tegridad primera sin que les costase pena »alguna? Yo nada tengo que decir contra el »poder de Dios. Los que quisieren reposar »sobre ello sin certeza alguna, dado que esta »suposicion pueda componerse con la sabi- »duría y la equidad perfecta, serán dueños »de hacerlo (1)."

VI. *Perniciosas consecuencias de este sistema.*

He aquí el terrible sistema que el autor de las *Cartas* opone á los Deistas, hasta ahora, segun su parecer, no bien confutados de ninguno: sistema, digo, que él pretende ser la *verdadera base de la Religion* (2), *y abrazar en sí los estímulos mas fuertes y eficaces para escitar á los hombres á las buenas costumbres.* Yo verdaderamente cada vez me afirmo mas en la opinion de que todos los incrédulos de nuestros dias perdiendo la Religion, pierden el juicio con ella. ¿Y quién no vé que aquel mismo libertinage, que por confesion de este escritor nace de la hipótesi de los Deistas, se sostiene todo entero tambien en el suyo? ¿Cómo no? Un Deista prevenido con la falsa opinion de que Dios *suficiente á sí mis-*

(1) *Ibid.* (2) *Carta* 1, pág. 3.

mo no se mezcla en los negocios humanos: de que á Dios ensalzado infinitamente sobre todo no le ofenden los delitos de los hombres: que contento con su felicidad no puede prohibirles los placeres, dará rienda suelta á todas sus pasiones. Y qué, ¿no seguirá ese camino el impío cuando haya oido decir á nuestro naturalista, que Dios, *suficiente á sí mismo*, si atiende á las cosas humanas, lo hace sin sentimiento ó zelo alguno de su gloria, y despojado enteramente de toda arma y de todo rigor de justicia para castigar á los malos? ¿Qué Dios no se juzga ni tiene por mas deshonrado con la impudencia y pecados de los hombres, que honrado con la reverencia y temor? Y que si prohibe el apartarse del órden, no tiene en ello otra mira que el que eviten los daños, que naturalmente resultan de tal estravío? Es cierto que habla este autor de las penas de la otra vida; pero de un modo tan caprichoso, que las hace poco menos que ridículas; tan vacilante, que no las da firmeza alguna; y por último, no reconociendo en Dios mas que una voluntad absoluta y universal de hacer felices á todos, borra la aprension de toda pena, y promete á todos con seguridad, aun despues de una vida llena de los mayores desórdenes, una eter-

nidad de gozos. ¿Qué fuerza pues tendrá tal doctrina para contener á un libertino en su deber? Mas bien, ¿qué esfuerzo no le prestará para cometer los mas nefandos desórdenes cuando se le antoje? ¿Qué impresion hará en él el dolor, con que este autor le amenaza, como consecuencia natural de aquellos escesos, en que al presente halla tanto gozo y complacencia? ¿Qué temor le causará aquel infierno ó purgatorio de nueva invencion, que no tiene otra existencia que en la estravagante fantasía poética de este autor; y que si empieza con una escena un poco trágica, debe ciertamente convertirse luego, ó bien presto, en una eterna y alegre comedia? Á un fanático, por egemplo, preocupado de este sistema, ¿qué le podrá detener de darse la muerte, esceso tan comun, y á que se abandonan, no por *defecto de filtracion* de los *sucos* nérveos, como pretende el autor del *Espíritu de las leyes*, sino por defecto de Religion, muchos de cierta nacion? Antes bien por el contrario un poeta pone este sistema puntualmente en boca de los tales, y los pinta intrépidos en el enorme atentado, fingiendo que dicen:

El ser que ha de juzgarme
En esta obscura noche,

Es el mas tierno amigo
De la naturaleza y de los hombres.
Su bondad infinita
Mi espíritu conoce;
Y en sus paternos brazos
Se arrojará sin miedo que le asombre.

Es pues una impostura ó una necedad la que nuestro filósofo ostenta en el principio y en el progreso de sus cartas, pretendiendo persuadir á los espíritus fuertes la Religion y la virtud, que en su sistema se veian arruinadas y destruidas, y nunca bien defendidas con regulares argumentos. Las mismas consecuencias que aparenta detestar en ellos, nacen tambien de sus doctrinas: y así como en lo que toca á la Religion y á las costumbres poco ó nada se diferencia del sistema del *Ateo*, para quien no hay Dios, el de un *Deista* que, aunque lo admita, le niega el régimen del mundo; así tambien respectivamente á la Religion y costumbres el sistema de nuestro *Naturalista* se diferencia muy poco del de los otros. Porque si dice que Dios existe y atiende á los hombres, niega que le honren ó le ultragen; ni pretenda otra cosa que hacerlos completa y eternamente felices, de cualquier modo que vivan. Y así no sabré decir, si es verdadera ilusion, ó serán rasgos

de ironía las palabras de cierto escritor protestante (1), que en el principio de la confutacion de estas cartas, cuyo veneno confiesa y descubre, entre otras cosas dice: "Que »hay en ellas mucho que habla en su favor... »que en todas partes se muestra sincero enemigo del vicio y zeloso por la causa de las »buenas costumbres: que reconoce una Pro»videncia y otra vida, y penas y recompen»sas despues de la muerte; cosas todas, que »los espíritus fuertes no creen... que en toda »la obra inculca principios de moral pura »y aun severa.... y que se advierte en él un »serio designio de conducir á los hombres á »la virtud, y hacerlos mejores de lo que son. »Aunque es verdad (añade) que los medios »que emplea para este fin, parecen defectuo»sísimos." Digamos mejor que no solo son defectuosísimos, sino directamente opuestos al fin de la virtud y de la piedad. Diremos mas, que de la pequeña idea que se há dado de dos cartas solamente, y se pudiera ampliar examinando las otras, se puede seguramente inferir, que este escritor ó estaba enteramente ciego, si no veia que con su sistema

(1) *Cartas sobre los verdaderos principios de la Religion.* Carta 1, pág. 5.

se abria el camino á la disolucion mas desenfrenada, que él mismo confiesa nace del sistema de los deistas; ó era sino un incrédulo falaz que queria burlarse de los sencillos, y con la máscara de virtud y religion cubrir la impiedad y el libertinage, que fingidamente combate.

VII. *Ensayo sobre* los Principios de filosofía moral *de otro autor al parecer naturalista. Fiel esposicion de sus opiniones en órden á la sancion de las leyes naturales.*

Otro tanto vale, por lo que respecta á la materia que tratamos, un cierto folleto (1) intitulado: *Principios de filosofía moral*, que poco ha salió de las imprentas de Ginebra. No se debe negar al autor el mérito de un método consiguiente y preciso: que en él se ven ideas muy claras, que las une en muchos lugares exactamente, y siempre se esplica con decencia. Protesta desde el principio (2) "no haber contado con la revelacion en su » moral (*) (lo que por otra parte, dice, le ha

(1) *Principios de filosofía moral*, en Ginebra, 1754.
(2) *Discurso preliminar.*
(*) Este es uno de los medios mas usados y mas

» costado mucha pena) siendo distintísimas
» estas dos ciencias. La revelacion, añade, está
» fundada en la autoridad, y la moral es una
» cadena de raciocinios: y he tenido por con-
» veniente esperimentar hasta donde podia
» conducirme la luz de la razon sin el auxi-
» lio de la autoridad." Es cierto que tratán-
dose de la moral, no se pretende deba tra-

---

dolosos de nuestros filósofos para inspirar y propalar sus errores sin temor de ser detenidos. En argumentos, en discursos, en escritos y de palabra, hacen siempre la protesta de cristianos (en verdad era necesaria esa prévia profesion de fé para que no se les tuviese por gentiles); pero, añadiendo despues: *prescindamos de la revelacion, hablemos ahora como filósofos:* se desencadenan en mil dicterios contra la Religion y sus dogmas. Un Cristiano, si verdaderamente lo es, no debe *prescindir* jamas de la *Revelacion*, cuyas verdades sabe no pueden contrariarse á las ciencias filosóficas; antes por lo que de aquella ciertamente le consta debe acomodar éstas, cuya certeza no puede serle tan segura. *Prescindir de la Revelacion* un Cristiano es prescindir de lo que sabe positivamente que es cierto, para abandonarse á la incertidumbre de las opiniones y estravagancias. *Hablemos como filósofos*, es decir, hablemos como gentiles: olvidemos, ó nada nos importan las verdades dichas por Dios: busquemos algun sofisma con que embrollarlas y confundirlas. ¿Qué enfermo, de dos medicinas, de las cuales sabe

tarse de la revelacion (*), y á nadie se niega el servirse de las luces de la razon al disputar de las costumbres. Pero el hecho es, que un hombre convencido de la existencia de la divina revelacion, en la cual estan los

---

que una positivamente le dará la salud, y de la otra no le consta, antes tiene fundados recelos que puede empeorarle ó quitar la vida, simplemente por esperimentar dejará la primera y tomará la segunda? De dos caminos, uno de los cuales segura y directamente lleva al puerto, y el otro está lleno de barrancas y precipicios, y es frecuentado de ladrones, y donde muchos han sido asesinados, ¿quién únicamente por ver, tomará éste y dejará el primero? Hablemos pues como filósofos, pero como filósofos cristianos; y en vez de prescindir de la Revelacion, uniformemos á ella la Razon: la Regla no se debe acomodar á las cosas para rectificarse, sino éstas á ella para que sean rectas.

(*) ¿Pero dónde se han tomado las verdaderas ideas de la moral, sino de las verdaderas prácticas reveladas por Dios? No se nos diga que los filósofos gentiles, sin revelacion, conocieron ideas de moral: sería necesario para atribuirlas únicamente á su razon, olvidar que habia habido una revelacion primitiva, cuyos vestigios se descubren aun en medio de los *Cultos idolátricos*. La Razon, dejada á sí sola, si halla algunas verdades son bien pocas, y éstas mezcladas con muchos errores, ¡y en la práctica con cuantos desórdenes! Véase el *Ensayo de La Mennais*, t. 1 y 2 de esta *Biblioteca*.

mas claros y verdaderos principios de la moral, ni puede ni debe (si busca la verdad) escusarse de tener siempre los ojos fijos sobre ella; y aunque camine por la senda de la razon, no debe negarse á seguir la revelacion divina. Por manera que si sus raciocinios le conducen á alguna proposicion que sea contraria á las verdades reveladas, debe persuadirse (y no es muy dificil) que se estravía y que sus raciocinios son puros paralogismos. Asi procede el que cree la revelacion divina: pero el que dice que solo quiere prescindir de ella, y entre tanto establece proposiciones y teoremas contrarios, este se burla de sus lectores, y aunque enmascarado, es un naturalista verdadero. Con este criterio conoceremos ahora á nuestro autor.

Dice pues, que aunque las leyes naturales, hablando *generalmente y en abstracto* (1), esten apoyadas en motivos capaces de hacerlas observar, con todo eso "si solo »se considera la estrecha escena de este mun»do, las consecuencias del vicio y de la vir»tud no son tan sensiblemente diversas, que »la mayor parte de los hombres se halle

(1) *Ibid.* cap. 8, §. 125.

»constantemente determinada á preferir la »una á el otro. Acaso muchos juzgarán (con- »tinúa) que las riquezas ú otro bien parti- »cular podran traer en pos de sí poco me- »nos utilidades que la rígida virtud, y que »su adquisicion y conservacion les costará »mucho menos. ¡Cuántos males resultarán »de aqui á la sociedad humana! Esta refle- »xion, añade (1), recibe un nuevo grado de »fuerza si se considera puede esperarse el »evitar, y se evitan en efecto muchas ve- »ces los malos efectos del vicio, y no se con- »siguen con frecuencia las ventajas que pro- »duce naturalmente la virtud. Añadamos por »último, dice tambien (2), que si un sistema »redugese las cosas á la duracion de esta »vida, él estaria privado de motivos suficien- »tes en el caso en que para cumplir una »obligacion importante fuese necesario resol- »verse para ello á los mas grandes sacrificios, »como sería el de la vida. En la moral todo »es cálculo, y toda accion que no puede pro- »ducir sino algun mal para el que la obra, »es una accion moralmente imposible para »un hombre que calcula bien." De estas re-

(1) *Ibid.* §. 127.
(2) *Ibid.* §. 128.

flexiones pasa á establecer la existencia de otra vida, en la cual será el alma inmortal, y dice: "que en ella (1) el estado de los que »hayan violado las leyes del órden será mas »ó menos penoso: y la suerte de los que las »hayan observado mas ó menos feliz, en »proporcion á los progresos y constancia en »aquellos dos estados." Hasta aqui bien; pero pasemos adelante. Mas si al autor se le pregunta en que consiste la felicidad ó miseria de la otra vida, no hallo que sepa responder con claridad. Solamente dice, que la virtud (2) es el camino de la felicidad, y el vicio el de la miseria, provocándonos para persuadirlo á la "esperiencia (3), la cual nos »muestra, que hay una estrecha union en»tre la felicidad del hombre, y una conduc»ta conforme á la naturaleza y á su condi»cion. Que son pocos los deberes á cuya trans»gresion no siga algun mal moral ó físico; »y cuya observancia no produzca alguna uti»lidad, aunque no sea mas que el sentimien»to grato consiguiente á la aprobacion de si

---

(1) *Ibid.* §. 156.
(2) *Ibid.* §. 154.
(3) *Ibid.* §. 122.

»mismo." Por lo que sigue diciendo (1): "Supuesta la igualdad en los otros bienes »de esta vida, nada concebimos mas apete- »cible que el estado de un hombre perfec- »tamente virtuoso, y nada mas horroroso que »uno enteramente malvado: la felicidad ó »la miseria se minoran en razon de la dis- »tancia de estos dos estremos." Este género pues de felicidad ó de miseria, "segun que »se hayan violado (2) ú observado las leyes »de la naturaleza, suple perfectamente, di- »ce nuestro autor, la sancion física de las »mismas leyes naturales. ¿Y por qué, aña- »de, una accion virtuosa ha de hacerse pe- »nosa á un hombre sabio, esperando de ella »consecuencias felices por toda una eterni- »dad? ¿Y cómo el vicio no inspirará hor- »ror si á los males que en esta vida oca- »siona, se juntan los que le seguirán en »la futura?" Despues para que ninguno de sus filósofos se arredrase con esta doctrina, al que le pregunta si este mal en la otra vida *será insoportable y eterno para los viciosos* (3) (disposicion que aquí mismo se dice

(1) *Ibid.* §. 123.
(2) *Ibid.* §. 158.
(3) *Ibid.* §. 159.

se opondria á las ideas que tenemos de la bondad de Dios): responde inmediatamente, que tales pensamientos *estan muy lejos de él y de su sistema* (1): y por tanto la conclusion de todo esto, y aun de toda su moral es, que la infelicidad de los malos en la otra vida será aquel dolor que es consiguiente á la violacion de las leyes; pero que *este sentimiento del alma* (2) *por haberse estraviado del camino de la felicidad, la forzará á volver á él.* Y asi concluye toda la obra con estos tres epifomenas, que se pueden decir el complemento de todo el Naturalismo.

Bienaventurados los (3) *que desde luego conocieron y siguieron el camino de la felicidad!*

Bienaventurados los (4) *que lo han conocido y seguido, aunque mas tarde!*

Bienaventurados en fin (5) *todos los hombres, por mas indolentes que hayan sido en conocerlo y en seguirlo! Porque tienen siglos para llegar á su dicha; la naturaleza*

---

(1) *Ibid.* §. 162.
(2) *Ibid.* 163.
(3) *Ibid.* 164.
(4) *Ibid.* 166.
(5) *Ibid.* 168.

les inclina á caminar sin descanso á ella; y les resta una eternidad para gozarla.

VIII. *Se demuestra por los principios del autor, que favorece al libertinage, y que su sistema es pernicioso á la sociedad.*

Hemos tenido á bien espresar latamente los sentimientos de este autor, á quien como desde el principio digimos, no falta penetracion ni método. Sus mismas palabras no dejan dudar de la esposicion fiel de sus pensamientos, los cuales aunque falsos (por lo que respecta á estos últimos teoremas apoyados sobre el falso supuesto, de que en la providencia del Ser soberano no hay mas que una ciega y no sabia bondad), no tratamos ahora de confutarlos (1): nuestro intento solo es mostrar brevemente con sus mismos principios que su sistema (el cual en substan-

---

(1) Quien deseare ver examinada mas por estenso la controversia acerca de la *eternidad de las penas de la otra vida*, lea la obra doctísima del famoso teólogo P. Vicente Patuzzi, *de æterno impiorum fato*, en donde encontrará firmemente sostenido el dogma católico, y disueltos de propósito todos los sofismas de los filósofos.

cia no es diverso del poco ha reprobado) conduce á la disolucion y á la ruina de la sociedad. El sabio lector lo habrá ya conocido; mas con todo no será inutil el presentarlo en un simple raciocinio. Aquel sistema conduce al libertinage, cuyas leyes naturales no estan autorizadas de *suficiente sancion*, ó de motivos para hacerlas observar superiores á las razones que la mayor parte de los hombres puede tener para violarlas. En el sistema espuesto las leyes naturales carecen de *sancion suficiente*: luego conduce al libertinage. La primera proposicion es evidente por lo que se ha dicho en otras partes, y el mismo contrario repite y espone en varios lugares. La segunda es no menos palpable: en el espuesto sistema se promete una felicidad eterna á los violadores de las leyes naturales igualmente que á los observantes de ellas: ¿quién pues jamás se persuadirá que la mayor parte de los hombres no se dé á satisfacer sus apetitos, á adquirir riquezas por todos medios, y á cualquiera otro desahogo prohibido por las leyes, luego que lleguen á persuadirse que despues de una vida alegre, disoluta y licenciosa, serán tan felices por toda la eternidad como los que siguen la probidad mas rígida y

mas penosa? En vano se responderá que en este sistema se repite é inculca que como el gozo es consecuencia de la virtud, asi lo son del vicio la pena y la miseria: estas voces, segun suenan en el presente sistema, no prestan sancion bastante á las leyes. Y en primer lugar, el mismo autor confiesa, que si ceñimos al "corto tiempo de este mundo »las consecuencias del vicio y de la virtud, »no son diferentes en tal grado, que la ma»yor parte de los hombres se determine cons»tantemente á preferir lo uno á lo otro." Asi que resta saber, si estas consecuencias para la mayor parte de los hombres serán en tal grado diferentes en la otra vida, que puedan determinarlos á preferir constantemente en esta la virtud al vicio. Se dice en este sistema, que los viciosos tendran que sufrir males en la otra vida: ¿mas cuáles serán estos? No se da una idea clara y distinta de ellos; y por consiguiente ninguna que sea capaz de hacer impresion en la mayor parte de los hombres. Se indica al parecer que estos males serán el pesar que nace de no haber conocido la propia utilidad, que consiste en la práctica de la virtud; pero se insinúa al mismo tiempo que este mal *no será insoportable.* Ademas no se indica cual

será su temporal duracion: de modo que podria suceder que se acabe en un momento, esto es, luego que el sentimiento enseñe al alma, *que se habia separado del camino del bien, y el deseo de la felicidad la obligue á volver á él prontamente* (1). Por último, el principio cierto en este sistema es, que el alma volverá seguramente á entrar en el camino de la felicidad, y será para siempre bienaventurada. Ahora bien, si, como dice nuestro autor, *en la moral todo es cálculo*, ¿cuántos serán los hombres que calcularán un mal tan confuso, tan incierto, tan lejano, tan breve, y lo hallarán preponderante á la satisfaccion de todos sus apetitos, y algunas veces mas grave que los mas penosos sacrificios y aun el de la vida, al que, como el mismo confiesa, es necesario á veces resolverse para cumplir alguna obligacion importante? En vano esclama que una *accion virtuosa no parecerá grave al hombre prudente que espera de ella consecuencias felices por toda la eternidad*: en vano repite que el *vicio inspirará mas aversion, cuando se piense que á los males que en esta vida ocasiona, se*

(1) *Vide*, §. 164.

añadirán otros en la futura. Los que sigan su sistema se reirán, y con razon, de estas bellas máximas y esclamaciones. ¿Y por qué, dirán, nos hemos de sujetar á la pena que cuesta aqui la virtud y la observancia de las leyes naturales por una felicidad de otro mundo, de la que no se nos dá sino una muy lánguida y confusa idea, y de la cual, dado que sea real, hemos al fin de participar por toda la eternidad, aun despues de haber satisfecho todas nuestras pasiones? ¿Y por qué hemos de tener tanto horror á los vicios en que al presente hallamos todas nuestras satisfacciones, si las consecuencias funestas de la otra vida son inciertas, y á lo mas solo consisten en un tránsito á la eternidad de contentos, triste algun tanto, pero nunca insoportable? En suma, en este sistema las consecuencias de la virtud y del vicio, por lo que toca á la eternidad, son igualmente felices; y si resulta pesar del vicio, este ni por lo acerbo, ni por la duracion que se le señala, es capaz de contrapesar y vencer los incentivos que pueden tentar á los hombres para violar las leyes naturales. Luego en este sistema las leyes no estan revestidas de suficiente sancion; y por consi-

guiente este sistema, segun los mismos principios del autor, conduce á la corrupcion de las costumbres y á la ruina de la sociedad. Lo cual demostrarémos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO XI.

El sistema de los Libertinos es pernicioso á la sociedad.

I. *Aunque esta proposicion es una consecuencia natural de lo que queda ya dicho, con todo eso la impugnan algunos, y particularmente Bayle.*

De cuanto hemos dicho hasta aquí en órden á la *corrupcion de los incrédulos*, que hemos demostrado es el *manantial de sus dudas en materia de Religion*, y del carácter que singularmente los distingue cuando han llegado á profesar la impiedad, es tan facil el inferir que debe ser tambien perniciosísimo su sistema á la sociedad, que parece supérfluo detenerse á demostrarlo.

Con todo eso, ha llegado á tal estremo la osadía de algunos que no temen representarlo como un problema; y aun dándole una apariencia de cuestion obscura y dificil, despues de varios rodeos y sofismas llegan finalmente á decidir que el Ateismo no solo es menos pernicioso á la sociedad que la *Superstición*, sino que en modo alguno la perjudica; de manera que puede subsistir felizmente una sociedad aun cuando desterrada toda religion y creencia, todos profesen puramente la impiedad. ¡Estraña en verdad y monstruosa paradoja! Sin embargo, Pedro Bayle no se sonrojó de emplear las mas largas y sutiles meditaciones para presentarla digna de la aprobacion universal, como puede verse en los *Pensamientos sobre el Cometa*; en la *Continuacion á esta obra*; en las *Respuestas á un provincial*, y en varios lugares de su *Diccionario*. Juan Tolando siguió sus pasos en la disertacion que intituló: *Adeisidæmon*, que es decir: *El hombre sin superstición*, y otros frívolos, pero no menos atrevidos, filósofos ó libertinos, que beben de ordinario toda su ciencia en las fuentes del gran sofista de Roterdam.

II. *Se demuestra que el Ateismo es contrario á la Sociedad.*

Para venir, pues, al punto de nuestra ilacion, ya que nos provocan á ello bien sea en los libros, bien en conversaciones, no reusaremos esplicarla claramente; tanto mas, cuanto es un nuevo argumento del grande horror con que todo el género humano debe mirar tan estraña filosofía, y del interés que tienen en exterminarla los que velan sobre el bien comun. Decimos pues, en primer lugar, *que el Ateismo es tan pernicioso á la sociedad humana, y en tanto grado, que directamente se opone á su existencia.* Para demostrar esta proposicion como deducida con la mas clara evidencia de las doctrinas ya sentadas, sea la base de nuestro raciocinio una máxima que un docto inglés (1) escribiendo á otro propósito, dice

---

(1) Ditton. *La Relig. Crist. demonst. por la resur.* p. 2, cap. 7. "Esta máxima, de que la socie»dad no podria subsistir en el mundo si los hom»bres no se fiasen los unos de los otros..... no es me»nos evidente que el axioma de geometría que dice, »que si á cosas iguales entre sí se añaden ó quitan »otras iguales, siempre quedarán iguales."

con razon ser tan evidente como pudiera ser un axioma de geometría, á saber: que *la sociedad no puede subsistir en el mundo si los hombres no se fian unos de otros.* Esta mútua ó recíproca confianza deben tener entre sí el Príncipe y los vasallos, para que ni aquél sea tirano ni estos otros rebeldes. La misma deben tener despues de sus alianzas los pueblos y reinos vecinos, para que no sean los unos sorprendidos de los otros en tiempo de tregua ó paz. La misma, para abreviar, deben tener los amos en los criados, la muger en el marido, y un ciudadano en el otro, para que viviendo juntamente, ó comerciando, ó prestándose algun auxilio, ó de cualquiera otra manera, ni se escedan, ni se hagan traicion ni fraude, sino se observen los pactos, las promesas y los derechos á la hacienda, al honor y á la vida. Si faltase esta confianza en la sociedad, al momento se turbó el reposo, la paz, el comercio; y en su lugar se introdujo la sospecha, el susto, la guerra doméstica: y vé ahí ya necesaria la separacion, y por consecuencia destruida la sociedad. ¿Y cuál es la causa de esta *mútua confianza*, en que consiste el apoyo y lazo de la sociedad humana? A mi parecer no otra que la per-

suasion que tiene cada uno de que aquel de quien se fia se reconoce en primer lugar obligado por una ley á no engañarle, sino á estar á la promesa dada, y no violar de modo alguno sus derechos: en segundo lugar, que éste tenga fuertes motivos para observar la misma ley, aun contra su propio interés ó gusto que le escitase á violarla. Segun que concebimos firmes estos dos principios en el corazon y mente de alguno, así crece ó disminuye la confianza que hacemos de él. De modo, que si pensamos hay alguno que juzga no existe ley alguna que le obligue á estar á la promesa y guardar nuestros derechos; ó si nos persuadiésemos que no tenia motivo alguno que pudiese inclinarle á la observancia de esa ley, no podríamos fiarnos de él; y por consiguiente ninguno podria fiarse de otro si se creyese que en ninguno habia estos dos principios, que son el fundamento de la confianza; y en tal hipótesi no subsistiria la sociedad, que segun el axioma señalado se apoya toda en ella. Establecidas estas evidentísimas verdades, reflexiónese sobre el sistema de estos filósofos libertinos, y veremos que trastorna y arranca hasta la raiz de toda sociedad. Ellos, como hemos visto

en Epicuro, gefe de los impíos antiguos, y en Hobbes, Montagne y Espinosa, maestros de los modernos, asientan no hay cosa alguna por naturaleza justa y honesta, injusta ó torpe; sino que la honestidad y la justicia se miden por la fuerza y utilidad de cada uno; de modo que la primitiva ley que ponen entre los hombres, es puntualmente la que observamos en los peces; es decir, que el que escede á otro en fuerza y corpulencia pueda tragárselo y lo devore. Quitan, pues, de entre los hombres el primer fundamento de la mútua confianza, que es la persuasion de una ley que obligue á cada uno á no violar los derechos de otro. Verdad es que dicen no enseñan ellos que no *haya ley* para el hombre, sino cuando no ha entrado todavía á vivir en sociedad con otros; pero que entrado ya en ella, debe estar á las promesas y observar las leyes. ¿Pero quien no advierte el dolo de estas palabras vacías enteramente de sentido? Si nada hay por su naturaleza justo ó injusto, ¿por qué será injusto violar las leyes civiles, y no guardar lo prometido? El derecho positivo se funda en el natural. Quien anula este, destruye tambien el otro en cuanto á la fuerza interna. Pero supongamos lo que en otra

ocasion hemos concedido á Bayle, á saber: que los incrédulos puedan conocer un órden eterno é inmutable fundado en la naturaleza de las cosas, é independiente de la voluntad de Dios; y que por esto pueden tener ideas de la honestidad y de la justicia. Mas de ese conocimiento pregunto: ¿qué provecho sacará la sociedad humana? Esta será una mera especulacion esteril, debilísima é incapaz de contrabalancear en el Ateo un ímpetu ligero de concupiscencia que le mueva á lo contrario. La razon es clara. Semejante idea de honestidad y de justicia en el Ateo está destituida de los motivos que son el fundamento universal y bastante para resistir á cualquiera tentacion que pueda haber de violarlos. Porque estos motivos, como se ha visto ya, son solamente los que dicta la Religion, á saber: *Un Dios que todo lo vé, premiador eterno de la virtud, y vindicador eterno del vicio.* Los demas mencionados por Epicuro, y despues por Bayle y otros semejantes libertinos, son absolutamente ineptos para retraer al hombre de innumerables maldades, que llegando á efectuarse destruirian la sociedad enteramente. El mas especioso entre todos hemos visto es el temor del castigo del que gobierna.

Mas hemos observado tambien, que ni es *universal respecto* á las *personas*; porque muchísimos, y de contado el mismo que tiene las riendas del gobierno, estan seguros: ni tampoco *universal relativamente á los vicios*, porque no se estiende á muchos que directa ó indirectamente perjudican á la sociedad, cuales son las embriagueces, fornicacion, el desprecio de los inferiores, las discordias en los matrimonios, y otros semejantes pecados esteriores de que no cuida la justicia. Y á todos estos deben añadirse aquellos otros que se consuman interiormente; y que haciendo al hombre realmente malvado, no pueden menos de pasar á lo esterior sus perniciosas consecuencias con turbacion de la sociedad. Tampoco es *universal en cuanto á los lugares y á los tiempos*, porque la soledad y las tinieblas substraen de la inspeccion y del rigor del Soberano infinitos géneros de infidelidad, de traiciones, de injusticias, de fraudes, y todas aquellas otras maldades que, en pudiendo quedar ocultas, se cometerán con seguridad por quien no tiene que temer sino la vista y poder de los hombres. Siendo pues este motivo incapaz por sí mismo de inducir á la observancia de una parte máxima

de sus deberes, no puede conciliar aquella confianza en los otros que es necesaria en la sociedad. Lo mismo debe decirse, y con mas razon, de los otros motivos propuestos por los incrédulos y libertinos, y que ya hemos examinado, cuales son el miedo de la infamia, el amor de los aplausos, la bondad del temperamento, y otros semejantes; los cuales todos ni separados ni unidos harán jamas resistencia á las pasiones de un hombre sin religion. Véase lo que dejamos ya escrito, porque necedades tan palpables no merecen ciertamente confutarse dos veces en un mismo libro.

III. *Disuélvese una objecion de Bayle.*

No debemos pasar en silencio, aunque sea tambien débil, otro motivo que Bayle opone en varios lugares, como capaz de retraer al Ateo de violar los deberes de la sociedad. "Quiero conceder (1), dice, que los » principios de un ateista no le impelen si- » no hácia el interés de sus propias pasiones. » ¿Mas de esto se seguirá que le lleven á la

(1) *Respuesta á las cuest. de un Provinc.* cap. 17.

»ruina de la sociedad? Pues qué, ¿no ten»drá él cuidado alguno de su tranquilidad »propia, de la conservacion de sus bienes y »de sus hijos? ¿No tomará alguna parte en »lo que pertenece á la seguridad pública? »Si asesina hoy á un hombre que tiene tres »hijos adultos, ¿no ha de temer que le per»seguirán por todas partes á fin de vengar »la muerte de su padre? ¿El amor de sí »mismo no le obligará estrechamente á »refrenar una pasion que no puede satisfa»cer sin esponerse á mayores males?" Para conocer la debilidad de este sofisma no se necesita mas que preguntar á Bayle y á sus partidarios, si en un gravísimo negocio en que les fuese la hacienda ó la vida, se fiarian de un hombre de quien por una parte supiesen podia ser impelido de una vehementísima pasion de lascivia, de interés ó de gloria á hacerles traicion; y por otra creyesen no podria contenerse de dar gusto á estas pasiones sino por la parte *que debia tomar en la seguridad pública* que le prohibe semejante traicion, ó por el temor de que sus hijos le buscarian para vengarse? Aun mas: si concibiesen que aquel hombre que no tiene mas que los indicados motivos para refrenar sus pasiones, podia

lisongear de que su alevosía quedaria oculta; ó el evitar, aunque se descubriese, la pena, ó repeler la fuerza con la fuerza; ¿querrian ellos tener trato particular é íntimo con semejante hombre, confiarle sus propias haciendas, la muger y la vida? Claro es que ni ellos, ni ningun otro se fiaria de un hombre de esta clase. Ahora bien: en la sociedad humana son innumerables los casos en que es necesario poner la hacienda, el honor, la vida en mano de otro: luego no siendo aptos los mencionados motivos para fundar una racional confianza de que no nos hará traicion en mil ocasiones aquel en cuyas manos se hayan de depositar estas cosas, necesariamente se sigue que en fuerza de esos solos motivos la sociedad no podria subsistir.

IV. *Confírmase esto mismo con un pasage importante de Puffendorf. Reflexion sobre el sistema de los Deistas y Naturalistas.*

No desagradará al lector oir esplicado y confirmado esto mismo por Puffendorf, nombre nada ingrato á los filósofos de nuestros dias. Dice pues así: "Es necesario (1)

---

(1) *De officio hominis et civis.* Lib. 1, cap. 4, §. 9.

»examinar detenidamente el uso que tiene »en la vida humana la Religion para cono»cer que ella en efecto es el último y mas »firme vínculo de la sociedad. Porque en »el estado de libertad natural, si se quita »del medio el temor de Dios, luego que »alguno se considere mas fuerte, hará á su »arbitrio cualquiera extorsion á los mas dé»biles; reputará la honestidad, el pudor y »la fé por voces sin significado; y no po»drá reducirse á obrar bien sino estimula»do de la prevision de su propia debilidad. »Quitada, pues, del medio la Religion, la »interior situacion ó estado de la ciudad se»ría siempre vacilante; y para contener á »los ciudadanos no sería suficiente el temor »de las penas temporales, la fidelidad prome»tida á los Príncipes, la gloria de ser cons»tante en ella, ni la gratitud de estar de»fendidos por el poder del Soberano de las »miserias del estado natural (1). Porque en-

---

(1) Creo que un lector advertido en esta y otras semejantes espresiones habrá podido percibir el veneno *Hobbesiano*, tragado por Puffendorf, en órden al estado natural del hombre, el cual pinta ampliamente con los mas negros colores de perversidad y de miseria en el Lib. 2. cap. 1.

»tonces tendria verdaderamente lugar aquel »dicho: Quien sabe morir no puede ser vio»lentado. Pues para los que no temen á »Dios no hay cosa mas terrible que la »muerte; el que fuese capaz de despreciar»la, podria emprender cualquiera cosa con»tra los Soberanos; y no le faltaria ocasion »para hacerlo. Tal sería, por egemplo, el »evitar aquellos daños que á cada uno pa»reciese se le seguirian de que otro man»dase; ó querer gozar los emolumentos que »acompañan al Principado, especialmente »pudiendo cada uno persuadirse que lo ha»cia con justicia, ó ya por figurársele que el »que de presente tenia las riendas del go»bierno no gobernaba bien, ó por presumir »que él lo haria mucho mejor (*). Ademas, »las ocasiones de egecutar semejantes inten»tos podrian facilmente presentarse, ó bien

(*) Estos en efecto eran los móviles de los revolucionarios en los tiempos de nuestros trastornos; estas sus voces, y sus deseos: de ahí tantas intrigas y amaños para subir, y apoderarse del mando; y de ahí el trastorno de nuestra sociedad, que á ojos vistas la veíamos desplomarse. Pues Puffendorf era uno de los libros favoritos de algunos de los legisladores, aprendan de él sus funestas consecuencias.

»porque el Rey no guardase con bastante »cautela su vida (porque en tal estado de »cosas, ¿quién velaria sobre la misma guar- »dia real?), ó porque fuesen muchos los »conjurados, ó con ocasion de una guerra »externa se llamase á los mismos enemigos »á tomar parte en la conjuracion. Por otra »parte los ciudadanos estarian prontísimos »á ofenderse recíprocamente; porque no »pronunciándose en el foro sentencia sino »*secundum acta et probata*, todos los deli- »tos é iniquidades de que puede sacarse al- »gun provecho, que se pudiesen cometer »ocultamente y sin testigos, serian mirados »como una ingeniosa sagacidad que cualquie- »ra podria egecutar á su arbitrio. Ningu- »no egerceria tampoco una obra de miseri- »cordia ó de amistad sino con la esperan- »za cierta de lograr por ella honor ú otro »emolumento. De lo que se seguiria tam- »bien que quitado del medio el Dios ven- »gador, no pudiendo nadie reposar con se- »guridad sobre la fé agena, todos vivirian »en un perpetuo recelo de ser engañados y »ofendidos de los otros. Tanto pues los So- »beranos como los vasallos, estarian poco »dispuestos á emprender acciones ilustres y »gloriosas. Porque los Soberanos no estan-

»do ligados con vínculo alguno de concien-»cia, harian venales los empleos y aun la »justicia, buscando en todo su particular in-»terés con opresion de los vasallos, de cuya »rebelion así como siempre deberian temer, »así tambien pensarian que su seguridad »estaba en debilitarlos y aniquilarlos. Los »ciudadanos por el contrario temiendo la ti-»ranía de los Soberanos, buscarian por to-»dos lados el medio de rebelarse; y tenien-»do entre sí una mútua desconfianza, esta-»rian en contínuo y recíproco sobresalto. »¿Qué mas? Los casados á cualquiera lige-»ro disgusto entrarian en mútuas sospechas »de veneno ó de otra oculta traicion. En »el mismo peligro se estaria respecto de la »familia, porque quitada la Religion y fal-»tando la conciencia, no sería facil descu-»brir las maldades ocultas que de ordinario »se hacen públicas en los juicios externos »en fuerza de los remordimientos y terrores »de la conciencia. De todo lo cual aparece »cuán importante sea para el género huma-»no cortar todos los caminos al Ateismo pa-»ra que no se propague; y cuánta es la ne-»cedad de los que piensan conciliarse la fa-»ma de grandes políticos con mostrarse pro-»pensos á la impiedad." Hasta aquí Puf-

fendorf: despues de lo cual nada nos resta que añadir sino que el sábio lector reflexione que aun cuando en todo este capítulo ni él ni nosotros hayamos hecho mencion sino de solo el Ateismo, con todo eso nuestra demostracion y las reflexiones de Puffendorf concluyen igualmente contra los Deistas y Naturalistas; porque quitando estos tambien, como aparece de los capítulos antecedentes, el verdadero y universal motivo de la *mútua confianza entre los hombres,* es evidente que todos ellos, en virtud de su sistema, son enemigos del género humano y conspiran á la ruina de la sociedad.

CAPÍTULO XII.

Los Legisladores han puesto siempre la Religion por base de la sociedad á que daban leyes.

I. *Se indica en general esta conducta de los Legisladores. Obra de Warburton en que trata esta materia.*

Otro argumento fortísimo de que la impiedad es enemiga de la sociedad, que es de lo que al presente tratábamos, se deduce de la perenne, y universal conducta de todos los Legisladores y de otros políticos sabios, que siempre pusieron la Religion como el primero y necesario fundamento de la conservacion de la república. Acaso nadie se ha dedicado á tratar esta materia tan latamente como Warburton en su obra de la *Divina mision de Moisés.* Y aunque me parece hallar de cuando en cuando, como en otra ocasion hemos dicho, alguna especie de paradoja en varios pensamientos de

este autor, lo substancial del punto que ahora tratamos, que es la necesidad de la Religion en la sociedad, lo esplica sólidamente, demostrando que el vínculo y base de la sociedad es el dogma de los premios y penas en la otra vida. Asercion que confirma con los testimonios de todos los legisladores, esceptuado Moysés, por los motivos que en otro lugar mencionamos. Produce, pues, con vastísima erudicion cuanto puede recogerse de los antiguos monumentos; y hace ver que todos ellos ponian su principal cuidado en mantener salvo en los pueblos este dogma de la Providencia. Y así lo intimaban desde luego en el mismo prólogo de sus leyes (como se ve en el de Zaléuco y de Carondas, conservados por Diodoro y Stobeo), ó lo inculcaban por medio de varias sagradas ceremonias de Religion, que tenian siempre á la vista los magistrados á ese fin; ó mas que todo, lo hacian sumamente venerable en los misterios. Estos, sigue diciendo, nacidos en Egipto y pasando de allí á la Asia y á la Europa, tenian por último objeto imprimir profundamente en el espíritu de los iniciados la idea de un Provisor universal, Soberano, premiador de buenos y castigador de los malos; juzgando

aquellos sabios que este era el freno mas poderoso para contener á los hombres en su deber é inducirlos á la observancia de las leyes que para la conservacion de la sociedad habian promulgado.

II. *Testimonios ilustres de Plutarco y Ciceron.*

Bastarános oir al presente á Plutarco y Ciceron, dos grandes y espertos maestros de la antigüedad, cuyo testimonio podrá equivaler á toda otra investigacion. "En el es»tablecimiento de las leyes (1), dice el uno »de ellos, lo primero y principal es la opi»nion de los Dioses; por eso Licurgo consa»gró á ellos los Lacedemonios, Numa los Ro»manos, el antiguo Jon los Atenienses, »Deucalion á casi todos los Griegos; y con »sacrificios, con votos, con juramentos, con »vaticinios y augurios, por la esperanza y »por el temor se los sometieron. Recórrase »si se quiere, todo el mundo, obsérvese por »do quiera todo él, se hallarán ciudades »sin murallas, sin letras, sin Rey, sin ca»sas, sin haciendas, sin moneda, sin es-

(1) Plutarchus *in lib. adversus Colotem*, t. 2 oper.

»cuelas, sin teatros: mas una ciudad sin »templos y sin Dioses, y que no use de pre- »ces, juramento y oráculos; que para impe- »trar favores no ofrezca sacrificios y no se »esfuerce en alejar los desastres por medio de »las cosas sagradas; nadie la vió ni la verá »jamas. Mas facil sería á mi entender edifi- »car una ciudad sin suelo que sin religion, ó »que despues de formada subsistiese sin la »persuasion de la divinidad." Así Plutarco. Sin embargo Bayle, Tolando, Collins, y los otros sus amigos se empeñan en fundar y hacer que subsista esta tal ciudad, en la cual desterrado todo conocimiento de Dios, se profesase por ley fundamental el *Ateismo.* ¡Bella ciudad, ciertamente digna de tener por ciudadanos á los filósofos! Pasemos á oir á Ciceron, que en el libro 2.º de las *Leyes*, despues de haber manifestado con los mas justos y sublimes pensamientos, que el orígen eterno de ellas es la mente misma del sumo Dios con estas ilustres palabras (1): *La verdadera y principal ley apta para mandar y prohibir, es la recta razon del sumo*

---

(1) *Lib.* 2 *de Legib.* cap. 4.

Júpiter; antes de descender á señalar las leyes que estimó necesarias para la vida tranquila y feliz de los ciudadanos, dice, quiere imitar á Platon, Zaleuco y Carondas, los cuales antepusieron á sus leyes un *Proemio* donde se contenia toda la fuerza y espíritu capaz de guiar á los ciudadanos á la observancia de cuanto ellos despues habian prescrito. "Grábese pues, dice (1), ante todas »cosas profundamente en el ánimo de los »ciudadanos, que hay Dioses dueños y go- »bernadores de todo; que cuanto sucede en »el mundo depende de su poder, imperio »y magestad; que son sumamente acreedo- »res al respeto del género humano, y atien- »den á la cualidad y acciones de todos, á lo »que cada uno interiormente siente en su »corazon, y al espíritu y piedad con que »ejerce los oficios de la Religion; que tienen, »en fin, una razon exacta de buenos y malos, »de pios é impíos. Porque persuadidos los »hombres de esto, ciertamente no se aparta- »rán de los verdaderos y útiles sentimientos. »Porque en verdad, ¿qué cosa mas cierta »que el que no debe haber un hombre tan

(1) *Ibid.* cap. 7.

»neciamente arrogante, que piense de sí mis»mo está dotado de entendimiento y de ra»zon, y que luego juzgue no la hay en el »gobierno del cielo y de la tierra? ¿Quién »creerá que sin la direccion de la razon pue»da moverse una cosa que él con toda la »agudeza de su discurso apenas llega á en»tender?..... Ademas quién negará son úti»les estas opiniones si reflexiona cuántas co»sas se hacen estables con el juramento; »cuán saludables y religiosos son los ritos »de las alianzas; á cuántos ha retraido de »obrar mal el temor de los divinos castigos, »y cuán santa es una sociedad de ciudada»nos unidos bajo los auspicios de los dioses »inmortales sentados entre ellos como jueces »y como testigos? Ved aqui, oh Quinto, el »Proemio de la ley, que así le llama Platon."

III. *Reflexiones importantes sobre los pasages citados: ilacion á favor de la doctrina establecida.*

En los testimonios de estos autores deben observarse dos cosas oportunas á nuestro intento. 1.ª El consentimiento universal de los legisladores y de los que han tratado del gobierno de la república en estable-

cer la Religion como base de todas las leyes; de lo que parece evidente haber pensado aquellos hombres sábios es una estupidez y aun imposible fundar una república en la impiedad. Y si han creido no haber cosa mas útil á la sociedad que imprimir en el espíritu de los ciudadanos la persuasion de una Providencia necesaria; nada en consecuencia han juzgado que pueda serla mas pernicioso y contrario que el pensamiento de los incrédulos y libertinos que procuran disipar semejante persuasion. 2.ª Lo segundo que debemos observar, especialmente en el pasage de Ciceron, es la indicacion que hace de algunos efectos que provienen de la Religion en la sociedad, los cuales demuestran la sabiduría de los legisladores en inculcarla, y la verdad de nuestra asercion sobre la necesidad de ella. ¡*Cuántas cosas*, dice Tulio, *no se hacen estables con el juramento*! Este es el fiador, por decirlo así, de la mútua confianza de los hombres, sin la que no subsiste la sociedad. Con él se pone término á las contiendas, se confirman los tratados, se comercia con los ausentes, se deja la espada á la vista del enemigo, se consagran los oficios públicos para que ejercidos con lealtad y justicia cedan en utili-

dad comun de la república y particular de los ciudadanos. ¿Mas de dónde procede que esta ceremonia establecida entre los hombres tenga una fuerza tan poderosa, que crean ser mucho mas segura que las cadenas y la espada? (1) No de otro principio ciertamente sino de interponerse en el juramento el nombre de Dios, como testigo y juez de las palabras y promesas, y cuya omnipotente indignacion llama contra sí el que jura, si faltase á lo jurado. Esta persuasion hizo que los Cartagineses (para señalar entre infinitos un egemplo) dejasen que M. Atilio Régulo, su prisionero, partiese á los suyos despues de haber recibido de él el juramento de que volveria; y este juramento hizo en efecto que aquel héroe romano volviese á Cartago aunque supiese la fiereza de los enemigos á quienes se entregaba, y la desapiadada muerte que le esperaba entre ellos (1). Supongamos por un momento que por medio de alguna nueva sociedad (*) se esparce en un

---

(1) Cicero *de Officiis*, lib. 3, cap. 31. *Nullum vinculum ad adstringendam fidem majores nostri jurejurando arctius esse voluerunt.*

(1) Val. Max. lib. 1, cap. 1.

(*) ¿Podrá temerse esto de las *sociedades secre-*

reino el ateismo, y que el Príncipe pueda creer que la guardia de su persona es de esa escuela; que lo son los jueces que tiene puestos para hacer justicia á sus súbditos, y los ministros á quienes ha cometido los mas importantes negocios del Estado, y los oficiales á cuya disposicion estan la milicia y las plazas. Si reflexiona que todos estos por sistema no reconocen otro derecho que la propia fuerza, otra regla de las acciones que su propio interés, ¿qué confianza podrá tener en ellos, aun despues de haberles recibido el mas solemne juramento, que no harán escrúpulo de prestarle? ¿Qué confianza podrá hacer de ellos en órden al justo gobierno de los súbditos, á la defensa del Estado, á la fidelidad de los tratados, y á la seguridad de su misma persona? Tolando responde que en realidad un libertino "no »cree que haya un Dios, juez vengador del

---

tas? Por largo tiempo ellas quisieron deslumbrar con la voz de inocentes reuniones; pero la tolerancia general religiosa que forma la base de todas, no nos permite dudar de ello. Los espantosos trastornos en ambos mundos, obra toda suya, hablan bien alto para que ya ninguno se deje seducir de sus alhagüeñas voces de *beneficencia*.

»crímen, ni teme las llamás del infierno, »ni se contempla obligado por la sagrada re»ligion del juramento; pero lo está por cier»to respeto civil á las promesas (1)." ¡O maravilloso respeto civil, que tanto puede en el corazon de un hombre que por sistema profesa no reverenciar ni aun al mismo Dios! Pero de buena fé, ¿quién podria fiarse de una persona que no tuviese otro freno de dia ni de noche que este?

La otra indicacion de Ciceron acerca de las ventajas y utilidades de la Religion, inculcada por los Legisladores, es mas general: ¿Cuántos son, dice, *á cuántos no ha retraido de obrar mal el temor de los divinos castigos?* Los fundadores de la república veian que la espada del Príncipe no podia alcanzar á muchísimas especies de transgresiones y de transgresores; pero sabian muy bien estar ya profundamente grabada en el corazon de los hombres la idea de un Dios que todo lo vé, y cuyas venganzas se estienden á todos. Por eso se servian de este temor para conseguir la observancia de aquellas leyes, que unen y conservan la sociedad. Por eso

---

(1) *Adeisidæmon*, §. 23.

Ciceron habiendo señalado la primera ley, amenaza inmediatamente á los transgresores con la venganza divina: *el que hiciese lo contrario esperimentará un Dios vengador* (1). Y esto se ha practicado siempre con feliz suceso: porque ¿á *cuántos*, dice, *el temor de los divinos castigos no ha retraido de obrar mal?* Sé muy bien que á pesar de la religion, han sido siempre innumerables los delitos, y que los hay todavía en el mundo: sé tambien que no siempre los hombres (que es la máxima predilecta de Bayle) proceden en conformidad á sus principios; mas no se nos podrá negar que los principios fundamentales de la Religion, es decir, un Dios justo, remunerador de los buenos y castigador de los malos, ha tenido en todo tiempo y en todas las naciones fuerza de retraer á los hombres de cometer muchos de aquellos escesos que son perniciosos á la sociedad. Esta ventaja tan lejos está de esperarse de una sociedad de Ateistas, que todo lo contrario es lo que promueve eficazmente en virtud de su sistema. En efecto, sentado

---

(1) Lib. 2. *de Legibus*, cap. 8. *Qui secus facit, Deus ipse vindex erit.*

como base fundamental que no hay un Dios que juzgue y gobierne las cosas humanas; que todo acaba para el hombre con la vida; que la distincion del vicio y de la virtud es una fábula; que la conciencia es un producto de la educacion; ¿quién no vé se le presentan al hombre corrompido los estímulos mas vehementes para abandonarse á todas las pasiones, no dejar prado que no pasee su lujuria, emprender cualquiera esceso que le parezca á propósito á satisfacer sus apetitos en esta vida, única que conoce y ama; á pesar de toda ley, cuyo vigor no conoce, ni reparar en perjuicio ageno, cuyo derecho no admite? "Digamos las cosas »como son en sí, escribe Barbeirac (1): su»puesta la impiedad de un ateo, este no pro»cederia muy fuera de razon si siguiese las »voces de la naturaleza que señala Bayle, á »saber, que es necesario comer y beber bien; »gozar de todos los placeres de los sentidos; »preferir los propios á los intereses agenos; »saber; proporcionarse todo lo que puede ser»le de algun provecho; hacer antes una »injuria que sufrirla, y vengarse de sus

(1) Barbeir. *not. sobre Puffendorf.*

»enemigos." ¿Cuánto tiempo subsistiria un cuerpo de ciudadanos, que procediese segun estas máximas, segun esta moral? ¿Quién no ve se deberia llamar mas bien que sociedad de hombres, reunion de monstruos feroces que se atacarian á cada momento y se destruirian por apoderarse de la presa? De la conducta, pues, constante y universal de los legisladores en promover ante todo la Religion, y de los fundamentos que les movieron á ello, resulta probado con evidencia lo que habíamos establecido en el capítulo precedente: esto es, que el Ateismo es pernicioso á la sociedad de tal manera, que se opone directamente á su subsistencia.

IV. *Conviértese contra Bayle su objecion, y se refuta por sus mismos principios.*

Sorprende á la verdad ver los rodeos de que se sirve Bayle para dar subsistencia á una sociedad de Ateos. La conducta de todos los Legisladores tan diferentes en génio, clima y profesion, todos convenidos en poner á la Religion por base de toda especie de gobierno, es á la verdad un testimonio de tanto peso, que parece debiera haberlo retraido de su empresa. Pero nada

menos: confiesa que los mismos ateistas reconocen este unánime consentimiento de los Legisladores; y que neciamente infieren de ahí que la Religion es fruto de la política puntualmente á causa de su fuerza para contener á los hombres en los justos límites de la equidad y del deber: pero eso no obstante, "esta no es prueba, dice, de que ellos creye»sen que un Estado no puede absolutamen»te subsistir sin Religion. La buena política »(sigue diciendo) no se contenta con lo que »es absolutamente necesario para mantener »la sociedad; añade en cuanto puede to»do lo que le parece mas oportuno para »hacer mas facil el gobierno (1)." Bien: ¿con que Bayle no quiere que la Religion inculcada por los Legisladores se crea entera y *absolutamente necesaria* á la sociedad, sino solo como un medio útil y mas á propósito para su gobierno? Sea asi en horabuena. Pero á lo menos debe conceder que los Ateos son enemigos del bien comun; pues se oponen y destruyen un medio tenido por tan útil al género humano, que todos los Legisladores le han hecho el pri-

---

(1) *Respuesta á un Provincial*, p. 3, §. 17.

mer objeto de sus disposiciones y deseos. Prescindamos por ahora de la hipotesis (que ciertamente jamas llegará á verificarse) de si puede absolutamente un Estado subsistir sin Religion. Siempre será cierto é indubitable que la Religion, es decir, la persuasion de un Dios que todo lo vé, que es eterno remunerador de los buenos y castigador de los malos, es para un Estado incomparablemente mas ventajosa que la impiedad; y como tal á lo menos la han reconocido y abrazado todos los Legisladores y los sábios; y por confesion del mismo Bayle debe recibirla tambien la *buena Política.* Luego la *buena política* debe en primer lugar condenar á las llamas todos los Libros dirigidos á hacer dudosa esta persuasion á toda costa en el espíritu humano, y quitar á la sociedad un lazo ventajosísimo para su existencia. Debe ademas mirar como peste del Estado á todos los que profesando principios contrarios á la Religion, se oponen y trabajan en introducir no solo una práctica pasagera, sino un sistema contrario á sus intereses. ¿Y qué? los Príncipes empuñarán solamente la espada cuando se atacan de frente aquellas cosas sin las cuales sus Estados no pueden absolutamente sub-

sistir? ¿No les bastará para ello saber que algunos pretenden destruir lo que es ventajoso á la tranquilidad y seguridad comun de los pueblos, é induce á la conservacion de las leyes; que hace mas facil el gobierno y fomenta la sociedad? Pues tal es *á lo menos*, por confesion de los mismos incrédulos libertinos la Religion, y por tal *á lo menos* la han estimado todos los Legisladores.

Pero adelantemos el discurso, y estrechemos mas de cerca al contrario con sus mismas armas. Contentémonos por ahora en mirar á la Religion como un medio mas á propósito para el gobierno y mas ventajoso á las sociedades que la impiedad. Pasemos á calcular esta ventaja y estas utilidades que menciona Bayle en el lugar citado, con las ideas que en otra parte nos dá de los Ateos y de los hombres pios. Hablando de Vanini afirma, que sola una falsa idea de gloria y deseo de fama podia moverle á diseminar su impiedad y á convertir á otros al Ateismo. "Porque (estas son sus palabras) Va»nini no podia ignorar que un Ateo que »solo buscase su utilidad propia, la tendria »mayor entre personas devotas que entre »hombres malvados; porque un buen devo-

»to no suplanta á otros con cabalas y en»redos; y tan lejos está de engañar y de »usurpar los bienes agenos, que prefiere re»nunciar su mismo derecho á litigar con »un hombre á quien parece ve resuelto á per»jurar. Mas un perverso es el primero en »servirse del fraude y del perjurio, y no se »detiene en trastornar con todo género de »iniquidades los designios de sus competido»res. De manera que á un ateo que desea »hacer fortuna, le interesa mucho que no »haya sino almas buenas en la tierra; y »Vanini desbarraba enteramente cuando pa»ra adelantar la suya queria establecer el »Ateismo. Le hubiera sido mejor trabajar »por hacer al mundo devoto....... ¿Y á él »qué le importaba que un verdadero cris»tiano se privase de los placeres del mun»do? Si esto le movia á compasion, ya no »procedia segun su sistema, el cual á nada »empeña jamas en favor de otro (1)."

Cónstanos pues, por el mismo Bayle, que el carácter de los Ateos es el de unos malvados criminales, dispuestos al fraude y al perjurio, que emprenderán todo género

(1) *Pens. divers.* §. 182.

de iniquidades por trastornar los designios de los otros, y levantar su fortuna sobre las ruinas de la agena: hombres, en fin, por sistema amantes solo de sí mismos, que ni toman interés alguno en las utilidades de los demas, ni se compadecen de las desgracias agenas. Por el contrario, tenemos tambien que el sistema de Religion, que hace á los hombres verdaderamente devotos, los inclina á proceder de un modo enteramente opuesto; por manera que el que quiera adelantar su fortuna en el mundo, debe desear que todos sean verdaderamente piadosos. Esto supuesto, si Bayle se hallase en estado de confesar la verdad, le suplicaria yo nos digese hasta qué punto llegaria el perjuicio que podria esperimentar la sociedad si se compusiese de hombres del primer caracter; y hasta dónde se estenderian sus ventajas si desterrados aquellos se introdugese el sistema de los segundos? ¿Tendria valor para decir friamente que el *sistema de los primeros parece solo menos oportuno para facilitar el gobierno de la sociedad*; y el segundo parece *mas oportuno* al mismo fin? ¿Quién no advierte que una sociedad compuesta solo de impíos sería una sociedad de ladrones y de fieras crueles, que se de-

vorarian los unos á los otros? Luego el sistema de aquellos comparado con el que se ordena á desterrar estos males, no se debe llamar menos á propósito para el gobierno de la sociedad, sino enteramente contrario á ella. Luego la buena política introduciendo la Religion en la sociedad, introduce un medio, no como quiera mas facil y mas á propósito para su gobierno, sino absolutamente necesario para su subsistencia.

V. *Reflexiones sobre el pirronismo de Bayle. Hasta qué punto juzgaron los antiguos necesaria la Religion en la Sociedad.*

Tal vez se admirará alguno de ver tan poca consecuencia en los escritos de Bayle; y que despues de haber hecho una pintura tan horrible de los Ateistas, se estienda luego á querer probar que el Ateismo no tiene influjo alguno en la corrupcion de las costumbres; y aun que "los Ateos estan llenos de »ideas de virtud, y pueden tener motivos bas»tantes para la observancia de las leyes eter»nas, y ser escelentes ciudadanos; por ma»nera que puede subsistir una sociedad com»puesta de ellos solos." La asercion primera, ¿no destruye las siguientes? Asi es cierta-

mente; pero no es esa sola la contradiccion que se halla en sus escritos. El que lucha contra la verdad por precision debe luchar alguna vez contra sí mismo. Bayle no tuvo mas que un solo fin en todas sus obras; pero los medios que empleó para conseguirlo se destruyen los unos á los otros. El fin general era hacer triunfar al Ateismo de la Religion; y nada le pareció mas á propósito para ello que ensalzar de todos modos la moral de los Ateistas; y esto es lo que hace en tantos lugares de los *Pensamientos*, de la *Continuacion* de ellos, y en otras partes. Pero un mártir, un apóstol del Ateismo era sobre todo una brillante imagen que debia grabarse en la fantasía de los iniciados en la escuela de la impiedad. Pintola pues con vivísimos colores en la persona de Vanini, aunque todos ellos falsos, como contrarios á la historia. Para que resaltase mas el heroismo de su héroe, por contornos de este cuadro puso, entre una especie de claro obscuro, á los prosélitos que debia hacer predicando el Ateismo, como gentes entregadas, en virtud de aquel sistema, á todos los vicios, y enemigas del bien de los prógimos, para que así apareciese que no el interés, sino la idea sola de gloria, era lo que le habia

movido á tal empresa. Y asi es que al mismo tiempo que presenta á Vanini como un héroe, hace comparecer como monstruos á sus prosélitos y semejantes.=Pero antes de terminar este capítulo, quisiera se reflexionase que el pensamiento que Bayle pone en boca de los impíos, á saber: que los Legisladores se habian valido de la Religion no como de un medio absolutamente necesario, sino simplemente mas útil para la subsistencia de la Sociedad; ademas de las confutaciones ya espuestas, se refuta por sí mismo, sin mas que atender á las espresiones de Plutarco y de Ciceron en órden al consentimiento general de los Legisladores y sábios en inculcar á los pueblos el egercicio de la Religion. En efecto, Plutarco, despues de haber citado en comprobacion y egemplo de esta verdad á las mas ilustres repúblicas, concluye: *creia mas facil edificar una ciudad sin suelo, que el que pudiese subsistir sin la persuasion de los Dioses.* Ciceron indicándonos como frutos de la Religion los medios indispensables y necesarios para asegurar entre los hombres la confianza mútua (sin la cual no puede haber Sociedad), é inclinarlos á la observancia de las leyes, que son el inmediato vínculo de

ella; demuestra en el hecho que reconoica en la Religion una fuerza indispensable para la subsistencia de la República ó del Estado.

CAPÍTULO XIII.

Reflexiones sobre la casa de Epicuro, Letrados Chinos, y algunas otras Naciones que se dice no tienen Religion.

I. *Triunfo vano de Bayle sobre un pasage de Ciceron en órden á la amistad de la casa de Epicuro.*

Aunque por lo dicho en los dos capítulos anteriores puede el lector estar ya plenamente convencido de que el Ateismo es sumamente pernicioso á la sociedad, y que ésta no puede subsistir sin Religion; con todo eso no debemos disimular algunos argumentos de hecho, que Bayle y sus prosélitos nos oponen, para hacernos creer puede subsistir un Estado que no tenga mas fun-

damento que la impiedad. El primero lo toman de los Epicúreos, de los cuales *he aqui*, dice Bayle, *un hermoso pasage de Ciceron* (1): "Epicuro, hablando de la Amistad se espresaba asi: Entre todas las cosas »que la sabiduría humana ha inventado para »vivir felizmente, no hay otra mayor, ni »mas útil, ni mas deleitable que la amis»tad. Ni solo esto lo demostraba con pala»bras, sino mucho mejor con las obras y en »sus costumbres. ¡Oh y cuán grande, cuán »escelente cosa es esta! Las fábulas de los »antiguos, retrocediendo hasta la mas remo»ta antigüedad, apenas nos ofrecen tres pa»res de amigos, aunque tomando el princi»pio en Teseo se venga á parar hasta Ores»tes. Y Epicuro en una sola casa, y esta pe»queña, tenia grandes juntas de amigos »unidos entre sí con los vínculos del mas »estrecho amor; y lo mismo se observa aun »entre los Epicúreos." Despues de lo cual con un aire de triunfo esclama Bayle: "Vén»ganos ahora á decir que los que niegan la Providencia, y ponen su último fin en el de»leite y satisfaccion de sus apetitos, no es

(1) Lib. I. *de Finib.* cap. 20.

»posible que vivan en sociedad; que deben »por necesidad ser traidores, maléficos, la- »drones, &c. Todas esas hermosas palabras »y doctrinas están desmentidas con este so- »lo pasage de Ciceron. Una verdad de hecho, »como la que Ciceron atestigua aqui, vale »por cien volúmenes de raciocinios especu- »lativos (1)." A este tono dictatorio y aire de triunfo del gran sofista de Roterdam se dan por rendidos los jóvenes libertinos. Tiene razon Bayle, dicen: no se le puede responder. ¿Mas si se les hiciese ver que la jactancia de Bayle es vana; que aquella pretendida *verdad de hecho* no está en realidad *afirmada por Ciceron:* que aquel pasage, aunque se halle en los libros del Orador romano, no se puede decir verdadera y propiamente suyo ¿qué dirian? ¿quedarian todavia desvanecidos los *cien volúmenes de raciocinios especulativos*, y desmentidas nuestras doctrinas antes demostradas? Pues bien, sea cada uno juez de este hecho, despues que se nos haya permitido poner á la vista esta á mi parecer, no despreciable observacion. En el libro primero *De Finibus*, ó sea del Fin

(1) *Diccion. crit.* art. *Epicurus.*

de buenos y malos, refiere Ciceron un Diálogo tenido en Cumas acerca de la filosofía de Epicuro. Sus interlocutores eran Ciceron y L. Torcuato, con los cuales se hallaba tambien presente un sabio y erudito joven llamado Triario. Torcuato muy versado en la filosofía epicúrea, la espone y defiende ampliamente; Ciceron por el contrario, rebate en el L. 2.° con muchos argumentos desde el principio al fin todo su discurso. Asi que, la sentencia que refiere Bayle es toda enteramente del defensor de Epicuro, L. Torcuato, quien la pronunció hácia el fin de su oracion, que es al capítulo 20 del libro 1.° Diré aún mas: si Bayle hubiera copiado el pasage entero, y no hubiese omitido las tres primeras cláusulas, la cosa se descubria por sí misma. Véase aqui como principia el periodo (1): *Bástanos tocar un punto sumamente necesario en la presente disputa; y es el de la amistad, la cual vosotros*, oh Ciceron y Triario, *decís que no puede verificarse de modo alguno si se coloca el sumo bien en el deleite.* Tal es el principio del período de Torcuato, á que si-

(1) Cicer. *ibid.*

guen inmediatamente las palabras copiadas por Bayle. ¿Se podrá creer en manera alguna que este no hubiese visto aquel principio, que aun á los lectores menos versados en las obras de Ciceron manifiesta que allí se trata de una disputa, en que la cosa está puesta en cuestion; que aquella asercion es de un epicúreo, que coloca el sumo bien en el deleite; y que las personas á quienes hablaba, es decir, Ciceron y Triario, eran de diverso parecer? Verdaderamente á quien conoce á Bayle se hace muy duro suponer en él tan grande ignorancia. El hecho es que sin omitir aquellas tres cláusulas no podia producir la autoridad de Ciceron para dar por tierra con los *cien volúmenes de raciocinios especulativos*, y mofarse con *una verdad de hecho* atestiguada por tan grande hombre, de las doctrinas con que se trataba de probar que los impíos (segun sus espresiones) *son criminales, maléficos, traidores, ladrones*, &c. y por tanto que no puede subsistir una sociedad compuesta de ellos.

II. *Aun cuando el pasage tuviese alguna fuerza, nada serviria para la presente cuestion.*

Pero supongamos que el pasage sea de Ciceron, y que entre los Epicúreos, como no se niega, pueda haber union y amistad: ¿qué prueba todo eso? ¿Que algunos hombres entregados á la ociosidad, ó si se quiere, aplicados á las letras, se reunan libremente en una concurrencia, de que pueden separarse cuando quieran, y pueden alli vivir alegremente en compañía de sus amigas, sin robarse, sin envenenarse, ó sin hacerse traicion, aunque tengan al deleite por el sumo Bien y á la Religion por una necedad? Si esto es lo que Bayle pretende deducir, ni nosotros ni nadie se le opondrá. Las admirables doctrinas y los volúmenes de raciocinios especulativos no tienen por objeto en esta materia tal género de sociedad, ó reunion accidental de algunos pocos ociosos; sino un cuerpo de gentes, en el que haya política y gobierno, comercio, tráfico, diversidad de estados, de inclinaciones, de profesiones, de objetos: y toda esa otra variedad de clases, derechos, de incidencias que

cada dia se encuentran en los pueblos cultos, que se dicen vivir en sociedad. Este cuerpo es del que se demuestra con evidentes doctrinas, con argumentos no solo especulativos sino prácticos, le es necesaria la Religion á fin de que esté unido y subsista. Querer, pues, probar lo contrario con las amigables diversiones que pasaban en la casa estrecha de Epicuro, es el miserable sofisma, que los lógicos llaman del *particular al universal*, ó mas bien, *de un género á otro genero diverso.*

III. *Objecion de Bayle y Tolando tomada de lòs Letrados Chinos. Qué han pensado algunos escritores acerca del Ateismo de éstos. Nota importante. Cuál sea su pretendida virtud.*

Pero pasemos desde la Grecia á la China, en donde Bayle, por la relacion de los misioneros nos representa la secta que llaman de los Letrados como atea, y al mismo tiempo adornada de buenas costumbres. Nuevo argumento para los incrédulos de que puede subsistir una sociedad sin Religion. Tolando copió el testimonio de Bayle segun su costumbre, sin añadir prueba alguna, pe-

ro en cambio alterado con tanta desvergüenza, que esto solo bastaria para hacernos conocer el caracter de estos filósofos. "En todo el mundo, dice este último, (1) no se »hallan en el dia hombres de costumbres »mas cultas, mas honrados, ni mas exac»tos, y menos defectuosos en el cumplimien»to de los deberes todos de un buen ciu»dadano, que la celebérrima secta que en»tre los Chinos se llama de los Letrados, á »cuyo arbitrio y buena fé encomienda el Em»perador la administracion de todos los ne»gocios civiles... aunque ellos no reconozcan »un Dios distinto de la materia y de la es»tructura del Universo." Era necesario en verdad todo el atrevimiento de un Tolando para escribir de esta manera. Para venir al hecho del Ateismo de los Letrados Chinos, hallo que el autor de la Biblioteca Crítica lo tenia por sospechoso; y pensaba que algunos de los que enviaban á Europa tales relaciones, podian tener sus miras particulares en representarlos asi; y por lo mismo se persuade que no eran Ateos, sino que se debian llamar idólatras. Oigamos sus pala-

---

(1) *Adeisid.* §. 24.

bras: "El perfecto Ateismo que estos pa-
»dres atribuyen á la secta de los Letrados,
»y sobre que principalmente se apoyan pa-
»ra sostener que su Religion no es mas que
»civil; este perfecto Ateismo, digo, se des-
»vanece por sí mismo. Porque sin detener-
»nos en demostrar con S. Agustin, que el
»conocimiento de Dios nos es natural; de tal
»manera que no puede totalmente borrarse
»de nosotros, basta que se me conceda que
»los Chinos adoran como Dios á la naturale-
»za, para que no se les ponga sino en el nú-
»mero de verdaderos idólatras, aunque de una
»idolatría la mas tolerable" (1). Asi escribia
este crítico al principio del siglo presente:
con todo eso las ideas del Espinosismo, que
con afrenta del género humano han corri-
do por la Europa, han hecho que muchos
tengan como un *Panteismo* el sistema de los
Letrados Chinos, y que se les ponga por
eso en el catálogo de los Ateistas, como lo
son todos los secuaces de Espinosa, que no
reconocen otra divinidad sino la Naturaleza.
Mas es preciso observar aqui que Leibnitz
(por no nombrar á otros) despues de haber

---

(1) *Bibliot. crit.* de Ricardo Simon, t. 2, cap. 3.

examinado á fondo varios monumentos auténticos venidos de la China, se aparta de esta opinion del Ateismo y Espinosismo universal; y ciertamente Leibnitz era hombre capaz y suficiente para discutir y tratar esta materia (1). Si se quiere decir que

---

(1) Conviene sin embargo confesar contra este severo crítico, que del ateismo de los Chinos habla tambien alguna que otra relacion venida por el mismo tiempo de la China, sobre la cual no puede recaer la sospecha de miras políticas que piensa reconocer en otras. Tal es un *Tratado del P. Antonio de Santa María, del Orden de san Francisco*, el cual aunque impugne los ritos chinos como idolo-látricos, concuerda sobre este otro punto con el *P. Nicolas Longobardi*, quien por el mismo tiempo envió á Europa otro tratado en que los da por ateistas. Leibnitz añadió á estos tratados algunas *Notas*; pero trató mas de propósito esta materia en una larga *Carta* escrita á Mr. de Remond *acerca de la filosofia de los Chinos*. Sobre las huellas de Leibnitz caminó Cristiano *Kortholt*, que dió nuevamente á luz los mencionados *tratados* de los dos misioneros con las *Notas* y *Carta* Leibnitcianas, anteponiendo una larga Disertacion, en la cual absuelve á la China de este universal ateismo. Distinguen pues estos dos escritores tres clases de Chinos: los de los *tiempos antiguos*, cuyos libros se dice son de trescientos o cuatrocientos años antes de Cristo: los de la *media edad*, cuyos Comentarios se creen ser de hácia el undécimo ó duodecimo siglo; y final-

muchos de aquellos Letrados han caido en este abismo, dígase tambien que alli ha sucedido lo que sucede cada dia á muchos Letrados de Europa; y es que por quererse distinguir del comun de las gentes, y librarse de los temores que lleva consigo la

---

mente *los de los últimos tiempos*, que empiezan á contarse desde la entrada de los misioneros en aquel vastísimo imperio. Acerca de los *antiguos*, examinados exactamente los textos clásicos referidos por los dos citados misioneros, juzgan asi Leibnitz como Kortholt, que pensaron bien acerca de Dios y de los espíritus, y hablaron de manera que se puede formar un poderoso argumento del consentimiento universal en órden á los puntos fundamentales de la Religion natural, de que hemos hablado en otra parte. En cuanto á los Chinos de la *media edad*, que escribieron Comentarios sobre estas materias, Leibnitz muestra con mucha solidez, que ni los textos ni los argumentos que producen los misioneros, son tales que puedan hacer que los creamos ateistas, pudiéndose esplicar en buen sentido, como lo hace Kortholt, y lo demuestra largamente. Y por fin en cuanto á los *últimos*, sobre quienes versa especialmente la cuestion, oigamos lo que escribe este autor, á mi parecer juiciosamente.

"Por lo que toca á las opiniones de los Chinos »modernos, debemos confesar que algunas de sus »espresiones referidas por el P. Longobardi y el »P. Santa María son tales, que demuestran clara»mente el ateismo en algunos de ellos. Mas no nos

Religion, *evanuerunt in cogitationibus suis*, y han formado un monstruoso fantasma, con el cual, si no llegan á borrar enteramente las primeras ideas de Religion, por lo menos fomentan su vanidad, y desahogan sin recelo sus depravados apetitos. En efecto, aquella virtud y honestidad que Bayle atri-

---

»faltan razones para dudar si son de este carácter »todos los Chinos modernos. Porque es notorio que »muchos por un juicio precipitado del ingenio é »índole de los primeros con quienes trataron, for»maron este juicio de todos. De ahí por ventura »nació la opinion de los PP. Longobardi y Santa »María, que nos dan por ateos á todos los Chinos. »Por lo menos es cierto que los Chinos modernos, »igualmente que los antiguos, no quieren parecer »ateos, pues que reconocen á *Xam-Ti* por sumo »Emperador del Cielo, á quien adoran y ofrecen »sacrificios. Omito que no todas sino solo algunas »de las espresiones que refieren el P. Longobardi »y Santa María son sospechosas de ateismo, habien»do otras que se pueden y deben escusar, como »observó juiciosamente Leibnitz. Ni nos faltan otros »testimonios con que probar, que entre los moder»nos Letrados Chinos los hay que creen en Dios »y la Providencia divina. Para cuya inteligencia »pueden verse el *Musæum Sinicum* de Beyero, y el »*Icon Regiæ Monarchiæ Sinarum* del P. Bouvet, Je»suita.” Hasta aqui Kortholt. * Véase tambien en el *Catecismo Filosófico* el núm. 21, t. 4 de esta *Biblioteca*.

buye á los Letrados Chinos, y que tanto exagera Tolando, es una ficcion. El autor de la *Parrhasiana* nos dice: "Que las rela-»ciones (1) que testifican que los Chinos »de condicion elevada no creen la existen-»cía de un Dios que lo gobierna todo, »ni la inmortalidad del alma, dicen tam-»bien que toda la virtud de los Chinos con-»siste solo en un profundo disimulo de sus »vicios." Esto mismo es lo que se halla en varios lugares de las Memorias de la China (2) citadas por el mismo autor. Y así lo demuestra plenamente la historia del Cardenal Tournon, el Diario de Monseñor Mezabarba, y otros monumentos sobre la misma materia, en los cuales se manifiestan las injusticias, demasías y escesos, la avaricia, la crueldad, la torcida y perversa política de aquellos *Letrados, á cuya fé y arbitrio comete el Emperador todos los negocios civiles.*

---

(1) Vide la *nota anterior.*

(2) *Memorias de la China*, t. 1, lib. 5.

IV. *El comportamiento de los Letrados Chinos es un argumento contra Bayle. Descúbrese otra superchería de Tolando.*

Mas qué nos cansamos: esos mismos Letrados Chinos, citados con tanto entusiasmo por los incrédulos, nos prestan en su tenor de vida un argumento irresistible contra lo mismo que pretenden y solicitan. Porque aun cuando diésemos que aquellos mandarines sean ateistas, no se puede negar que ellos sostienen y conservan ilesa en el pueblo la Religion del pais. De donde se forma este irrecusable dilema: O aquellos Letrados tienen por mas perniciosa á la sociedad la Religion que la impiedad, ó no. Si la tienen por mas perniciosa, ¿cómo puede dárseles el dictado de hombres de virtud, dejando gravitar sobre el pueblo un yugo tan duro y tan perjudicial, pudiendo y siéndoles facil con la autoridad de que gozan en el gobierno aliviarle de él? ¿Cómo es que no introducen el sistema de la impiedad, que tienen por mas ventajoso, y antes por el contrario promueven con todas sus fuerzas la supersticion? ¿No vimos á Bayle engrandecer en Vanini como heróicas las ideas de probi-

dad y de virtud, por haber puesto todo conato y diligencia en *librar á los hombres del temor del infierno de que los creia injustamente agoviados, y tuvo por punto de honra trabajar en beneficio de sus semejantes, aun con peligro de su vida?* ¿Qué se deberá pues decir de los Letrados Chinos, si siendo ellos efectivamente ateistas, quieren al pueblo supersticioso? Esta, lejos de ser una política sábia, sería una hipocresía vergonzosa, contraria á los principios de la honradez. Por el contrario, y es la otra parte del dilema, si aquellos Letrados no tienen por mas nociva á la sociedad la Religion del pais que la impiedad, luego ellos prácticamente desmienten la tésis favorita de Bayle (sólidamente confutada por Mr. Bernard), sobre la que ha empleado tantas páginas, y que con el citado egemplo nos queria persuadir; á saber, que la supersticion es mas perniciosa á la sociedad que el Ateismo. No se nos diga, segun el imprudente pensamiento de Tolando en el principio de su *Adeisidæmon*, que en realidad la supersticion es mas perniciosa, pero que sin embargo los gobiernos deben tolerarla, y no el Ateismo; por consiguiente, que podian muy bien sin descrédito suyo, ni faltar á su honor, sufrir los Chi-

nos la Religion dominante del pais, aunque ellos la tuviesen por mas perjudicial que el Ateismo. No. Este pensamiento, por confesion del mismo Tolando, es una paradoja; y yo diria mas bien, es una contradiccion manifiesta; porque entre dos verdaderos males no puede ser política sábia preferir el que trae consecuencias mas funestas al Estado. La suya es bien conocida. Queria ¡el impío! que todos pensasen como él, y por eso despues de haberse ocupado en todo su libro en persuadir que es mas dañosa á la sociedad la Supersticion (por cuyo nombre entiende la Religion) que la Impiedad, deja dolosamente á cada uno el inferir despues, como consecuencia necesaria de sus doctrinas, el destierro universal del Estado de la primera, y la tolerancia de la segunda. Y como esta ilacion horrorizaria aun á los mas perversos si la profiriese claramente, no la espresa desde luego, antes con una figura pueril dice lo contrario, llamándola friamente *paradoja*. Mas volviendo á los Letrados Chinos, para concluir este punto concederemos á Bayle, que algunos de ellos son impíos; pero jamas que sean virtuosos, y mucho menos los únicos hombres virtuosos del mundo, como locamente pretende Tolando,

sino á lo mas sagaces y astutos en disimular ciertos infames y vergonzosos escesos. Y Bayle, Tolando, y cuantos piensan como ellos nos deberán á nosotros conceder, que procurando los Letrados Chinos conservar viva y subsistente la Religion del pais, cuyos ritos solemnes observan ellos mismos con la mayor escrupulosidad, en el hecho mismo vienen á confesar que es necesaria, y que sin ella ni podrian contener á los pueblos en sus deberes, ni ellos gozar de los honores, preeminencias, riquezas y dignidades que disfrutan. Que es decir, que el Ateismo da testimonio en favor de la necesidad de la Religion en los Estados; y los mismos egemplos que los incrédulos han buscado para negar dicha necesidad, se convierten contra ellos, y son otros tantos argumentos para comprobarla.

V. *Respóndese á la objecion tomada de otras Naciones, que se pretende viven sin Religion. Reflexiones sobre las costumbres de los Groelandeses.*

Despues de la China esponen nuestros incrédulos como un pais de su jurisdiccion las ochenta y siete Islas situadas entre las

Molucas y las antiguas Filipinas; y ademas otras regiones desiertas, y varias costas del África y de la América, en las cuales, segun ellos, reina el Ateismo, y donde sin embargo, dicen, viven los pueblos en sociedad. Mas por cuanto en otra ocasion hemos mostrado ya el poco crédito que se debe dar á las relaciones en que se funda la pretendida impiedad de aquellos Isleños, y los mas doctos, despues de las mas atentas investigaciones hechas con este objeto, tienen por cosa cierta que en ninguna region del mundo reina el Ateismo, no nos detendremos ahora sobre este particular. Nos bastará reflexionar que si bien en pueblo ninguno se puede establecer un Ateismo perfecto, que es decir, una absoluta ignorancia de Dios, sin embargo en muchos infelices esta idea se halla, digámoslo así, obscurecida, y no se observan sino pocas ó ninguna señal externa de Religion. ¿Pero qué se infiere de aquí? Nada mas sino que en el grado en que falta la Religion, falta entre ellos la sociedad, y viven en pequeñas hordas, ó esparcidos casi al modo de las fieras por los montes, sin lazos firmes de leyes, tratados, comercio, &c. que los una, y los adhiera los unos á los otros. Nuevo y sólido argumento de que la

base de la sociedad es la Religion, y que al paso que ésta florece ó se pierde, aquélla tambien se sostiene ó viene á menos, si no se arruina.

Permítasenos para ilustrar mas este pensamiento, y todo nuestro sistema en órden al influjo de la Religion sobre la sociedad, detenernos un tanto sobre algunas particulares circunstancias que refiere Anderson de los Groelandeses, de quienes habíamos hecho singular mencion tratando de la Religion universal de las naciones. Si hemos de dar crédito al autor citado, entre aquellos infelices Isleños está muy obscurecida la idea de la Divinidad, y no se ve egercicio alguno de Religion; y sin embargo nos dice el mismo (1): "Que entre ellos no hay envi»dia, odio, enemistad, traiciones ni calum»nias. No se ven riñas, asesinatos ni guer»ras con los vecinos. Jamas se oyen disolu»ciones entre los dos sexos, ni infidelidades »en los matrimonios: conocen la propiedad »de los bienes, y cada uno deja al otro lo »que tiene ó toma para sí. No hay puertas ni

---

(1) *Historia natural de la Islandia, de la Groelandia*, &c. t. 2, pág. 236.

»cerraduras en las casas; todo está abierto en »el pais, y ninguno toca á lo que pertene»ce á otro: no se engañan ni se perjudican »mútuamente en el pequeño comercio que »pueden tener entre sí. En fin, los Groelan»deses viven, dice el autor, en la union y »amistad mas perfecta." Y en otro lugar: "Los »Groelandeses no estan ligados con vínculo al»guno de sociedad, y sin embargo son socia»bles, pacíficos, y se socorren mútuamente »en las necesidades."

Parece á primera vista que esta relacion destruye cuanto hemos enseñado en órden á las malas costumbres de los ateos, y al daño que del ateismo resulta en la sociedad: y no dudo que un Baylista al leerlo se veria inclinado á repetir la frase de su maestro, que este hecho de los Groelandeses vale por *cien volúmenes de raciocinios especulativos.* Con todo eso, aun estando á la fe de este solo autor (1), veremos desaparecer esta aparente virtud; y que el egemplo de aquellos

---

(1) Juan Blaeu en el grande *Atlas* los pinta asi en pocas palabras: *Barbari hi cum dolosi sunt, tunc feri adeo, ut nec blanditiis, nec donis cicurari valeant..... fœtidi sunt fœdique ac salaces..... nec obscœnum illis putatur, quod cæteris pudori esset.*

Isleños no prueba de modo alguno deje de ser pernicioso el ateismo á la sociedad, que es sobre lo que disputamos con Bayle.

Anderson, en efecto, nos asegura: "Que »examinando de cerca las acciones de aque»llos salvages se advierte facilmente no tie»nen sino una falsa vislumbre de virtud, pues »las circunstancias en que viven son tales, »que á su pesar les inducen á practicarlas, ó »mas bien á abstenerse de los vicios contra»rios. La escasa noticia que tienen de lo ma»lo, la falta de alicientes y aun de malos »egemplos hace permanezcan en su simpli»cidad natural. La aspereza del clima, la es»casez, la dificultad de adquirir lo necesario »los obliga á contentarse con una medianía. »Asi como uno no sabe mas que otro, asi »no tiene motivo para ensalzarse sobre él, »ni este tampoco tiene razon para ceder al »otro. Como uno solo no es bastante para »ocurrir á todas las necesidades de la vida, »está por consiguiente obligado á conser»var la amistad con los demas. Es necesario »que les preste auxilio para que ellos se lo »presten á él. Conviene igualmente se divi»dan lo que cogen en la caza y en la pesca, »(en que consisten sus rentas y sus riquezas) »habiendo contribuido todos igualmente á

»ella. Deben sobre todo evitar la enemistad
»y combates: de otra manera se destruirian
»prontamente. El pais es tan esteril, la po-
»blacion tan escasa y la constitucion del uno
»y de lo otro tan lejos de todo lo que tiene
»relacion con la guerra, que es imposible á
»los Groelandeses hacer conquistas sobre sus
»vecinos: y su pais tiene tan pocos atracti-
»vos, que ninguno se tomaria la pena de
»conquistarle. La vida dura y penosa que
»pasan, aparta de ellos toda idea de deleite.
»No conocen bebida alguna fuerte, que es lo
»que frecuentemente causa los desórdenes
»en otros pueblos. Su temperamento débil
»se manifiesta claramente en las rarísimas
»poligamias, á pesar de que no tendrian im-
»pedimento alguno. De todo lo cual se in-
»fiere, que las apariencias de virtud que se
»hallan en los Groelandeses, á lo que se ve,
»no tanto nacen de la pureza de sus sen-
»timientos, como de las circunstancias en que
»se hallan." Hasta aqui Anderson. De cuya
relacion nada á mi parecer puede deducirse
contra la doctrina establecida. Pues si entre
aquellos salvages no se ven los escesos que
decimos ser frutos de la impiedad, no es
porque tengan algun freno que contenga
la exaltacion de las pasiones, sino porque

en las circunstancias en que se hallan, ni hay medios ni objetos de ellas: mas cuando éstos se les presentan, ya no se advierte aquella virtud que predica Bayle en los Ateos. "No hacen escrúpulo, dice el mismo Anderson, de robar á los Dinamarqueses, cuando llevan allí mercancías que puedan agradarles, siempre que se figuran que no pueden ser descubiertos. Si los Dinamarqueses les hacen algun beneficio, no muestran señal alguna de gratitud." Aun mas. "Habiendo arribado allí dos años antes del establecimiento de la Colonia una embarcacion dinamarquesa, é internádose en el pais uno de los marineros, se echaron sobre él algunos Isleños, y derribándole en tierra le hicieron muchas heridas en el cuerpo, y le chuparon ansiosamente la sangre." Si éstos pues se hallasen en las sociedades, de que tratamos cuando disputamos con Bayle, que son puntualmente en donde abundan los objetos que pueden escitar las pasiones, y tienen lugar innumerables relaciones de comercio, de pretensiones, y por consiguiente de estímulos á la preeminencia, al fraude y á los encuentros para conseguir los bienes de que absolutamente carecen los Groelandeses, es bien cierto que no teniendo éstos Religion,

se entregarian al desórden con mas esceso que otros. De la pintura, pues, que de aquellos Isleños hemos visto, se infiere que es falsa la tésis de Hobbes (1), adoptada despues por Puffendorf (2); á saber, que los hombres sin sociedad (ó como estos autores se esplican, *en el estado de la libertad natural*) deben estar en una perpetua guerra, y continuas sospechas unos de otros; pues se observa que aquellos salvages, aunque viven sin policía y sin leyes, no se devoran ni huyen unos de otros. Mas de la conducta de los Groelandeses no se puede inferir que transportados á otros climas, en otras circunstancias, comercio y bienes, se hallasen en disposicion de conservar ni aun aquella ligera sociedad, que mantienen la region de la *necesidad*, del *hambre* y del *hielo* (3). Antes bien se puede y se debe decir, que en otra parte hallando sus pasiones objetos y medios de desahogo, si no las refrenaban (como se supone) los motivos de la Religion, no podrian permanecer mucho tiempo en un cuer-

(1) *De Cive*, cap. 10.
(2) *De Offic. hom. et civ.* lib. 3, cap. 1.
(3) Vide *Anderson*, loco citato.

po de sociedad semejante á las que vemos en nuestras ciudades, repúblicas y reinos, con respecto á las cuales hemos sostenido y hecho ver contra Bayle las es tan nocivo y pernicioso el Ateismo, como útil y necesaria la Religion.

CAPÍTULO XIV.

La Superstición no es peor ni mas perniciosa á la sociedad que el Ateismo.

I. *Dolo y miras particulares de los Incrédulos y Libertinos en declamar contra la Superstición, que aunque pésima, no es peor que el Ateismo.*

El último argumento con que los incrédulos y libertinos tratan de probar que un Estado ateístico puede conservarse firme y estable, es el que vamos á proponer ahora. "Muchas repúblicas, imperios y reinos, dicen, se han conservado fuertes y felices profesando la superstición ó la idolatría. Es cierto

que la supersticion es mas perniciosa á los Estados que el Ateismo; luego si pudieron conservarse fuertes y felices con aquélla, tambien lo podrán con éste." No es facil decir cuanto se complacen los incrédulos con este sofisma, no porque les pueda proporcionar un gran triunfo demostrar posible un Estado, que jamas subsistirá sino en sus cabezas exaltadas, sino porque declamando y esponiendo á la vista los desórdenes de la supersticion (de la cual nunca se dirá tanto mal como se merece) á su sombra, como suele decirse, desahogan su veneno contra la Religion, que confunden con la supersticion, y es la única y verdadera enemiga que querrian aniquilar, defendiendo el Ateismo. La disertacion de Tolando intitulada *Adeisidæmon*, gira enteramente sobre este punto; y en ella fingiendo declamar contra la supersticion, de la que pretende purgar á Tito Livio, procura el libertino escritor hacer que triunfe de la Religion el Ateismo. El mismo proyecto se advierte en el Discurso de Collins; el mismo en varios lugares de las *Cartas judías*, y el mismo en muchísimos de las obras de Voltaire. Pero Bayle, á quien todos estos han copiado, trata el punto con mas estension y fuerza que todos los demas; y la segunda pro-

posicion del sobredicho argumento, á saber, que la Superticion es peor y mas perniciosa á la sociedad que el Ateismo, forma el asunto de sus largos discursos en los *Pensamientos diversos sobre el Cometa*, en la *Continuacion* de ellos, y en la *Respuesta á un Provincial.* Contra él, como ya digimos, combatió valerosamente entre otros Mr. Bernard. Entremos tambien nosotros en la lid, y tratemos de defender (ya que se nos obliga á esta disputa fastidiosa) la misma supersticion, no con otro fin sino el de presentar por este medio en su justa odiosidad ese ateismo, que nuestros adversarios protegen, en cuya comparacion decimos es menor mal la supersticion. Ya en otra parte indicamos una prueba de esta asercion tomada generalmente, cuando decíamos que el Ateismo se opone á la Religion con una oposicion *contradictoria*, que es la máxima de todas: y la Supersticion con una oposicion *contraria*, que es menor que aquélla. Entre la Religion y el Ateismo observamos que hay la misma oposicion que entre la luz y las tinieblas; mas entre la Religion y la Supersticion la que hay entre la luz pura y la luz alterada, que degenera en color con la mistura de la sombra. Por consiguiente, tomándose la medida del mal de la mayor

oposicion ó distancia del bien, el Ateismo que se aleja de la Religion en el grado sumo de oposicion, es mayor mal que la Supersticion, que dista menos de ella. He aqui un argumento á que no responderán jamas, á pesar de sus sofismas, Bayle ni todos sus partidarios.

II. *La Supersticion es menos dañosa á la sociedad que el Ateismo. Pirronismo de Bayle para eludir la fuerza de este argumento. Confútasele con claras autoridades de los antiguos.*

Mas ya es necesario venir á un punto mas especial, y considerar los males de la supersticion y del ateismo en órden á la sociedad. Decimos pues que *la Religion, cualquiera que ella sea, es decir, aunque sea idolátrica y supersticiosa, es menos perniciosa á la sociedad que el Ateismo.* Y pues que la confesion de los contrarios tiene tanta fuerza en esta especie de controversias, la base de nuestra demostracion será una proposicion de Bayle. "Todas las religiones del mun»do, dice en el *Diccionario*, asi la verdade»ra como las falsas, giran sobre este punto; »á saber, que hay un Juez invisible, el cual »despues de esta vida castiga y premia las ac-

» ciones, tanto esternas como internas del hom-
» bre. Y de aqui es de donde se supone proce-
» de la principal utilidad de la Religion."

Pues bien: este gran principio, que en otra parte hemos claramente demostrado ser el estímulo mas poderoso para inclinar á los hombres á la virtud, como la verdadera y sólida base de la mútua confianza sobre que la sociedad se apoya: este principio, pues, que se halla en toda Religion, no le hay en el Ateismo. Luego el ateismo es mas pernicioso á la sociedad, que cualquiera Religion, aunque sea idolátrica y supersticiosa. El mismo Bayle conoció la fuerza de este argumento en las *Respuestas á un provincial*; y no encontró otro medio para defenderse, que acogerse al pirronismo. No es cierto, dice, que los sacerdotes del gentilismo hayan enseñado al pueblo, que hay en la otra vida recompensas y castigos para los observadores ó transgresores de los deberes morales; sino para los que quebrantaban ú observaban las ceremonias de la Religion. ¿Y no basta ver que un ingenio como el de Bayle se ve reducido á este miserable efugio para conocer que él mismo creia perdida la causa que sostenia y defendia? No nos detendremos á poner en la consideracion de los lectores, que la aser-

cion general de Bayle, en la cual ha confesado ser el *ege de toda Religion, un juez invisible de todas las acciones internas y esternas del hombre* (y mucho mas lo que sigue), no deja lugar á esta escepcion ó duda escéptica. Los defensores de la impiedad se han contemplado siempre con derecho de afirmar y negar á su placer una misma cosa. Diremos solamente que basta tener una ligera tintura de la antigüedad pagana, para reirse de semejante problema. ¿Sería necesario acaso, como parece querria Bayle, examinar los catecismos y los sermones de los sacerdotes idólatras, para saber en qué términos predicaban al pueblo las recompensas y penas de la otra vida? ¿Por ventura no sabemos que la mira principal de todos los legisladores fue el imprimir altamente en el espíritu de los pueblos esta creencia, como arriba hemos probado, y el cuidado de los magistrados el mantenerla, como latamente lo muestra Warburton, quien trata igualmente de los varios medios de que los Príncipes se sirvieron á este fin? Ahora bien, es evidente que el fin primero de los soberanos en inculcar este dogma, no era estimular á los pueblos á la observancia de las ceremonias de la Religion, sino á la obediencia de

las leyes, de la cual nace la felicidad de los Estados, y el bien de la sociedad: luego es indudable que estas máximas de un juez invisible, justo remunerador de buenos y malos se enunciaron al pueblo en toda su estension. En efecto sabemos por innumerables monumentos de la antigüedad, cuán universalmente persuadidos estaban de esta verdad los idólatras. Ciceron (como ya se ha dicho) despues de haber mencionado la doctrina de la existencia y de la providencia de Dios, *¿quién negará*, dice, *la utilidad de esta opinion, si reflexiona..... cuántas son las personas á quienes el temor de los divinos castigos ha retraido del crimen; y cuán santa sea una sociedad de ciudadanos, donde los Dioses inmortales son jueces y testigos á un mismo tiempo?* ¿Quién no ve aquí el dogma de la providencia, el de los premios y penas estendido no como quiera á las ceremonias de la Religion, sino á los *delitos* en comun, y á cuanto dice relacion á la sociedad? Los poetas trágicos, especialmente los griegos, abundan en gravísimas sentencias á este propósito. Eurípides en *Jano*, vers. 44. dice asi:

Seguid pues la virtud: que las deidades
Nunca dejan impunes las maldades.

Sofocles en el Œdipo hace hablar al Coro en el acto tercero de este modo:

¡Oh, quiera el cielo que siempre
Tan feliz sea en mí mismo,
Que la pureza resalte
En mis hechos y en mis dichos!
Que me penetre tan solo
De los preceptos divinos,
No en el mundo miserable,
Sino en el cielo nacidos.
Jamas á olvidarlos llegue;
Sino que en ellos sumiso,
Mire á su autor que no deja
Se envejezcan con los siglos.
En la tierra la injusticia
Tiranos ha producido,
Acumulando en sus obras
Dolos, injurias, delitos.
Pero cuando mas sublima
A sus secuaces malignos,
Bajo sus plantas les abre
Un horrendo precipicio.
En él caen los que dejaron
Del bien el recto camino;
Y entre miserias estremas
Sufren alli su castigo.

Á estos precedieron los dos mas antiguos maestros de la teología gentil, Homero y Hesiodo. Aquel en la Odisea hace hablar asi á Ulises:

Como aquel justo Rey que á Dios honrando,

A vasallos sin número gobierna,
Y en todo la equidad fiel observando,
Hace la fama de su nombre eterna.
Sus terrenos producen abundantes
Las mieses mas feraces y lozanas:
Sus árboles dan frutos redundantes;
Y leche sus ganados, carne y lanas:
Y al ver que con su egemplo los escita,
En la virtud el pueblo se egercita.

Pero mas claro y célebre es el pasage de Hesiodo tomado de la obra intitulada: *Las obras y los dias.*

Atendedme tambien vosotros, Reyes,
Y sabed que los mismos inmortales
Entre los hombres invisibles vagan,
Y observan sus acciones vigilantes.
Ellos ven las astucias y perfidias
Con que unos á otros quieren engañarse,
Sin contar con las próvidas miradas
Que tienden á do quiera las deidades.
Bien treinta mil espíritus supremos,
Que en la corte de Jove sobresalen,
A espiar á los hombres destinados,
Giran á donde quiera por el aire
De mil diversas formas revestidos,
Y cuanto piensan y obran luego saben.
La Justicia tambien, hija de Jove,
Que se merece un justo vasallage
A cuantos moran el celeste Olimpo,
Sentada al lado del augusto padre,
Cuando alguno la ofende y menosprecia,

Levanta al punto el grito lamentable
Contra los vicios de la humana gente,
Que osa infringir sus leyes celestiales:
Y obtiene que las culpas de los Reyes
Sobre los pueblos el castigo carguen,
Mientras ellos vendiendo la justicia
Siguen dando sentencias criminales.
Sabedlo y corregíos, Soberanos,
Y del público bien haced alarde,
Renunciando por siempre el torcimiento
De la santa Justicia: quien se place
Labrando el mal ageño, el propio labra:
Ni hay mal consejo que á su autor no dañe.
De Júpiter los ojos lo ven todo
Tan solo con querer, y no es bastante
Toda la humana astucia que estudiosa
Procure en sus intentos ocultarse.

Nos sería facil llenar muchas páginas de otros pasages semejantes de los antiguos escritores, que manifiestan la universal persuasion de todas las gentes acerca de los premios y castigos que reparte Dios á los que observan ó violan los derechos naturales. Por lo que debe mirarse, no como una ficcion poética, sino como doctrina comun de Religion lo que escribe Virgilio de los suplicios con que son castigados los delitos en el infierno, aunque mezcle con la verdad imágenes fabulosas. En aquel profundo calabozo es donde ademas de los Gigantes y de Salmoneo, los cuales son eternamente ator-

mentados como impíos y enemigos de toda Religion, nos hace observar la Sibila:

Los que con sus hermanos rencorosos
Fueron en esta vida: los protervos
Que contra los autores de sus dias
Alzar un brazo impío se atrevieron:
Los que al triste cliente defraudáran:
Los que de sus riquezas avarientos,
Para sí solamente las juntaron:
(Turba copiosa de atigrado pecho)
Los que en torpe adulterio sorprendidos
Exalaron sus últimos alientos:
Los traidores, en fin, los desleales
Que perjuraron á sus propios dueños,
En este hórrido abismo encarcelados,
La pena han de sufrir que merecieron;
. . . .
. . . .
Y el mísero Flegías va gritando
En medio de las sombras del Averno:
Escarmentad en mí; que nunca impunes
Quedan los que á los Dioses ofendieron.
Aqui tambien el que á su patria aleve
La vendió por vil oro, y en su cuello
De un tirano cruel impuso el yugo:
El que las leyes sujetára á precio:
El que de su hija el lecho mancilláara:
Y cuantos con osado desenfreno
El crímen intentaron solamente,
Ó cometido, en él se complacieron.

Hasta aqui Virgilio *(Libro 6. Æneid.)*. Otra elegantísima pintura de los suplicios de los delincuentes en el infierno tenemos tam-

bien en Séneca en su *Hercules furioso*, cuando en el acto tercero introduce á Anfitrion preguntando á Teseo:

> ¿Pero es verdad acaso lo que cuentan
> De los infiernos, donde hacerse tiene
> La debida justicia, y el malvado
> Sus ya olvidadas culpas pagar debe?

Y Teseo responde:

> Sufre allí cada cual segun lo que hizo:
> Y el mal que obró contra su autor se vuelve.

Y sigue despues Teseo haciendo la enumeracion de los varios castigos que allá en el abismo da el eterno Juez á los malos, que quebrantaron las leyes de la naturaleza. Del mismo modo Séneca en el lugar citado, como Virgilio en el octavo de la Eneida, describen los premios de los Elíseos y del Cielo reservados para los que observan dichas leyes. Predicasen pues los sacerdotes idólatras la doctrina de los premios y de los castigos en toda su amplitud, ó bien la restringiesen á la violacion ú observancia de las obligaciones de la Religion (lo que nunca probará Bayle); lo cierto es que el pueblo estaba generalmente persuadido de esta gran verdad, á saber; que la violacion de las leyes de naturaleza, es decir, la crueldad, el

adulterio, el hurto, los perjurios, las traiciones eran delitos; y á estos se debia el castigo del cielo: asi como á la piedad, al socorro de los miserables, á la honestidad, á la justicia daria su premio el Provisor soberano. Esto tenian entendido los hijos por la tradicion de sus padres, los nietos de sus mayores; esto veian inculcado los ciudadanos en las leyes de sus Soberanos; esto se representaba en los teatros, y lo miraban tambien en los mismos ritos de la Religion. ¿Qué otra cosa eran por la mayor parte tantos dioses inferiores, sino hombres que por algunas acciones ilustres en beneficio de la Patria y de la Sociedad se creia habian subido al cielo á obtener el premio de ellas? Con este objeto, dice Ciceron, se erigian altares y templos, para que viendo los pueblos premiada la virtud se esforzasen á imitarlos. Quede pues firme é inconcuso lo que arriba habíamos afirmado; á saber: que el dogma de un juez invisible, justo remunerador de malos y buenos, estaba comunmente creido y protegido en las religiones supersticiosas é idolátricas, aunque envuelto entre las sombras de varios errores.

III. *Dos nuevas objeciones de Bayle, tomada la una de los escandalosos egemplos de los Dioses; y la otra de las expiaciones que por las culpas se hacian en las religiones supersticiosas.*

Mas no por eso se aquieta Bayle. Aunque se enseñase por los sacerdotes, dice, en toda su estension el dogma indicado á los pueblos, ¿qué provecho podian sacar de él si con una mano destruian lo que con otra edificaban? Pues ello en efecto era así. Primeramente, pintando á sus Dioses contaminados de todo género de maldades: ¿qué fuerza no debian tener tales egemplos sobre el espíritu de los hombres, para inducirlos á quebrantar unas leyes que veian violadas por los mismos Dioses? Despues, asegurando á los pueblos la facilidad del perdon de cualquiera delito en virtud de algunas purificaciones y espiaciones, de las cuales habian inventado infinitas á este fin, ú otras penas ceremoniales practicadas en honor de los Dioses, y sobre todo en utilidad de los sacerdotes. Quitando de este modo el óbice del temor á las desenfrenadas pasiones, se hacia inutil y vano el dogma de los castigos y recompensas eternas; pues á poca costa se

podia borrar el reato de aquellos, y adquirir el derecho á estas. Luego el dogma de que tratamos nada sirve para hacer á la religion idolátrica menos perniciosa á la sociedad que lo sería el Ateismo.

IV. *Respóndese á estos argumentos, y se muestran los sentimientos de la antigüedad gentil en órden á estos dos puntos.*

No reuso confesar con san Agustin lo escandalosa y seductora que podia ser para los hombres la relacion que hacian los poetas, y acaso tambien sus sacerdotes, de tantas fabulosas maldades de los Dioses. Sabemos por Platon que Sócrates queria que Homero fuese desterrado de la república por tantas, tan feas é indignas noticias como publicaba de ellos. Y es bien célebre el abuso que de este egemplo finge Terencio haber hecho un jóven en el *Eunuco*, diciendo:

Lo que hizo el Dios que con su voz tronante
Del cielo las alturas estremece,
¿Aunque pobre mortal yo no lo haria?
Lo hice en verdad; y voluntariamente.

No obstante, no temo repetir lo que en otra parte he dicho ya otra vez; á saber, que bastaba solo tener sentido comun para co-

nocer que aquellas escandalosas acciones eran *ficciones necias*, como las llama Ciceron (1), las cuales no podian en manera alguna tener lugar en la Divinidad. En efecto, ademas de la repugnancia que inmediatamente se presenta á la razon en atribuir tales defectos, y aun acciones tan torpes é indecentes á un Sér de naturaleza perfecta, los idólatras veian que generalmente todos sus sábios y acreditados Legisladores prohibian y castigaban severísimamente aquellos mismos escesos que la Mitología atribuia á los Dioses. ¿Qué consecuencia mas natural podia presentarse al entendimiento de cualquiera, que el reputarlos por fabulosos, ó á lo menos como enigmáticos é inventados para significar cosas muy diversas? En efecto, este era el sentir, no diré de los mas severos filósofos, sino aun de los mismos poetas cuando hablaban seriamente (2). ¿Qué prueba mas clara de ello que las palabras puestas por Eurípides en boca de Hércules?

No creo que los Dioses
Hayan jamas amado

---

(1) Lib. 2. de *Natur. Deor.* cap. 28.
(2) Vide Ezequiel Spanhen. *in himnum Calimac.* in Jovens.

Criminales delicias,
Ni pérfidos abrazos.
Indignos fueran de ellos
Tan viles altercados:
Ni que menores unos
Sean, y otros mas altos,
Pues un Dios verdadero
En sí de nada falto,
No mendiga de nadie
Adornos mercenarios;
Y tales narraciones
Solamente son cuadros
Que dictó á los poetas
El fogoso entusiasmo.

Iguales sentimientos supone el mismo poeta en Ifigenia:

Ni tengo por verdadero
Lo que de Tántalo dicen,
Cuando á los celestes Dioses
Presentó el banquete horrible,
Y en él la carne del hijo
Osó atrevido servirles.
Creo mas bien que los hombres
Malos, que en la tierra existen,
Finjan en los Dioses culpas,
En la deidad imposibles.

Mas quien desee ver desenmascarada y castigada como una indigna y vana fatuidad la licencia de los poetas en hablar mal de los Dioses, lea el eruditísimo opúsculo de Plutarco, *De audiendis Poetis*, el cual contra-

poniendo á los torpes dicterios de algunos los mas cuerdos sentimientos de los otros, muestra que la antigüedad (de la cual sin disputa él fue uno de los que mejor la han conocido) tenia toda la *Mitología* por lo que suena en sí, esto es, por una fábula, aunque ella no tuviese sistema de teología y de moral verdadera y pura contrario á tantas fatuidades. Y asi este segundo efugio tampoco pone á cubierto á Bayle de la fuerza de nuestro argumento.

Veamos el tercero, que son las infinitas purificaciones y espiaciones, por medio de las cuales prometian los Sacerdotes idólatras al pueblo el perdon de sus pecados, cualesquiera que ellos fuesen; con lo que, añade, hacian inútil el dogma de los premios y castigos de la otra vida.=Es cierto fueron infinitas las supercherías que aquellos avaros y supersticiosos ministros inventaron para sacar con pretesto de Religion tributos y ofrendas de la gente nimiamente crédula: tampoco negamos que muchos del pueblo se dejaron alucinar, y á fin de obtener el perdon de sus Dioses se sujetaron á mil vanas y estravagantes ceremonias, y aun presentaron con este objeto gruesas sumas sobre los altares. Pero esto mismo, decimos, prueba irrefragable-

mente contra Bayle lo mismo que él con todos sus artificios queria hacer dudoso; á saber, que estaba profundamente arraigado en el pueblo el dogma de un Juez vengador de los delitos, pues por todos aquellos medios procuraban aplacar su ira é indignacion, y evitar su castigo. Decimos mas, que los idólatras instruidos se mofaban del valor de estas ridículas espiaciones, del mismo modo que despreciaban las aventuras escandalosas que se contaban de los Dioses. Plauto en el Prólogo del *Rudente* introduce á la Estrella *Arturo*, que se tenia por un Semi-Dios, y pone en su boca estos versos, bastante oportunos á nuestro propósito.

De Dioses y hombres el supremo Dueño
A las varias naciones nos envia,
Para espiar diligentes las costumbres
Y la fé y la piedad que las habitan:
Como cada uno su riqueza labre,
Quienes con malas artes y falsías
Injustos pleitos sostener pretendan,
O el depósito nieguen en justicia.
Los nombres de éstos al superno Jove
Escritos presentamos cada dia:
Y sabe así quien tras los vicios corre:
Quien su conciencia aleve sacrifica
A la torpe ganancia de una causa,
Que el perjurio apoyó con la malicia.
Mas Júpiter la juzga nuevamente:

Las inicuas sentencias rectifica,
Y en mas enormes costas le condena
Que las que el tribunal falló á la vista.
En otra tabla consignados tiene
Los nombres de los justos, cuya vida
En seguir la virtud se emplea toda
A pesar de las públicas perfidias.
En vano los malvados se figuran
Que el justiciero Jove se apacigua
Con ofrendas y dones, y malogran
El tiempo en tan gratuitas fantasías;
Porque nada le agrada en los perjuros:
Y solo grato á las plegarias pias
Del justo, bondadoso le perdona,
En halagos trocándose las iras.
Seguid, pues, por las sendas de lo recto
En pos de la piedad, segura guia;
Y la piedad y paz, que son sus dones,
Os colmarán por siempre de delicias.

Podríamos copiar otros semejantes testimonios de los escritores antiguos (1), por los cuales se ve que los idólatras conocian y se burlaban de la vanidad é impostura de las ceremonias y espiaciones inventadas para borrar las culpas que ofenden á la ley de la naturaleza y á su soberano autor. Véase lo que á este propósito hemos escrito en el libro segundo de los *Fundamentos de la Re-*

---

(1) *An nimium faciles, qui tristia crimina cædis Eluminea tolli posse putatis aqua.* Ovid. Fast. 2.

ligion. Basten aqui los ensayos propuestos; y quede inconcusamente establecido contra Bayle, 1.º que entre los idólatras el dogma de un juez invisible, justo, remunerador de buenos y malos, era un dogma universal. 2.º que las relaciones de los sucesos escandalosos de sus Dioses, y las espiaciones infinitas para borrar todo reato de culpa eran comunmente, sino por todos, á lo menos por los sabios refutadas y escarnecidas. 3.º que aun cuando concedamos que á pesar de todo esto fueron infinitas y enormísimas entre los idólatras las maldades de todo género; con todo eso, ni Bayle ni otro alguno podrá jamás negar que el citado dogma, ya que no en todas, al menos en muchísimas ocasiones sirvió mucho para contenerlas, y dado que no llevase hasta las verdaderas virtudes, por lo menos contuvo é impidió muchos escesos y escitó á la observancia de varias obligaciones que cedian en bien de la sociedad. Lo cual no pudiendo de modo alguno esperarse del ateismo, síguese lo que desde un principio nos propusimos probar; á saber, que el Ateismo es mas nocivo á la sociedad, que la Religion supersticiosa: y por consiguiente, que de haberse conservado tantas sociedades idólatras, no se puede

inferir en manera alguna, que tambien una sociedad de ateos pudiera subsistir y conservarse.

CAPÍTULO XV.

Los desórdenes atribuidos á la Superstición no prueban que deba anteponérsela el Ateismo.

I. *Objecion de los incrédulos y libertinos.*

No debemos tampoco pasar en silencio un sofisma que para hacer odiosa la Religion, y persuadir á los ignorantes que es peor y mas nociva á la sociedad que el ateismo, han propalado desde antiguo los libertinos, y repiten cada dia asi en los libros como en las conversaciones los falsos filósofos. ¿Á qué crueldades tan perversas, dicen, no ha movido la Religion á los hombres en todos los tiempos? Bárbaros sacrificios de víctimas humanas han ensangrentado los altares de los idólatras: persecuciones cruelísimas contra el nombre cristiano han bañado

en sangre las ciudades: un celo intolerante ha corrido á sangre y fuego las provincias y reinos, armando á los ciudadanos contra los conciudadanos, y á los parientes contra los parientes á pelear por causa de Religion. Añádase á esto la hipocresía, la avaricia, el ocio, la crápula y la holgazanería, que se ven, se sufren y casi se respetan en tantos ociosos y malvados porque son maestros de la Religion. Este gran conjunto de males tan sumamente nocivo á la sociedad jamas naceria del Ateismo. Luego la Religion debe reputarse por mas nociva que él. Este miserable sofisma está pintado con todos los colores de la elocuencia en Bayle (1) y en Tolando (2), y puede decirse uno de los lugares mas favoritos de los otros maestros de la impiedad, que á boca llena lo han bebido en aquellas fuentes. El autor de las *Cartas judías* y Voltaire hacen á cada paso uso de él; apenas se les cae de la pluma, y lo repiten con la mayor amargura, especialmente contra la Religion cristiana. Pero el benemérito precursor de todos, y como el

---

(1) *Respuesta á un Provincial*, 3 part. cap. 19.
(2) *Adeisidemon*, pág. 68.

porta-estandarte en esta lid fue Lucrecio (1), cuando al describir el cruel sacrificio de Ifigenia, desangrada por su propio padre sobre el altar de Diana, concluye con aquel célebre dístico:

Tan graves males
La Religion indujo á los mortales.

II. *Los efectos de la Supersticion son pésimos, porque ella lo es; mas no por eso es peor que el Ateismo.*

Pero es bien facil hacer desaparecer este espectro, y no de una sino de mil maneras. 1.° Concedemos que los hombres han sido inducidos de la falsa religion ó supersticion á impías y criminales empresas, pues que ella es mala en sí misma, y por consiguiente raiz de malos y pésimos frutos; mas no es esto de lo que disputamos con los Libertinos. Lo que se debe examinar es si la Supersticion es un manantial de mas funestas consecuencias que lo sería el

(1) *Tantum religio potuit suadere malorum.* Lib. 1, v. 102.

Ateismo, si fuese dominante. Y esto es lo que negamos. Es cierto que la Supersticion puede inducir á los hombres á algunos escesos; pero tambien lo es que los retrae de otros. Mas el Ateismo por su naturaleza y por sistema autoriza y promueve todos cuantos puede apetecer el corazon corrompido, y de ninguno le aparta: de manera que no hay delito que no esté pronto á cometer un ateo, como pueda hacerlo impunemente. Compárese, pues, una sociedad de tales hombres con otra de supersticiosos, y dígasenos cuál de ellas será peor y mas funesta?

III. *Bajo del velo de la Religion se encubren las pasiones que el Ateismo favorece. Respuesta á un pensamiento de Bayle. Qué hubiera pensado Espinosa si hubiese sido consejero de Neron.*

En los escesos cometidos por los supersticiosos casi siempre se ven mezcladas las pasiones corrompidas del corazon humano que abusan del pretesto de la Religion, y se cubren con la apariencia de celo para desahogarse impunemente. El primero y mas cruel perseguidor de los cristianos seguramente fue

Neron: y qué ¿fue el espíritu de Religion y celo por la gloria de sus falsos dioses, lo que le movió á derramar tanta sangre? No: el evitar la justa nota de incendiario de Roma fue lo que le hizo calumniar á los inocentes cristianos: y la crueldad, que era su pasion dominante, se desahogó haciendo en ellos la mas bárbara carnicería. Por apartar de sí, dice Tácito (1), el rumor comun de que habia incendiado la ciudad, "procesó y »castigó con los mas esquisitos tormentos es»traordinariamente á aquellos hombres abor»recidos que el vulgo llamaba cristianos...... »De modo que aunque merecedores del úl»timo suplicio se les tenia compasion, por»que no se les quitaba la vida por respeto »al bien público, sino por satisfacer la fe»rocidad de Neron." Obsérvese primeramente en este pasage, que el ódio comun de los gentiles á los cristianos no siempre nacia del celo por su propia religion, sino de tenerlos falsamente por hombres *perversos y maléficos*, como los llama Suetonio (2); y contaminados con crueles cenas y nefandos con-

---

(1) Tácito *Annal.* lib. 5, cap. 44.
(2) Sueton. *in Neron.* cap. 16.

gresos, como puede verse tambien en nuestros apologistas Tertuliano, Atenágoras y otros, que los vindican de tales delitos. Infiérese ademas claramente del citado pasage que las brutales pasiones de Neron sin utilidad alguna pública, cual habria sido la de sostener la Religion de la patria, eran el principio de la *persecucion* contra los inocentes. Y esto mismo se puede ver facilmente en otros muchos de los perseguidores de los cristianos, en quienes la avaricia, la crueldad, la lujuria, y especialmente la ansia y ambicion de dominar (1), eran los verdaderos principios que los escitaban á perseguir á los fieles; cubriendo despues sus injustísimos intentos y continuándolos con la capa de Religion (2). Aunque no por eso deja-

---

(1) En un consejo que daba Mecenas á Augusto, y refiere largamente Dion en el lib. 52, entre otras cosas le decia: "Los que introducen nuevos »Dioses arrastran á muchos á vivir conforme á le»yes peregrinas, y de ahí nacen conjuraciones, unio»nes y conventículos, cosas todas contrarias á la mo»narquía." He ahí uno de los grandes principios de la persecucion contra el cristianismo; pero político solamente, y en que poco ó nada influia la superstición.

(2) Véase á Teodorico Ruinart en el *Prefacio á las Actas de los Mártires.*

mos de confesar que esta tambien sirviese en muchos de estímulo para perseguirlos. Diga, pues, Bayle (1): "que la Religion »animaba á los paganos á cometer las cruel- »dades, y que no animaria á los ateos..... »que si los paganos, que tantas injusticias »cometian contra los cristianos, no hubiesen »consultado sino las luces naturales que hu- »biera seguido Espinosa, si hubiese sido juez »de una de aquellas causas, no habrian »quitado la vida, ni aprisionado, ni menos »atormentado, desterrado ó arruinado con »otras penas á infinitos inocentes." Estas son meras palabras, que se desvanecen por sí mismas (*). Si Neron hubiera sido espinosista, habria hecho por sistema lo que hizo por instigacion de sus pasiones. Sí, las luces que hubiera seguido Espinosa constituido juez de una de aquellas causas, serian:

---

(1) Bayle, *Respuesta á un Provincial*, part. 3, cap. 19.

(*) La revolucion francesa, donde dominó el ateismo, nos ha dado la mejor prueba de ello. Los ensayos de furor y de atrocidad bárbara y refinada que hizo, deben hacer enmudecer á todos los incrédulos y sofistas. Véanse en la *Biblioteca*, t. 2, p. 189, 190, 199, 212 y sig.

que el "derecho (1) consiste en la fuerza;
»y asi como los peces grandes estan por la
»naturaleza inclinados á comerse á los pe-
»queños, y tienen derecho de hacerlo; asi
»el derecho de todo hombre en particular
»se estiende sobre los otros cuanto se estien-
»den sus fuerzas y la industria que la na-
»turaleza le ha dado: en fin, que no perte-
»nece á la razon arreglar el derecho sino
»al apetito y fuerzas de cada uno." Ahora pues, pregunto yo: ¿con tales principios no deberia Espinosa aprobar la conducta de Neron, el cual para eximirse de la infamia de incendiario de Roma, y evitar las perniciosas consecuencias que de aqui podrian seguírsele, imputó esta accion á los inocentes cristianos; y como quien tenia la fuerza en la mano los sacrificó á su propio interés y á sus pasiones? Pregunto mas: en virtud de estos principios, ¿no deberia Espinosa animar á todos los sacrificadores idólatras, y estimular á los Príncipes contra una religion, de cuya introduccion iban á minorarse sus intereses, disminuirse su autoridad, quedar de-

(1) Véase lo dicho sobre la moral de Espinosa en el cap. 4.

siertos sus templos? Esto puntualmente fue, segun dice Lampridio (1), lo que los sacerdotes romanos temian sucediese, si se erigia en aquella capital un templo á Jesucristo, como lo pensaba Alejandro Severo; y por eso hicieron los mayores esfuerzos para apartarle de este pensamiento. Pregunto aun mas: supuestos estos principios, ¿no deberia Espinosa aprobar la conducta de aquel prefecto de Roma (2) (y lo mismo debe decirse de otros muchos en otras ciudades) que persuadido de que en el tesoro comun de los cristianos se conservaban inmensas sumas de oro y plata y de riquísimos vasos, empleó contra S. Lorenzo, que era el tesorero, todos los artificios y tormentos para hacerse dueño de un botin tan considerable? Todas estas y aun otras infinitas y estrañas maquinaciones, persecuciones y crueldades, que acaso jamas usaron los idólatras, ¿no son legítimas consecuencias de la moral de Espinosa, y del sistema de todos los ateistas? ¿Pues cómo se atreve Bayle á preferir estos á aquellos, si lo que aquellos ejecutaron acaso por

---

(1) Lampridio *in Alexandro Severo*, cap. 43.
(2) *Prudent. himn.* 2.

el ímpetu de una pasion solamente, todo ello, y mucho mas, lo aprueban éstos por principios y por sistema?

IV. *Injusticia de Voltaire en llamar á las guerras de Religion furor particular de los cristianos, ignorado de los idólatras.*

Es digno de observacion el progreso que en esta especie de argumento han hecho los incrédulos. Nadie ignora que bajo el nombre de Supersticion sus tiros se dirigen contra la Religion verdadera, es decir, la cristiana. En otro tiempo un resto de pudor ó de miramiento político los contenia de nombrarla espresamente; pero en nuestros dias se han quitado la máscara, y abiertamente la señalan; y no como quiera en punto á crueldades, atrocidad, persecuciones y derramamiento de sangre la igualan á la idolatría, sino que osadamente la sobreponen á ella. El impudente Voltaire escribe asi (1): "Es cosa verdaderamente horrible que la »Iglesia cristiana haya sido siempre despe»dazada por contiendas y disputas, y por el

(1) En el *siglo de Luis XIV*, cap. 32.

»espacio de tantos siglos haya hecho correr »la sangre por manos de los mismos que »llevan en ellas al Dios de la Paz. Este er- »ror fue desconocido entre los gentiles. El »Paganismo es cierto que cubria la tierra de »tinieblas, mas no la bañaba sino de san- »gre de animales." Y antes habia dicho que "*las guerras* (1) *de Religion son un furor* »*particular de los cristianos ignorado de* »*los idólatras.*" Verdaderamente es increi-ble que en un siglo tan ilustrado pudiera escribir asi quien se precia de saber de to-do. Mas qué, ¿se pretenderá por ventura que las guerras, el derramamiento de sangre, y el furor sean efectos de una Religion fun-dada toda en caridad y paz, que inculca á los que la siguen como ley característica su-ya la paciencia y el perdon de las injurias? Las intrigas y las guerras intestinas son efec-tos de las pasiones de los hombres, que se apartan de los principios de la Religion san-ta. Atribuir á la Iglesia cristiana lo que es efecto de la ambicion y de la envidia de sus hijos estraviados, es una impostura solemne. Mas añadir que semejante furor no se co-

---

(1) *Ibid.*

noció en el paganismo; que si éste cubria la tierra de tinieblas, no la bañaba de sangre, como no fuese de animales, es una estravagancia que no hay palabras con que calificar. Es necesario cerrar voluntariamente los ojos al espectáculo que ofrecen los tres primeros siglos de la Iglesia, y todo el Imperio romano, para no ver como elegantemente canta Prudencio (1):

Tantos y tantos justos que un impío
Furor sacrificó, mientras que Roma
A los númenes patrios incensára.

Es preciso no haber saludado siquiera la historia para ignorar las inscripciones públicas con que hasta en mármoles (2) fue elogiado Diocleciano por haber perseguido de muerte á los cristianos, y *esterminado,* segun falsamente creian los idólatras, en todo el imperio la *Religion* de Jesucristo, y *promovido el culto de los dioses.* Solo quien ignorase estos y otros semejantes monumentos de los primeros siglos de la Iglesia, po-

---

(1) *Prud.* Himno 11.
(2) Véase lo dicho en el *libro 2 de los fundamentos de la Religion revelada*, cap. 14.

dia escribir que las guerras de Religion son *un furor peculiar de los Cristianos desconocido de los idólatras.* Al leer estampada por la pluma de Voltaire tal calumnia, no se puede menos de compadecer, diré mas bien, de escitar la indignacion respecto de un hombre, que para imputar esta tacha calumniosa de persecucion y de crueldad á la Iglesia católica (lo que repite en mil lugares de sus obras), afecta ignorar lo que todo el mundo sabe. Ahora, si Voltaire y sus prosélitos y discípulos quieren hablar de aquella violencia y fuerza santa con que las *Autoridades y supremas Potestades* procuran contener y refrenar la petulancia, osadía y desenfreno de los enemigos de toda religion, en cuyo número se cuentan los Ateos, Deistas y Naturalistas; esta fuerza no solo es loable, sino necesaria cuando no hay otro medio para ponerlos en órden, é impedir la infeccion del pueblo, como dijo el mismo Mecenas en aquel célebre consejo á Augusto: *Ni al Ateo ni al Encantador darás partido* (1). Y nosotros lo demostraremos de aqui á poco. Pero si en la egecucion de tan justo deber hay

(1) En *Dion*, lib. 52.

esceso, ó bajo la máscara de defender la Religion y la Sociedad se encubren otros designios perversos; esto de modo alguno debe atribuirse á la Religion que lo condena, sino á la malicia de los hombres, que no hay cosa tan santa que no pueda corromper.

V. *Los desórdenes de algunos Ministros de la Religion no prueban que se la deba preferir el Ateismo.*

En fin, para responder á lo que últimamente se opone, confieso ingenuamente es cosa deplorable ver en el mundo, especialmente en la Religion verdadera, á algunos de sus Ministros dominados del ócio y la desidia, del interés, y de otras pasiones desenfrenadas, que son escándalo y gravosos á la Sociedad. Pero inferir de aqui que sería menos dañoso el Ateismo que la Religion, es una ilacion tan absurda, como sería la del que exagerando la infidelidad con que tantos manchan la santidad del matrimonio, los fraudes con que otros violan las leyes del comercio, las injusticias de los jueces, la prepotencia y las opresiones de los Príncipes, quisiese concluir que sería mejor un Estado

absolutamente sin leyes, sin especie determinada de gobierno, sin jueces en los litigios, sin comercio mútuo entre los pueblos, sin vínculo matrimonial, sin union alguna entre sí; porque ese Estado no admite aquellos desórdenes que en la vida civil y política suceden con frecuencia: ¿quién no conoce la necedad de semejante raciocinio? (1) Pues de la misma especie es el de nuestros libertinos, del cual sin embargo se lisongean, acinando en sus libros cuanto puede fingir la maledicencia contra los Ministros de la Religion; á fin de hacerla odiosa á los incautos, y que en su comparacion la profesion del Ateismo, del Deismo y del Naturalismo aparezca poco menos que el estado de la inocencia. Sean enhorabuena gravísimos los desórdenes de algunos ministros de la Religion, como lo son tambien en todos los estados, y mayores en los que profesan la impiedad; mas siempre habrá esta diferencia; que entre los primeros, aunque haya algunos ma-

---

(1) Cuando yo escribia esto no pensaba que semejante *raciocinio* cupiese en un hombre de juicio; pero despues lo he visto con todo el adorno de la elocuencia en Rousseau en su famoso *Discurso sobre la desigualdad entre los hombres.*

los, hay tambien otros muchos virtuosos y santos; y los mismos malos ó se ven condenados, ó en parte contenidos por la Religion misma que profesan. Mas los impíos en general todos son perversos, y su mismo sistema los justifica y los fomenta. Pero de los ministros de la Religion, que con tanto encono motejan los Libertinos, tratarémos en otra parte de propósito.

CAPÍTULO XVI.

Los que tienen á su cargo el bien comun de la Sociedad no deben tolerar á los enemigos de la Religion.

I. *Parecer de los mas célebres Protestantes sobre este punto.*

Decíamos en el capítulo anterior ser muy justo contener la osadía de los que intentan arruinar toda Religion, y que todos los Príncipes debian seguir el consejo de Mecenas á Augusto *de no tolerar en manera alguna al Ateo ni al Encantador.* Ahora añadimos

que esto, que á nuestro parecer es evidente, lo ha parecido tal á muchos de los defensores acalorados de la *Tolerancia*, cuales son puntualmente los heterodoxos de estos últimos tiempos, para quienes el zelo de los Católicos en prohibir y castigar, si es necesario, á todo el que siembra errores contrarios á nuestros dogmas, se tiene por crueldad y tiranía. Sí, estos mismos enseñan abiertamente no se debe estender la tolerancia á los Ateos ni á los Deistas, antes bien se les debe reprimir por todos medios, y aun desterrarlos y castigarlos. Juan Alberto Fabricio, célebre luterano, trata este punto en dos de sus obras (1), y en ellas declara, que no solo es lícito, sino necesario á la República armarse contra los enemigos de toda Religion, separarlos y en muchas ocasiones castigarlos. De este parecer es tambien el célebre Cristiano Wolfio, de quien el mismo Fabricio copia un larguísimo pasage en su lengua original (2); y otros muchos asi teólogos como

---

(1) La primera de estas obras se intitula: *Delectus argumentorum, et syllabus Scriptorum, qui veritatem Relig. Christ. asseruerunt*; cap. 14. Y la segunda: *Salutaris lux Evangelii*, cap. 26.

(2) En la primera obra ya citada.

jurisconsultos que cita (1). Grocio (2) y Puffendorf, dos insignes maestros tambien de derecho, siguen la misma opinion; y especialmente este último quiere que los impíos *sean castigados con penas gravísimas.* Clerc en el tomo 15 de la *Bibliotèca universal*, inserta una *carta sobre la tolerancia*, y la cita tambien Barbeirac en las notas á Puffendorf (3), de la que se dá por autor á Locke; en la cual se ve la misma doctrina, y se niega á los Príncipes la facultad de tolerar á los impíos, y á éstos el derecho de pretender se les tolere (4).

II. *Castigos que los antiguos establecieron contra los que pervierten la Religion.*

Que este haya sido el modo de pensar de los antiguos, asi griegos como romanos, se deja ver en los muchos egemplos que hemos producido en diversas partes. Hemos visto el destierro de Protágoras por los Ate-

(1) Tales son Cristiano Tomasio, Juan Hennigio, Bohemero, &c.

(2) *De Jur. bel. et pac.* lib. 2, cap. 20.

(3) *De offic. hom. et civ.* cap. 5.

(4) Derecho de naturaleza, &c. lib. 7, cap. 4.

nienses, y de los Epicúreos por los Romanos y los Mesenios. Y por lo que toca á los Epicúreos, la misma pena les intimaron, segun Suidas (1), ciertos pueblos de la isla de Candía, llamados *Lictos*; con la circunstancia de que si desterrados una vez volvian á la ciudad de nuevo, por espacio de veinte dias se les atase desnudos cerca del Pretorio, y rociados alli con leche y miel se los abandonase á las picaduras de las abispas, tábanos y moscas; y si aun sobreviviesen á este castigo, vestidos de muger fuesen conducidos sobre una roca, y desde alli precipitados. Es digno de leerse enteramente el libro 10 de las *Leyes de Platon*, donde despues de describirse la impiedad de los Ateos y de los Deistas, y confutarse con razones, se prescriben varias penas severísimas adaptadas á su locura y perversidad; y aun se impone la nota y castiga como prevaricadores de su ministerio y enemigos del bien comun á los Magistrados, que no cuidaren de egecutar dichas leyes: la misma opinion sigue tambien Aristóteles (2); y en Séneca vemos (3)

---

(1) Suidas, *v. Epicurus.*
(2) *Topicorum*, lib. 1.
(3) *De beneficiis*, lib. 3, cap. 6.

que aunque hayan sido varias segun diversos paises, *en todos se estableció siempre alguna pena contra los violadores de la Religion.* Ni solamente aquellos sábios antiguos se declararon contra los autores, sino tambien contra las mismas obras. En otra parte indicamos ya con el testimonio de Tulio, que los libros de Protágoras, en que se sembraban dudas sobre la existencia de Dios, fueron quemados públicamente por decreto de los Atenienses. Valerio Máximo escribe (1) "que habiéndose hallado en Roma en una »caja enterrada al pie del monte Janículo »siete libros griegos sobre la *Disciplina de »la sabiduría*, que se estimaron de algun »modo capaces de destruir la Religion, fue»ron arrojados á las llamas por Petilio, Pre»tor urbano, con autoridad del Senado, y á »presencia del pueblo. No queriendo en »modo alguno, dice Valerio, aquellos hom»bres antiguos que quedase alguna cosa en »la ciudad que pudiese alejar del culto de »los dioses los ánimos de los mortales."

Por eso no es de admirar que los emperadores cristianos Constantino (2) y Teo-

---

(1) Lib. 1, cap. 1.
(2) *Apud Socrat.* lib. 1, cap. 9.

dosio el Grande (1) condenasen á las llamas las obras del impío Porfirio, y otras semejantes contrarias á la Religion; y Teodosio el Jóven, ademas de la confiscacion de los bienes, fulminase sentencia de muerte contra el que ó á la fuerza, ó con persuasiones malignas hubiese apartado á algun cristiano de su Religion. Ley que renovada despues por Justiniano (2), ha sido ilustrada poco ha con un doctísimo comentario por Domingo Carlini, uno de los jurisconsultos mas eruditos de nuestros tiempos, que á la vasta erudicion supo unir una amabilísima pureza de costumbres (3).

III. *Parecer opuesto de algunos modernos hereges.*

Asombra pues que se hallen escritores, y no como quiera del número de los impíos (pues estos necesariamente deben solicitar indulgencia del género humano, del

---

(1) *In actis Sinodi Ephesinæ*, t. 1. *Colec. Harduin.*
(2) Lib. 5. *C. Justin. de Apostat.* tit. 7.
(3) *Disert. nomica, seu commentar. ad Novell. Imper. Theod. Junior.* tit. 3.

que saben son reputados como enemigos), sino aun de los que profesan una religion (*), los cuales pretendan se use de tolerancia, y no se castiguen los Ateos, Deistas y Naturalistas. Gerardo Ticio (1) en las *Observaciones* al citado lugar de Puffendorf, se aparta de su autor, y dice: *Es ciertamente detestable el Ateismo; pero no se sigue de ahi se le deba contener con penas graves.* Juan Jacobo Zimmerman, profesor protestante en Zurich, en la 12.ª parte de sus *Meditaciones* sobre *las causas de la moderna incredulidad*, trata de propósito este punto (2), á saber: "Si los impíos que no solo en al»guna secreta reunion de amigos, sino libre »y públicamente profesan y defienden la im»piedad de palabra y con escritos, deben ser »castigados con penas civiles, y hasta con el »último suplicio." Y aunque protesta presentará los argumentos por una y otra parte, dejando al juicio del lector resolver el problema, con todo eso se nota claramente

---

(*) Muchos protestantes, si es que hoy no han parado ya todos en el Deismo.

(1) *Observac.* 95.

(2) *Núm.* 7.

su propension á la tolerancia; viendo su cuidado en responder, aunque miserablemente, á las razones contrarias, y terminar la controversia con largos trozos de Flescher y de Sackio que la defienden.

IV. *Demuéstrase nuestra proposicion.*

Mas por lo que queda ya establecido y probado en esta obra, nos persuadimos se hallará el lector en estado de decidir con seguridad la controversia. Nada hay mas preciso é importante en la sociedad que la Religion verdadera, ya se mire á su objeto, que es Dios, y en cuyo culto consiste la primera obligacion de la criatura; ó ya por respecto al hombre, á quien de su observancia ó desprecio de esta Religion resultan bienes ó males infinitos, como que son eternos. La verdad de la Religion natural y revelada, cual es la cristiana, está ya demostrada; y como tal se reconoce y confiesa en las sociedades que tienen la felicidad de profesarla. Es constante que los Ateos, Deistas y Naturalistas esparciendo sus errores no hacen otra cosa que arrebatar á los hombres este grande bien, apartándolos de tributar á Dios el

culto con que quiere ser reverenciado, y llevándolos á los males eternos que se siguen al abandono de la Religion: luego son los mayores enemigos que puede tener la sociedad. Luego el que vela sobre el bien comun, si ama la sociedad no puede tolerarlos, antes bien si no se arrepienten debe contenerlos y castigarlos.

Pero hagamos aun, como suele decirse, esta verdad todavía mas palpable. El sistema de los Ateos y de los Deistas, que no establecen mas regla de equidad que la fuerza y el placer; ó si reconoce alguna otra, niega los motivos universales y eficaces de observarla, cuales son los de la Religion; este sistema, al que se reduce tambien el Naturalismo, es directamente contrario á la sociedad, como que destruye aquella mútua confianza en que consiste su vínculo, y abre la puerta á los mas enormes escesos, fraudes y delitos siempre y cuando que el que lo profesa pueda egecutarlos impunemente. Si puede pues, y debe castigar el Príncipe al que con algun delito particular perturba la sociedad, ¿no podrá y deberá con mayor razon hacerlo con los que tiran á trastornarla enteramente, introduciendo un sistema, en el cual no hay delito que no pueda echar rai-

ces, y por consiguiente daño y ruinas que no se deban temer?

Un príncipe á quien constase se iba diseminando en sus Estados que el hurto es una industria, el fraude sagacidad, el homicidio un derecho, el juramento ignorancia; que las leyes mas sacrosantas no obligan sino á los cobardes; y que el hombre sábio debe, siempre que haya ocasion oportuna, aprovecharla para arrancar hasta el cetro de las manos del que manda; ¿podria ser indiferente ó remiso en castigar estos errores y doctrinas? Pues todas ellas son consecuencias del sistema de los Ateos y Deistas. ¿Deberá, pues, un Príncipe dejar impune al que lo enseña? ¿Qué otra cosa sería esto sino querer que la infeccion se propagase, y esponerse á sí mismo y á la sociedad, cuyo conservador es, á la última desolacion?

V. *Miserable elogio que hace Voltaire de la libertad de pensar de los ingleses.*

Es por lo tanto un elogio demasiadamente infame el que Voltaire aterrado del justo rigor con que en los paises católicos se contiene á los libertinos, hace á la Inglaterra en el epitafio á la célebre Lecouvreur,

cómica sepultada á las riberas del Sena (1).

¡Con que solo en Bretaña
Podrá pensar el hombre!
¡Oh de la Europa egemplo!
¡Oh venturoso Lóndres!
Tú el yugo sacudiste
De tiranos feroces,
Y aun el que mas pesado
Nos cargan mil errores.

Cuál y de cuánta estension sea aquella *osadía en el pensar* que Voltaire admira y envidia en los habitantes de la Inglaterra, es notorio á cualquiera que haya leido los escritos de este poeta libertino; y él mismo, fuera de otros mil lugares en los cuales declama contra la disciplina católica como contra una crueldad bárbara, lo dice espresamente en aquellos versos (2):

Sujeto mi talento
Bajo el Galo compás que le limita,
En vano el Griego y el Inglés me escita
A escribir francamente lo que siento.
Decirlo todo, á Pope solo es dado:
Y no otra cosa á mí que estar callado.

---

(1) Epitafio de *Madamoiselle Le-Couvreur.*
(2) *Discurso 6 sobre el hombre.*

Convienen en este punto, y son tambien del mismo modo de sentir que Voltaire, el autor de las *Cartas judías* (1), el del folleto francés intitulado (2) *Ensayos de la libertad de espresar los propios sentimientos,* celebrando á la nacion inglesa como la mas feliz de todas las naciones por esta libertad de pensar no limitada, cual lo está en otras partes, ni por los tribunales civiles ó Magistrados, ni por los sacerdotes, sino estendida hasta el trono y el santuario.

VI. *Funestas consecuencias de esta libertad previstas por Woodward, y testificadas por el obispo de Londres.*

Mas para conocer que la Inglaterra no debe tenerse por feliz porque Pope y los libertinos ingleses no esten sometidos á regla alguna; antes bien atendida esta libertad se la pueden prenunciar gravísimos infortunios: bastará oir lo que ya en el principio de este siglo decia un grande hombre de aquella

---

(1) *Carta* 159.
(2) De este libro hablaremos de propósito en el capítulo último de esta obra.

nacion, á saber, Woodward en un sermon predicado en Lóndres en 1710 con motivo de la cátedra que fundó Boyle. "Cuando se ve, »dice, á la impiedad en público con el cue»llo levantado, sin estar sujeta á nota ni »á castigo alguno, antes bien es aplaudida »y premiada; ¿podremos admirarnos de »su audacia y propagacion? En una nacion »donde los Grandes y los Príncipes se entre»tienen en conversaciones licenciosas; donde »el desprecio de la Religion en los perjurios »queda impune; donde los tribunales civi»les no tienen fuerza ni actividad contra »los enemigos declarados de la Religion; y »donde la disciplina eclesiástica está debi»litada y aun aniquilada, ¿qué se debe es»perar naturalmente sino una inundacion de »Deismo y de Ateismo, y de todos los er»rores? Se dice que las leyes del Estado no »son las de la Iglesia, y que el interés de la »Magistratura exige no se permita mucha au»toridad á los ministros del santuario. Sin »entrar en estas discusiones, séame lícito de»cir, es cosa bien deplorable que en un Es»tado cristiano deba siempre ceder la com»petencia de jurisdiccion en favor de los »que aniquilando el temor de Dios, trastor»nan por los cimientos el Trono del So-

»berano." Hasta aquí Woovard (1). Si los pronósticos de aquel docto inglés se han verificado, y los efectos funestos que temia deberian nacer de la libertad concedida á los libertinos se han seguido, no me toca á mí decirlo: citaré solamente un pasage de Edmundo Gibson, obispo de Londres, que en una Carta pastoral refiere lo que él y todo el pueblo, á que se dirige, podian asegurar como testigos de vista. "Acordaos, dice, ca»rísimos hermanos mios, de lo que ha pa»sado á vuestra vista; traed á la memoria »esos libros infames, cuyo nombre solo cau»sa horror, y que para oprobio de la hu»manidad se han publicado en un siglo tan »ilustrado como el nuestro. ¡Ah! cuántos »lazos tendidos á la inocencia! ¡Qué de blas»femias vomitadas contra la Divinidad! ¡Qué »disputas sobre las verdades mas ciertas de »la Religion! ¡Qué sarcasmos no se han es»parcido aun sobre la revelacion misma! No »entremos en un por menor de ello, corra»mos un velo sobre todas estas abominacio»nes, que os son bien conocidas. ¡Pluguiese »al cielo que el mal no se hubiese estendi-

(1) Sermon 6 en la *Coleccion de Gilberto Burnet.*

»do sino sobre sus autores! Pero la ansia »con que se buscan estos libros, el placer »con que se reciben, la aprobacion que »se les dá, son indicios tan sensibles de la »corrupcion general, que ya no puede di-»simularse. El cuidado que se ha puesto en »esparcirlos en lo interior del Reino y en-»tre nuestros vecinos, para infestar nuestras »colonias, á donde se han transportado á »millares (*), son pruebas de un ódio tan »abiertamente declarado contra el Evangelio »y su divino Autor, que apenas se tolera-»ria en las naciones mas enemigas del nom-»bre cristiano. Esta gran ciudad se aventaja »á todas las otras en este odioso comercio,

---

(*) Sobre la actividad de los impíos de nuestros dias en la propagacion de estos infames libros, véase la nota de la pág. 118 del t. 1 de esta *Biblioteca*. Solo añadiremos ahora que fian tanto los impíos del efecto de estas armas, que los satélites de Napoleon para preparar la conquista de las Andalucías en la guerra de la independencia enviaron de antemano grandes remesas y carros llenos de libros. Los Reyes que quieran á sus súbditos fieles, vean por aqui cuanto les interesa contener su curso, y cuanto bien hacia en esto solo un tribunal siempre vigilante en impedir su propagacion. La Iglesia, trabajando por el Altar, velaba por el Trono. Véase el t. 2 ibid. pág. 181, 189 y 83.

»y ha venido á ser como el emporio, una »plaza pública de la irreligion, donde se »compra á precio de oro el execrable arte »de corromper las costumbres." Y con todo eso un católico, como queria parecer Voltaire, no duda esclamar:

¡Oh de la Europa egemplo!
¡Oh venturoso Lóndres!

Pero oigamos como oportunamente á nuestro propósito prosigue el reverendo Obispo: "No es necesaria una grande penetra»cion para preveer las funestas consecuen»cias que deben originarse de los artificios »que se usan para aniquilar todo principio »de Religion. La impiedad y la relajacion »de costumbres estan muy próximas para »que dejen de unirse prontamente entre sí. »Dejemos á los pretendidos *Espíritus fuer»tes* los sentimientos que les sugiere la cor»rupcion de su corazon. La esperiencia, su»perior á todo razonamiento, nos demuestra »claramente que los que viven sin el temor de »otra vida, se abandonan sin remordimiento »á las mas criminales pasiones; que no hay »respeto á los hombres desde el momento »en que se aprendió á no temer á Dios. Por »lo que se ve y entiende, y por lo que se

»debe ver y entender, juzgue cada uno si no »es este puntualmente el estado en que se »encuentra esta isla desgraciada...... Sin du»da no os admirareis, hermanos mios, que »personas tan abandonadas se hallen dispues»tas á cometer todo género de escesos y vio»lencias que pueden turbar la tranquilidad »pública. ¿Pudo jamas una ciudad sin Re»ligion ser asilo de la Sociedad?........ Hasta »ahora nuestra malicia no habia llegado to»davia á su colmo: parece que la naturale»za era demasiado débil para satisfacer toda »la depravacion de nuestros corazones. Mas »ya se llegó hasta el estremo; por nuestros »delitos nos igualamos á las bestias...... Per»donad á mi dolor una relacion mas cir»cunstanciada de unos delitos inauditos, que »nos cubren de oprobio: bastante han dicho »los papeles públicos..... Continuemos.

»No contentarse con corromperse á sí »mismo, sino ocuparse en corromper á los »otros, es obrar con una malicia la mas »decidida y vergonzosa.... y qué, ¿no es es»to lo que hemos visto? Apelo al testimonio »de vosotros mismos. ¿Ha habido siquiera »pudor en esponer á la vista del pueblo las »abominaciones de los baños públicos por »medio de las pinturas las mas lúbricas y

»lascivas? ¿No se han publicado las historias »de las ciudades mas abandonadas, las de »las mas viles prostitutas, y las escenas mas »execrables de la incontinencia?..... Traspasar »los límites del pudor, insultar la razon, »mofarse insolentemente de las leyes y de la »constitucion del Estado; ¡gran Dios! ¿son »estas las máximas que deben formar los ciu»dadanos? (*) ¿Qué despacho no han teni»do esos libros y estas pinturas entre hom»bres que se llaman Cristianos? ¡Qué ejem»plo mas triste de la situacion deplorable »en que nos hallamos, y de las disposiciones »corrompidas de nuestros corazones!" (1).

He querido copiar aqui este largo pasa-

(*) Estos eran los que usaban los revolucionarios de nuestros dias. ¡Qué rasgos de lubricidad! ¡qué anecdotas tan vergonzosas, y por lo comun falsas, no estamparon en los papeles públicos! ¡qué obras no propagaron! La *Biblioteca de Venus*, el *Citador*, el *Hijo del Carnaval* &c. he ahí los códigos de su moral y de su virtud: ¿qué ciudadanos se podria prometer la sociedad de hombres empapados desde la niñez en tales abominaciones? ¡y estos se querian llamar *justos y benéficos*! ¡Qué oprobio, que un protestante se lamente de lo que se gloriaban nuestros *esparciatas* reformadores!

(1) *Carta pastoral* de M. el Obispo de Londres *sobre la causa moral de los temblores de tierra.*

ge (al que se podrian añadir otros muchos semejantes), no para insultar á nuestros hermanos, aunque enemigos encarnizados de la Iglesia madre de que se han separado, sino para confirmar con *esta verdad de hecho* (que para servirme de las palabras de Bayle *supone por cien volúmenes de raciocinios especulativos*), que la impiedad y la corrupcion del corazon van siempre de acuerdo, y se dan mútuamente las manos, como hemos demostrado en este libro; y por los escesos á que conduce la Irreligion tolerada, probar sensiblemente que es una obligacion estrecha en los que tienen á su cargo la conservacion del bien público, reprimir vigorosamente á los que traten de sembrarla en el Estado, ó de palabra, ó con escritos. Confúndase, pues, ese poeta libertino que tan injustamente se queja del rigor y de la intolerancia católica; y con una especie de envidia fanática de la licencia anglicana (*), contenido por la censura de su pais, esclamaba:

¡Oh de la Europa egemplo!
¡Oh venturoso Lóndres!

(*) Logró este infeliz sus deseos: la Francia imitó el egemplo de Lóndres abrazando la libertad de

Sí, ella por ventura lo podrá ser de los desórdenes que deberán temerse, si no se contiene á los libertinos; desórdenes, que aunque tambien se vean en nuestras ciudades, serian infinitamente entonces mayores; porque si hasta ahora se cometen con recelo, con remordimiento y arrastrados del ímpetu de las pasiones, á lo cual puede aplicarse algun remedio; en dominando la irreligion, se cometerian con descaro, pública, y solemnemente; en fin, por principios y por sistema, lo que no admite remedio alguno.

VII. *Disuélvense los argumentos de Zimmerman á favor de la tolerancia con los Ateos.*

A vista, pues, de pruebas tan convincentes, tanto de razon como de hecho, se desvanecen los sutiles argumentos que opone Zimmerman á favor de la tolerancia con los impíos. "El Ateo, dice (1), no debe ser castigado ni refrenado por los que gobiernan, »pues que publicando sus pensamientos ni

---

imprenta; pero la siguió tambien en degollar á sus Reyes. Véase el t. 1 de la *Bibl.* p. 118.

(1) Zimmerm. *Meditat. de Causis Incredulit.* part. 12.

»turba la República ni á los ciudadanos;
»no hace mas que proponer sus razones, y
»á ninguno puede hacer fuerza á que siga
»su dictamen y sus opiniones; estando en la
»mano de cada uno asentir ó no asentir,
»rendirse ó despreciar sus argumentos..... Si
»algunos los aprueban, éstos ya estaban an-
»tes inclinados á la impiedad, y su asenso
»no tanto debe atribuirse á la fuerza de sus
»raciocinios, como á su perversà inclinacion."
¡Argumento futil, razonamiento debilísimo! ¿Qué significa todo esto? ¿Quién ha dicho hasta ahora que el Ateo se valga de sogas y cadenas para atraer á la fuerza y á su pesar á los hombres á su Ateismo? (*). Mas por eso se le deberá dejar obrar impunemente? = El no *hace mas que proponer sus razones, y está en el arbitrio de cada uno asentir ó no asentir á ellas, abrazar ó despreciar su dictámen.* = Es cierto: ¿mas no se le deberá mirar por eso como perjudicial á la República y á los ciudadanos? ¿No deberá con-

---

(*) Se habla de un ateo privado ó particular: de los impíos que han tenido en su mano la autoridad podrian señalarse muchísimos: Juliano Apóstata y los perseguidores en la antigüedad, y los revolucionarios constitucionales de nuestros dias.

tenerle el que tiene á su cargo la conservacion del bien comun y de la felicidad pública? ¿Si un padre de familias advirtiese que su muger y sus hijas eran visitadas frecuentemente de alguno de esos literatos del dia, el cual no solo las entretuviese con la lectura del *Decameron*, ó con otras novelas semejantes, sino que á vista de tales modelos se empeñase en probarles que las leyes de la fidelidad, del pudor y de la honestidad eran una preocupacion, y bastaba ser cautas para estar exentas de ellas; y de ahí pasase á inclinarlas sagazmente á su voluntad y á condescender con sus apetitos, ¿aquel padre de familias deberia permitir continuase en su casa tal enseñanza, ni podria hacerlo sin incurrir en la nota infame de prevaricador? ¿Permitiria tan perverso entretenimiento con el pretesto frívolo de que aquel literato no hacia mas que proponer sus razones sin usar de violencia con su muger y sus hijas, dejando á su arbitrio quedar ó no persuadidas de tales doctrinas? ¡Ah! ¿Será preciso ponernos de propósito á demostrar á Zimerman, ó á aquellos cuyo partido sostiene, como si fuera cosa nueva y obscura, que las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres? ¿que las palabras son un lazo

fortísimo, que de ordinario arrastra á los hombres donde se quiere? ¿que aun las paradojas mas estrañas, si van envueltas en sofísticas sutilezas y alhagan á los sentidos, deben casi con certeza moral hacer estragos grandísimos en el espíritu de la multitud?= Sea enhorabuena, dice Zimerman, pero este triste efecto mas bien deberá atribuirse á la corrupcion de los que oyen, que no á los argumentos del que persuade. =Concedemos de buena fé que esta corrupcion es en efecto la disposicion que regularmente precede en los que se rinden y abandonan á la impiedad; pero tambien él deberá convenir con nosotros en que estos perversos propagandistas, estos diseminadores del Ateismo dan el impulso ó impelen á los que estaban al borde del precipicio para que caigan en él, quitándoles con sus discursos el freno con que los contenia la Religion. De modo que si antes cometian los delitos con cierta reserva y timidez, despues impresionados de sus ideas, los cometeran con osadía; si antes obraban con remordimiento, despues los cometerán tranquilamente; si antes se dejaban arrastrar á algunos escesos llevados de las pasiones, despues se juzgaran con derecho á cometerlos todos por principios y por

sistema. ¿Y qué, un delito semejante no deberá ser castigado severamente por quien tiene á su cargo la conservacion de la sociedad, contribuyendo como tan directamente contribuye á su ruina? = "Es falso, replica Zimmerman (1); el Ateismo no conduce á la deprabacion de costumbres; pues »es constante que los hombres no siempre »obran segun las máximas de su sistema: »ademas de que los Ateos, aun despues de »haber negado las leyes divinas, pueden ser »contenidos en su deber por la fuerza del »temperamento, por el amor de la propia »tranquilidad, y por el temor de las penas »civiles. Si ofenden al prógimo y quebran»tan las leyes, sean enhorabuena entonces »castigados como los otros ciudadanos cul»pables, pero nada mas." No creo necesario detenernos á confutar de nuevo un sofisma que tomó de Bayle el autor suizo, habiéndolo ya desvanecido en otra parte, en donde demostramos cuando se podrá creer que el hombre se halla en disposicion de obrar ó no en conformidad á sus principios, y cuán insuficientes son los indicados motivos para

---

(1) *Ibid.*

contener en su deber á los que niegan la eternidad, la providencia y Dios. Y en cuanto á deber ser castigados ó contenidos los impíos que ofenden al prógimo con sus acciones, ó violan las leyes del Estado, es necesario en verdad ser muy ciego para no conocer que ellos hacen al prógimo la mayor de las ofensas conduciéndole á la impiedad, y causan al Estado el último de los males, pretendiendo arrancar de él la Religion, que es la base mas firme del Trono y de las leyes. Si se debe, pues, castigar al que hace á otro una injuria, ó habla mal de su Soberano, ¿por qué se ha de tolerar á unos hombres de quienes se puede afirmar lo que de Epicuro decia Ciceron, á saber: *que no con las manos* (1) *como Xerges, sino con las palabras derriban los templos y los altares de los Dioses*? Es decir, que causan con su lengua aquellos grandes males que pueden cometer de obra los mayores delincúentes?

"Pero el Ateismo, sigue Zimmerman (2), »aunque sea un error gravísimo, siempre »es, de cualquiera principio que proceda,

(1) *De natura Deor.* lib. 1, cap. 41.
(2) *Ubi supra.*

»error de entendimiento; y asi no son las »penas ó remedios violentos sino argumen»tos y razones las que se requieren para des»arraigarle, y conducir al que va misera»blemente errado á mejores sentimientos."

Tambien yo soy de parecer se deben emplear todos los medios oportunos para sacar del error á estos infelices. Pero si ellos por una perversidad obstinada, lejos de prestarse á las reflexiones, continúan en mofarse de las cosas mas santas, y diseminar el veneno de sus errores entre los sencillos é ignorantes; en hollar públicamente de palabra y por escrito la Religion; ¿quién podrá acriminar como una injusticia, y calificar de crueldad y no de una política sábia, el que se use con ellos el método que con los maniáticos furiosos, en cuya clase deben ser colocados los impíos? ¿Por qué no se ha de tratar de separarlos del comercio de las gentes, contenerlos y refrenarlos para que no puedan inficionar á otros, valiéndose para ello de todos los medios que dicta la prudencia, no como quiera los suaves y benignos, que pocas veces bastan, sino de los ásperos y eficaces para desarraigar una obstinacion, que aunque resida en el entendimiento, tiene su raiz en la voluntad per-

vertida? En fin, ¿por qué no se han de poner en práctica todos los medios para hacer *entrar en razon* á los que parece la han abandonado, y no de buena fé, sino por una corrupcion vergonzosa, hacen profesion y se glorían de carecer de ella?

VIII. *Por qué razon favorece este escritor la tolerancia de los Impíos.*

De propósito omitimos los demas sofismas de Zimmerman á favor de la tolerancia con los Ateos, pues todos son de una misma clase, y no merecen se pierda el tiempo en confutarlos. Conviene sí reflexione el atento lector sobre la causa por la que este escritor protestante (quien por otra parte aparenta zelo por la defensa de la Religion, y se estiende hasta proponer medios para contener los progresos de la impiedad;) se muestra tan decidido á *tolerar* y aun á favorecer á los que la enseñan; cuando otros Luteranos y Calvinistas, que hemos citado, ansian porque sean perseguidos y castigados. El mismo nos lo declara en varios lugares de su obra (1). En efecto, no podia ocultarse á su perspicacia que muchos de los argu-

(1) Véase á Zimmerman en el *lugar ya citado.*

mentos que muestran no se debe tolerar en la sociedad religiosa á los Ateos, Deistas y Naturalistas, militan tambien contra los hereges en la sociedad Ortodoxa. Era pues preciso para no verse precisado á conceder la justicia y razon de la intolerancia católica para con estos, que la condenan como tiranía cruel, impugnar la intolerancia respecto de los impíos; y contra todas las luces de la razon y del sentido comun sostenerlos, defenderlos y ponerlos á cubierto de toda coaccion y castigo. Ultimo esceso á donde puede arrojarse la mentida caridad y tolerancia de los novadores; á sufrir en una sociedad cristiana los enemigos declarados de toda religion y creencia. Esceso que si en verdad horroriza á otros protestantes sábios, no arredra á Zimmerman y sus secuaces, quienes conociéndolo lo sostienen, apoyan y protegen como consecuencia legítima de su sistema predilecto (*). Como tal lo reconoció tambien el célebre Papin, ministro antes de la

---

(*) Sobre la legitimidad de esta consecuencia véase en el t. 1 de la *Biblioteca* el cap. 7 del *Ensayo* de La Mennais; pero particularmente desde la pág. 317 hasta la 323. = Sobre la *Tolerancia* puede verse en el t. 4 el cap. 4 del *Catecismo de Feller*.

Iglesia Anglicana, á quien el horror de una consecuencia tan funesta hizo abrir los ojos, y con la gracia de Dios volver al seno de la Unidad Católica. Oigamos algunas de sus palabras (1). "A estas reflexiones me hallé »convencido, y ví que si los Protestantes re»lajaban un tanto que fuese su tolerancia, »no tenian que responder á los Católicos, »(que no la admitian con ellos), y si la da»ban toda su estension, se veian estrecha»dos por los hereges é infieles, á quienes »daban armas en su defensa. No podian me»nos de absolverlos á todos, y concederles »absoluta licencia de creer y enseñar libre»mente cuanto quisieren. En efecto, las ra»zones con que intentaban persuadir se de»be tolerar á los que toman por única re»gla á la Escritura, siguiendo cada uno »la interpretacion que mejor le pareciere, »son igualmente eficaces para tolerar á los »infieles, y generalmente á todos los que de »buena fé digan sostienen su error, aunque »sea el Ateismo (2). Por el contrario, las »razones porque se quiere escluir de la to-

(1) *Les Deux vies opposèes en materie de Religion* par M. Papin. Part. 2, sect. 1, n. 13.

(1) Zimmerman no tendria dificultad en reconocer ateos de buena fé; pues en el lugar citado,

»lerancia á los enemigos del Cristianismo, »igualmente convencen que no se les debe »tolerar ni á ellos ni á los demas á quienes »quieren concederla." Hasta aqui Papin. Pero de la tolerancia con los protestantes debemos hablar en otra ocasion mas latamente. Quede pues ahora únicamente sentado por todas las razones espuestas contra Zimmerman y los suyos, que en manera alguna se deben tolerar los Ateos, Deistas ni demas impíos que propalan sus venenosos errores, sino que deben ser reprimidos, enfrenados y castigados por los que velan sobre el bien comun de la sociedad. Y si por último, las poderosas razones que obligan á este procedimiento (justo, en confesion de los protestantes mas sábios, y reconocido siempre por las naciones cultas), destruyen el sistema de la tolerancia de los Novadores, convengamos en que solo una obstinada preocupacion puede cerrar los ojos para no ver la falsedad de sus principios, la monstruosidad de sus consecuencias, y querer antes tolerar los Ateos y los Deistas, que aprobar la justa y sábia intolerancia de los católicos.

---

entre otras cosas, dice así: *Accedit, quod saltem existimare possit, argumenta sua fortiora esse his, quæ pro existentia Dei adferuntur.*

ÍNDICE DEL TOMO VII.

ERRATAS DEL TOMO VII.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
44	16	*docta*	sólida
45	17	*Carazta:*	Caraita
70	6	*de que*	del que
78	22	*trad. I.*	traduct.
88	2	*doctores*	los demas doctores
157	10	*corpóreos*	corporales
174	20	*exterterit*	everterit
215	10	*que censurados*	los cuales censurados
220	1	*inciertamente*	indiscretamente
268	13	*ley alguna*	ley
Ibid.	20	*que en ninguno habia*	que no existian
274	1	*lisongear*	lisongearse
280	19	*me*	nos
291	23	*saber; proporcionarse*	saber proporcionarse
301	1	*reconoica*	reconocia.

IDEM DEL VI.

Página 83 en la *nota* salieron equivocados los guarismos; y asi en vez *de* 3 *por* 5, léase 3 *por* 3=9; *es el número cuadrado: el* 9 *anterior multiplicado por* 3 *su raiz, da* 27, *este es el número cúbico.*

Ib. En la plana 210 línea antepenúltima, se dá á Ligorio el título de *Venerable*, léase *Beato.*

CONTINÚA LA LISTA

DE LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES.

El Illmo. señor Obispo de Balbastro.
El Real colegio del Burgo de Osma.
R. P. Fr. Antonio Florez, predicador general en san Francisco de Guadix.
R. P. Fr. Manuel de la Concepcion, prior de carmelitas descalzos en Segovia.
R. P. Fr. Victor de san Juan de la Cruz, lector en idem de idem.
R. P. Fr. Felipe Rivas, difinidor en los PP. descalzos de Peñaranda.
R. P. Fr. Luis Solis, abad del monasterio de Moreruela, del órden de san Bernardo.
R. P. Fr. Sebastian García, en Sevilla.
R. P. Fr. Buenaventura Tavares, en idem.
R. P. Fr. Francisco Cordero, ministro de los terceros de idem.
R. P. Presentado Fr. José Collantes, maestro de novicios en Predicadores de Valencia.
R. P. Fr. Miguel Olucha, presentado en el Carmen calzado.
R. P. Fr. Lorenzo de Valencia, guardian en Castellon de la Plana.
R. P. Prior y comunidad de carmelitas descalzos de Nules.
R. P. Fr. Mariano Blonquer, lector jubilado y bibliotecario en san Francisco.
R. P. Fr. Don N. religioso descalzo de la provincia de Valencia.
Fr. Domingo Diaz, monge gerónimo.
Fr. Francisco Perez Forte, maestro de estudiantes de santo Tomás.
Fr. José del Quintanar, guardian de Brihuega.
Fr. Leandro Bruno Cantero, benedictino.

R. P. Lector de teología Fr. Sandalio Fernandez de Chana.

R. P. Fr. Agustin Sanz, abad de Sahagun.

Fr. Damian Rodriguez, monge de san Isidro de Dueñas.

Fr. José de san Elias, carmelita descalzo.

R. P. Fr. Benito Gala, monge benedictino.

R. P. Fr. Vicente Flores, monge de san Lorenzo del Escorial.

Fr. Francisco Vicente.

R. P. Fr. José de la Soledad, lector en el colegio del Angel de Sevilla.

P. Gonzalo de la Vírgen del Carmen, de las escuelas Pías.

P. Fr. José Canteli, dominico en Tordesillas.

Don José María Fernandez, presbítero en idem.

Don Antonio María Cha, presbítero en idem.

Dr. Don Francisco Luis Prieto, vicario y cura de Tijola.

Licenciado don Pedro José Alvariño, abad de san Pedro de Villar, arzobispado de Santiago.

Don José Basso y Mozo, cura ecónomo de san Lorenzo de Valladolid.

Don José María Tenorio, clérigo de menores en Guadix.

Don Vicente Presencio, cura párroco en Adalia.

Don Ramon Lopez, abad de santa María de Bóbeda de Simia, obispado de Orense.

Don Joaquin Alejo y Somoza, abad de san Juan de Callobre.

Don Antonio Valcarcel, cura de Pruna.

Don Gabriel García Martinez, cura de santa Ana en Triana.

Don Diego Lerma, presbítero.

Don Juan Menduiña, presbítero en Jerez de la Frontera.

Dr. Don Juan Francisco Muñoz y Giron, cura de Santiago.

(Se continuarán.)


278
161



colorchecker CLASSIC
calibrite
mm